

Zülfü Livaneli

La casa de Leyla

Traducción del turco de Carlos Ortega Sánchez

Galaxia Gutenberg

ZÜLFÜ LIVANELI

La casa de Leyla

Traducción de Carlos Ortega Sánchez

Galaxia Gutenberg

Índice

La casa de Leyla
De cómo Leyla, Roxy y Ali Yekta Bey entraron en mi vida
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
Un año después
Agradecimientos

Notas



© Fethi Karaduma

Zülfü Livaneli

Es activista político y el autor más vendido de Turquía. Considerado como una de las figuras culturales turcas más importantes de nuestro tiempo, es conocido por sus novelas, que entrelazan diversos entornos sociales e históricos, personajes y situaciones, entre ellas la aclamada *Bliss* (ganadora del Premio Barnes & Noble Discover Great New Writers) y *Serenata para Nadia* y *A lomos del tigre*, ambas publicadas por Galaxia Gutenberg en 2023 y 2024 respectivamente. Su obra ha sido traducida a cuarenta idiomas, ha ganado numerosos galardones nacionales e internacionales y se ha adaptado al cine, al teatro y a la ópera.

Livaneli es también un cantante y compositor de renombre universal.

Leyla, ya anciana, última descendiente de una antigua familia otomana, se ve obligada a abandonar su casa frente al Bósforo, en la que su familia ha residido durante generaciones, cuando de manera fraudulenta esta es vendida por el banco a un rico magnate y a su ambiciosa esposa.

El hijo del antiguo jardinero de la villa, Yusuf, acoge a Leyla en su casa de Cihangir, un animado barrio de la parte europea de Estambul, y trata de ayudarla a recuperar la casa de la que ha sido injustamente desalojada.

Allí, Leyla ve por primera vez la precaria vida de los jóvenes, de los artistas y los marginados, y conoce a la novia de Yusuf, Roxy, una cantante de hip hop hija de inmigrantes turcos en Alemania, que no recibe con entusiasmo la llegada de la anciana.

A medida que avanzamos en la lectura, nos adentramos silenciosamente en las vidas y los recuerdos de todos los personajes y, poco a poco, se va desvelando el hilo que une los destinos de todos ellos en un final inesperado y emocionante que hace de Leyla un personaje inolvidable.

Con el mágico telón de fondo del Bósforo, Livaneli nos guía por historias suspendidas entre una Estambul moderna y occidental y la ciudad del Imperio otomano tardío. Entre antiguas villas, casas en ruinas y barrios modernos, descubrimos así el caleidoscopio de personajes, con sus mundos, que conviven en la Turquía actual y la herencia de su pasado.

Título de la edición original: *Leyla'nın Evi*
Traducción del turco: Carlos Ortega Sánchez

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero de 2026

© Zülfü Livaneli, 2006
© de la traducción: Carlos Ortega Sánchez, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Conversión a formato digital: Fotocomposición gama, sl
ISBN: 979-13-88019-14-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

De cómo Leyla, Roxy y Ali Yekta Bey

entraron en mi vida

A la mayoría de la gente le gusta el Bósforo en verano, pero yo estoy enamorado de sus inviernos. Cuando nieva, suelo contemplar las corrientes color turquesa, la nieve blanca acumulada sobre las coloridas barcas amarradas a la orilla y las gaviotas revoloteando en busca de comida.

Y los barcos yendo y viniendo entre las dos orillas.

Un día de invierno, cuando no tenía nada que hacer, me subí a uno de esos barcos, un transbordador, crucé a la otra orilla y luego volví.

Aquel día la niebla había envuelto Estambul con un turbante blanco y espeso. Los barcos, apenas visibles, se mecían con violencia sobre el mar agitado.

Inhalé el olor de las sogas empapadas por el mar, que sujetan las embarcaciones a los amarres del puerto, y los escuché crujir al moverse los barcos. Según se tensaban salpicaban gotitas de agua.

Algunos viajeros compraban peces que se revolvían dentro de coloridas canastas de plástico. En una barca amarrada al puerto se asaban pescados y un hombre anunciaba a gritos: «¡Bocadillos de pescado, bocadillos de pescado!». Y junto al pescador y sus canastos brillaban lechugas, escarolas, rúculas, limones, rábanos...

Hacía un frío helador; y soplaba el viento.

Los viajeros que habían llegado habían encontrado sitio enseguida. Un hombre de bigote y mejillas hundidas fumaba intentando proteger su cigarro entre las palmas de sus manos, como si escondiera un pecado. En su hombro se acurrucaba una mujer de ojos negros y enormes, desgastada por el tiempo. Años atrás había

sido una mujer bella. Apoyaba su cabeza suavemente sobre el hombro del fumador. Hasta ese pequeño gesto resumía sus vidas: en esta sociedad dura, una mujer protegida y un hombre protector.

Tres jóvenes de manos fuertes se aprietan unos contra otros en medio del frío, susurrando entre ellos. Se nota por el cansancio que les encorva los hombros que sus trabajos son pesados; son muchachos del este de Anatolia.

De pronto, una multitud de pasajeros irrumpe en el muelle. Es la gente agotada que sale del trabajo y se lanza al barco, exhausta. Mientras atraviesan un tablón mojado que se extiende entre el muelle y el transbordador, el encargado, atento a cualquier percance, agita brazos y manos para socorrer a quien pueda caer. El conductor grita: «¡Que no quede nadie, que no quede nadie!». Y el barco sale del puerto. La gente se sube los cuellos de sus abrigos para protegerse del frío; visten gabardinas raídas, abrigos gastados, chaquetas cuyos puños ya no alcanzan las muñecas... e intentan calentar sus nudillos enrojecidos soplando con fuerza sobre ellos.

El transbordador, repleto hasta el punto de que no cabe un alma, se aleja del muelle describiendo una curva. Con destreza, sortea los ferris de las Líneas Marítimas Municipales, y las pequeñas barcas que han salido a pescar lubina, y se dirige a Üsküdar. Ese ruidoso enjambre de transportes sobre el mar parece flotar en un sueño. Las gaviotas se lanzan al agua y emergen, relucen un instante tras los barcos y luego desaparecen. A medida que cae la oscuridad de la tarde su blancura resplandece aún más, y sus graznidos se tornan más agudos.

Si los conductores de los barcos no fueran tan hábiles bastaría un descuido para que, en el último instante, chocaran contra esa gran mole que aparece de pronto ante sus ojos y les hiela el corazón. Ese buque inmenso, que avanza lento y sin reparar en nadie, corta las aguas como un gigante indiferente. La ola que provoca su hélice sacude al pequeño transbordador, pero luego todo vuelve a su curso y continúa navegando.

De las bolsas de los pasajeros cuelgan frutas y verduras. Algunos, con el pan caliente apretado contra el pecho, empiezan a roerlo por las esquinas, hambrientos.

Las luces de la ribera anatolia se encienden; desde los minaretes se eleva la llamada a la oración del atardecer, que despierta ganas de llorar en lo más profundo del alma. Un sonido ardiente que resuena sobre la ciudad, como llegado del más allá...

Los peces todavía están vivos cuando cuelgan del hilo de nailon, pero los viajeros, sumergidos en sus conversaciones, ni siquiera lo notan. El hombre de mejillas hundidas le cuenta algo a la mujer que reposa la cabeza sobre su hombro.

Desde la orilla llega un tentador olor a pescado a la brasa.

Los puentes colgantes están atascados; miles de coches avanzan lentamente. La noche envuelve Estambul en un manto de oscuridad.

Observo a estas personas y pienso que son todos migrantes. Cada uno con un rostro distinto; morenos, rubios, con rasgos balcánicos, centroasiáticos... Si uno no lo supiera, no diría nunca que son ciudadanos del mismo país.

Unos han huido de los Balcanes, otros del Cáucaso, otros de Asia Central, otros de Oriente Medio, del Hiyaz, de Yemen, de Jerusalén, de Rusia, de Georgia, de Bosnia, de Bulgaria... Este lugar es un refugio. Dejaron atrás sus casas, sus huertos, sus campos e incluso gatos y perros. Los imagino llorando con tristeza al verlos partir. Y cuando llegaron a este país se instalaron en casas abandonadas por otros que también habían huido. Las casas de griegos y armenios fueron entregadas a estas personas desposeídas, que apenas lograron salvar la vida en sus viajes. Se establecieron en hogares ajenos, comenzaron a trabajar campos que no conocían.

La historia de esta región del mundo es la historia de cómo unos se adueñan de lo que es de otros. Detrás de las guerras y conflictos está la lucha por la propiedad. Casas vacías, casas llenas, litigios por herencias, la necesidad humana de tener un refugio, un techo, un cobijo... Todo eso ha provocado innumerables tragedias a lo largo de los siglos.

Tal como sucede en esta novela.

La idea de escribir *La casa de Leyla*, y de contar esta tragedia del hogar perdido que ha marcado nuestras vidas de una u otra forma nació ese día, en aquel barco.

De pronto, frente a mí, veo a una mujer, una noble otomana caída en desgracia:

¡Tan elegante y refinada!

Frente a ella, una joven con un mechón de pelo teñido de azul:

¡Tan rebelde y desafiante!

Y junto a mí, un anciano bien vestido, con la corbata cuidadosamente anudada y el cabello engominado, peinado hacia atrás:

¡Tan orgulloso y altivo!

No se conocen entre sí. Cada uno viaja sumergido en su propio mundo.

Aquel día la señora Leyla, Roxy y Ali Yekta Bey entraron en mi vida.

Para no salir nunca más.

1

La anciana se había sentado bajo un inmenso plátano y apenas se había movido en dos días. Quién sabe cuántos siglos tendría ese árbol, y ella esperaba inmóvil, sentada en su maleta de cuero, esperando. Las esquinas desgastadas, la gruesa correa que la cruzaba de lado a lado... todo recordaba a la época de los grandes viajeros.

El plátano estaba en el borde de una carretera estrecha, justo al pie del muro de una *yalı*,[1] junto a una calle estrecha donde los coches vienen y van constantemente. El tendero, el frutero y el vendedor de café no dejaban de mirarla. De vez en cuando le llevaban té, agua o algo de comer, como una manzana, garbanzos tostados o bizcocho. Más tarde empezaron a acercársele para suplicarle.

–Señora mía, por favor, déjelo ya. Nosotros somos como sus hijos. Venga, levántese, venga con nosotros a casa.

La anciana negaba obstinada.

Cemal, el frutero, con su bigotón retorcido, se limpiaba las manos en su delantal azul y decía:

–Me conoce desde que era niño, por el amor de Dios. Mi casa está justo aquí al lado. Venga, por favor.

–Gracias, pero no iré.

–¡Señora mía, por Dios! ¡No siga resistiéndose! ¿Por qué no puede venir?

El carnicero habló:

–¿Acaso es posible vivir así en medio de la calle? Digamos que ha conseguido aguantar dos días, ¿qué pasará dentro de tres o cuatro?

La anciana, señalando hacia la casa, dijo:

–Yo nací aquí. He vivido toda mi vida aquí. No tengo otro lugar adónde ir.

Los comerciantes estaban conmovidos.

–Lo sabemos, Señora, ¿cómo no íbamos a saberlo? Usted es como una madre para nosotros. Pero la *yalı* se la han quedado esos malnacidos, ¿qué podemos hacer?

–¿Qué podemos hacer nosotros?

–No habíamos visto gente tan ruin en este barrio.

Unos retorcían sus ropas con angustia, otros encendían un cigarrillo para calmarse, y todos murmuraban maldiciones contra los nuevos dueños.

La hija del tendero se acercó a la anciana con un ramillete de jazmines en la mano y se lo dio. La anciana lo tomó sonriendo y la muchacha le dijo:

–Tía Leyla, usted nos daba cada día un jazmín de su jardín, ¿se acuerda?

La anciana asintió y volvió a sonreír. Se llevó los jazmines a la nariz, y al olerlos sus ojos color avellana se encendieron por un momento. Aunque había prohibido que la llamaran tía y pedía que todos la llamaran sólo Leyla, no dijo nada a la joven.

Los coches que pasaban junto a ellos reducían la velocidad, y los conductores según pasaban observaban la situación, algunos con asombro, unos con lástima y otros molestos. ¿Quién era aquella mujer? Una mujer senil que se habría perdido, seguro.

Pero los vecinos que la conocían sabían lo que había pasado. Se lamentaban:

–¡Qué desgracia! Mira cómo ha terminado la pobre mujer –decían, lanzando maldiciones contra los nuevos dueños de la casa.

El lugar en el que Leyla llevaba dos días sentada estaba en la «carretera de la costa» que recorre el lado asiático del Bósforo. En realidad, para que la carretera fuera digna de ese nombre debería, al menos, poder verse el mar, pero aquí toda la orilla estaba cubierta por mansiones otomanas. Sin embargo, por costumbre, seguía llamándose así al camino que discurre por detrás de los jardines de todas aquellas villas señoriales.

Como las *yalıs* estaban escondidas tras altos muros, no podían verse desde la carretera de la costa. Sólo era posible contemplarlas desde el mar. Apoyadas en pilares de cedro clavados en las profundas aguas del Bósforo, con embarcaderos en su parte inferior, estas delicadas construcciones sólo podían ser vistas por los pasajeros de los ferris blancos de las Líneas Municipales, por los pescadores o por los que navegaban en barcos de recreo. Y, claro, por las tripulaciones de los grandes buques que cruzaban el estrecho.

Cuando los comerciantes se dieron cuenta de que no conseguirían convencer a «la Señora», fueron las mujeres del vecindario las que intervinieron. Una tras otra, las mujeres de los comerciantes, de mejillas sonrosadas y tez clara, se acercaron a besar la mano de la anciana.

–Señora mía, por el amor de Dios, no sea cabezota. Venga conmigo. Le he preparado un té y he cocinado para usted.

Y la anciana siempre respondía con lo mismo:

–Yo nací en esta casa, he vivido aquí toda mi vida, y aquí me moriré. No me voy.

Las esposas más jóvenes se miraban entre ellas con tristeza y murmuraban maldiciendo a los nuevos propietarios de la casa.

–¡Ojalá no tengan un solo día de paz en esa casa!

–¡Que Dios se lo haga pagar!

–¿Cómo pueden echar de su casa a la Señora después de tantos años? Desalmados.

Mientras hablaban llegaba el estruendo de una construcción desde la mansión, y una voz aguda que gritaba a los arquitectos y los obreros:

–*Decoreision!* –chillaba, con pésima pronunciación–. Esto se va a hacer según la *«Decoreision»*, no como se te ocurra a ti, ¿entendido? Se hará lo que diga el arquitecto americano, tal cual. Y tú, en vez de quedarte ahí pasmado, entra y desmonta los adornos del techo.

Dos días atrás, los nuevos dueños, acompañados de arquitectos y obreros, habían llegado a la casa y pidieron a la anciana que la

desalojara. En un rincón del jardín de la *yali*, junto al muro que daba a la carretera de la costa, había una casita blanca de una sola planta. La anciana había pasado su vida allí. Nadie jamás habría pensado en echarla, pero ahora los nuevos propietarios se disponían a ello. De nada sirvió que Leyla protestara, preguntando:

–¿Con qué derecho me echan de mi propia casa?

Ni siquiera les importó que les mostrara las escrituras independientes de la casita.

–¡En este país hay leyes, hay normas! –decía–. ¡No entiendo cómo se atreven a sacar a alguien de su propiedad!

Mientras tanto, dos hombres, al servicio del nuevo dueño, sin siquiera permitir que la anciana recogiera sus pertenencias con calma, empezaron a llenar una maleta. Cuando vio que abrían su cómoda y aquellas manos toscas removían entre sus guantes de encaje, sus blusas, sus faldas cuidadosamente planchadas y, peor aún, su ropa interior, Leyla sintió cómo la invadía una rabia profunda. Jamás habría podido imaginar que unas manos peludas de desconocidos llegarían a hurgar así entre sus posesiones más íntimas.

La nueva señora de la *yali* gritaba con una voz que se oía hasta en el barrio vecino:

–¡Una casa para invitados! –decía–. ¡Voy a convertir eso en una *guest house*, ¿me oís?! ¡Estoy pagando un dineral al arquitecto para que la decore! ¿Y por qué tendría yo que aguantar un fósil en mi propio jardín? ¡Que se vaya a donde quiera!

La anciana escuchaba todo aquello y más que dolerse porque la llamaran fósil, se preguntaba una y otra vez cómo podían echarla de su casa a pesar de que tenía el título de propiedad. ¿Cómo podían esos recién llegados pisotear la ley de ese modo?

Es cierto que la pequeña casa estaba dentro del jardín de la *yali*, pero tenía su propia parcela y su propio título de propiedad. Cuando se vendió la casa por primera vez, los nuevos dueños lo habían respetado y jamás molestaron a la anciana. Pero ahora, esta mujer que no paraba de gritar *«decoreision!»* quería echarla de su hogar.

Querían echarla... y la echaron. Los empleados la agarraron por los brazos y, a rastras, la llevaron hasta la puerta del jardín y la dejaron junto con su maleta frente a la puerta de hierro. Los comerciantes de la calle se reunieron para observar la situación.

La Señora permaneció de pie un momento, mirando la puerta de hierro que se había cerrado tras ella. Luego, agotada, se sentó sobre su maleta. Desde aquel día, apenas se movió. A veces, con vergüenza y cuidándose de no cruzar la mirada con nadie, se levantaba para satisfacer sus necesidades en el cuartito que quedaba detrás de una tienda de comestibles, y luego regresaba al mismo sitio.

Una o dos veces se levantó e hizo unos movimientos gimnásticos. Pero no eran como los movimientos gimnásticos comunes que la gente del barrio conocía; eran lentos, meticulosos, con los músculos tensos y en un orden muy preciso. Como todo lo que hacía la Señora, también esos ejercicios delataban un conocimiento y una formación especiales.

¡Cuántas cosas sabía esa mujer! Ayudaba a los niños del barrio con sus tareas, hablaba con ellos de vez en cuando, les daba consejos, les contaba historias. Las flores raras que cultivaba en su jardín no se parecían en nada a esas que venden las gitanas del camino en cubos de plástico. Era como si la Señora les infundiera otra fragancia, como si, al tocarlas, su mano les cambiara hasta la forma. No había vecino en el barrio que no hubiera recibido alguna vez un jazmín de la Señora.

A medida que fallecían los ancianos que aún la llamaban «Señorita», aquella señorita se había convertido, con el tiempo, en la Señora.

Desde el interior del edificio se oían martillazos, sierras y otras herramientas: en la *yali* se estaba llevando a cabo una gran obra. Y cada vez que oía esos ruidos, ella giraba la vista hacia la casa con una expresión inquieta. En sus ojos color avellana se notaba claramente su preocupación. No se sabía si eran techos o muros, pero algo se venía abajo con estrépito.

¿Acaso era posible que olvidara los fastuosos techos de la mansión, aquella ornamentación otomana en las paredes que, en los días festivos, los tenderos del barrio iban a admirar con el pretexto de besar la mano de los mayores?[2] ¿O aquellos elegantes pórticos por los que los niños se colaban mostrando las notas de la escuela, orgullosos de sus «Sobresalientes», con la esperanza de conseguir una propina? Los actuales propietarios, evidentemente, no apreciaban tales decoraciones: estaban arrojando al jardín, como si fuera chatarra, aquellas obras de arte centenarias, hechas con paciencia y dedicación. De vez en cuando, se detenían camiones frente a la mansión y se cargaban de escombros, lo que confirmaba que una demolición estaba en marcha. Se llevaban los restos a algún lugar lejano, y regresaban con los remolques vacíos para llenarlos otra vez.

Cuando cayó la noche y la calle quedó desierta, la Señora, ajena a ruegos y súplicas de los tenderos que insistían en llevarla a casa, pasó su primera noche sentada sobre su maleta, envuelta en la niebla húmeda del Bósforo. Al amanecer, un tendero le trajo té y un *simit* recién salido del horno. La Señora, cuyo rostro había perdido ya todo color, aceptó aquel gesto con gratitud.

Era una mañana de junio en el Bósforo, de esas que dan alegría de vivir al alma. Desde el bosque que se alzaba junto al camino, bandadas de pájaros trinaban, y el aire estaba impregnado de aromas de jazmín, cerezo, laurel y magnolia. A la Señora le resultaba imposible creer que la hubieran echado de la casa donde había vivido durante setenta y seis años. Aquello tenía que ser un error, y ella, sentada sobre su maleta, esperaba a que todo se resolviera. Porque no estaba en tierra de nadie, sino en un Estado de ley y orden. Ninguna persona podía desalojar a un propietario de su casa. Estaba convencida de que esta injusticia sería reparada, por eso mantenía viva su resistencia y no se alejaba del umbral de su hogar.

Mientras tanto, vecinos y comerciantes del barrio pensaron en hablar con los nuevos propietarios de la mansión. Sí, eran muy ricos

y muy poderosos. El hombre era dueño de un gran banco y tenía a miles de empleados bajo su mando. Pero ¿acaso era digno echar a una anciana de la casa que poseía legalmente? Al principio, todos abrazaron la idea con entusiasmo. «¡No puede ser, hombre! ¿Quién puede despojar a otro de su propiedad así?», se decían unos a otros. Su apego a sus propias casas encendía más su indignación, pero a la hora de cruzar la puerta de la mansión para presentarse ante los nuevos dueños, sus voces se iban apagando.

Y cuando un Mercedes de vidrios tintados entró en el jardín con solemnidad institucional, empezaron a preguntarse si no se estarían equivocando.

–Tampoco son unos niños, ¿no? Son los dueños de un banco enorme. ¿Quién sabe cuántos abogados trabajan para ellos? ¿Cometerían un error así?

–Primero escuchemos bien, que las prisas nunca traen nada bueno.

–Y en el futuro tendremos que verles la cara, llevarles pedidos a casa...

La Señora no prestaba atención a nada de esto, porque llevaba en el bolsillo la escritura de la casa que había heredado de su abuelo el Bajá. Tras su muerte, su abuela se había visto obligada a vender la *yali* y la anciana no reclamaba ningún derecho sobre ella. Pero la pequeña casa junto al muro del jardín era enteramente suya.

A la mayoría de los tenderos que se habían reunido a su alrededor los conocía de siempre. De niños venían en días festivos a besar la mano de los mayores, unos con el pelo recién cortado, otros con los mocos secos en la cara, parlanchines y alborotados. No querían abandonarla, por los viejos tiempos, pero cada vez que se abría la gran puerta de la mansión y salía aquel coche impecable de cristales tintados, se alejaban apresurados. Todos se inventaban alguna tarea, se dirigían a sus tiendas como si acabara de llegar un cliente, y sólo cuando la «amenaza» se alejaba, volvían a agruparse alrededor de la Señora. Por si acaso. Quizá los nuevos dueños, desde detrás de los vidrios tintados, estaban vigilando quién se

encontraba allí, incluso tomando nota de sus rostros. Así, cada vez que salía el coche, la calle quedaba desierta.

–Vamos, Señora, no insista. Venga con nosotros, aquí se pondrá enferma.

–¿Quién puede apoderarse de lo que es de otro, por favor? ¡Este país tiene leyes!

–¡No estamos en la selva!

La Señora escuchaba los ruegos con una sonrisa amarga en los labios, y con un movimiento decidido de cabeza les dejaba claro que no aceptaría ninguna propuesta.

Nadie sabe si fue por un conductor o algún vecino, pero el hecho de que una anciana llevaba dos días sentada bajo un platanero en el camino del Bósforo llegó a oídos de la prensa. ¿Estaba loca? ¿Se había sentado allí a modo de protesta? ¿La habían echado a la calle sus propios hijos? Si era esto último, podía convertirse en una buena historia: pequeña, conmovedora, capaz de tocar la fibra al lector. Las noticias humanas siempre venden bien.

Por esa razón, el editor municipal del periódico *El Día* no olvidó incluir a la anciana en la lista de actualidad. Algún reportero podía ir, resolverlo en un par de horas y regresar. Cuando llegó el momento de tratar ese punto en la reunión editorial, mencionó el caso, y se le escapó decir:

–Una vieja loca frente al portón de la *Yalı* de los Bosnios...

Yusuf, que llevaba seis meses en la redacción, se levantó en cuanto lo oyó.

–¿Puedo encargarme yo de esa noticia? –preguntó.

–¿Tanto te interesa? –dijo el jefe de redacción.

–Conozco a esa mujer –respondió Yusuf–, y de loca no tiene nada.

–Está bien, ve –asintió el jefe–, pero no te entretengas, que hay mucho trabajo.

Y, al salir, le gritó:

–¡Y no te olvides de sacar fotos!

Yusuf murmuró para sí, entre dientes:

–Estos todavía se creen que soy un novato...

2

Mientras cruzaba el puente del Bósforo en uno de los vehículos del periódico rumbo a la antigua *yalı*, Yusuf no podía dejar de pensar en la Señora. ¿Qué había sucedido para que aquella mujer acabara durmiendo en la calle? La Señora que él conocía no era, en absoluto, alguien que pudiera perder la razón.

Podría decirse que pasó su infancia junto a ella. Antes que él, sus propios abuelos también habían vivido en la sección del servicio de la mansión, trabajando como jardineros para el Abuelo Bajá. Más tarde, tras nacer su padre, se mudaron al otro lado de la carretera, a una chabola en la ladera que habían construido con sus propias manos. El piso donde Yusuf vino al mundo y creció estaba en un modesto edificio de cuatro plantas que se levantaba en el solar donde antes había estado la chabola. Ya no vivían en el jardín de la mansión, sino en lo alto, en el corazón de un bosquecillo en el que los árboles, antaño frondosos, se habían vuelto cada vez más escasos. Desde que su abuelo construyó la primera casa, los parientes de Kastamonu fueron llegando y levantando sus propios hogares. Aquel cerro, del que antes se decía que era un bosque impenetrable, estaba ahora cubierto de viviendas. En la carretera de la costa habían abierto fruterías, colmados y carnicerías. De hecho, los primos de su tío regentaban el colmado, y la frutería estaba en manos de los nietos de un hombre que, en su tiempo, había sido el encargado de llevar verduras a la mansión.

Los turistas insisten en llamar a las dos orillas de Estambul «Europa» y «Asia». Yusuf cruzó el puente del Bósforo hacia la otra orilla, que los estambulíes no consideran en absoluto como «Asia», sino «Anatolia». Había vivido allí hasta que terminó la universidad, pero ahora se había mudado a Cihangir, rompiendo todo lazo con aquel barrio de antiguas mansiones. De vez en cuando visitaba la

casa de su padre, nada más. En sus últimas visitas ni siquiera se había pasado a ver a la Señora. Sin embargo, durante su infancia, la Señora había sido la persona a la que Yusuf más quería de entre los mayores. En las mañanas de los días festivos, corría al jardín de la *yalı* para ser el primero en besar la mano de la Señora. Junto a ella se sentía en paz. Salih Bey, hombre de negocios, y su familia, que habían comprado la *Yalı* de los Bosnios, también eran buena gente, pero por alguna razón siempre se sentía tímido e inseguro en su presencia.

Lo trataban bien: le acariciaban el pelo, le daban dinero y, al empezar el curso, le compraban uniformes, zapatos, cuadernos y libros. Pero todo esto a Yusuf le pesaba un poco. Porque no le daban esos regalos como si fuera un nieto propio. Sentía que con cada palabra subrayaban el favor que le hacían, el mérito de su generosidad: «Toma, hijo, póntelos. ¿Te quedan bien? Sé un buen chico. Venga, toma otro bombón. No seas tímido, coge otro más», decían mientras le daban palmaditas en la cabeza. Con todos los miembros de aquella familia (el abuelo, la abuela, el padre, la madre y los nietos) mirándolo se sentía extraño con las mejillas llenas, obligado a atiborrarse de chocolatinas una tras otra.

Pero la Señora nunca lo forzaba a nada parecido. Se dirigía a él como hablaría con cualquier otra persona. Le daba uno de sus famosos jazmines y, luego, con tono despreocupado, le decía: «Voy a comer unos higos. Si te apetece, acompáñame». Y sin esperar respuesta, colocaba en dos platitos unos higos morados recién recogidos de la higuera del jardín. Las propinas que le daba para los gastos del colegio o en días festivos las envolvía en un ramillete fragante de jazmines, o las entregaba junto con un bonito pañuelo donde había bordado sus iniciales.

La casa de la Señora era como un taller de costura: hilos de seda de todos los colores, bobinas, telas resplandecientes, delicados encajes... De las paredes colgaban cuadros. En el más grande, el Abuelo Bajá aparecía solemne con su uniforme bordado en hilo de oro, escudriñando la habitación con sus ojos color avellana. Yusuf

recordaba cómo su abuelo y su padre hablaban a menudo del Bajá con reverencia: «¡Que en paz descanse! ¡Cuánto bien nos hizo!».

De las conversaciones a medias que escuchó en casa, a Yusuf le quedó grabada la idea de que la Señora era nieta del Bajá, y que aunque Salih Bey, hombre de negocios, y su familia, eran buena gente, no podían compararse con alguien de una estirpe tan noble.

El bisabuelo de Yusuf, en una de las tantas guerras (difícil saber cuál, porque hubo tantas que no podía diferenciarlas), había sido soldado a las órdenes del Bajá. En el conflicto, una herida en la pierna lo dejó cojo para siempre, y pasó el resto de sus días como jardinero en el extenso jardín de la mansión. Se había instalado allí con su familia, que había traído desde Kastamonu, en una casita dentro de aquel enorme jardín.

Según cuentan, en aquellos tiempos el jardín parecía un paraíso: magnolios gigantescos, higueras, granados, ciclamores, limoneros y naranjos, las rosas más raras, crisantemos, hortensias... La magnolia más espléndida, la que extendía sus ramas sobre la casita hasta cubrir casi por completo el techo con sus flores, había sido plantada por su abuelo en honor al nacimiento de la señora Leyla. Era tan majestuosa y alta, que quien veía el brillo de sus hojas verdes, el tamaño de sus flores y sentía su fragancia, quedaba embelesado. En esa época hasta había una cascada en una de las esquinas del jardín.

A decir verdad, las piedras de colores colocadas ordenadamente en el suelo, las pérgolas, las magnolias, los ciclamores y los rosales aún estaban allí, pero al venderse el *selamlık*[3] se había levantado un muro de cualquier manera y, como resultado, los duros vientos del Bósforo entraron y mataron a los limoneros y a los naranjos. Los antiguos maestros armenios y rumíes que construyeron las mansiones del Bósforo solían calcular las corrientes y vientos con meticulosidad, y todo lo diseñaban en función de ello. Pero hoy en día ya no quedaba nadie que se preocupara por esos detalles.

Cuando Yusuf llegó a la mansión vio a la señora sentada bajo el imponente plátano, hablando con un policía. Al saludarla no estuvo seguro de si ella se alegró de verlo o no. Quizá no quería que el

pequeño Yusuf la viera en aquel estado lamentable. Al menos eso fue lo que interpretó él.

El policía, con tono firme, la advirtió:

–Señora, no podemos permitir que permanezca aquí por más tiempo. Los propietarios de la mansión han presentado una denuncia. Dicen que usted los está molestando.

Con voz serena y paciente, la Señora respondió:

–Hijo mío, esta mansión la construyó mi abuelo. Toda mi familia vivió aquí.

–Puede ser, pero la mansión ha sido vendida –replicó el agente, hojeando el papel que tenía en la mano–. La propiedad está registrada a nombre de Ömer Cevheroğlu Bey.

–Esa es la parte de la mansión, hijo –dijo la anciana con suavidad–. Pero la casita en la que yo vivo es un terreno distinto, con su propia escritura. Me la dejó mi abuelo. Si quiere, compruébelo usted mismo.

En realidad, el Abuelo Bajá figuraba en el registro civil como su padre, pero la mujer había omitido ese detalle con la esperanza de que el agente no se diera cuenta. Que en los archivos apareciera como hija de su abuelo estaba relacionado con una gran tragedia familiar que había marcado no sólo los registros oficiales sino también el destino entero de la familia.

La Señora sacó cuidadosamente de su bolso una escritura doblada con precisión y se la entregó al policía. Él la tomó, se la acercó a los ojos y comenzó a leer en voz alta: número de plano, manzana, parcela, nombres... todo parecía en orden. El agente estaba desconcertado.

–De todos modos, tiene que levantarse y marcharse ahora mismo –insistió–. Puede reclamar sus derechos más tarde, pero mi superior me ha dado instrucciones claras. Los propietarios están molestos. Me ordenaron que la saque de aquí sin falta.

–Por favor, oficial, hijo –le pidió la mujer–, muéstrele esta escritura también a su superior.

Ante esto, el joven policía dejó de dirigirse a ella como «señora» y soltó:

–¡Pero qué dice, abuela! ¡También mi jefe tiene un jefe! Han llamado desde la Dirección General de Seguridad. No puede enfrentarse a esta gente. Será mejor que se levante y se vaya. De lo contrario, he recibido órdenes de llevarla a comisaría. Venga, haga el favor.

–Me llamo Leyla –dijo la mujer.

–¿Cómo?

–Leyla, ¡mi nombre es Leyla!

Mostrando ya signos de impaciencia el policía replicó:

–Está bien, ¡señora Leyla!

–¡No! ¡Llámame simplemente Leyla!

Entonces Yusuf intervino. Como conocía bien esa peculiaridad de la Señora, no se sorprendió, pero era evidente que el policía no entendería nunca el deseo de una mujer de su edad de ser llamada simplemente por su nombre. Era algo que había causado muchas dificultades en el barrio: desde niños, ella les enseñaba a todos a llamarla Leyla. Quienes no podían, o quienes por respeto a su edad preferían evitarlo, le decían simplemente «Señora».

Para poner fin a la discusión, Yusuf mostró su credencial.

–Soy periodista, agente –dijo. No tenía aún la tarjeta de prensa, pero sí una identificación con foto expedida por el periódico–. Nadie tiene derecho a echar a esta mujer de su propia casa, que está debidamente registrada. Aquí está, puede verlo.

El policía lo apartó un poco y, bajando la voz, le dijo:

–Usted sabe quién es el nuevo propietario de la *yalı*, ¿verdad? Ömer Bey, Ömer Cevheroğlu. No han dejado de llamar por teléfono desde esta mañana. ¡Falta que llame el ministro del Interior! Incluso el gobernador está al tanto. Al parecer, la presencia de esta mujer altera los nervios de la esposa de Ömer Bey. Además, esta señora también es un poco rara, ¿eh?

Mientras tanto, los vecinos del barrio, el tendero, el frutero y los aprendices se habían reunido alrededor para escuchar.

Viendo que así no avanzarían, Yusuf decidió como último recurso entrar a la *yalı* y hablar directamente con los nuevos propietarios sobre el asunto de las escrituras. Llamó al timbre de la verja del

jardín. Tras esperar un poco, la puerta se abrió y un hombre corpulento, de bigote espeso, le preguntó qué quería. Yusuf le explicó que era periodista y que deseaba hablar con Ömer Bey[4] sobre un asunto.

–Espere un momento –dijo el hombre, y desapareció.

Al cabo de un rato volvió y condujo a Yusuf hacia el interior.

Era una sensación extraña dejarse guiar por un desconocido en el jardín donde había pasado su infancia. Yusuf conocía al dedillo cada piedra, árbol y rama de ese jardín. Desde las ventanas, pudo ver que dentro de la casa todo estaba siendo desmantelado; los muros y el techo parecían raspados hasta el hueso.

El guardia llevó a Yusuf hasta la terraza delantera. Las aguas del Bósforo acariciaban el mármol del suelo, reflejando una luz intensa y parpadeante, cegadora. Yusuf nunca había podido mirar directamente esa luz tan viva, por eso siempre prefería la fresca y sombría tranquilidad del jardín trasero. Como le ocurría cada vez que volvía allí, se le humedecieron los ojos.

En ese momento, Ömer Bey, a quien Yusuf había visto muchas veces en periódicos y en la televisión, se le acercó preguntándole qué deseaba. Era un hombre esbelto y apuesto, elegante. Llevaba el cabello corto, perfectamente arreglado, unas gafas de montura roja y una ligera camisa blanca con las mangas remangadas hasta los codos.

–Delante de esta casa hay una anciana sentada –dijo Yusuf–. Quería hacerle un par de preguntas al respecto.

Con un gesto indulgente, Ömer Bey respondió:

–Le hemos dado ya mucho tiempo a esa pobre mujer. Desde que compramos la casa le explicamos que tenía que irse, pero no quiso. Así que nos hemos visto obligados a actuar.

–Pero ella dice que la casa del jardín trasero le pertenece –insistió Yusuf.

Ömer Bey sonrió y dijo:

–¡Miente, la pobrecita! –Y soltó una breve carcajada.

–Pero tiene las escrituras en orden –objetó Yusuf.

En ese momento, una mujer joven, a quien Yusuf no había visto antes por el resplandor cegador del agua, irrumpió en la conversación, gritando:

–¿¡Se da cuenta de con quién está usted hablando!?

Era una mujer delgada, con el cabello teñido de rubio, y de una belleza llamativa. Llevaba gafas de sol y vestía unos pantalones muy cortos. Ömer Bey, con un gesto cortés, la mandó callar. Ella, visiblemente irritada, se dirigió al interior de la mansión y allí continuó dando órdenes a los obreros.

Ömer Bey se dirigió a Yusuf:

–Deme un momento, por favor. –Y también se metió en la casa.

Cuando Yusuf se quedó solo en la terraza, echó un vistazo a la mansión desde el frente. Allí aún no había cambiado nada. De hecho, la normativa urbanística impedía que se realizaran modificaciones significativas.

Yusuf sabía que aquella *yalı* era una joya engarzada por pilares de cedro sobre las aguas del Bósforo. Como todas las mansiones construidas a finales del siglo xix y principios del xx, no evocaba riqueza o magnificencia, sino la idea de una vida familiar sencilla junto al agua. Era una construcción de madera que reflejaba el gusto oriental, muy distinta de los palacios barrocos que estaban de moda en el Imperio otomano durante el siglo xix.

El mar resplandecía de un azul intenso. Por alguna razón, las aguas del Bósforo cambiaban de color cada día, pasando del verde claro a los tonos cobrizos.

Mientras Yusuf contemplaba un enorme carguero ruso que navegaba rumbo al mar Negro, su teléfono sonó. Respondió y escuchó la voz preocupada del jefe de redacción del periódico:

–Vuelve enseguida.

–¿Qué?

–Te digo que regreses. El jefe está furioso.

–Pero aquí hay una anciana a quien están desalojando de su propia casa a pesar de tener las escrituras en regla –explicó Yusuf.

–El estado mental de la mujer no es estable.

–Qué va, si acabo de verla. Está perfectamente lúcida.

–Escúchame –insistió el jefe de redacción–, tienen un informe médico. Según el dictamen, la señora no está en sus plenas capacidades mentales. El tribunal le nombró un representante legal, y ha sido él quien ha vendido la casa a Ömer Bey.

Al oír esto, Yusuf comprendió de inmediato la situación: habían hecho con Leyla lo mismo que con tantos otros ancianos propietarios de mansiones y palacetes.

Bajo la mirada sarcástica del guardián que le había abierto la puerta, Yusuf abandonó la mansión. Ömer Bey había salido también, pero esta vez ni se dignó mirarlo. Cuando llegó a la calle vio que el policía hablaba por radio.

–A sus órdenes, comisario.

Luego, agarró a Leyla bruscamente del brazo, intentando levantarla. Cuando los vecinos comenzaron a protestar, se excusó:

–Esta mujer no atiende a razones, señores. Y yo tengo órdenes claras: si no se marcha, hay que llevarla al cuartel. Sólo obedezco órdenes.

Yusuf pidió a todos que se apartaran un poco. Entonces, inclinándose hacia la Señora, le dijo en voz baja:

–Señora, me temo que no nos queda otra. Han conseguido un informe que dice que no está en pleno uso de sus facultades mentales. Le han asignado un tutor y, en estas condiciones, usted pierde todo derecho sobre su propiedad.

La Señora abrió los ojos, incrédula.

–¡Pero si nunca me he hecho un examen médico! ¿De dónde se han sacado ese informe?

–¡Ah! –suspiró Yusuf–, ¿cree usted que es difícil hacerse con un informe falso para esta gente?

Después, le explicó que ya no podía permanecer allí. Pasar la noche en una celda sería indigno para alguien como ella, nieta del ilustre Bajá Abdullah Avni, el Bosnio. Por eso, Yusuf le propuso ir a su casa en Cihangir. Podría quedarse unos días mientras buscaban una solución.

El rostro fino y elegante de la Señora se ensombreció con tristeza, y el color avellana de sus ojos se oscureció. Permaneció inmóvil durante un momento.

Yusuf insistió:

–Que aceptemos marcharnos no significa renunciar. Lucharemos para invalidar ese informe falso. Pero para ello necesita cuidarse y mantenerse fuerte. Le espera una batalla muy dura.

Estas palabras parecieron convencerla.

–Está bien, Yusuf –dijo con voz resignada–, si no hay otra opción, vamos a tu casa. Al fin y al cabo tú eres como un nieto para mí.

Se incorporó de la maleta donde había estado sentada durante más de dos días. Al principio se tambaleó peligrosamente, como si fuera a caer, pero luego, con un esfuerzo admirado por todos, logró erguirse con dignidad.

Y con esa nobleza, se dirigió a los tenderos que habían intentado ayudarla:

–Gracias a todos, vecinos míos. Les ruego me perdonen. Que Dios los guarde.

Antes de subir al coche blanco del periódico echó una última mirada a la *yalı*. Apretó sus labios y sus ojos destilaron una mirada llena de rabia.

En voz baja, pero con profunda determinación, se repetía:

–Ahora me voy, pero juro que volveré. Volveré, y no permitiré que manchen el honor de la familia Bosnalı.[5]

3

Mientras regresaban al lado europeo y se dirigían a su casa, Yusuf observaba de reojo a la Señora, sentada a su lado, y admiraba su aire de seguridad. Así era el carácter de esa mujer que había padecido tantos sufrimientos a lo largo de su vida. No compartía sus penas con nadie, ni las dejaba traslucir en su aspecto o modales. Ahora, a pesar de haber perdido su hogar y de ir, quizá por primera vez en su vida, a una casa ajena, no se quejaba ni preguntaba nada sobre el lugar al que se dirigían. Llevaba dos días durmiendo sobre una maleta, pero su cansancio sólo lo delataban la piel excesivamente pálida y las ojeras violáceas bajo los ojos.

La Señora no preguntaba adónde iban, pero Yusuf ya empezaba a preocuparse seriamente durante el trayecto. Se había compadecido de su situación y, en un arrebato de heroísmo, la había invitado a su casa, pero ¿quién sabía qué pensaría la mujer cuando llegaran? Porque el barrio de Cihangir no se parecía en nada a ningún lugar que la Señora hubiera visto en su vida. ¿Cómo reaccionaría al ver esas calles estrechas, esos edificios decrépitos, a los travestis, los homosexuales, los músicos de rock de pelo largo y pendientes, los hiphoperos con gorros y boinas, las prostitutas de uñas largas o las chicas con *piercings*? Por supuesto, los habitantes de Cihangir no eran sólo ellos. En ese animado barrio también vivían intelectuales, periodistas, universitarios, diplomáticos extranjeros, pero estos pasaban desapercibidos; los otros, en cambio, se veían de inmediato.

Presentar a la Señora a Roxy no iba a ser nada fácil, la verdad. Sólo de pensarlo a Yusuf le entraban náuseas. Así era él: se lanzaba sin pensar, se metía en algo y luego no sabía cómo salir. Y volvía a pasar lo mismo. Yusuf odiaba ese rasgo de su carácter, pero no podía evitarlo.

Llevaba cinco meses viviendo con Roxy, quien intentaba hacerse un nombre y ganar dinero como cantante de hiphop. De hecho, se habían conocido de forma igual de repentina: al ir a un club de hiphop en Beyoğlu, muy de moda últimamente, esa chica primero le había provocado una extraña fascinación, y luego su interés se había transformado en un amor cada vez más profundo.

Su verdadero nombre era Rukiye. Su familia era de Kayseri, pero vivía en Alemania. Después de una serie de extrañas coincidencias en su adolescencia que la llevaron de Duisburgo a Estambul, Rukiye se había dejado atrapar poco a poco por la energía inusual y la magia caótica de la ciudad. Había cambiado su forma de vestir y su apariencia, y había comenzado a vivir como Roxy, el nombre que había adoptado en Alemania.

En los últimos años no dejaban de abrirse clubes en Beyoğlu, y todos se llenaban de gente hasta que no cabía un alma. Este elegante barrio levantino de la época otomana ahora rebosaba de clubes de jazz, cafés con música rock, y bares de hiphop y *türkü*.[6] Los periódicos no dejaban de escribir una y otra vez que en esos clubes «latía el pulso» de Estambul.

Yusuf había alquilado una casa en Cihangir, en parte por su deseo de acercarse a ese nuevo mundo y en parte porque no podía separarse de Roxy. La verdad es que los alquileres aquí eran baratos. Como el dinero que recibía del periódico era escaso, llevaba varios meses pidiendo prestado a su primo Hüseyin, de Ankara. Ese poco dinero sólo le alcanzaba para vivir en este barrio. Aun así, Yusuf estaba muy contento de haberse librado de la casa de sus padres en el lado asiático y haber podido venir aquí. La vida para él acababa de empezar.

El pequeño coche de fabricación nacional, traqueteando a causa de los baches de las calles de Estambul, giró poco después por las callejuelas laberínticas de Cihangir y se detuvo frente a un edificio de cinco pisos, viejo y ruinoso.

En cuanto entraron al inmueble, Yusuf vio que el cubo de basura junto a la puerta estaba a rebosar y que los restos, entre los que hurgaban dos gatos descarados, se habían desparramado por toda

la entrada. Por lo general no solía fijarse en esas cosas, pero ahora, al lado de la Señora, se avergonzaba de la suciedad de la entrada, del olor a gas, humedad y comida mezclados que les invadió las fosas nasales nada más pisar el portal, y de las paredes desconchadas. Si hubiera podido, habría hecho desaparecer a los gatos sucios que rebuscaban en la basura y a los perros callejeros que vagaban buscando comida para que la Señora no los viera. Porque no podía conciliar esas cosas con la Señora, a quien durante toda su infancia había visto vestida de blanco impoluto y regalándole jazmines. La Señora pertenecía a un mundo aparte, al pasado; él, en cambio, vivía con Roxy en el presente. Aunque fuera más sucio, más complejo y más tosco, era su propio tiempo. Un tiempo que les hacía vibrar de pasión y sentir fuego en las entrañas.

Yusuf prácticamente arrastró a la anciana, que estaba a punto de desplomarse del cansancio, hacia la escalera lúgubre, empinada y sucia para llevarla al apartamento del quinto piso.

Mientras tanto, se preguntaba si la Señora podría subir las escaleras. Dios no lo quisiera, si la anciana con problemas de corazón moría en esas escaleras la culpa lo perseguiría toda su vida.

Como Leyla no le daba importancia a su enfermedad cardiaca, la gente del barrio tampoco le prestaba mucha atención. Cuando se sentía mal se ponía una pastilla bajo la lengua, de las que le daba el joven médico del barrio, y se tumbaba a esperar que la molestia remitiera. Una vez, Yusuf le había oído a su padre que todos en la familia del Bajá tenían problemas de corazón.

¿Cómo iba a subir la pobre mujer, enferma y agotada, esa torre? Y más después de dos noches apoyada sobre una maleta y sin dormir... Hasta los jóvenes se quedaban sin aliento al subir esa escalera y despotricaban contra los edificios sin ascensor de Estambul. Si no, la dejaría descansar un poco en los rellanos de la escalera para que pudiera recuperar el aliento.

En el evocador gentío de Beyoğlu y Cihangir había un encanto indescriptible: la multitud de estudiantes que caminaban chocando unos con otros en la calle; la cacofonía de música étnica que subía de las tiendas de música alineadas a ambos lados; los olores que

emanaban de los puestos de *köfte* y hamburgueserías; las carcajadas femeninas; los carteles de cine; las luces que hacían brillar los rostros jóvenes; las galerías de arte; los turistas que escudriñaban el entorno atónitos; los clubes de rock, jazz y hiphop; los bares de *türkü;* los hombres de espeso bigote; los travestis; los chicos de pelo largo y pendientes; las camareras, desgastadas y con maquillaje recargado, que salían de los locales de alterne; la enloquecedora sensualidad culinaria del Bazar del Pescado; los peces brillando bajo bombillas desnudas; los montones y montones de frutas y verduras; el denso aroma a anís que se mezclaba con el olor a especias de las tiendas de queso y *pastırma*...

Todo esto avivaba una pasión ardiente en Yusuf, quien, tras su tranquila infancia en la orilla del Bósforo, sentía que de repente empezaba a vivir todas las aventuras del mundo. Su antigua vida estaba dominada por la serenidad de las tradiciones, mientras que su nueva vida estaba gobernada por la sensualidad. El olor a sangre, sudor y lujuria que emanaba de la multitud hacinada, la suciedad del ambiente en el que vivía, las manadas de perros que volcaban los cubos de basura por la noche, los montones de restos de comida arrojados frente a los restaurantes, los vómitos de borrachos que procuraba no pisar cuando caminaba, los orines en los muros, las chicas con las axilas sudadas en los clubes de rock, parecían elementos imprescindibles de esa sensualidad. La sensualidad era algo que venía con el sudor y la sangre humana.

Pero ahora, en ese momento, Yusuf le daba mil vueltas, muy preocupado, pensando cómo se adaptaría a esta nueva vida el querido fantasma que había salido de su pasado, o mejor dicho, que había traído él mismo por propia voluntad, y no encontraba la manera de resolverlo.

Tomó la maleta con una mano, metió suavemente su otra mano bajo el brazo de la Señora y la ayudó con cuidado a subir las escaleras.

4

En realidad Yusuf se angustiaba en vano. Porque el «querido fantasma que había salido de su pasado» no era consciente ni de la suciedad que le rodeaba, ni del edificio ruinoso, ni del ruido, ni de los olores.

El dolor de haber sido expulsada de su casa dos días antes y el desconcierto de enfrentarse a una situación tan inverosímil habían ensombrecido su rostro, a pesar de la apariencia serena que mostraba en la calle. No pensaba en nada más. Parecía como anestesiada. Quizá estaba un poco asustada. Desde que la habían forzado a salir de la mansión, que durante tantos años se había erguido como una fortaleza segura a su alrededor y donde convivía únicamente con los recuerdos de su familia, había empezado a tener miedo. No conocía a esas personas, ni esos edificios, aquellos coches, sonidos, olores...

Mientras subía por las escaleras agarrada del brazo de Yusuf, la cabeza le daba vueltas, y el cansancio de tantas noches sin dormir comenzaba a hacerse notar. En su mente nublada desfilaban, como en un sueño, imágenes del Abuelo Bajá, que había mandado construir la mansión, de su abuela, de su madre y del tío İzzet Kemal, todos difuminados como en fotografías en blanco y negro con los bordes desgastados. Como si unas horas antes no hubiera abandonado la casa, sino a ellos.

En realidad, desde el día en que perdió a toda su familia y se quedó sola, ya no vivía en este mundo. Desde niña se refugiaba en la seguridad reconfortante de la hamaca donde se tumbaba para soñar. No tenía interés por lo que ocurría más allá de sí misma. El paso del tiempo y el mundo cambiante palidecían ante aquellas telas de lino de Egipto o muselina, sobre las que cada día se inclinaba para bordar delicados dibujos con hilos de seda.

«Abuela –murmuraba para sí–, tú sabes que no me he ido de la casa por voluntad propia. Me han echado. ¿Acaso podría yo dejaros? ¿Abandonar mi hogar?»

Su abuelo le sonreía con sus ojos color avellana, con una mirada que parecía querer consolarla. Tras él, el rostro redondo y amable de su abuela. En su expresión había algo que decía: «No te preocupes, hija mía. Lo sabemos todo». Pero no hablaban, sólo la miraban en silencio.

Sin aliento, se apoyó en una pared del descansillo para recuperar fuerzas, el mundo se tambaleaba a su alrededor.

Las aguas del Bósforo le salpicaban el rostro al paso de un gran carguero que cruzaba desde el mar Negro hacia el mar de Mármara. Las olas provocadas por la embarcación golpeaban la costa y mojaban la cara de una niña que se había inclinado sobre el agua. El olor de las redes de pesca se mezclaba con ese aroma denso, dulzón y antiguo que emana de los pilares de cedro que sostienen la mansión sobre el agua, tras haber pasado un siglo sumergidos.

En aquel momento pasó una bandada de pardelas, volando tan bajo que casi rozaban el mar. Allí donde la niña se inclinaba el color era más claro, después se iba oscureciendo poco a poco, hasta tornarse en un azul nocturno allá donde cruzaban los barcos. El olor a jazmín del jardín trasero inundaba el ambiente. Los jazmines estaban junto al magnolio que su abuelo plantó en honor a su nacimiento, jazmines blancos de Chipre. Como era el aroma preferido de su abuelo, el jardinero plantó muchos, y ahora ese olor aterciopelado envolvía y acariciaba el alma.

Al recordar el jazmín se acordó de pronto de Yusuf, el nieto del jardinero, ese muchacho educado y melancólico. Pero pronto lo olvidó porque no quería dejar escapar el aroma del jazmín de Chipre ni los ojos de avellana de su abuelo.

Su abuelo no hablaba, pero no había nada de extraño en ello. Porque ella nunca lo había oído hablar. El día en que llegó la noticia de que su hijo İzzet Kemal había muerto en combate, lo golpeó un derrame cerebral que le arrebató el habla. La señora Leyla siempre lo recordaba como un anciano que la observaba en silencio, con sus

ojos de avellana siempre húmedos. En los días de verano lo sacaban con su desvencijado sillón de mimbre al jardín trasero, donde se pasaba el día sentado, sin pronunciar palabra, contemplando los juegos de su nieta y las bellas magnolias, jazmines, ciclamores, laureles, hortensias y pensamientos.

La pequeña Leyla subía a su regazo, jugaba con su barba, le apretaba la nariz, y sentía la ternura que se desbordaba de los ojos color avellana de su abuelo. Pero un día vio que de esos ojos brotaron hileras de lágrimas, y no lograba entender por qué aquel abuelo tan imponente lloraba como un niño. El Bajá lloraba con la misma expresión inmóvil de siempre, mientras las arrugas de sus mejillas se empapaban y las lágrimas alcanzaban su bigote gris. Leyla, sorprendida, llamó a su abuela y vio cómo sacaba uno de los pañuelos de seda que siempre llevaba en la manga para secarle las lágrimas al Bajá. Años después, mientras pensaba en ese momento, Leyla recordó también la música que sonaba entonces. Desde la radio del salón llegaba una balada de Rumelia.[7] Una voz femenina, aguda y dolida, cantaba: «Subiré a Rumelia, presentaré mi queja al *beylerbeyi*».[8] Cada vez que, ya de adulta, escuchaba esa balada, a Leyla le venía a la mente la imagen de su abuelo llorando. La melancólica canción de Rumelia, que había hecho llorar al impasible Bajá Abdullah Avni, el Bosnio, también le encogía el corazón y le empañaba la mirada.

Leyla, con aquella edad, no podía comprender si su abuelo lloraba por la añoranza de su tierra natal o por el dolor de haber perdido las tierras de Rumelia, por las que tanto había luchado. En aquella casa, la pérdida de los territorios europeos del imperio se percibía como la muerte de un ser querido cuyo luto nunca terminaba. Desde niña, Leyla sabía que aquella era una herida abierta, que nunca cerraría.

Había aprendido que su abuelo, el Bajá Abdullah Avni, el Bosnio, había sido uno de aquellos oficiales que, a lomos de su caballo, habían hecho lo imposible para no perder las tierras de Rumelia. Pero todo fue en vano, y las tierras de Rumelia en las que su abuelo había nacido fueron cayendo, poco a poco, en manos ajenas.

El sufrimiento de los miles de refugiados que se echaron a los caminos tras el desastre de Rumelia siempre se traslucía en las lágrimas de sus ojos. El grito de «¡Viene el enemigo!» que hacía que la gente dejara las cacerolas en el fuego y saliera corriendo; el hambre sufrida en el camino, las personas que rogaban por un pedazo de pan a los compasivos gitanos, las madres que se veían obligadas a abandonar a sus bebés, los hermanos que se perdían para no encontrarse más... eran historias que se repetían casi a diario en aquella casa.

Los parientes del Bajá compartieron el mismo destino: una mañana emprendieron el éxodo desde Nevrokop. Frente a ellos se abrían cientos de kilómetros. Las madres que acababan de dar a luz se ataron a los bebés a la espalda, buscando la forma de hacer frente a la travesía. Otras, incapaces de llevarlos durante tantas horas, terminaron abandonándolos a un lado del camino. Y es que, al cabo de un tiempo, los bebés se volvían demasiado pesados.

La familia del Bajá que salió de Nevrokop llevó consigo a un niño cuyos padres habían sido asesinados. Antes de que los búlgaros irrumpieran en la casa, los padres habían escondido al pequeño en un armario de nogal de su dormitorio. El niño se durmió durante un rato, pero luego, con hambre, se despertó llorando, y aunque gritó hasta quedarse sin aliento nadie abrió la puerta. Suponían que el pequeño había empujado la puerta del mueble hasta vencerla, pues encontraron el armario abierto. Y el niño, de no haber estado escondido, no habría podido sobrevivir. Lo habrían asesinado junto a sus padres, como a tantos otros niños. El pequeño gateó hasta la sala de estar. Sus padres yacían en el suelo. Su madre estaba desnuda, con los pechos descubiertos. El niño se arrastró hasta ella, esperando que lo amamantara. Pero la madre no se movía. Entonces, el niño acercó su boca al pecho ensangrentado de la madre y empezó a succionar. Los parientes del Bajá encontraron al niño así, y les costó separarlo del pecho de su madre. Los labios del pequeño estaban manchados de sangre. El niño cuyos padres habían sido asesinados por los búlgaros era el sobrino del Bajá Abdullah Avni, el Bosnio. Era el hijo del tío de la madre de Leyla. Los refugiados de la guerra de los Balcanes, que se habían echado a los

caminos a pie, llevaron a cuestas a aquel desdichado niño y lograron traerlo hasta Estambul.

La familia marchó durante días junto a cientos de miles de personas. Y un día, cuando las escasas provisiones que habían traído consigo se agotaron, comenzaron a pasar hambre. Justo entonces, los gitanos de Nevrokop, tan solidarios, acudieron en su ayuda. Antaño, los gitanos solían acercarse cada viernes a mendigar pan, y las gentes de Nevrokop les llenaban las bolsas ennegrecidas por el uso. Ahora eran ellos los que devolvían ese pan, sacándolo de las mismas bolsas raídas, para dárselo a quienes más lo necesitaban.

En aquella accidentada travesía, la ayuda volvería a presentarse una vez más, y esta vez salvaría a la familia de una muerte segura. Tras semanas de marcha, con los pies destrozados, lograron llegar al puerto de Kavala. Desde allí se subirían a un barco rumbo a Esmirna y alcanzarían por fin un lugar seguro. Pero por entonces, Kavala, abarrotada de familias de refugiados, estaba controlada por las milicias búlgaras. Estas masacraban sin piedad a los migrantes. Si los capturaban, el destino de los parientes del Bajá sería una muerte segura. Mientras intentaban subirse al barco, cayeron en manos de las bandas. Estaban siendo llevados para ser ejecutados cuando, de entre los cabecillas, apareció un respetado capitán. Dio la orden de que los dejaran libres. Según contaron después, aquel hombre se llamaba Lademir.

Uno de los actos benéficos de los mayores de la familia había sido acoger niños cristianos en su casa, criarlos y asegurarse de que pudieran completar su educación. Lademir era uno de esos niños que había crecido en la casa. Y ahora no pudo permitir que la familia que lo había criado fuera aniquilada: ordenó que los embarcaran.

El barco, sacudido por las olas del mar embravecido, revolvía el estómago a los miembros de la familia que, aun así, agradecidos de haber encontrado un sitio en cubierta, rezaban por Lademir.

Esta historia, contada por los parientes refugiados que habían encontrado cobijo en la *yali*, llegó hasta Leyla a través de los mayores. Y un día, mientras recordaba aquel relato doloroso, se quedó pensando en Lademir. ¿Cuál habría sido su destino? ¿Se

habría ido de este mundo con una bala en alguna de las traicioneras emboscadas de Macedonia? ¿O acaso, más tarde, habría pasado a la historia como uno de aquellos Vladimires que jugaron un papel en la liberación de Bulgaria? Quién sabe. Leyla sospechaba que aquel a quien todos llamaban Lademir en la familia en realidad se llamaba Vladimir.

Como todos los estambulíes, la familia del Bajá también vivió en sus carnes las penas de la derrota de la guerra de los Balcanes de 1912. Trataron de socorrer a los desamparados que habían caminado durante días para salvar sus vidas. No había lugar donde acoger, alimentar o curar a los cientos de miles de turcos de Rumelia que llegaban a Estambul. Por eso, los recién llegados se refugiaban en los patios de las mezquitas, en los jardines de los hospitales, en los edificios del gobierno o en las casas de almas caritativas. Desde cada rincón de Estambul se alzaba un clamor: los gritos desgarrados de aquellos que, en el camino, habían perdido a sus seres queridos, su hogar, su tierra, su casa, su campo. Gritos de hambre, enfermedad y dolor, de rostros pálidos y cuerpos heridos.

El Bajá Abdullah Avni no sólo alojó a sus parientes, sino que también dio cobijo en el jardín de la mansión a un centenar de sus paisanos. Mandó levantar tiendas e instalar estufas, e intentó aliviar su dolor, como hicieron tantas otras familias de Estambul. Hombres y mujeres fueron alojados en dos grandes tiendas separadas. Dos días después de que llegaran los niños, que dormían con sus madres, comenzaron a explorar los rincones más escondidos del jardín, y con sus travesuras lograron arrancar sonrisas a los dueños de la casa.

Estambul lloraba sangre, pero la vida tenía que continuar. El Bajá, hombre de gran compasión, observaba a los niños con gran ternura. La madre de Leyla, Handan, cuidaba de ellos y no les negaba absolutamente nada. Entre la sección del harén y el *selamlık* había un antiguo armario con un torno, que se usaba en los tiempos en los que la separación entre las partes de la casa era más estricta, para trasladar comida de un lado a otro. Los platos cocinados en el harén se colocaban en aquel armario, ahora caído en desuso, y luego se hacía girar para que llegara al *selamlık*. Había sido especialmente útil

cuando había invitados en el *selamlık*, y ahora los niños refugiados habían descubierto esa emocionante atracción apenas dos días después de su llegada. Entraban al armario por un lado, acurrucándose, y salían por el otro. El divertidísimo juego duró hasta que el mecanismo se rompió, y sólo entonces la abuela de Leyla, la señora Üftade, se enteró del asunto. Handan había tenido compasión por los niños y, aun a costa de que se dañara el torno, había guardado el secreto para no decir nada a su madre. Los niños tenían tanta necesidad de afecto y de juego...

Un tiempo después el gobierno repartió tierras y casas a los refugiados de Rumelia en lugares como Adapazarı, Bérgama, Estambul y Bursa, ayudándolos así a volver a reconstruir sus vidas. Pero la derrota de Rumelia y las continuas pérdidas del antes victorioso ejército otomano, incluso con derrotas desastrosas en lugares como Çatalca, a las mismísimas puertas de Estambul, fueron percibidas como el presagio funesto del fin del imperio. Cada mañana, antes de comenzar las clases en las escuelas, se recitaban lamentos por Rumelia y se derramaban lágrimas en nombre de las tierras perdidas.

Todo eso se lo habían contado a Leyla. Cada cosa que había sucedido en aquella mansión antes de que ella naciera vivía en su memoria. Había transcrito en cuadernos las palabras de su abuela y guardado las fotos desgastadas. De hecho, además de su abuela ya no había nadie que pudiera narrar aquellas historias. No alcanzó a conocer al Abuelo Bajá en los tiempos en los que hablaba; siempre lo había visto como un anciano silencioso. Su madre había muerto al dar a luz. Los ingleses habían asesinado a su tío İzzet Kemal durante la ocupación de Estambul. De aquel apuesto tío, de cabellos castaños y ondulados, sólo conocía los retratos. Por eso, aparte de su abuela, la señora Üftade, con quien vivía en la mansión, no había nadie más que pudiera transmitirle la historia de la familia. Quizá era por eso que Leyla consideraba aquellas historias como una herencia familiar sagrada, y jamás las había olvidado. Creía que si alguien olvidaba aquellos episodios, o los recordaba mal, se rompería el hilo que mantenía viva la historia familiar, para desaparecer. La memoria

de Leyla era el único testimonio de que la familia del Bajá Abdullah Avni, el Bosnio, había existido; el último refugio de un pasado de esplendor. Si un día no pensaba en ellos, si por un instante no evocaba aquellas historias, entonces sí, ese día, todos estarían realmente muertos.

Era cierto que, tras la muerte del Abuelo Bajá, la mansión se había vendido. Pero aun así, poder ver aquella casa, acariciar las hojas de los árboles del jardín, sentir el olor de los jazmines, enriquecía sus recuerdos con mil y un detalles, llenando su vida como un desfile resplandeciente de ecos del pasado.

Las manos fuertes y peludas que habían hurgado en los cajones perfumados con lavanda, entre la ropa interior de muselina, no sólo la habían arrancado de su casa y su refugio, sino también de su familia, dejándola tirada en la calle.

Leyla tenía miedo.

Ahora, mientras subía sin apenas poder respirar, con mareos, por las empinadas escaleras de la casa de Cihangir, pensaba con pánico en su familia, en su abuelo, en su abuela, en su madre.

Yusuf, cargando con la dura y pesada maleta de piel, se preocupaba por la mujer que ascendía escaleras entre piso y piso, intentando descansar cada poco para recomponerse, con el pecho oprimido y el aliento entrecortado.

Cuando llegaron al quinto piso, la Señora apenas podía mover brazos o piernas: sentía una presión en el pecho y estaba mareada. Yusuf se detuvo frente a la puerta y dejó la maleta en un suelo de mármol que estaba tan sucio que había perdido cualquier atisbo de su blanco original. Leyla, aturdida, se dio cuenta de cómo aquellas baldosas eran tan viejas y desgastadas como ella misma. Luego entraron a la casa.

Tras tomar un poco de aire, Leyla dejó a un lado sus recuerdos, y observó aquel ambiente. Lo primero que vio en ese apartamento de luz tenue fue un desorden perfecto (meticulosamente caótico). Un diván de terciopelo marrón, desteñido y cubierto de polvo, una

pequeña mesa de fórmica con platos sucios, sillas desgastadas, y libros desperdigados en una pequeña estantería llamaron su atención. En el suelo, una alfombra de colores confusos. Respiró hondo, pues al percatarse de aquel entorno se le encogió el corazón. Desde hacía años Leyla no veía un lugar así; quizá nunca había visto un sitio semejante. Habiendo sido criada en una casa donde hasta la carcasa de nogal de la vieja radio Philips estaba decorada con delicados encajes, Leyla se adentró en aquella casa con sumo cuidado, intentando no tocar nada. Las paredes tenían tantas humedades y manchas que sólo mirando con mucha atención se podía adivinar que una vez habían estado pintadas de amarillo intenso. En una esquina de la habitación había un teclado y una guitarra roja, ambos eléctricos, que le llamaron la atención. No estaba acostumbrada a aquellos instrumentos.

Consciente de la situación, Yusuf la ayudó a sentarse con cuidado en el diván de terciopelo y colocó la maleta suavemente en el suelo. «Esto no es muy apropiado, supongo, pero...», dijo murmurando, con la voz apenas audible. Yusuf siempre se sentía torpe en presencia de Leyla. Y en una situación como aquella...

Corrió a la cocina y Leyla empezó a escuchar el estruendo de la cacharrería. Poco después Yusuf apareció con dos tazas y le ofreció té. Justo en ese momento comenzó a escucharse la llamada a la oración del atardecer. Los altavoces, a todo volumen, daban la impresión de que el muecín estaba dentro de la casa. El hombre, que parecía ignorar completamente las escalas modales de la llamada a la oración del *saba*, *uşşak*, *hüzzam*, *eviç* o *rast*, gritaba a pleno pulmón.

Yusuf percibió un pequeño temblor en la mano que sostenía la taza de té y pensó que el cansancio finalmente había vencido la férrea voluntad de la Señora. Su corazón se llenó de una compasión infinita por aquella mujer de rostro pálido, frágil y cansado, con ojeras moradas que empezaban a cubrir sus ojos.

La ayudó a levantarse suavemente y la condujo a una pequeña habitación con una cama individual. Yusuf le mostró el lecho e

insistió en que descansara un poco. Después de traer su maleta y colocarla a un lado, le dijo que volverían a verse por la tarde y salió.

Leyla estaba agradecida; también necesitaba desesperadamente acostarse en algún lugar. Pero el polvo en la manta y la almohada, cuyo color se había oscurecido por el uso, llamaron su atención. Abrió la maleta y sacó un camisón largo de seda color crema, que puso cuidadosamente encima de la almohada. Sólo entonces apoyó la cabeza en ella. El camisón llevaba el frescor, la limpieza y el aroma de lavanda del Bósforo.

Antes de sumergirse en el sueño, le llegó el olor agradable de las calderas burbujeantes de jabón que hervían en el jardín de la *yalı*. Cuatro de ellas estaban emplazadas en una esquina del jardín, bajo las cuales ardían intensos fuegos, y las lavanderas removían la ropa mientras el agua hervía. El vapor se elevaba hacia el cielo. Más tarde, la ropa sería aclarada en agua con índigo, secada al sol, planchada con planchas de carbón y guardada en los armarios, impregnada del perfume a viento fresco del Bósforo. Con el tiempo, el aroma de lavanda del armario y la humedad particular de la *yalı* se pegarían a la ropa; al olerla, cualquiera, igual que Leyla durante décadas, tendría la sensación de absorber el Bósforo dentro de sí.

5

Tras la partida de Leyla, el padre de Ömer Cevheroğlu, el nuevo dueño de la *yalı*, fue a visitar a su hijo. Ali Yekta Bey era un hombre corpulento, de esos que antaño los moradores de la *yalı* solían describir con admiración como *comme-il-faut*, todo un caballero de porte imponente. Se había peinado con esmero hacia atrás sus cabellos canosos, bien fijados con gomina; llevaba unas gafas de montura gruesa de color marrón oscuro; se había afeitado al ras con un acabado impecable; vestía un traje beis perfectamente planchado y una camisa de cuello almidonado, rematada con una corbata de motivos paisley. Su rostro, de facciones marcadas y pómulos salientes, era huesudo y apuesto.

Lo que más llamaba la atención eran sus zapatos blancos y marrones, colores difíciles de ver en aquellos días.

Los comerciantes del barrio, que seguían con ojo curioso todo lo que ocurría en la *yalı*, comenzaron a hacer conjeturas sobre la identidad de aquel caballero que se había dignado honrar su vecindario con tan distinguida presencia.

Cemal, el frutero, murmuró:

–¡Un hombre digno de ser presidente de la República!

Hasán, el tendero, por su parte, no se quedó atrás:

–Eso es lo que se dice un auténtico caballero de Estambul.

No en vano, ellos también se consideraban estambulíes de pura cepa.

Sin embargo, había un detalle extraño en la llegada de aquel caballero que despertaba sospechas: no había llegado en un coche ostentoso, como cabría esperar, sino que se había bajado de un autobús municipal. Encontrarse con un hombre de tal presencia en el transporte público no era nada común. «Esto huele raro...

veremos qué se descubre», se decían entre ellos mientras seguían observando la *yali* con curiosa paciencia.

Ali Yekta Bey, con voz firme, preguntó al guardia que le abrió el portón de la entrada:

–¿Está el señor?

Y sin esperar respuesta, se dirigió hacia el jardín. El amplio y antaño bien cuidado jardín se parecía ahora más a un solar en plena obra. Por todas partes se veían montones de antiguos lavamanos de mármol, grifos, piedras de retrete *alla turca*, mesas con incrustaciones de nácar, braseros, fragmentos de ornamentación de techos y paredes, fanales de vidrio y lámparas. También algunas alfombras, enrolladas, yacían sobre el suelo.

Ali Yekta Bey le preguntó a su hijo, que lo recibió inclinándose y besándole la mano:

–¿Y todo esto qué es?

Su voz era grave, pero de un tono cálido.

–Cacharros que han ido saliendo de la casa –respondió Ömer–. Cosas viejas. Necla[9] tampoco las quiere. Por eso estamos mandándolas en camiones.

–¿A la basura, quieres decir?

–No sabría decirte dónde acaban. Lo más probable es que las vendan en el bazar. En realidad no tienen valor como antigüedades. Son cosas de uso diario.

Ali Yekta Bey se quedó pensativo unos segundos y luego dijo:

–Mira, hijo... no mandes esto en los camiones. Dáselo a la gente del campo.

–¿A la gente del campo?

–Sí, porque te estás instalando aquí. Mejor dicho: nos estamos instalando. Es muy importante ganarse a «la gente del campo», a los viejos servidores, a los antiguos trabajadores, a los tenderos del barrio, mostrarles quién es ahora el nuevo señor de la casa. El señorío se demuestra dando. Si ahora les ofreces estos trastos, te besarán la mano y te guardarán lealtad de por vida.

–No se me había pasado por la cabeza, la verdad.

–Siempre te lo he dicho. El dinero importa, pero no lo es todo. Hay que saber usarlo con nobleza, con mesura, como un caballero. Y en cualquier sitio donde entres, debes inspirar respeto.

Ante las palabras imperiosas de su padre, Ömer no tuvo más remedio que asentir:

–Está bien, padre. Los llamaré y se los daré.

Tras esta conversación, padre e hijo se pusieron a recorrer la mansión, inspeccionando los trabajos que se estaban realizando. A Necla no se la veía por ningún lado, ni se oía su voz.

Quién sabe cuándo se instaló en el lenguaje de los dueños de las mansiones del Bósforo el término de «la gente del campo». Tal vez tenía que ver con el momento en que ya no podían mantener al personal como antes y estos empezaron a dispersarse poco a poco, asentándose en las colinas de atrás.

Antes de que construyeran la carretera costera asfaltada que se usa ahora, tras las *yalıs* cruzaba un sendero delgado, lo bastante ancho para que pasara un carro de caballos, y más allá se alzaban enseguida las colinas boscosas. Esas colinas pertenecían a los dueños de las *yalıs*. En esas tierras paradisiacas, donde crecían centenarios nogales, imponentes sicomoros, brotaban manantiales y en primavera los ciclamores embriagaban con su aroma, se esparcían pequeñas construcciones relacionadas con las *yalıs:* establos, depósitos, lavanderías... Todas diluidas entre la naturaleza desbordante.

Luego, uno a uno, los empleados de las mansiones pidieron permiso para construir pequeñas casas en esos lugares. Aquellas viviendas se fueron multiplicando con el tiempo, y con la llegada de familiares desde Anatolia y el aumento de población, la zona se convirtió en un barrio, con más tiendas. Y fue entonces cuando los propietarios empezaron a referirse a esta nueva población como «la gente del campo».

«La gente del campo» que mencionaba Ali Yekta Bey a su hijo eran precisamente las gentes que vivían en ese barrio.

Al caer la tarde, «la gente del campo», tímidos y cautelosos, comenzaron a entrar de uno en uno o de dos en dos por las puertas

principales de la *yali*. En esos jardines que reconocían piedra a piedra, hoja a hoja, flor a flor, insecto a insecto, ya se sentían extraños, porque temían a los nuevos dueños.

Cuando un vigilante apareció de repente para decirles que podían llevarse las «antigüedades» de la mansión, quedaron verdaderamente sorprendidos. Qué generosas resultaban ser esas nuevas gentes. ¿Cómo podían entregarles a ellos esos valiosos objetos que pertenecían a los bajás?

Los que entraban al jardín pronto vencieron su timidez y se lanzaron con avidez sobre los montones de objetos viejos. Algunos intentaban meter alfombras bajo el brazo, otros, sin importarles cuánto les pudiera doler la espalda, luchaban con una fuerza sobrehumana para cargar sobre sus hombros lavabos de mármol. Las enormes alfombras de salón eran transportadas por dos personas a la vez. Todos tenían prisas por llevarse a casa la pieza más valiosa. No era cosa fácil: las pertenencias del Bajá Abdullah Avni, que se decía que se habían transmitido de generación en generación como una leyenda, serían suyas. El retrete al estilo turco de mármol se quedaría en sus casas, el brasero sobre el que se preparaba el café turco estaría en el centro del salón.

Al poco, también entraron las mujeres al jardín; con un silencioso ir y venir, recogieron las cosas y se marcharon. Tan rápido fue, que apenas quedó una piedra en medio del lugar.

Ali Yekta Bey, observando todo esto junto a su hijo desde la ventana, dijo:

–Esto es así, Ömer. Debes conocer bien el alma del servicio. Esa es la primera condición para ser patrón, para ser señor. Si no, no podrás recibir un buen servicio. Una de las competiciones más importantes entre los dueños de grandes fortunas no es sólo por sus bienes y propiedades, sino por el respeto que reciben de sus sirvientes. Aunque estas personas no son tus sirvientes directos, sino los hijos y nietos de los antiguos empleados de la *yali*, en ellos permanece ese instinto de servir. Por muy ricos que sean algún día, nunca se liberarán de ese complejo de inferioridad.

Ömer, cansado de escuchar estos sermones que había oído cientos de veces a lo largo de su vida, respondió:

–Está bien, padre. Haré lo que deba. No te preocupes.

–Tienes que ser firme, no debes perder la autoridad, pero tampoco ser cruel. Jamás debes oprimir. Así el sirviente se vincula al señor y no renuncia jamás a ese sentimiento de respeto.

Ömer pensó para sí: «Entonces, ¿cómo te libraste tú de eso?». Pero no dijo nada. Era su padre, lo quería y respetaba, aunque estaba cansado hasta lo inimaginable de las lecciones sobre la relación amo-sirviente, casi al límite del hastío. No había otro tema en la mente de Ali Yekta Bey.

Oyó que su padre preguntaba con el ceño fruncido:

–¿Dónde está Necla?

–Le duele la cabeza, padre –respondió Ömer–. Sabes que tiene migrañas. Te pide disculpas. Está descansando.

Ali Yekta Bey replicó:

–Nunca he conocido un momento en que a esa mujer no le duela la cabeza. Cada vez que vengo está con jaqueca.

Hablaba con los dientes apretados, con resentimiento. Cuando se calló, Ömer sintió la necesidad de romper el silencio y decir algo:

–No, padre, te equivocas. Necla no descuida el respeto hacia ti, pero de verdad le duele la cabeza.

Y sin embargo, hacía apenas unos momentos, en cuanto Necla supo que el hombre venía, había dicho:

–¡Ay, de verdad no lo voy a soportar! Me voy a algún lado. ¡Y tú, por Dios, despáchalo rápido!

Y desapareció sin dejar rastro.

Ali Yekta Bey suspiró profundamente y murmuró:

–¡En fin! ¡Que Dios nos ampare!

Luego, padre e hijo subieron juntos al piso de arriba de la *yalı*.

Después de que Ömer y Necla hubieran hablado largo y tendido con el arquitecto americano, y le hubieran explicado su prisa por terminar con la decoración de la mansión, el arquitecto, comprendiendo lo urgente que era todo, decidió no derribar los muros interiores ni modificar la forma de las estancias. A fin de

cuentas, la *yalı* era muy funcional: las habitaciones, el salón, la sala de recepción de invitados, la cocina y las áreas para el personal habían sido concebidas de forma impecable.

Por eso, no se llevaron a cabo grandes reformas en la estructura del edificio. Como en la planta baja, también en el piso superior se retiraron las ornamentaciones doradas de las paredes, que se habían manchado y oscurecido aquí y allá, víctimas de la humedad del Bósforo, esa humedad que te arranca el aliento y te cala hasta los huesos. Se rasquetearon los muros y se dejaron listos para cubrirlos con papel pintado importado. Incluso ya habían comenzado a empapelar la habitación más grande de la *yalı*, aquella que tiempo atrás había sido usada por el Bajá Avni y su esposa, la señora Üftade, con un revestimiento proveniente de Inglaterra que imitaba tejidos de seda. En ese cuarto, de proporciones casi palaciegas y con ventanales que prácticamente dejaban entrar el mar a la casa, la señora Üftade había dado a luz a sus hijos. Allí habían nacido Handan, la madre de Leyla, y su tío İzzet Kemal.

Ali Yekta Bey examinó la habitación con ojo crítico, con mirada analítica.

–Si la cama se coloca aquí –dijo– será mucho mejor. Así se podrá contemplar el mar y los barcos que pasan sin levantarse de la cama.

Y con esa frase, tocó justo en el punto que Ömer tanto temía.

Ömer sabía bien que su padre deseaba vivir con ellos y, en concreto, instalarse en esa habitación. Para colmo, Necla había elegido esa misma estancia para ellos dos, y había dado al arquitecto instrucciones precisas en ese sentido. Hasta había escogido personalmente el revestimiento durante una agotadora búsqueda de varios días en Londres.

Estaba convencido de que aquella guerra invisible entre su padre y Necla saldría a la luz a causa de ese cuarto, y que no habría forma de evitar ese conflicto.

En realidad, a Necla no sólo le incomodaba la idea de que Ali Yekta Bey se instalara en ese cuarto; no soportaba ni siquiera que viviera con ellos. Cada vez que se mencionaba la posibilidad, le daban ataques de nervios.

«¡Que se quede donde está! –solía decir–. ¿Qué sentido tiene abandonar la Mansión Kadızade en la que ha vivido toda la vida para venirse con nosotros?»

Necla no era consciente de esa abrasadora obsesión que, desde hacía años, ardía en lo más profundo de Ali Yekta Bey y que Ömer conocía demasiado bien. Ignoraba todo lo que la habitación más grande de la mansión significaba para él. De haberlo sabido, habría actuado con mayor cautela y no habría pisado con tanta ligereza los terrenos más sensibles del anciano.

Necla era hija de un modesto funcionario que, tras jubilarse, se había establecido en Estambul comprando un pequeño apartamento en Bahçelievler. Sus aspiraciones eran altas, y no veía más allá de sus propios deseos. Había pasado su juventud en ciudades de Anatolia como Malatya, Manisa y Uşak, donde su padre había sido destinado, y fue cuando este se jubiló que llegó a Estambul. Allí conoció a Ömer y la vida de Necla cambió. Desde entonces, consideraba a su suegro como un pobre viejo trastornado, y apenas se relacionaba con él. La mera idea de que vivieran juntos era suficiente para sacarla de quicio. Cada vez que el tema salía a relucir, Necla solía decir a Ömer: «Vida mía, no digo nada porque es tu padre, pero no deja de ser un sirviente. Toda su vida ha estado marcada por la servidumbre. ¿Y ahora quiere instalarse aquí, en la mayor habitación de la *yalı*? ¿Cómo vas a presentar a tu padre a tus invitados? ¿Vas a decir que antes era un criado y ahora es el patrón? Ya tienes bastantes enemigos y envidiosos. Si se enteran de quién es tu padre y de lo que hacía, no dudes que lo sacarán en los periódicos para humillarte».

–Cariño –le respondía Ömer–, no puedo echar a mi propio padre. ¿Qué quieres que haga?

Entonces, Necla proponía una solución más directa:

–Déjame a mí. Yo hablaré con él. Le hablaré con cortesía: «Señor, creo que sería más apropiado que siguiera viviendo donde lo ha hecho hasta ahora». Después de todo, aunque no viva en la *yalı*, sigue teniendo la Mansión Kadızade. Y lleva allí desde que nació... en la planta baja, pero aun así.

–Pero no es lo mismo –replicaba Ömer–. Él quiere instalarse en el antiguo cuarto del Bajá. Ese es su gran sueño. Si no, se conformaría con el ala de los sirvientes, en el bajo.

Naturalmente, Ali Yekta Bey no sabía nada de estas discusiones. A aquella «chica simple», a quien nunca consideró digna de su hijo y cuya boda intentó impedir por todos los medios, no le tenía ningún aprecio. No le tenía ni un ápice de cariño. Además, jamás habría imaginado que ella pudiera llegar a ser tan insolente con él. Al fin y al cabo, estaba su hijo de por medio. Su hijo adorado, la luz de sus ojos, el propósito de toda su vida.

Ali Yekta Bey se instalaría en la habitación del Bajá, en la planta alta de la *yali*, y viviría como los antiguos dignatarios otomanos. En los días festivos, sus nietos subirían a su cuarto para besarle la mano y, con la emoción brillando en los ojos, esperarían ansiosos los regalos que él les daría. Los sirvientes le llevarían el té, el café; llamarían suavemente a la puerta antes de entrar y, al salir, lo harían retrocediendo, sin darle jamás la espalda. Él les diría, como lo hacían los antiguos bajás: «Gracias, hijo mío». Sacarían su ropa del armario de caoba para airearla, lustrarían sus zapatos. Cuando necesitara algo, tocaría una campanilla para llamarles. Aunque eran tiempos modernos; tal vez hiciera instalar un timbre en lugar de la vieja campana. Los sirvientes le tendrían un respeto reverente, teñido de miedo; no se atreverían a mirarlo directamente a los ojos y aguardarían sus órdenes con la cabeza ligeramente inclinada.

Ali Yekta Bey sabía muy bien cómo debía servirse a un señor; lo sabía porque había pasado toda su vida al servicio de otros. Había cepillado la ropa de bajás y grandes señores, de sus hijos y de sus nietos; les había lustrado los zapatos, servido la comida, sostenido la toalla después de que se lavaran las manos. Cuando enfermaban les preparaba infusión de malva, les ponía ventosas en la espalda, elaboraba cataplasmas de semillas de lino para los forúnculos de los niños.

No sólo él, también su padre había servido a grandes señores y bajás. Incluso su abuelo. El bisabuelo, el Agá Cevher, el Alepino,[10] convertido en leyenda familiar, había trabajado como sirviente en la

célebre Mansión Dürrizade, y había tenido incluso el honor de servir personalmente al sultán Mahmut. Su padre les contaba esta historia una y otra vez a él y a sus hermanos, con el corazón henchido de orgullo, hablándoles de la grandeza de aquel antepasado.

El sultán Mahmut, al oír hablar del refinamiento y la suntuosidad de la Mansión Dürrizade en Paşakapısı, un día de ramadán ordenó de improviso: «Esta noche haré la oración en la Mezquita Nueva de Üsküdar». No era poca cosa: lo acompañaban al menos ciento cincuenta personas, entre ellas el gran visir, ministros, grandes señores y bajás. Cruzaron el Bósforo en barcazas reales y llegaron a la mezquita media hora antes del disparo del cañón que anunciaba el fin del ayuno. Allí, el sultán dijo: «Vayan y anuncien que romperé el ayuno en la Mansión de Dürrizade». Se apresuraron. Dürrizade mandó llamar de inmediato al Agá Cevher, el Alepino, el bisabuelo de Ali Yekta Bey, y le explicó la situación. El Agá afirmó con seguridad:

«No se preocupe en absoluto, mi señor», y ordenó que se enviaran los manjares al *selamlık* de la casa y se preparara una comida distinta para el harén. Después, con el rostro enrojecido de correr de un lado para otro y sin perder un segundo, se apresuró hasta la Mezquita Nueva, besó las manos del sultán y expresó sus respetos, y rezó con él la oración del anochecer.

Tras la oración, el sultán, montado en su caballo, y el Agá Cevher, a pie, emprendieron juntos el camino hacia la mansión, acompañados por el séquito. Al llegar, invitaron al sultán a pasar a una estancia decorada con sedas. Dürrizade hizo sentar a los ciento cincuenta hombres en espléndidas mesas. Entonces se abrieron las puertas del salón destinado al sultán y entraron criados ataviados con caftanes de seda. Empujaron hasta los pies del sultán una mesita cubierta de terciopelo rojo y adornada con relieves de plata. Dürrizade, en persona, ofreció al sultán un paño de encaje bordado con hilos de oro y perlas para que se limpiase sus benditas manos. Luego trajeron una gran bandeja de plata, cargada por tres o cuatro criados, que colocaron sobre la mesa. En ella no faltaba de nada:

sobre platos de oro se presentaban manjares de todo tipo para romper el ayuno: mermeladas, quesos, embutidos, huevas de pescado..., y en copas doradas, el agua sagrada de Zemzem. Cucharas para dulces con mango de marfil incrustado de turquesas, rubíes y esmeraldas; cucharones de sopa con mango de coral; cucharas de ébano, finas como el papel, para el arroz; cucharillas para compota esmaltadas en oro...: todo causaba asombro a quien lo contemplaba. Después se sirvieron las más exquisitas sopas, carnes, aves, dulces, pasteles y arroces. Finalmente, trajeron una compota de guindas en un gran cuenco transparente que parecía de cristal. El sultán Mahmut probó una cucharada y dijo:

–Qué fría está esta compota.

A lo que Dürrizade respondió:

–¡Poderoso soberano mío! El cuenco de la compota es de hielo. Que le aproveche, mi señor.

Resultó que el Agá Cevher, el Alepino, congelaba cada día agua de Çamlıca en moldes con forma de cuenco, colocaba dentro la compota y la servía así a su amo.

Esta historia se había contado quizá cientos de veces en la mansión desde la infancia de Ali Yekta Bey, con un deje de orgullo apenas disimulado, para dar a entender a los invitados cuán hábil era el linaje de sus criados. Incluso a los embajadores extranjeros que visitaban la casa se les narraba esta anécdota, insinuando con cortesía que la moda del *sorbete* que recorría Europa tenía su origen en este *«şerbet»*[11] inventado por su ancestro. Más tarde, Ali Yekta Bey encontró esta misma historia en el libro de Musahipzade Celal sobre la antigua vida estambulí. Aunque no figuraba allí el nombre de su abuelo, jamás dudó de lo que contaba su padre y transmitió la leyenda familiar a sus propios hijos tal como la había escuchado.

Sus hijos: Ece, Melike y Ömer. Dos hijas y un hijo.

No hacía distinciones entre ellos, aunque sentía una especial debilidad por su hijo. Al fin y al cabo, sus hijas un día se casarían y se irían con otro hombre, mientras que el más pequeño, Ömer, era el eje de todos sus sueños, el punto de partida de sus planes para el futuro, la fuente de sus esperanzas y, casi, el sentido mismo de su

existencia. Cuando su esposa lo abandonó y se marchó a Alemania, no opuso resistencia a que se llevara a Ece y a Melike, pero jamás renunció a Ömer; nunca permitió que se lo arrebataran.

Ali Yekta Bey protegió durante años a aquel niño bello y encantador como si fuese de cristal, incluso lo defendió frente a su propia madre cuando fue necesario. No dejó que nadie lo tocara ni con la punta de un dedo. Se aseguró de que asistiera a los mejores colegios durante su adolescencia, de que lo aprendiera todo, de que recibiera clases particulares con tutores y creciera como un príncipe.

Ali Yekta Bey había trabajado toda su vida en la mansión de los Kadızade. Su padre había sido el mayordomo jefe de esa espléndida mansión de dieciocho habitaciones. Él mismo había nacido allí, y con el tiempo, cuando le llegó el turno, heredó el cargo de su padre. ¡Qué días tan memorables había vivido en aquella casa, cuántos recuerdos!

La gran sala del piso superior, donde antaño residía el honorable juez, con los años había pasado a ser la habitación de su hijo y, por tanto, se convirtió en la habitación del «señorito».

Durante años, Ali Yekta Bey le sirvió con devoción: cepilló su ropa, lustró sus zapatos y, con el tiempo, asumió la administración de todos los criados y sirvientes que trabajaban en la casa. Se esmeró para que los banquetes, célebres por su suntuosidad, fueran siempre impecables.

Por aquellas mesas, bajo el mandato Kadızade, no había desfilado cualquiera... En ese comedor, reflejo del esplendor otomano, durante los años de la República se sentaron a comer, a brindar y a debatir los más renombrados poetas, literatos, diplomáticos y empresarios.

El padre de Ali Yekta Bey, el honorable Süleyman Efendi, mayordomo jefe del Kadızade, había sido testigo de las ingeniosas batallas verbales, cargadas de ironía, entre figuras como Yahya Kemal, Cenap Şahabettin, İbnülemin Mahmut Kemal o Abdülhak Hamit. Contaba cómo Hamit, por su cercanía al poder, sus misiones diplomáticas y su porte aristocrático, solía ser blanco de las críticas del resto de los escritores y poetas. El propio Süleyman Efendi había

escuchado con sus oídos los célebres enfrentamientos entre Hamit y Muallim Naci.

Justo en medio de una de aquellas discusiones, una lámpara de cristal cayó sobre la mesa y se hizo añicos. Por suerte, nadie salió herido, pero tras reponerse del primer susto y con las cabezas ya bien afectadas por el vino, aquel grupo de literatos no tardó en volver a las andadas, lanzándose de nuevo a la creación de juegos de palabras y réplicas poéticas.

En tiempos del sultán, mientras se recitaba «Las flechas de la desgracia» de Nef'i en su presencia, cayó un rayo muy cerca del lugar, y el poeta murió en el acto. Para señalar la fecha de su muerte se acuñó el verso: «Del cielo descendió una réplica a sus flechas de la desgracia». Uno de los poetas más jóvenes, recién incorporado al círculo, aprovechó la ocasión para aludir al suceso con un nuevo verso: «Del cielo descendió una lámpara a la rima», provocando las risas del grupo. Uno de los veteranos no tardó en intervenir con sorna: «¡Escuchad la voz desafinada de este novato del verso!», acertando de lleno con su burla y demostrando, una vez más, su maestría.

La vida en la mansión Kadızade era un mundo tejido de bromas, juegos de ingenio y anécdotas contadas con generosidad, transmitidas de generación en generación. Ser dueño de una mansión no era sólo sinónimo de riqueza: implicaba también cultura, refinamiento, y mantenerse cerca de poetas y hombres de letras. Como las familias burguesas de la Europa del siglo xix, que recién habían empezado a enriquecerse, los propietarios de mansiones en Estambul organizaban cenas que hacían las veces de matinés literarias, ponían a sus hijos a estudiar piano y lenguas, y los criaban bajo la vigilancia de institutrices extranjeras. Desde hacía dos siglos, una poderosa moda de europeización envolvía las mansiones otomanas. Y como Francia dominaba en los asuntos culturales y políticos, el estilo de vida y los modelos educativos se importaban desde allí.

Ali Yekta Bey se enorgullecía de pertenecer a una familia que llevaba cuatro generaciones en Estambul. ¿Cuántos descendientes señoriales podían decir lo mismo? Algunos venían de Anatolia, otros

de Rumelia, otros de Arabia. Su tatarabuelo venía de Alepo, sí, pero al menos desde hacía cuatro generaciones vivían en Estambul, y no en cualquier parte, sino en las más nobles mansiones de la ribera del Bósforo. Como decían los poetas: «París es un bello salón, Londres un bello parque, Berlín un bello cuartel, pero Estambul es una bella ciudad».

Y así era: la familia Cevheroğlu contemplaba desde hacía cuatro generaciones las cúpulas sagradas y los esbeltos minaretes de esta ciudad dorada, compartiendo una vida incomparable en las mansiones y en las *yalıs* que adornaban la mágica belleza del Bósforo como joyas preciosas. Según Yahya Kemal, estas mansiones ribereñas, que no existían en tiempos de Bizancio y que eran expresión pura del estilo de vida turco, seguían siendo elementos centrales de la cultura turca, incluso cuando los niños eran educados con métodos europeos.

El día más inolvidable en la historia de la mansión, grabado con letras doradas en su libro de honor, coincidía con su infancia. El ilustre Gazi Mustafá Kemal,[12] acompañado de su comitiva, había honrado la mansión con su presencia, cenando allí. Gracias a las preparaciones inteligentes y prudentes de su padre, quedaron sumamente satisfechos con la comida. En un momento, Ali Yekta Bey asomó la mirada por la puerta, y con el corazón palpitante, tuvo el honor de ver la cabellera rubia de aquel gran hombre. Todos escuchaban con respeto a aquel gran señor, que bebía rakı y relataba historias a los presentes. Mientras tanto, los vecinos se congregaban en el jardín trasero de la mansión, esperando durante horas al menos para verlo salir.

Tras la cena, en el salón donde se fumaban cigarrillos y se tomaba café, una agrupación de músicos comenzó a tocar melodías típicas de su región natal. La mansión se llenó con los vibrantes sonidos del tef, el kanun, el ud, el violín y el clarinete. Después de las melancólicas canciones de Rumelia que hacían brillar los ojos azules del Gazi, empezaron las alegres y ágiles melodías del *çiftetelli*. Esa música festiva, que habría hecho bailar a cualquiera, no logró mover a los presentes porque estaban bajo la influencia solemne del Gazi.

Finalmente, el propio Gazi no pudo contenerse y se levantó para bailar *çiftetelli* con destreza, quitándose la chaqueta y entregándose a los movimientos con gracia. Para no perderse ese momento histórico, Ali Yekta Bey se ocultó junto a la puerta entreabierta y observó cada gesto, consciente de que ver al Gazi bailando *çiftetelli* no era una experiencia al alcance de cualquiera.

Al terminar la danza, estallaron los aplausos, y cuando el Gazi se sentó, jadeante, se pudo ver que la camisa blanca estaba empapada en sudor. Justo en ese instante, el padre de Ali Yekta Bey, el venerable Süleyman Efendi, entró en la habitación con una camisa limpia, recién planchada y perfumada, y se acercó al anfitrión para susurrarle al oído. Entonces, el dueño de casa se levantó y, ofreciéndole la camisa blanca al Gazi, le dijo: «El Ilustrísimo Gazi ha sudado. Que Dios lo proteja; para no enfermar, debería cambiarse de camisa». Así, le permitió cambiarse tras un biombo. Esa era la educación, la prudencia y la sagacidad que el Agá Cevher, el Alepino, había transmitido a sus hijos y nietos: actuar en los momentos necesarios para proteger el honor del anfitrión.

La camisa empapada en sudor que el Gazi dejó al lado del biombo fue recogida por su comitiva y pasó de mano en mano. Los ministros, ayudantes y oficiales rozaban sus rostros con aquella prenda, compitiendo por oler el sagrado sudor del Gazi. Los que besaban y olían la camisa se la quitaban de las manos y se la disputaban unos a otros. Por fortuna, el Bajá Mustafá Kemal no vio esas escenas, porque de haberlo hecho se habría enfadado mucho.

Ali Yekta Bey se enorgullecía profundamente del cargo de mayordomo jefe, heredado de su abuelo a su padre y de este a él mismo. Sin embargo, no crio a su hijo Ömer para continuar esa tradición. Anhelaba que a partir de Ömer cambiara no sólo la ocupación familiar, sino también su destino. Desde Ömer en adelante, la familia Cevheroğlu dejaría de ser una familia de sirvientes para convertirse en una familia de señores, propietarios de una *yalı*.

Lo educaría de tal modo que, gracias a su formación, fortuna y sabiduría, su hijo se convirtiera en el caballero más deslumbrante de

Estambul. En esa aspiración no había ni sombra de rencor, ni un ápice de resentimiento hacia los amos a los que había servido. Los quería sinceramente, estaba ligado a ellos como si fueran su propia familia. Pero él deseaba, en su vejez, convertirse en el señor de una mansión junto al Bósforo, recibir respeto y ser tratado con honra.

Con ese propósito se privó de todo, no comió ni bebió en exceso, no invirtió su dinero en bienes materiales, sino que lo destinó por entero a la educación de Ömer. Mientras los demás sirvientes de la mansión acaparaban tierras en la colina de atrás y construían casas ilegales, Ali Yekta Bey ni siquiera se interesó. Con el pequeño patrimonio heredado de su padre, y gracias a no gastar nada en la mansión, reunió una modesta fortuna que puso al servicio de su hijo.

Los señores de la casa, por su parte, le habían tomado tanto cariño a ese niño inteligente y encantador, que lo trataban como si fuera uno más de sus hijos. Así, Ömer creció recibiendo clases de inglés y francés junto a los otros niños del konak; aprendió a montar a caballo, a jugar al tenis; estudió en los mejores colegios y se graduó con honores en la Facultad de Economía. Después, su padre lo envió a hacer un máster en la Universidad de Brown.

El dinero desaparecía con rapidez, pero Ali Yekta Bey no se quejaba. Su hijo estudiaba un máster en administración de empresas en una universidad de prestigio. Toda su fortuna, toda su esperanza estaba depositada en Ömer. Su único hijo, su orgullo, la promesa del porvenir: aquel que habría de engrandecer el nombre de la familia Cevheroğlu y darle nietos de bien. Cada vez que lo miraba, con su elegancia, su cortesía, su saber y su prestancia, el pecho de Ali Yekta Bey se henchía de orgullo. «¡Ese es mi hijo!», pensaba para sus adentros, con infinita admiración.

6

La señora Leyla tenía el sueño muy ligero. Siempre dormía como un conejo alerta, a punto de despertarse. Pero esta vez, quizá por el agotamiento acumulado de tantos días, se sumergió, inconsciente, en un sueño profundo. Durmió hasta el anochecer, sin soñar, en la misma postura en la que se acostó. Y, sin embargo, ya caída la noche, comenzaron a llegarle voces desde el jardín de la *yalı*. A lo lejos se escuchaban sonidos de personas discutiendo. Al principio eran murmullos casi imperceptibles, pero poco a poco fueron ganando fuerza.

Leyla aguzó el oído; quería comprender qué se decía.

Una voz femenina gritaba:

–¡Que no quiero!

Al parecer, la disputa tenía que ver con los damnificados de la guerra de los Balcanes, que habían llegado al jardín de la *yalı*. Algunos querían que se hospedaran allí, otros se oponían.

–¡No es por fuerza! ¡Yo no quiero una persona así en mi casa! –vociferaba, furiosa, una mujer.

Fue entonces cuando se despertó, con un sabor amargo en la boca. Al principio miró a su alrededor con desconcierto, tratando de entender dónde se encontraba. Después comprendió que las voces venían del otro lado de la puerta, desde el salón.

Escuchó la voz de Yusuf; hablaba como quien ruega, discutiendo con una mujer de tono áspero.

–¡¿Es que estoy obligada?! –gritaba ella.

–Baja la voz, calla, te puede oír –decía Yusuf.

–¡Pues que oiga! ¿Acaso la momia esa tiene oídos para enterarse de lo que se dice? A mí estos numeritos familiares me dan igual. Son todos de la misma calaña. ¡Te lo digo, Yusuf, quiero que eches a esa fósil de esta casa! ¡Échala, ¿me oyes?!

–¿Quieres que la deje en la calle?

–¡Déjala! Total, hay un montón de mujeres por ahí, en la calle o en refugios, ¿no? ¿Qué tiene la tuya que no tengan las otras? Se mete en esta casa como una gata vieja. ¡No, señor, no! Yo hace rato que dejé atrás a esos hipócritas moralistas, esa panda de idiotas que se creen alguien y tratan de controlar tu vida. No pienso volver a pasar por lo mismo por culpa de tus ñoñerías. *Scheisse, Scheisse!*

Cada palabra caía como aceite hirviendo sobre el corazón de la señora Leyla. Nunca en su vida había oído que alguien hablara de ella así. Jamás había recibido semejantes insultos. ¿Cómo era posible que una muchacha, cuya cara ni siquiera había visto, la humillara de aquel modo?

Aquellas palabras venenosas la habían herido tanto que estaba a punto de echarse a llorar. Quiso levantarse de inmediato y marcharse, volver a guarecerse junto a su muro, pero también le daba miedo encontrarse cara a cara con aquella chica después de oírla.

¿Qué pasaría si la miraba a los ojos? ¿No sentiría ni un poco de vergüenza?

Siguió en la cama unos instantes más, revolviéndose en dudas, hasta que comprendió que no había escapatoria, que la discusión no se acabaría. Se levantó y abrió la puerta.

En el salón, Yusuf estaba de pie. Una joven morena estaba sentada en el viejo canapé, con las piernas recogidas. Los ojos de la señora Leyla se posaron de inmediato en los mechones azules que se mecían entre su cabello negro, en sus pantalones de cuero, en sus botas y en sus enormes pendientes.

La muchacha la miró con furia.

Yusuf intervino apurado:

–¿Se ha despertado? Mire, le presento a mi amiga.

Le resultaba tan extraño presentar a esa chica ante la Señora con el nombre de «Roxy», que sin pensarlo dijo:

–Rukiye.

Y en cuanto la palabra salió de su boca, se arrepintió. Porque Roxy lo miró como si pudiera matarlo con los ojos.

La señora Leyla avanzó tambaleándose hacia el salón y se dejó caer en el desvencijado sillón que Yusuf le había señalado. Roxy ni se inmutó; fingía estar absorta en la contemplación de una uña rota, sin siquiera dignarse mirarla a la cara. Al poco rato, además, estiró las piernas y apoyó los pies en el borde del sofá.

Leyla advirtió enseguida que Yusuf le tenía miedo a esa muchacha. Mientras tanto, él no paraba de hacerle preguntas amables, se inclinaba, se disculpaba, le ofrecía té, hacía todo lo posible por tranquilizarla.

Por suerte, Roxy, en cuanto la vio entrar, había enmudecido. Al menos no repitió delante de ella aquellas palabras venenosas que tanto le habían dolido.

Leyla no sabía si debía dar a entender que las había escuchado o no. Después de semejante humillación, lo razonable habría sido marcharse de inmediato. Pero a esas horas de la noche, en ese barrio que le era tan ajeno, no sabía adónde ir ni qué hacer. Quizá lo mejor fuera fingir que no había pasado nada, comportarse como si no hubiese oído nada. Eso haría que todo resultara más llevadero, también para Yusuf. Una solución temporal, madura.

–Pido disculpas a ambos por las molestias que estoy causando –dijo Leyla.

El tono de su voz, la pulcritud de su pronunciación, hicieron que Roxy, sin poder evitarlo, levantara la vista y la mirase un instante. Luego volvió a posarla sobre su uña rota, y empezó a mirarse la mano por ambos lados, contemplando con una curiosidad interminable el esmalte negro que cubría sus uñas.

Sin prestar atención a las disculpas vacías de Yusuf, Leyla dijo:

–A veces, una se ve arrastrada, sin quererlo, a situaciones que jamás habría imaginado. Situaciones que una ni siquiera podía imaginarse. Es lo que me ha ocurrido. Y así, sin desearlo, me he convertido en alguien que ha irrumpido en vuestras vidas. Qué distinta parecía la vida esta mañana...

Cuando la señora Leyla llegó a ese punto en su discurso, Roxy se levantó y se dirigió a la cocina. Se comportaba como si aquella mujer no existiera, como si no hubiera escuchado nada. Pero sus gestos estaban cargados de desafío, como amenazando en silencio.

Como si dijera: «Cuidado conmigo, que destrozo a quien se me acerque». Una actitud indómita, insolente, rebelde.

Apenas la muchacha hubo salido del salón, Leyla preguntó a Yusuf:

–¿Esa chica es tu prometida?

Yusuf pensó: «¡Tierra, trágame!», pero sólo respondió:

–No.

–¿Tu novia, entonces?

–Sí, podría decirse que sí.

–¿De dónde es?

–Su familia vive en Alemania, pero...

–¿Y a qué se dedica?

–Hace hiphop.

–¿Qué has dicho?

–Hiphop.

–¿Y eso qué es?

–Es decir... cómo explicarlo... algo nuevo.

–¿Algo así como un acróbata?

–No, es un estilo de música. Cantan como si estuvieran hablando. Roxy también...

–¿Quién es Roxy?

–Rukiye, quiero decir.

–¿Entonces se llama Roxy o Rukiye?

–Su nombre real es Rukiye, pero no le gusta. Como canta en el escenario con el seudónimo de Roxy, ha adoptado ese nombre. Se enfada si la llaman Rukiye.

–Entonces se habrá enfadado mucho contigo hace un momento, ¿no?

–¿Por qué?

–Porque la presentaste como Rukiye.

–Tiene razón. Probablemente me está maldiciendo por eso. Aunque no es el único motivo de su enfado.

–Y luego está lo mío, claro. ¿No es así?

–¡No, no! No me malinterprete, por favor. No tiene nada que ver con usted.

–Yusuf, ¿esta casa es tuya o de Rukiye?

–La mayor parte del alquiler la pago yo, pero todos aportan para los gastos.

–¿Todos quiénes?

–Los amigos del grupo de Roxy. Vienen aquí, comen, cada uno trae algo. También hacen sus ensayos de música en el salón. Son buena gente. Todos ellos crecieron en Alemania.

La anciana Señora y el nieto del jardinero hablaban en voz baja, como si fueran cómplices de un secreto, en aquella habitación ruinosa que el crepúsculo ya comenzaba a envolver. La señora Leyla no acababa de creer en la situación en la que había caído tan de repente. Y, sin embargo, algo en ese brusco cambio que la arrastraba a los detalles triviales de la vida cotidiana le provocaba una extraña, quizá malsana, curiosidad. Tal vez incluso un placer secreto.

A pesar de todo lo desagradable que era, aquella criatura irascible Roxy-Rukiye le resultaba profundamente interesante. No se parecía en absoluto a ninguna de las mujeres que había conocido desde su infancia. Las damas de la apacible vida del Bósforo jamás alzaban la voz; soportaban todo lo que les deparaba el destino con resignación y paciencia, y cuando el dolor y el reproche se volvían insoportables, bebían sublimado e intentaban suicidarse. El sublimado era un polvo traído de Europa muy usado por las mujeres de la época. Blanqueaba el rostro como las máscaras Noh del teatro japonés, y al descubrirse que era venenoso, también se le encontró esa otra «utilidad».

Con ojos felinos, la señora Leyla observaba los detalles de la vida en aquella casa y elaboraba sus propias conclusiones.

La buena voluntad de Yusuf le parecía comprensible; de hecho, no veía en ello nada fuera de lo común. Era un joven educado, atento, de buen corazón. Leyla le tenía cariño. Pero Rukiye-Roxy era otra historia: un tipo de persona que nunca antes había visto, que jamás se le habría ocurrido imaginar siquiera.

En ese momento se oyó la voz de la muchacha llamando a Yusuf desde la cocina.

Leyla se quedó sola en el salón. Desde la cocina llegaba el murmullo de una discusión, aunque esta vez, entre el sonido del agua corriendo del grifo y el tono bajo de la voz de la chica, le resultaba difícil entender lo que decían. Aun así, en aquel bisbiseo percibía una cólera vasta y sin límites que, sin embargo, parecía intentar reprimir.

De repente, la invadió un cansancio abrumador. Ser rechazada, sentirse una intrusa en esa casa y verse obligada a permanecer allí contra su voluntad era una carga insoportable. Y sin embargo, también le aterraba la idea de bajar por esas escaleras con su maleta y salir a la calle. Callejuelas sucias que apenas había distinguido entre sus mareos a su llegada, el tumulto de gente, las jaurías de perros volcando cubos de basura, los gritos extraños que venían de fuera, las sirenas, aquella música atronadora e infernal, los borrachos... Todo lo que había ocurrido ya pesaba bastante; tener que huir de noche por esas calles sería demasiado. Era impensable salir a la calle a esas horas.

Si hubiera sido una mujer más débil en ese instante habría roto a llorar.

Sentía un nudo en la garganta, el llanto pugnaba por salir, pero ella siempre había sabido dominarse. No era una de esas señoritas frágiles y caprichosas del Bósforo: era una mujer sensata. Había sido educada para no mostrar sus emociones. Incluso cuando las olas del mar interior se agitaban con furia, ni un solo músculo de su rostro se alteraba, y sus ojos color avellana seguían fijos, serenos, desafiantes.

También ahora se repetía a sí misma que debía mantener la calma, y trataba de abordar el problema desde otro ángulo.

Para empezar, en la situación en la que se encontraba había opciones que definitivamente podía descartar. ¿Cuáles? La primera era que no podía salir de casa a esas horas. Así que no tenía más remedio que pasar la noche allí. Al igual que aquellos refugiados de los Balcanes que se habían cobijado en sus jardines, ella también se

había convertido en otra refugiada, y no tenía más remedio que soportarlo.

El segundo punto era que, al día siguiente, no podía seguir en aquella casa.

Tendría que buscar un lugar donde quedarse. Como no tenía parientes en la ciudad, lo lógico sería instalarse en un hotel modesto. Jamás en su vida había dormido en uno, pero había leído tantas novelas inglesas, francesas y alemanas ambientadas en hoteles que no creía que le resultara un entorno extraño. Incluso estaría dispuesta a vivir en un sanatorio como Zauberberg, el de *La montaña mágica*. Yusuf, que se dedicaba al periodismo, seguramente conocía lugares así. Claro que no podía hablarle de la novela de Thomas Mann, tendría que explicárselo de un modo que él pudiera entender.

El mayor inconveniente era, por supuesto, el dinero.

¿Cuánto costaba un hotel?

En ese instante, oyó el sonido de una llave en la puerta del apartamento.

La puerta se abrió y entraron tres jóvenes.

7

Humo amargo, olor amargo y color amargo. Era como si se hubieran instalado en la garganta de Rukiye desde su infancia y para no irse. No sabía si era el humo venenoso amarillento o las miradas que la rodeaban las que eran más letales. Los desprecios de su adolescencia, que la herían por dentro, y las calles desiertas y solitarias de Duisburgo, con sus tiendas cerradas como en un eterno tedio dominical...

Los densos humos ascendían de las chimeneas de las fábricas Krupp y Thyssen hacia un cielo plomizo, parecían amontonarse en su garganta, como si algo que la ahogara desesperadamente estuviera a punto de estallar.

Rukiye, Rukiye, Rukiye... Odiaba ese nombre. Como símbolo de su propia insignificancia, de andar entre la gente como una chica turca sin valor alguno: Rukiye, pon el agua del té; Rukiye, limpia la casa; Rukiye, pon la mesa; Rukiye, cúbrete el cuello; Rukiye, no hables con los chicos alemanes; Rukiye, no desafíes a tu padre; Rukiye, Rukiye, Rukiye...

Era como si ese nombre hubiera marcado su destino incluso antes de nacer, diferenciándola de los otros bebés nacidos ese día en el hospital de Duisburgo, colocándola en un lugar más bajo, al fondo, la última de la fila.

Rukiye sabía lo que es vivir odiando este mundo. Lo peor era saber que no todos viven en el infierno, que existen vidas mejores y más felices, y aun así tener que soportarlo. Y ese era un infierno creado por los necios que no dejaban de llamarla Rukiye. La insensible indiferencia y la sordera tranquila de quienes no anhelan una vida mejor, o quizá ni siquiera saben que existe.

Saber todo eso no le servía de nada, incluso le hacía daño. Rukiye era consciente de ello, pero esta conciencia no le ayudaba en nada.

Porque por más que se esforzara, no podía cambiar sus circunstancias. Era por eso que la llamaban loca. Y ella misma se sentía así. «¡Estoy loca! ¡Estoy loca!», se decía a sí misma.

En su primer beso con Joachim, lo apartó gritando y llorando: «*Ich bin verrückt!* ¡Estoy loca!». Parecía sentir un orgullo secreto al decir que estaba loca. Cuando actúa así siente un alivio interior. Era también su única defensa contra su familia: ese juicio de «Esta chica está loca» la hacía sentir libre.

Mi familia y otros animales. Ese libro, sólo por su título, ocupaba el lugar más importante en su mundo. Imaginaba que su autor, Gerald Durrell, también había sufrido mucho con su familia y que era una persona tan sensible que sólo podía hablar de ella escribiendo. Había encontrado ese libro en inglés en la biblioteca del barrio y se había llevado a casa la traducción al alemán, sin devolverlo nunca, a pesar de todas las cartas de aviso que había recibido. Porque cada vez que su mirada se posaba en ese libro, allí sobre la mesita, se sentía aliviada: «mi familia y otros animales», repetía para sus adentros, «mi familia y otros reptiles, mi familia y otros murciélagos, mi familia y otros cerdos»...

Si su padre supiera lo que estaba pensando, seguramente se enfadaría sobre todo por esa última comparación, y trataría de pegarle. Porque ser comparado con cualquier criatura podía no afectarle tanto, pero que lo compararan con un cerdo lo haría estallar. Sospechaba de cualquier alimento que entrara en casa, olisqueaba la carne picada y se atormentaba con preguntas imposibles de responder, como si el cuchillo que había cortado la carne de cordero no habría sido usado antes para cortar cerdo. Convertía el mundo en una cárcel de sus obsesiones, y se torturaba preguntándose si sus hijos habrían cometido fuera el pecado de comer carne de cerdo. En resumen, se consumía por culpa de los cerdos.

Y sin embargo, como cualquier niño sano en Alemania, Rukiye comía con gran apetito las *bratwurst* que compraba en un *imbiss*, cubiertas de kétchup dulce y mostaza. Incluso se chupaba los dedos después.

Esa idea de su padre también le parecía absurda. Porque en los días en que aún no había perdido la esperanza de educarla, le hablaba de la prohibición de comer cerdo en el islam: «¡El cerdo es impuro!», decía.

«Entonces –respondía Rukiye–, los cerdos deberían amar a los musulmanes más que a nadie.»

Su padre se quedaba pasmado.

«¿No es así, *Vater*? Si todo el mundo fuera musulmán, ningún cerdo sería sacrificado, no los matarían, todos los cerdos del mundo podrían vivir tranquilos. Si yo hubiera nacido cerdo querría que todo el mundo fuera musulmán.»

El resultado inevitable de esa conversación eran dos bofetadas y una tunda en el trasero que le dolería al sentarse.

Y aun así, Rukiye seguía pensando que lo que había dicho tenía sentido.

Un día, una de sus profesoras alemanas la llamó Roxy en clase. De pronto sintió una iluminación interior. Roxy, Roxy, Roxy. Qué bonito nombre. Le sorprendía no haberlo pensado antes. Desde ese día, obligó a todos a llamarla Roxy. Incluso desafió a su padre por ello. Mintió diciendo que en la escuela le pedían que usara ese nombre, y al final se convirtió en Roxy. Roxy la rebelde, Roxy la loca, Roxy la que se besaba con los compañeros de clase y luego salía corriendo o les mordía la lengua, Roxy la que se movía como una ardilla, Roxy que odiaba a su familia y a otros animales...

«¿Por qué me ha tenido que tocar una familia así?», pensaba. Feos, calvos y ridículos. Hace cuarenta años, esta gente era tan tonta que al oír que estaban enviando trabajadores a Alemania salieron del pueblo dejando todo atrás. Tontos, porque según contaba su abuelo desdentado, corría un rumor sobre los trabajadores que se iban:

«Los alemanes convierten en jabón a todo el que va para allá.»

Aun creyendo en eso (es decir, aceptando la posibilidad de ser convertidos en jabón) se fueron para Alemania: tíos, tías, primos, cuñados... toda esa fauna que entra en la categoría de «familia». ¡Qué rabia, qué rabia! *Scheisse, Scheisse!*

Algunos trabajan en un *imbiss*, otros en una mina como su padre, otros en limpieza, o en una tienda de electrodomésticos... Algunos animales ingenuos, como su tío, morían víctimas de la ignorancia, golpeados en la cabeza por una grúa en la obra. Y la indemnización no servía para nada: el dinero se malgastaba construyendo un espantoso edificio de hormigón de cuatro plantas en un pueblo de Anatolia. Una casa sin enlucir, con balcones torcidos, una construcción absurda que ni siquiera parece una casa del pueblo.

Roxy sabe que su padre construyó esa casa para pavonearse ante los vecinos que no pudieron ir a Alemania y demostrarles que ahora era un hombre importante y rico.

Así es la familia de Roxy y otros animales.

Los hombres son malos, las mujeres aún peores. Rukiye cree que la gente es venenosa, pero las hembras más. Las mujeres le decían cosas adornadas de una falsa cercanía, una ponzoña disfrazada de preocupación:

«No te toques ahí, que luego te salen gusanos.»

«No te acerques a los alemanes en la escuela, o arderás en el infierno...»

Desde que se lo mencionaron por primera vez, Rukiye se preguntaba: «¿Cómo puede ser eso tan importante?».

De niña, cerraba la puerta del baño, agarraba un espejo de mano y se examinaba bien entre las piernas. Aunque no entendía nada de lo que veía. ¿Por qué todo el mundo habla de eso? ¿Por qué insistían tanto? Preguntas sin respuesta.

Más tarde, en clase de educación sexual lo explicaban todo, aunque ya no hacía falta. Las fotos porno y las revistas de sus compañeros ya habían enseñado el camino, como una guía.

A medida que Rukiye crecía y sus relaciones fuera de casa aumentaban, la familia también incrementaba la presión. Los sábados por la noche se moría de ganas por ir a la discoteca donde chicos y chicas de la escuela bailaban, pero su padre no la dejaba. «A ese lugar sólo van las putas», decía él. Ni siquiera sabía cómo la recibirían si conseguía ir, si se burlarían de ella o si directamente no

la dejarían entrar, pero el primer obstáculo para ese deseo que la hacía temblar era su padre.

Roxy quería que su padre se muriera. Por las noches, en la cama, rezaba a un dios cuya existencia ni siquiera sabía si era real. Rezaba tanto que su deseo se cumplió, aunque con un pequeño malentendido: en lugar de su padre, murió su madre. Ya estaba enferma, con la mirada apagada, se envolvía la cabeza con un pañuelo y se arrastraba de un lado a otro todo el día, agonizando. Todos esperaban que muriera en cualquier momento, y finalmente falleció. Pusieron su cadáver en un ataúd y lo colocaron en la bodega de un avión de Turkish Airlines. El funeral en el pueblo se convirtió en una competición por sacar dinero, ya que la gente sabía que los parientes del difunto trabajaban en Alemania y que eran ricos. Los imanes, para no desaprovechar la oportunidad, elevaban la voz uno por encima del otro mientras recitaban el Corán.

Roxy pensaba: «Si íbamos a pasar por todo este sufrimiento, al menos que hubiera sido por mi pobre padre, no por mi madre». Pero su padre no tenía pinta de morirse. A pesar de trabajar sin parar durante años, gozaba de una salud... de cerdo. «Si pudiera decírselo –pensaba ella–, como un cerdo, como un cerdo». Su padre comía como un cerdo, roncaba como un cerdo y, tres meses después de la muerte de su esposa, fornicaba hasta el amanecer con la mujer alemana con la que se casó, como un cerdo.

La vida de Roxy se volvió aún más difícil. Según ella, la mujer alemana parecía un pavo desplumado. «¿Qué podía esperar? –pensaba–. ¿Acaso Claudia Schiffer iba a casarse con un animal como mi padre?» ¿Quién más vendría a esta casa nauseabunda sino una tipeja como esa? Su piel completamente blanca parecía la de un pavo desplumado, escamosa y llena de lunares. Sus ojos tenían una mirada boba, pero en realidad no lo era. Era una viuda provinciana astuta, incluso podría decirse que lista. Desde el primer día se hicieron enemigas. Ute intentó hacer de madrastra y ejercer autoridad sobre ella, pero Roxy le gritaba con todas sus fuerzas: «¡Estoy loca! ¡Estoy loca! *Ich bin verrückt*, ¿me entiendes?».

La mujer le tenía miedo, y empezó a actuar a escondidas. Una noche, durante la cena, le señaló al padre los pechos incipientes de Rukiye, y le dijo que ya era hora de que se vistiera como es debido. El hombre clavó la mirada en los pechos que asomaban bajo el jersey. No eran grandes, pero como estaban firmes, los pezones parecían atravesar la fina tela. El padre gritó furioso:

–¿Es que quieres ser una puta, eh? ¿Quieres ser una puta?

Y desde ese día en adelante, le gritaría constantemente que no podía volver a ponerse cosas así.

Ese fin de semana llegó el «sábado más largo». Se fue con su nueva esposa a Hertie y le compraron a su hija adolescente unos sujetadores toscos y duros que parecían máscaras antigás de tiempos de guerra, y jerséis gruesos color vómito. Probablemente eran lo peor que quedaba en liquidación. Roxy lloraba cada vez que se los ponía, pero pensaba: «Peor es nada». Porque algunos padres obligaban a sus hijas a cubrirse la cabeza. Al menos el suyo no le imponía eso... de momento.

También existía la posibilidad de terminar como aquellas hermanas gemelas que, incapaces de soportar la horrible presión de sus padres, intentaron suicidarse, fracasaron y quedaron suspendidas entre la vida y la muerte, en coma.

Pero entre tanta tristeza, humillación y dolor... ¡una sorpresa!

A los chicos alemanes de su clase Roxy les encantaba. Lo notaba en la forma en que la miraban. Caminando con sus amigas por la calle, o cuando compraba un helado italiano en la heladería de la esquina del colegio, sentía que las miradas de los chicos la envolvían. Al principio, muy en el fondo, le daba miedo. Pero luego se acostumbró y se relajó. Cuando pasaba frente a los escaparates de las tiendas observaba su reflejo en los cristales oscuros: un cuerpo delgado y pequeño, el pelo negro cayendo sobre los hombros... No entendía bien qué es lo que les gustaba de ella.

Las chicas alemanas de su clase que caminaban por esas calles eran altas, rubias, de piel limpia y tersa, con mejillas como un melocotón. Sus labios no eran tan rojos como los de ellas. No podía competir con esas chicas, imposible competir... pero al parecer había

algo en Roxy que también atraía a los chicos alemanes. No sabía bien qué era, pero lo sentía.

De hecho, no tardó en comprenderlo. En lugar de Joachim, que le gustaba tanto pero de quien huyó en pleno beso y que desde entonces evitó, ahora se había juntado con un chico alemán de pelo rojo y rizado. Un muchacho muy delgado, puntiagudo. No podría decirse que a Roxy le gustara. Pero le decía cosas tan dulces, y sus miradas parecían tan necesitadas de cariño, que Roxy empezó a salir con él sin pensarlo, sin decidirlo siquiera. Se veían a escondidas de la familia. Se abrazaban, se acariciaban, se besaban.

–*Mein Schatz, meine hübsche Roxy* («Mi tesoro, mi hermosa Roxy») –le decía él.

Luego llegó el turno, inevitablemente, de los besos apasionados en la habitación de Mauritz y, después, de meterse en la cama. Para entonces Roxy ya había tomado su decisión. Iba a deshacerse de la virginidad, cuanto antes mejor. Esa cosa llamada virginidad era el símbolo de todo lo que la ahogaba, la ataba, le llenaba el cuerpo de angustia.

Ni siquiera entendía cómo sucedía. Sólo veía la excitación de Mauritz, sus movimientos apresurados. Ella no sentía nada. Ese cambio tan importante en su vida duró apenas un par de minutos, y al volver a casa esa tarde no sentía culpa ni remordimiento, sino una extraña desazón. Un olor agrio había pasado de la piel de Mauritz a la suya. Y también una sensación de desgaste.

«¡Estoy loca! –se decía a sí misma–. ¡Estoy loca!» Como si esa frase le diera fuerza. *«Ich bin verrückt!».*

Se vio con Mauritz una o dos veces más, pero no sentía nada por él. Ni emoción, ni estremecimiento, ni siquiera placer al abrazarlo. En ese momento Joachim estaba saliendo con una de las chicas altas de la clase. Roxy los vio besándose un par de veces, y tampoco sintió nada. No conseguía entender qué era eso del amor que tanto glorificaba la gente. Creía que a ella le faltaba algo, que no sentía el amor porque estaba loca, pero al observar a su alrededor se convenció de que a todos los chicos y chicas les pasaba lo mismo. Se besaban, se acostaban, compartían y mezclaban fluidos, pero

ninguno de ellos sentía un ardor real, una pasión. Además, cambiaban de pareja todo el tiempo. Una chica se acostaba con un chico una semana, y a la siguiente aparecía abrazada a otro, saludando al exnovio. Y todos felices.

Roxy pensaba: «¿Eso es el amor? Debe de serlo, ya que no hay otra cosa... Así que los que hablan del amor probablemente estén mintiendo».

Poco después la relación con Mauritz terminó por sí sola. Sin hablarlo, sin tomar una decisión, sin decir «vamos a dejarlo». Se veían cada vez menos, hasta que él se convirtió en uno más de los compañeros de clase. Como si nunca se hubieran acostado, como si nada hubiera pasado. Todo era tan normal, tan corriente y común... que hasta daba sueño, daba ganas de bostezar.

Su familia y los demás animales no se enteraban de nada. Sólo los ojos llenos de odio del pavo desplumado, Ute, y esa actitud que rozaba los celos hacia su hijastra la angustiaba. Ute no paraba de incitar al padre contra Roxy. Todo lo que hacía era un problema. El hombre gritaba cada noche con la boca llena, la insultaba y la amenazaba, y Roxy no aguantaba más. Pensaba: «Si le prendiera fuego a la casa y todos muriéramos de una vez...», pero, por muy loca que estuviera, una acción así era difícil de llevar a cabo.

En lugar de eso, hizo otra locura. Un día se escapó del colegio con Naciye, una pariente lejana, dos años mayor que ella. A Naciye la habían casado a los catorce años en un matrimonio concertado con un chico de su pueblo, pero al año no se sabe bien por qué se divorciaron. El chico volvió al pueblo. Roxy no conocía los detalles, pero supo que más tarde hicieron que Naciye volviera a la escuela para que pudieran darle una beca del Estado alemán.

Naciye le señaló el tranvía que pasaba cerca de la escuela:

–Si nos subimos, en cinco o diez minutos estamos en Düsseldorf.

A lo que Roxy le respondió:

–Estoy loca. ¡Vamos!

Naciye le habló del famoso bulevar Königsallee, de las tiendas de moda, de las mujeres vestidas como sacadas de la portada de una revista. Subieron al tranvía y Naciye compró los billetes. Luego, en Düsseldorf, también pagó los helados que comieron en un café junto

al río. Era un lugar precioso, bajo la sombra de sombrillas blancas. Allí, chicos alemanes muy jóvenes y muy guapos trabajaban de camareros; delgados, con flequillos rubios que les caían sobre los ojos. En las mesas se sentaban mujeres elegantes, con trajes de chaqueta y grandes sombreros blancos de ala ancha. Llevaban colgadas bolsas de tiendas de lujo de un brazo, y diminutos perritos blancos del otro. Se notaba que conocían a los camareros, porque charlaban bastante con ellos. Las mujeres distinguidas bromeaban con los camareros que les preguntaban qué deseaban y se reían. Intercambiaban unas palabras por aquí y por allá.

Roxy observaba, sorprendida, que Naciye tenía mucho dinero, pues sacaba fajos del bolsillo. Le preguntó de dónde los sacaba, porque ella también necesitaba desesperadamente dinero. Naciye se rio, pícara, pero no dijo nada durante un rato. Luego se levantó de la mesa diciendo que le iba a mostrar algo.

Caminaron juntas. Naciye era más alta y con más curvas que Roxy. La llevó delante de una tienda. En el escaparate había fotos de mujeres desnudas, juguetes sexuales y cosas por el estilo. Los neones y las letras XXX tintineaban en rojo intenso. Aunque nunca había entrado, Roxy conocía aquellas tiendas desde pequeña, pero no entendía por qué Naciye la había traído allí.

–¿Qué vamos a hacer aquí? –preguntó.

Naciye, con tono de sabelotodo, dijo:

–Ven, vamos a entrar.

Entraron en la tienda, iluminada artificialmente, sin ver la luz del día. Olía a plástico. Había unos cuantos hombres frente a los mostradores. En las pantallas de televisión se veían películas. Roxy preguntó de nuevo:

–¿Qué vamos a hacer aquí?

Naciye respondió:

–Yo gano dinero aquí. No se lo digas a nadie o te mato. Nadie lo sabe, pero vengo dos tardes por semana. Eres mi confidente. No se lo digas a nadie o de verdad que te mato.

Roxy, completamente atónita, le preguntó:

–Pero ¿es que eres una puta aquí?

–¡No, no! –respondió rápidamente Naciye–. ¡Nada de puta! No toco a ningún hombre. Sólo entro detrás de un vidrio, me quito la ropa, me toco un poco por aquí y por allá, y me pagan muchísimo dinero. Hay hombres que miran, pero yo ni los veo. ¿Qué tiene de malo eso?

–Vámonos de aquí –dijo Roxy–. Huele horrible.

–Yo no puedo irme –respondió Naciye–. Dentro de un rato voy a ir detrás del vidrio a desnudarme. Después de unos diez minutos salgo, espero un poco y vuelvo a hacerlo una o dos veces más. En total, unas dos horas. Si no quieres quedarte aquí espérame fuera, por ejemplo en la cafetería de antes, luego iré a buscarte y volvemos juntas.

En ese momento, una voz masculina anunció: «¡Pasen y vean! *Die exotische Türkin Ayşe!*».

Algunos hombres empezaron a dirigirse hacia el fondo de la tienda.

Roxy salió de allí y se fue a la cafetería junto al río. Esta vez no se sentó bajo las sombrillas blancas, sino a la sombra de los castaños. Llegó otro camarero.

– *Wasser, bitte* («Agua, por favor») –dijo.

Poco después tenía frente a ella una botella de Apollinaris. Mientras bebía el agua con hielo pensaba en Naciye. Trataba de imaginar qué estaba haciendo en ese momento, hasta dónde se estaba desnudando. ¿Lo mostraba todo? ¿Incluso eso?

Pensaba que si su familia lo supiera matarían a Naciye. ¡Qué valiente había que ser para desnudarse así! No debía de ser fácil. Se preguntaba por qué Naciye la había llevado a Düsseldorf. ¿Sería porque ya no podía cargar con ese secreto sola y necesitaba una confidente? ¿O quería arrastrarla también a ese mundo? Porque se le pasó esa idea por la cabeza. Tal vez los dueños del local le dijeron «tráenos chicas turcas como tú, te pagaremos». ¿Por qué no? A lo mejor los alemanes quieren ver a chicas turcas recatadas, religiosas, mostrando su cuerpo.

Roxy decidió enseguida que jamás podría hacer algo así.

–Estoy loca, sí, pero esto no podría hacerlo.

Dos horas después, Naciye regresó pavoneándose, muy alegre, muy contenta, ¡para qué decir más!

–¿Que qué ha pasado? –dijo–. Me he desnudado como si estuviera en el baño, ¿qué pierdo? Nadie me ha tocado, yo tampoco he tocado a nadie... Ni siquiera les he visto la cara. Me he desnudado sola, como si estuviera en casa. ¿Qué problema hay?

Roxy dijo:

–Es verdad. –Y para sí pensó: «Es cierto, ¿qué problema hay? Como si se hubiera desnudado en el baño... pero con un buen puñado de dinero en el bolsillo».

Subieron al tranvía y regresaron a Duisburgo. Esa noche, en la cama, Roxy pensó mucho en Naciye. Tal vez incluso le dio la razón. ¿Qué problema había? Lo que Mauritz hizo sí que le había quitado algo, pero a Naciye ni siquiera la habían tocado. Luego pensó: «Yo no haría algo así, pero si lo hiciera... ¿me querrían a mí?, ¿les gustaría?, ¿me pagarían?».

Naciye tenía unos pechos grandes, unas caderas generosas. Roxy no tenía nada de eso. Pechos pequeños, caderas planas; casi como una niña. «¿Me encontrarían atractiva, me pagarían para que me desnudara?»

Al día siguiente fue a la escuela con Naciye. Hablaron de todo un poco, pero no mencionaron para nada Düsseldorf. Sin embargo, un día después, Naciye volvió a desaparecer del colegio. Roxy, en clase, le daba vueltas al asunto: «¿Qué parte de su cuerpo estará mostrando ahora? ¿Lo enseña todo? Como si estuviera en el baño...».

Fuera del colegio, las horas de Roxy se sucedían vacías. Deambulaba por las calles, se sentaba en los parques. No tenía novio y, aparte de Naciye, tampoco tenía muchas amigas. Después de la aventura de Düsseldorf, ya no la veía tanto. Por eso estaba siempre sola. La soledad la estaba volviendo loca. No quería ir a casa, porque en el ambiente de aquella casa se respiraba el veneno. No tenía dinero para ir al cine. Los cuatro céntimos que le daba su padre, siempre entre humillaciones, no alcanzaban para nada. Así que no le quedaba más que vagar por las calles.

Por las noches pensaba en Naciye desde la cama. ¿Cuánto dinero ganaría? ¿Sería suficiente para ahorrar? ¿Dónde escondería el dinero? Pero, claro, tarde o temprano se darían cuenta de que faltaba al colegio dos veces por semana. ¿Y entonces qué haría? Sus hermanos la matarían a golpes, le romperían los huesos.

La casa seguía siendo un infierno. Ute quería que llegara temprano para cuidar a los niños. Tres pequeños que se pasaban el día desordenándolo todo. Dos eran sus hermanos, uno era hijo de Ute. No tenía fuerzas para ir a casa; no podía soportar respirar aquel aire venenoso. Caminó hasta que los pies no le dieron para más, recorriendo una y otra vez las mismas calles por las que había pasado cientos de veces, mirando una vez más los escaparates que ya había visto mil veces, esquivando los excrementos de perro en las avenidas solitarias.

Un día se sentó en un banco del parque y pensó en formas de suicidarse, pero no encontró ninguna que le pareciera adecuada. En el fondo, incluso mientras lo pensaba, sabía que no lo haría. No podía. No sería capaz. Era imposible. Pero imaginarlo, pensar en los detalles, le daba cierta paz.

Entre los miles de millones de personas que hay en el mundo, Rukiye era diferente. Todos estaban bien, ella estaba mal. Todos eran listos, ella era tonta. Por eso siempre perdía. Nadie había sufrido lo que ella sufría, así que debía de haber algo mal en ella.

En los labios de Rukiye se dibujaban unas líneas de tristeza que nadie esperaría ver en alguien de su edad. Había olvidado cómo se sonreía.

Y justo en esa época, cuando le dijo a Naciye «llévame contigo allí», empezó a tocar fondo. A sus propios ojos, su valor había caído tanto que ya daba igual que la vieran desnuda o no. ¿Qué más daba?

No paraba de culparse, no paraba de despreciarse, y llegó a creer que era la persona que menos valía en el mundo.

No había llegado a ese punto de la noche a la mañana. Al principio no pensaba en lo que había que hacer, sino en lo que podría hacer con el dinero. El dinero era el escape. El dinero era libertad, un escape de aquella casa. No pensaba en el trabajo en sí. Total, no lo

iba a hacer. Pero imaginarlo, soñarlo, no tenía nada de malo. Era otro juego de alivio, como las fantasías de suicidio que nunca se cumplirían.

Pero con el tiempo se fue acostumbrando a la idea.

–Naciye tiene razón –pensó–. ¿Qué perdería por enseñar mi cuerpo? ¿Qué me quitaría?

De todos modos, muchas turcas ya se dedicaban a eso, o incluso a cosas peores. Las páginas de anuncios clasificados de los periódicos vespertinos estaban repletas de avisos de chicas turcas que buscaban clientes. Había quienes actuaban en películas porno. De eso se hablaba todo el tiempo en la escuela, porque los chicos veían esas películas. Roxy nunca había participado en una de esas veladas, pero había oído que chicos y chicas se reunían a ver películas sexuales, riéndose juntos.

A Rukiye le habría encantado tener un walkman, o quizá uno de esos reproductores de discos que ahora están tan de moda en la escuela. Así al menos podría librarse del aburrimiento, caminar por las calles escuchando música, pasar horas en el parque acompañada de Eminem, Usher o Puff Daddy.

Inglés, alemán, turco... daba igual el idioma, a Roxy la música hiphop le removía las entrañas. Sentía cerca aquellas letras cargadas de rabia, esas actitudes desafiantes de quienes las cantaban. Pero cada vez que intentaba ver algo así en la televisión de casa le cambiaban el canal; pasaban a una telenovela turca o a uno de esos programas con cantantes lloricas. Ute veía programas alemanes durante el día. Por las noches, nadie se atrevía a quitar el mando a distancia al padre.

Roxy iba a las tiendas de música y, tras colocarse los auriculares, escuchaba hiphop durante horas: sus favoritos eran Eminem y Usher. Le gustaban casi todos los grupos turcos también.

Un día se dio cuenta de que ella misma podía escribir letras de estilo hiphop. Sin haberlo planeado, sin haber tomado una decisión, la letra de una canción empezó a formarse en su cabeza:

Si el mundo se parara de repente,
y empezara a girar del revés,

si los animales fueran gente,
y los humanos animales, al revés,
si los ricos cayeran en la ruina,
y los pobres nadaran en la fortuna,
si los ratones a los gatos destrozaran, y los corderos a los lobos dominaran,

si repartiéramos las cartas de nuevo,
y pusiéramos fin a este mundo ciego,
si aplastáramos con rabia entre las manos
a esos que llaman «padres»: idiotas, ingratos... Entonces sí que volvería a reír,
entonces sí que volvería a reír,
en tu cara, mundo de mierda.

Descubrió que podía cantar esta letra tanto en alemán como en turco. La recitaba sobre una base de batería que sonaba en su mente. Sus asociaciones eran tan intensas que podía improvisar rap durante horas sin haber escrito nada previamente. Las palabras fluían como un río en su mente. Movía los dedos en grupos de tres o cinco, como los raperos negros que había visto en la tele, y entre versos soltaba interjecciones: «uh», «ah».

El día que descubrió esto, quizá por primera vez en años sintió un pequeño alivio. Ahora, sin duda, necesitaba un disco de hiphop y un reproductor de CD. Ya había invertido el primer dinero que ganó en el salón erótico en esas cosas. Entró en la tienda de electrónica de Düsseldorf y se compró de inmediato un reproductor Sony. Le encantaba acariciar la superficie gris brillante del aparato. Tenerlo la hizo tan feliz que casi olvidó todo lo vivido en aquella extraña sala de exhibición.

Todo era tal y como Naciye se lo había contado. Entrabas por una puerta, levantabas una cortina de terciopelo rojo, te tumbabas sobre una cama circular que giraba lentamente, sin parar, y comenzabas a desnudarte. Parecía que estabas sola. La penumbra era tan densa que no creías que nadie pudiera vislumbrar gran cosa con esas tenues luces rojas. Así, mientras la cama daba vueltas debajo, ella

mostraba sus partes íntimas a los clientes que la observaban tras los vidrios.

Lo que vivió pudo parecer incluso gracioso. Era difícil creer que hombres pagaran por mirar entre sus piernas en aquella penumbra. ¿Para qué les serviría algo así? Era un trabajo absurdo. Naciye tampoco lo entendía, pero al parecer así eran los gustos de los hombres.

Mientras regresaban a Duisburgo, Roxy sentía la tranquilidad de haber dado al menos un paso. Al llegar a casa tendría que encontrar la forma de esconder sus discos y el dinero. Tal vez podría decir que se los había prestado una amiga. Esa noche soñó que cantaba hiphop desnuda detrás de un panel de vidrio, golpeando sus piernas desnudas con las manos, marcando el ritmo.

En un par de semanas empezó a ganar buen dinero, porque a los hombres que iban al salón les encantaba «Tamara», como la llamaban en el lugar, y no se cansaban de mirarla. Se escuchaban los anuncios en el salón: «*Die exotische Schönheit, die blutjunge Tamara aus der Türkei!* («¡La exótica belleza, la joven Tamara de Turquía!»). Así la llamaban. Ella faltaba dos días a la semana a la escuela y se iba a Düsseldorf para desnudarse sobre la cama giratoria.

En una de esas salidas vio un cartel pegado en la calle. En la ciudad de Essen el domingo habría un festival de hiphop en un lugar llamado Grugahalle. Muchas bandas alemanas subirían al escenario. Al mirar la larga lista vio el nombre de un grupo turco y se emocionó. Essen estaba cerca, como Düsseldorf. Y ahora, además, tenía dinero para ir.

Grugahalle era un enorme recinto para conciertos. Allí había miles de personas de pie, bebiendo cerveza y escuchando música. Ella se mezcló con la multitud, compró una cerveza en vaso de plástico de un *imbiss* y una *bratwurst* con mucha mostaza y kétchup en un puesto callejero. El ruido de los tambores era ensordecedor. Todos seguían el ritmo, balanceándose. Ella también empezó a moverse. Le encantaba. Las bandas iban y venían, sacudiendo el mundo con sus letras rebeldes.

Mientras caminaba entre el público, Roxy escuchó voces en turco. Tres jóvenes delgados bebían cerveza y, para poder escucharse sobre la música ensordecedora, tenían que gritarse. Se acercó a ellos y los saludó. Les preguntó si conocían al grupo turco que iba a salir al escenario. Se rieron: ese grupo eran ellos. Roxy se emocionó al oírlo y les dijo que ella también hacía hiphop, aunque sólo era una aficionada. A los muchachos les encantó aquello.

Por la noche llegó su turno y subieron al escenario. Pero a Roxy no le gustaron demasiado. Después del sonido desgarrado y atormentado de los grupos alemanes, los turcos le parecieron demasiado suaves, blandengues. No consiguieron sacudir el lugar con su música. Además, el cantante principal tenía una voz ronca y su alemán no se entendía bien, por lo que las letras eran difíciles de seguir. Así, cuando cambiaron del turco al alemán, su actuación perdió aún más fuerza.

El público no mostró mucho interés y pronto la gente se dispersó para conversar entre ellos. Entonces un hombre se acercó al cantante y le susurró algo al oído. Él asintió y, tras terminar la canción, se retiraron del escenario entre tímidos aplausos. Al recoger sus instrumentos parecían tristes. Ni siquiera los cumplidos de Roxy lograron animarlos.

Más tarde, mientras cenaban pizza, explicaron que en realidad no eran los cantantes, sino acompañantes instrumentales; ante la ausencia de un vocalista habían tenido que cantar ellos. Uno tocaba la batería; otro, el teclado, y el último, el bajo. Al despedirse esa noche, quedaron en verse en Colonia el domingo siguiente, donde tenían ensayo. Aquella chica rebelde e interesante, fascinada por el rap y con un alemán perfecto, practicaría con ellos. Era sorprendente ver cómo conversaba sin acento alguno con dos alemanes borrachos con los que compartían mesa. Además, ella pagó las pizzas y las cervezas.

Esa semana, Roxy volvió dos veces más a Düsseldorf para acostarse sobre la cama giratoria. Día a día se iba acostumbrando más a aquel trabajo y sus movimientos eran cada vez más provocativos. Allí, desnuda, daba vueltas de un lado a otro mientras nuevas letras de rap le venían a la mente. Se concentraba en

terminar una canción y ni siquiera notaba el paso del tiempo. Después, nunca olvidaba las letras.

El día pactado, en Colonia, ensayaron en un salón vacío de una asociación turca. Roxy cantó junto al grupo la canción «Mundo al revés». Ella marcó el ritmo, indicó al baterista qué debía hacer y comenzó a cantar su tema. El teclado y el bajo también probaron sus acompañamientos durante la canción.

Los chicos miraban incrédulos a una Roxy cantando impecablemente: «Mundo al revés» era magnífica. La chica se movía con la destreza de una veterana del hiphop, dando pasos firmes, haciendo gestos con los dedos y cantando con una voz potente que se clavaba como un arpón. Su expresión de rebeldía en el rostro era indescriptible. Desde ese día decidieron trabajar juntos. Roxy escribiría muchas más canciones, en alemán y en turco. Sólo les quedaba elegir un buen nombre para el grupo.

El nombre que a los chicos les parecía adecuado, Köln Rangers, no lo era. Nadie sabía que «Köln» era la forma en que los turcos llaman a Colonia, por lo que no tenía sentido.

Así, Rukiye, conocida como Tamara en el salón erótico de Düsseldorf, comenzó su vida musical con el nombre de Roxy. El grupo se llamó Roxy and Other Animals, abreviado ROA. Su logo era un ROA en letras rojas con forma de alambre de púas sobre fondo verde. Más adelante, harían pegatinas y camisetas para repartir en sus conciertos. Ya no podían contener sus sueños.

Por alguna razón, a los chicos les parecía muy gracioso el nombre Roxy and Other Animals y no les molestaba en absoluto.

8

La gente del campo cargaban los objetos amontonados en el jardín y los transportaban cuesta arriba hacia sus casas, construidas en lo alto. Parecían una hilera de hormigas trabajando, llevando carga tras carga a sus nidos sin descanso. Uno llevaba un lavabo, otro un grifo, otro una alfombra de oración...

Faroles rotos, lamparillas de noche, braseros, cazuelas de mano para el café turco, zuecos de madera para el hamam con incrustaciones de nácar, cuadros con caligrafías otomanas, retratos de ancestros familiares, álbumes fotográficos en relieve de cobre, baúles, maletas desvencijadas, cortinas bordadas, pilas de mármol, balaustres tallados, atriles... y cientos de objetos similares eran trasladados en medio de un silencioso ajetreo.

La verdad es que no sabían bien qué harían con todas esas cosas, pero llevárselas a casa les parecía correcto. Después de todo, habían trabajado décadas en la lujosa *yalı*. ¿Tan malo era llevarse algo?

En otros tiempos, el benefactor del barrio había sido el Abuelo Bajá. Las desgracias caídas sobre aquella familia desafortunada también les habían afectado a ellos. La familia de Salih Bey, que había comprado la *yalı*, era gente decente, sí, pero no podía compararse con la nobleza de la estirpe del Bajá. Se dedicaban al comercio. Salih Bey era un señorito sencillo, con tiendas en la calle Yüksek Kaldırım y edificios comerciales en Sirkeci.

Había sido uno de los primeros musulmanes en abrir tienda en aquella empinada calle, antaño controlada por griegos, judíos y levantinos «extranjeros». En aquellos días, sólo había otros dos comerciantes turcos en esa calle: İrfani Bey de Kelkit y el Fevzi Bey de Erzurum. Pero con los años, el número de no musulmanes fue disminuyendo y la zona se turquificó con rapidez.

Aunque Salih Bey era una buena persona, no era muy brillante, al igual que su esposa y sus hijos. De esos que uno dice que «han recibido la disciplina de Anatolia» o que «han bebido de las aguas del Este». La familia, originaria de Bitlis, siempre trató bien a la gente del campo. Nunca faltaron al respeto a la señora Leyla, única heredera de la familia del Bajá, que vivía en la dependencia del rincón del jardín: la invitaban a comer, y en las mañanas de fiesta los niños de la *yalı* iban a besarle la mano. El personal que trabajaba allí giraba a su alrededor y la llamaban «la Señora», y los del campo también se adaptaron pronto a esta nueva familia. Eran gente temerosa de Dios y no explotaban a los trabajadores. Pero tras la repentina muerte de Salih Bey a causa de un infarto, la familia puso la *yalı* en venta... y así comenzó esta historia con Ömer Bey.

Lo primero que hizo aquella joven pareja fue echar a la Señora de su casa, y lo segundo, vaciar la *yalı* en un par de días desnudándola por completo. Para ellos, los objetos que consideraban valiosos se quedaban; lo que a sus ojos no valía más que basura, se tiraba.

La gente del campo, durante los primeros días, miraba con desconcierto a estos nuevos dueños carentes de modales, pero uno se acostumbra a todo en esta vida. Estaba claro que eran gente muy rica: darían recepciones en el jardín para cientos de personas, comprarían carne al carnicero, fruta al frutero, y quizá incluso emplearían a los jóvenes del barrio como chóferes, vigilantes o camareros.

Sentían un afecto sincero por la Señora, y les dolió profundamente que la expulsaran de su casa, pero era evidente que se había instalado un nuevo orden en el barrio.

En el momento en que escucharon que les regalarían las antigüedades, todo cambió aún más. ¡Ya se había establecido un nuevo orden con los nuevos dueños!

Desde el saqueo del jardín, a la esposa del tendero Hasán, Cemile, le habían tocado dos grifos ricamente decorados, una antigua placa con inscripciones y un álbum fotográfico en relieve, cubierto de polvo. Iba a colocar los grifos en su casa y colgar la placa en la

pared de la sala. Quizá era una plegaria auspiciosa; como la Plegaria de la Hormiga[13] que traía prosperidad al hogar donde se colgaba.

Hacer lo que hacen los ricos siempre daba buenos resultados.

En la placa que Cemile se llevó para colgar en casa, con cuidadosa caligrafía antigua, estaba escrito: «¡Esto también pasará, *ya hu*!». Cemile no comprendía su significado; pensaba que era un versículo del Corán que se colgaba con la intención de atraer trabajo para los desempleados, esposo para las jovencitas y salud para los enfermos. Sin embargo, ochenta años atrás, toda Estambul conocía esa placa. Porque durante los años de la ocupación de Estambul esa placa se colgaba por doquier. Los habitantes de la ciudad, al verla en lugares públicos, apretaban los dientes y decían: «¡Esto también pasará, *ya hu*!», anhelando la liberación de la ocupación extranjera. La placa simbolizaba un espíritu de resistencia, un mensaje secreto contra el enemigo. Por supuesto, los oficiales ingleses también la veían por todas partes, pero al encontrarse en un país musulmán, creían que era un símbolo de las creencias religiosas locales y no hacían ningún comentario ni se interesaban por su significado.

La placa que Cemile colgó con un clavo en la pared rosa de la sala había sido vista, ochenta años atrás, por altos oficiales ingleses en la pared de la *yalı*, y no le prestaron atención.

Durante las visitas de las fuerzas de ocupación a la *yalı*, incluso estuvo el famoso capitán Bennett. También había otro oficial inglés, el teniente Robert Whitaker, quien jugaría un papel muy importante tanto en la vida de la *yalı* como en la familia del Bajá Abdullah Avni, el Bosnio. Mientras Cemile hojeaba el álbum en relieve de cobre que se había llevado del jardín de la *yalı* a casa, una foto le llamó especialmente la atención: un oficial inglés alto y de rostro alargado. En esa imagen, el oficial británico aparecía junto a la familia del Bajá. En otra foto, estaba al lado de una joven de aspecto claramente turco.

Pero lo que más llamó la atención de Cemile fue el asombroso parecido de la Señora con el oficial que se veía en la foto. La misma

forma del rostro, la misma nariz, los mismos ojos, la misma postura erguida y segura de sí misma. Cemile, que se había casado y llegado al barrio más tarde, le enseñó la foto a su marido después de la cena y le preguntó quién era ese oficial.

Hasán tampoco conocía a esas personas, pero según lo que había oído de los mayores, ese oficial inglés debía de ser el padre de la Señora.

–No sé si es verdad o mentira, pero esa era la historia.

Tomó la foto y la miró atentamente. En efecto, la Señora se parecía mucho a aquel oficial.

Cemile, aún más sorprendida, preguntó:

–¿Entonces el padre de la Señora era inglés?

–Eso decían nuestros mayores –respondió el marido–. Durante la ocupación, un oficial inglés sedujo a la hija del Bajá, y de esa unión nació Leyla. Algunos incluso contaban que el Bajá sufrió un derrame cerebral como consecuencia y que murió sin haberse recuperado. No sé si es verdad o no, pero hay quienes creen que la Señora es hija de ese oficial inglés.

Luego acercó la foto para observar mejor. La joven mujer que aparecía junto al oficial inglés debía de ser la hija del Bajá que murió al dar a luz, es decir, la desgraciada madre de la Señora.

Hasán había escuchado esa historia desde niño, pero no le había prestado mucha atención hasta que vio la foto. Cuando era pequeño solía jugar en el jardín de la mansión, cerca de la falda de la Señora, que le daba regalos y nunca le había hecho daño. La quería mucho, como todos.

Pero ahora por primera vez se preguntaba cuál sería la religión de la Señora. Si su padre era inglés, ¿sería ella cristiana? ¿Había heredado la religión de su padre o de su madre? Pero ¿cómo podría ser cristiana la nieta de un bajá?

En ese momento, su mirada se posó en una placa colgada junto a la alfombra que mostraba una escena de caza de ciervos en la pared rosa. Decía: «¡Esto también pasará, *ya hu*!».

–¿Qué es esto? –preguntó a su esposa.

–Una oración –respondió Cemile–, quizá aumente la prosperidad de nuestra casa.

En la tienda de Hasán también había colgada una Plegaria de la Hormiga para aumentar la prosperidad, pero nunca había visto una así.

Observó con su ojo de comerciante la placa amarillenta y el marco viejo.

–Quizá sea algo valioso. Podríamos llevarla a Horhor y venderla, los anticuarios pagan bien por estas cosas.

A la mujer no le gustó nada la idea.

–Si se queda colgado en esta casa traerá más dinero –dijo–. Lleva años y años colgando de la enorme mansión del Bajá, a ver si a nosotros también nos toca algo de suerte.

–Ahí no creo que tengas razón –dijo Hasán–. Mira, no queda nadie de la familia del Bajá en este mundo, al final hasta han echado a la Señora. No parece que la placa trajera tanta suerte.

Cemile le dio unas vueltas. La mujer se opuso a la idea de que la culpa fuera de aquella caligrafía. Trataba de encontrar una excusa para no enredar más las cosas y que la placa no saliera de casa.

Luego dijo:

–A ellos –dijo–, el oficial inglés les trajo mala fortuna. Si metes a un oficial infiel en la familia del Bajá, una plegaria no puede ayudar.

Hasán respondió:

–¡Es cierto! –Y acordaron que probarían la eficacia de la caligrafía por un tiempo.

Cuando Cemile había llegado a Estambul para casarse desde Kastamonu quedó maravillada por las bellezas del Bósforo y durante largo tiempo contemplaba encantada su entorno como un mundo de fantasía. De hecho, en la práctica acababa de dejar su infancia atrás. Pero con el tiempo, a medida que se acostumbraba, empezó a querer para sí misma y sus hijos una parte de esa vida de paseos en coches lujosos junto al Bósforo.

Cuando una muchacha de los pueblos de Kastamonu llega a la gran ciudad para casarse, no suele interesarse mucho por la religión. Como las demás chicas del pueblo, vivía sin pensar demasiado en esas cosas. En el pueblo, el islam formaba parte de la vida cotidiana:

rezar por los difuntos, que los ancianos fueran a la mezquita, reunirse todos en la oración en los días festivos o repartir dulces en las ceremonias religiosas. Cemile había crecido sin notar mucha diferencia entre cocinar una sopa de tarhana y recitar oraciones. Ambas cosas eran actividades que le enseñaron y que se hacían desde que tenía memoria.

En sus primeros años en Estambul tampoco pensó mucho en la religión. Pero luego conoció a la Hermana Hoceste, que se dedicaba a instruir a las mujeres del barrio en temas religiosos, mostrándoles que iban por mal camino y, una vez convencidas, las llevaba a la ceremonia de un jeque Naqshbandi [14] en Beykoz.

Esta piadosa mujer, de unos cincuenta años, les explicaba los principios divinos y les enseñaba los rituales. Les explicaba cómo, al acercarse a un jeque, se protegían a sí mismas, a sus matrimonios y a sus hijos de todo tipo de desgracias.

Un día llevó a Cemile y a las demás mujeres a la casa del jeque en Beykoz para que pudieran ver su sagrado rostro. Desde entonces, Cemile empezó a pensar más en su religión y se esforzaba por ser una buena musulmana y no desobedecer al jeque.

Por eso la foto del álbum fue un golpe duro para ella, casi le hizo perder el cariño por la gentil Señora mayor que tanto apreciaba. «¿Será que la señora mayor es una infiel?», y se atormentaba sin poder resolverlo, dándole vueltas todo el rato. ¿Cómo podría esa mujer hermosa, elegante y compasiva ser una infiel? ¿Sería siquiera posible?

Pero la foto mostraba todo claramente: la Señora mayor era igualita al oficial inglés. El joven oficial de la foto sólo podía ser el hijo de la Señora. Pero no, era su padre.

El sobrino de su marido, Yusuf, contaba cosas terribles sobre el jeque de Beykoz y advertía a las mujeres del barrio que no fueran a verlo, pero al fin y al cabo, él era periodista, y nunca se podía confiar en los periodistas.

Hasán y, por ende, Cemile, sentían un gran orgullo porque Yusuf era periodista y de vez en cuando su nombre aparecía destacado en las noticias como «Yusuf Yılmaz». Que Yusuf tuviera un trabajo tan importante complacía mucho a Cemile, pero desde que se mudó a Beyoğlu parecía haber cambiado su carácter. Después de trasladarse a Beyoğlu, un lugar del que se decía que estaba plagado de todo tipo de escándalos e inmoralidad, visitaba su antiguo barrio muy rara vez y cuando lo hacía decía cosas extrañas. La mayoría de sus palabras eran peligrosas, contrarias a la religión y a la patria.

Otro sobrino de su marido, Hüseyin, daba a la familia aún más motivos de orgullo. Porque en las elecciones de hacía dos años había sido elegido diputado y se había trasladado a Ankara. Durante la campaña electoral, todos los emigrados de Kastamonu trabajaron para Hüseyin, y las mujeres iban puerta por puerta en Beykoz repartiendo folletos electorales. Nadie esperaba que fuera a ganar porque ocupaba el puesto 12 en la lista de candidatos, pero el partido obtuvo una victoria inesperada y hasta los nombres que habían quedado en las posiciones bajas, casi de relleno, lograron convertirse en diputados.

Hüseyin, como era inteligente, ascendió rápidamente en la política. En el parlamento tenía algún cargo en una comisión (Cemile no recordaba bien cuál), pero sabía que gracias a eso ahora circulaba en coche oficial con chófer. Ya era un hombre importante y las grandes recepciones que recibía en el barrio cuando regresaba eran prueba de ello.

–¡Ah! –dijo Cemile–, ¿entonces la Señora es una infiel?

Seguía sorprendida por aquel gran secreto y estaba impaciente por compartirlo con las otras mujeres del barrio. Apenas le sirviera la comida a su marido y lo mandara fuera, se pondría el pañuelo en la cabeza y saldría a la calle para contar a sus amigas la noticia de la que acababa de enterarse.

La Señora, por quien dos días antes había sentido tanta lástima y a quien había insistido en llevar a su casa, parecía ir cayendo poco a poco de su estima. «Menos mal que no la traje a casa –pensaba–, se habrían perdido la paz y las buenas costumbres del hogar».

Recordó que nunca la había visto postrándose para orar o haciendo plegarias. ¿Acaso iba en secreto a la iglesia? Si las había engañado así, entonces no había nada que reprochar a los nuevos dueños de la mansión. Al fin y al cabo, no iban a permitir que una mujer infiel viviera en su jardín. Además, parecían personas generosas y de buen corazón.

Volvió a posar la vista en la oración de la pared.

–¡Señor mío, gracias a Ti! –dijo–. ¡No nos apartes nunca del camino de la fe!

9

Aquella noche el estrés causado por la señora Leyla no impidió a Yusuf y a Roxy hacer el amor. Aunque, eso sí, enroscados en la cama, tuvieron que cuidarse de que el somier no chirriara demasiado. Porque aquella noche no estaban solos en casa: en la habitación de al lado dormía Leyla, y se vieron obligados a evitar que la cama golpeara contra la pared o a dar rienda suelta a sus gemidos.

Para Roxy aquello ya era una auténtica tortura.

–Digamos molestia –decía Yusuf.

–¿Qué?

–Que no es tortura, cariño. Esa palabra es un poco fuerte. Es sólo una molestia temporal.

–¿Y cómo de temporal estamos hablando?

–No lo sé... pero no creo que pueda seguir así para siempre. Ya encontraremos una solución.

–No te entiendo, Yusuf. ¿Qué deuda puedes tener con esta vieja para que la hayas traído a casa?

–No es una deuda, vida mía. No lo es. Pero tú no conoces a Leyla. En mi vida no he visto a nadie tan interesante, tan buena persona. De niño me trató tan bien que llegué a sentirla casi más cercana que a mi propia abuela.

–¡Uf! –bufó Roxy–. Abuelas, tías... qué ajetreo de gente más innecesario.

–Ya sé que odias las familias numerosas, pero créeme, Leyla no es de las tuyas. Si te esforzaras un poco por conocerla...

–¿Y qué? ¿Quieres que le coja cariño así de repente?

Yusuf se echó a reír.

–Contigo nunca se sabe –dijo, abrazando su cuerpo desnudo y besándole los pechos.

Roxy estaba convencida de que entre ella y Yusuf había un vínculo químico. Jamás había amado la piel de un hombre de aquella manera, ni la había sentido tan suya. Por eso quería pegarse a su cuerpo cada noche como una ventosa. No le gustaba nada que usara loción después de afeitarse: adoraba el olor natural de su piel. Era un aroma que la calmaba, la reconfortaba y que se había vuelto imprescindible. Había leído en una revista alemana un artículo sobre la memoria neurológica: una mano podía recordar la piel que había acariciado incluso años después; y la piel, a su vez, recordaba esa mano. Su cuerpo se había acostumbrado a Yusuf. Abrazarse desnuda a él era como una terapia reparadora.

Además, había algo más, quizá lo más importante, en su armonía sexual: el respeto que Yusuf le mostraba durante el amor. Era la primera vez que veía a un hombre tratar el cuerpo de una mujer con auténtico respeto. Los jóvenes alemanes y turcos con los que había estado antes solían manosearla con brusquedad, mirarla como un objeto, casi como si fuera una muñeca inflable. Ya no aprendían a hacer el amor por los caminos tradicionales ni de mujeres experimentadas, sino de las películas porno, tan fáciles de encontrar en cualquier parte.

Roxy lo había visto en la tienda de Düsseldorf y en las películas que veían sus compañeros de colegio: un mundo falseado donde las relaciones hombre-mujer se distorsionaban hasta la crueldad. La pornografía degradaba el cuerpo femenino, lo convertía en carne al servicio del hombre, algo que había que ultrajar, humillar, ensuciar. Era de una violencia brutal.

Pero los chicos creían que aquello era normal y lo llevaban a sus propias camas. Roxy no era de las que aceptaban la sumisión o la humillación. Por eso, en la cama, se rebelaba, no hacía lo que ellos querían, les gritaba y se aferraba a su dignidad. Su cuerpo no era un banco de pruebas ni una diana: era un cuerpo humano.

Sin embargo, desde la primera noche, Yusuf se había acercado a ella con un gran respeto. Una intimidad que casi podría considerarse «a la antigua»: susurros de amor, caricias suaves y, lo más importante, respeto, respeto, respeto. Como mujer, sentía en el antes y el después del acto un cierto estado de elevación.

Todo aquello la ataba a Yusuf con un amor profundo y despertaba en ella una especie de admiración. Porque era distinto a todos los chicos que había conocido hasta entonces. Al principio pensó que estaba fingiendo: «Anda ya, ¡nadie puede ser tan bueno!», se decía. Pero más tarde, con sorpresa, comprobó que aquel chico era realmente bueno, tan bueno que parecía irreal.

Su carácter rebelde, duro y sin concesiones seguía intacto, y de día seguía sacando de quicio a Yusuf; pero por la noche, en la cama, se transformaba en otra chica, volviéndose relativamente dócil en los puertos tranquilos de la relajación corporal.

Tras su silencioso encuentro amoroso de aquella noche, Roxy le preguntó a Yusuf:

–¿Esa mujer tiene marido?

–¡No!

–¿Está muerto?

–No, nunca ha tenido marido.

Roxy se incorporó.

–¿O sea que nunca se ha casado?

–No, jamás. Nunca tuvo novio... incluso puede decirse que ni tuvo amigas. No tiene familia. Desde su juventud vive sola. Ni madre, ni padre, ni parientes, ni esposo, ni hijos. Está completamente sola en el mundo.

Fue entonces cuando Roxy empezó a sentir un profundo interés por la anciana.

¡Vivir sin depender de nadie y sin cargar con el peso de una familia, qué desafío a la vida debía de ser aquello! ¿No pensaba ella lo mismo cada vez que, en Duisburgo, después de una relación desastrosa o agobiada por el infierno de su casa, se echaba a las calles? Si las personas sólo se hacían daño, entonces lo más hermoso era plantarle cara a la vida y elegir una soledad absoluta.

En las relaciones humanas era deficiente, incompleta. Quizá había algo que todo el mundo sabía y sólo ella ignoraba. Tampoco es que se quejara mucho de la soledad. Tanto en casa como en la calle se sentía bien estando sola; pero, por desgracia, el trabajo que hacía exigía tratar con mucha gente. Ser una buena cantante de hiphop significaba tener que lidiar con mánagers, conciertos, giras, músicos,

discográficas y convivir de forma constante con un grupo. Esa parte del trabajo le resultaba agotador. Por suerte, los chicos de su banda eran jóvenes tranquilos, discretos y reservados, y nunca la molestaban.

Mientras tanto, la humillación con la que se topó y el sambenito de «turca alemana» que le endilgaron nada más llegar a Estambul, cargada de ilusiones, hacían su vida aún más difícil que en Alemania.

En aquel mundo frío y hostil, Yusuf era la única prueba de que también existían buenas personas.

10

Después de despedir a su padre en la puerta de la *yalı*, Ömer sintió que una inquietud crecía dentro de él, como una mano invisible que le apretara la garganta. Como de costumbre, su padre había rechazado subir al automóvil y había insistido en ir a pie hasta la parada del autobús. Ali Yekta Bey estaba convencido de que los hombres importantes eran «personas de principios» y que cada uno tenía una peculiaridad que lo distinguía.

Por ejemplo, el columnista principal del diario *El Tiempo*, el célebre periodista Sait Bey, «el Chanclas», había recibido aquel apodo porque iba en sandalias de goma tanto en verano como en invierno, y se había hecho famoso por un enorme despertador de mesilla que colocaba junto a sí cuando escribía sus columnas en el café Meserret. En una ocasión, había compuesto un poema en el que elogiaba los caballos que tanto fascinaban al sultán Reşat, y por ello, el sultán Abdülhamit, incapaz de tolerar siquiera a los caballos de su futuro sucesor, lo había enviado al exilio en la fortaleza de Saná, en Yemen... pero esa era otra historia.

Yahya Kemal había vivido durante años en el Park Otel; Abdülhak Hamit jamás se quitaba su traje *bonjour*, como lo llamaban entonces; Sakallı Celal Bey se negaba a abrocharse la camisa; Refi Cevat insistía en montar en burro, y Neyzen Tevfik nunca soltaba su bastón.

Todos los grandes señores y bajás a los que Ali Yekta Bey había servido tenían una costumbre inquebrantable. Tomaban el café a una hora fija, hacían ciertas cosas en determinados días de la semana y, por mucho que el entorno los mirara con extrañeza, jamás abandonaban sus hábitos. Así pues, Ali Yekta Bey también tenía dos costumbres de las que no pensaba desprenderse: la primera, el revólver que siempre llevaba al cinto y limpiaba cada

semana, herencia de su padre y símbolo de su apego a las tradiciones; la segunda, su empeño en ir a todas partes en autobús municipal.

Creía que el revólver representaba su lealtad a la herencia paterna y que el autobús le confería cierta nobleza y firmeza de carácter. Casi podía oír los comentarios a sus espaldas:

–Es cosa de Ali Yekta Bey, va a todas partes en autobús.

–Si ven a un caballero elegante en el autobús municipal, sepan que es Ali Yekta Bey.

–Aunque le corten la cabeza, no se sube a un coche privado.

Por eso, pese a todas las súplicas de su hijo, esperó en la parada con la máxima seriedad, y con su elegante porte inspirador de respeto subió al autobús rojo y se marchó.

Ömer veía que la situación se estaba complicando. Su padre se preparaba para cumplir el mayor sueño de su vida, convencido de que la habitación del Bajá, en el piso superior de la *yalı*, le había sido reservada. Pero su esposa no estaba dispuesta ni siquiera a escuchar semejante idea. No sólo no aceptaba que el hombre ocupara la habitación del Bajá, sino que apenas toleraba la simple posibilidad de que pusiera un pie en la mansión.

–¡Un criado! –decía–. ¡Eso es lo que es! ¿Vas a vivir en esta noble casa con un criado?

Ömer intentaba replicar, defendiendo a su padre, pero sus palabras se perdían entre los gritos airados de la mujer.

En el mundo laboral, Ömer era célebre por ser implacable, con aguda inteligencia y por no reconocer ninguna norma moral. Sin embargo, cuando estaba frente a aquella chica era muy débil. En las discusiones siempre cedía.

Ömer se detuvo en la puerta de la *yalı* y miró con tristeza el autobús municipal que se alejaba. «¡Ah, padre! –pensó para sí–. ¡Ah, padre! No entiendo por qué haces todo esto».

Ser rico, llevar una vida más cómoda, ganarse el respeto de los demás... todo eso son cosas agradables, cualquiera querría conseguirlas. Pero una ambición tan grande debería ser una pasión propia de los jóvenes. En un hombre mayor, una ambición que

alcanzaba semejante grado daba visos de algo defectuoso, algo equivocado. En otro tiempo, su padre lo habría llamado «la codicia del anciano».

Durante toda su infancia, Ömer había temido a Ali Yekta Bey. La actitud autoritaria del hombre y su ambición le infundían miedo. Todos podían ver su empeño en criar bien a su hijo, pero nadie decía nada. De todos modos, tampoco los propietarios de la mansión Kadızade sospechaban que las cosas habían llegado a tal extremo.

Un día en que todos fueron juntos a Büyükada, Ali Yekta Bey sentó al pequeño Ömer, de trece años, a la mesa, en la silla del jefe de familia, y le sirvió él mismo la comida. Aquella comida fue una de las mayores pesadillas en la vida de Ömer. Fue una ceremonia de tal crueldad que nunca la había olvidado.

Ese día, Ali Yekta Bey obligó al muchacho a que se vistiera con el traje cruzado de color oscuro que había mandado confeccionar en la sastrería de Sıtkı, en Beyoğlu; le ordenó ponerse la corbata gris con lunares y peinarse bien. Él mismo se vistió con la elegante ropa que solía llevar cuando tenía invitados.

En el imponente salón, en la cabecera de la antigua mesa de comedor para doce personas, estaba sentado un niño de trece años con traje, mientras su anciano padre le servía con gran respeto. Cuando, con la fuente en la mano, se situaba respetuosamente a su izquierda, Ömer se sentía muy incómodo y giraba la cabeza para mirar hacia atrás a su padre. Entonces Ali Yekta Bey le gritaba:

–¡¿Qué te he dicho?! ¡¿Qué te he dicho, eh?! ¡Nunca mires al camarero! Déjalo que espere. Y si estás hablando, no interrumpas la conversación. Cuanto más le hagas esperar, mejor. No te vuelvas hacia él. ¡Jamás! Compórtate como si no existiera.

Ante esto, el niño enrojeció de vergüenza, bajó la vista y aguardó a su padre. Sentía a cada instante la presencia dominante y amenazadora de aquel hombre sobre su nuca, y no era fácil ignorarlo. De hecho, Ömer no podía hacerlo y, como un niño asustado, se encogía, hundiendo tímidamente la cabeza entre los hombros. Aquellas fueron horas de martirio en la vida de Ömer. Ahí

sentado, con la sensación de esperar una sonora bofetada en la nuca en cualquier momento.

Después, el padre llenaba el vaso con una jarra de cristal de tapa de plata, y se quedaba frente a él mirando cómo comía. El diligente criado, una vez terminada la comida, llevaba al muchacho al salón donde los señores fumaban y tomaban café, y le enseñaba cómo se cortaban los puros Cohiba, qué coñacs se servían en qué copas... aunque, por suerte, no le pedía que los probara.

Ömer debía conocer todo lo que pertenecía al mundo de los ricos. Y poco a poco así fue. Vestía siempre trajes de tela inglesa, volaba en primera clase cuando viajaba al extranjero, sabía cuál era el mejor champán y el caviar más selecto, y poco a poco se fue convirtiendo en una criatura extraña. En aquella educación digna de príncipes que Ali Yekta Bey dio a su hijo no dejó nada incompleto salvo una cosa.

El chico no conocía la sexualidad. Conservador como era, Ali Yekta Bey no pudo prepararlo, y de todos modos, esos temas no se hablaban entre padre e hijo.

Por eso, la relación con las mujeres quedó en la vida de Ömer Cevheroğlu como la única puerta débil de una fortaleza muy bien protegida. Por la extraña crianza que había recibido, no podía comportarse con naturalidad, y no lograba establecer con las chicas un trato espontáneo como el que tenía con sus compañeros de colegio. Su juventud transcurrió sin tocar a una mujer. Era demasiado estirado y raro para iniciar algo con las chicas de su entorno, y demasiado noble como para ir al burdel, como hacían sus amigos. Nunca se relacionó con prostitutas callejeras ni con ninguna otra mujer.

Tan sólo se conformó, durante su época de estudiante en Estados Unidos, con asistir a clubes de estriptis.

Cuando, ya en Estambul, fundó su primera empresa financiera y comenzó a ascender, no sabía cómo hablar con las mujeres que trabajaban para él ni cómo tratarlas. A veces, como no sabía medir la cercanía, las llamaba con un formal «señora tal» y otras se limitaba a decir sus nombres.

La que descubrió esta debilidad fue Necla, una atractiva joven del departamento de recursos humanos de la empresa que, una tarde, al quedarse haciendo horas extra, se pegó a sus labios y le regaló el primer beso serio de su vida. Dos semanas después, durante otra noche de trabajo, en el recién amueblado y elegante despacho, sobre el sofá Chesterfield, desvió del buen camino al virgen Ömer, entregándole también su propia virginidad.

A partir de ese momento, Ömer comenzó a vivir la embriaguez de una felicidad jamás conocida. Necla ya no le parecía una mujer, sino un ser sobrehumano, un milagro. A la joven que le había obsequiado un universo sexual desconocido para él estaba dispuesto a darle todo lo que pidiera, a hacer todo lo que ella ordenara. Sentía que jamás podría sustraerse a su voluntad.

Después de casarse, aquella pasión no disminuyó, sino que creció aún más. Para Ömer, en todo el mundo sólo existía una mujer que representaba toda la feminidad y se llamaba Necla.

No se cansaba de entregarse a Necla por completo, dejando que ella tomara el mando mientras hacían el amor; sentía que las alas que revoloteaban entre sus piernas lo elevaban al paraíso. En el trabajo era el amo de todos, pero en aquel edén era un esclavo voluntario, y disfrutaba muchísimo de serlo.

Naturalmente, Ali Yekta Bey se había opuesto firmemente a su matrimonio, asegurando que aquella muchacha funcionaria no era una buena pieza, y se empeñaba en casar a su hijo con la hija del dueño de una *yali*. En el Bósforo, poseer una de esas mansiones era símbolo de riqueza, poder, elegancia y nobleza. Un matrimonio lo resolvía todo y convertía a Ömer en propietario de una de aquellas mansiones de un plumazo. Pero Ömer no podía verlo. Por primera vez, una voluntad más fuerte que la de su padre lo atraía hacia Necla. El padre quedaba en segundo plano. Intentaba no herir sus sentimientos, a veces hasta trataba de ganarse su favor, pero cuando Necla lo llamaba «mi hombre» y lo atraía a la penumbra de sus elegantes dormitorios, ni el padre ni el mundo valían nada.

Consciente de su poder, Necla comenzó poco a poco a lanzar indirectas contra Ali Yekta Bey en presencia de Ömer, hasta que

terminó insultándolo abiertamente. La pareja más hermosa, exitosa y rica de Estambul no se sometería a las pasiones de un criado. Y también se propuso remediar la debilidad de Ömer frente a su padre, hacerlo fuerte. Pronto borraría para siempre la marca de «linaje de criado» que consideraba una mancha negra sobre Ömer, una sombra que impedía su libertad.

Gracias a la astucia, la dureza, la educación financiera recibida en las mejores escuelas del mundo y su habilidad para detectar las debilidades del sistema, Ömer Cevheroğlu trajo a Estambul un estilo totalmente nuevo. Por un lado, mantuvo siempre buenas relaciones con cada gobierno del país. Por otro, aprovechó los círculos empresariales que frecuentaba para convertirse en poco tiempo en propietario de un banco y un *holding*. Ganaba dinero incluso dormido, y mucho dinero.

Necla no podía permitir que ese imperio se desvaneciera por culpa de un viejo ambicioso y desequilibrado.

Sin embargo, para lograr su objetivo necesitaba tiempo. Porque Ömer estaba bajo la influencia de su padre desde niño. No sólo no podía librarse de aquello, sino que se sentía en deuda. Tal vez también le tenía miedo y por eso no se atrevía a contradecirle. Pero últimamente sus objeciones habían ido perdiendo fuerza, y ya no se oponía con tanta vehemencia a las palabras duras que Necla dirigía al patriarca. Necla, por su parte, prefería hablar de todo esto en la intimidad, especialmente después de hacer el amor.

Llegó tan lejos en esto que mandó poner en la habitación que Ali Yekta Bey había reservado en la *yalı* para descansar de vez en cuando una amplia cama. Cuando quedaban a solas, en aquella mansión a medio reformar, sobre las sábanas impregnadas de sal marina, ella se pegaba a él como una ventosa, enroscando sus delgadas piernas alrededor de su cintura y comenzaba a volverlo loco: había convertido esa habitación en un templo del amor.

Ömer, por su parte, estaba más que dispuesto a perder la cabeza ante aquella rara armonía hormonal. El aroma, la piel, la voz, el sudor de su esposa lo embriagaban. Y cuando todo esto se mezclaba con el viento del Bósforo, la humedad, la sal y el perfume cautivador

del mar, la combinación resultaba única. Los silbidos de los barcos que pasaban entre la niebla se mezclaban con sus gritos de éxtasis, haciendo crujir las columnas de cedro, los suelos de nogal y los armarios de caoba de la vieja mansión.

Necla llamaba a ese lugar «¡Nuestra habitación del pecado!».

–¿No es cierto, cariño, nuestra habitación del pecado? ¿Has sentido algún placer tan intenso en tu vida como aquí? Yo no. Aquí hay algo que nos atrae, que nos pertenece. Quiero hacer el amor contigo en esta habitación cada noche, mi querido, mi poderoso hombre, y cuando amanezca, volver a hacerlo.

En esos momentos, Ömer Cevheroğlu se sentía infinitamente poderoso, como si pudiera hacer cualquier cosa en el mundo.

Necla no era una mujer que se conformara con ser feliz. Más bien, sólo se sentía feliz al contemplar la desgracia de los demás. Para ella, esa era la medida de la vida. Eso significaba que quienes la rodeaban debían estar por debajo de ella, temerla y sentirse aplastados. Sólo en esos instantes sentía una felicidad profunda. Aparte de eso, ni la naturaleza le daba paz, ni la familia, ni la amistad. Todo aquello lo veía como debilidad.

Había descubierto que mientras alzara la voz, los demás se sometían a ella. Mientras quienes la rodeaban la consideraran un problema, todo iba bien, porque ellos se agachaban, trataban de no hacerla enfadar y hacían todo lo posible para resolver el «problema». La vergüenza de esas personas pequeñas las hacía entrar en pánico frente a los fuertes. Cuanto más gritaba Necla con ira, más se encogían y avergonzaban quienes no podían responder, como si ellos mismos fueran los responsables de la situación. Mientras los humillaba, no dejaba de exigir más. En esos momentos, su pequeño ceño se fruncía, sus ojos adquirían una mirada cruel y parecía una rapaz enfadada.

Gracias a una planificación y preparación meticulosas, las obras en la *yalı* avanzaban con rapidez. La mayoría de los materiales, importados, se colocaban y montaban cuidadosamente, cambiando cada día el aspecto de la casa. Los baños se revestían con valiosas cerámicas italianas envejecidas para darles un aire antiguo, se

instalaban papeles pintados únicos traídos de Inglaterra, y se colocaban pomos de porcelana exclusivos con la firma de autor. El arquitecto había pedido que se conservara el parquet de nogal, de tan alta calidad, tal cual estaba.

Poco tiempo después, la mansión había cambiado tanto que Necla logró convencer a Ömer para que pasaran algunas noches en su habitación, disfrutando de esas veladas de verano estrelladas y perfumadas con delicadas fragancias florales. Se sentaban en el muelle de la *yalı*, escuchando el sonido de las olas rompiendo en la orilla, aspirando el aroma del mar que lavaba sus pies, mientras bebían whisky. Luego, Ömer, con sus brazos fuertes y entrenados en esgrima, abrazaba a la delicada Necla y la llevaba a su habitación para una larga noche de placer.

Aunque en esas noches tampoco estaban a salvo de que surgiera dentro de ellos una extraña inquietud y miedo. Porque la tranquilidad del Bósforo, que en tiempos pasados sólo escuchaba el delicado y silencioso chapoteo de las olas contra el muelle, cedía su lugar a un ruido infernal. En las noches de verano, desde los clubes de la costa europea llegaba una música ensordecedora, ritmos que sacaban el corazón del pecho, que parecía que provenían del propio jardín de la *yalı*. La violencia musical de algunos de esos clubes situados justo frente a la *yalı* aumentaba progresivamente su intensidad hasta las cuatro de la mañana. Como si esto no fuera suficiente, los barcos de recreo que salían a pasear por el Bósforo pasaban justo frente a ellos. Algunos eran barcos-discoteca, otros contaban con un conjunto de música tradicional, y de algunos emanaba música arabesca. Cientos de embarcaciones ruidosas pasaban frente a la mansión con su estruendo, en las que algunos de sus pasajeros se entretenían observando a los habitantes de la *yalı*.

El alcohol consumido en los barcos y en los restaurantes alineados a la orilla del Bósforo mezclaba su aroma de anís con el aire, embriagando incluso a los que no bebían. Antes, por las aguas del Bósforo apenas pasaban unos pocos barcos. Ahora, por donde antes pasaban las barcas imperiales del sultán cruzaban cada día cientos

de grandes embarcaciones. Los grandes veleros, los petroleros y los enormes cruceros turísticos se perseguían unos a otros, luchando con las traicioneras corrientes del Bósforo y realizando maniobras de alto riesgo. Que algún gran barco golpeara las *yalıs* o encallara en la costa ya se consideraba algo normal.

En una ocasión, un gran barco que transportaba animales hacia un zoológico en Rusia se hundió, y las pobres bestias llegaron al fondo del Bósforo. Incluso días después del terrible accidente, los cadáveres de los animales aparecían ocasionalmente en la superficie, causando momentos de horror a los propietarios de las *yalıs*.

Durante una fiesta en una de esas mansiones a orillas del Bósforo organizada por uno de los ricos más destacados de Estambul, la situación se convirtió en un auténtico escándalo. Aquella tarde, el anfitrión había reunido a todas las personalidades de la ciudad en el gran muelle. Ömer y Necla también estaban allí. En un rincón, una orquesta con esmoquin tocaba valses vieneses, mientras los distinguidos invitados, ataviados con los más elegantes esmóquines y vestidos de gala, sorbían whisky y conversaban. En un extremo del muelle, el döner que pronto se serviría desprendía aromas exquisitos, y cientos de entrantes representando los sabores selectos de Oriente Medio, el Cáucaso y los Balcanes se alineaban sobre el bufé libre, cuando el grito de una mujer hizo que todos miraran al agua.

Un cuerpo hinchado de jirafa había golpeado el muelle de la *yalı*. Como estaba de lado, parecía aún más grande. Su delicado cuello se movía arrastrado por la corriente, y su cabeza martilleaba el muelle una y otra vez. Poco después, dos tigres emergieron a la superficie, y las olas mecían violentamente sus cuerpos hinchados. Los invitados, aterrados, percibieron el olor que emanaba de los pelajes mojados, rojipardos, de los tigres. Luego apareció un oso enorme. Frente a la *yalı*, de repente se formó una masa flotante de animales muertos. Se balanceaban con las olas y, como si realizaran un extraño y mortal número circense, no se separaban unos de otros. Algunos invitados se desmayaron y otros vomitaron. Y como ya

nadie pudo llevarse a la boca un trozo de döner, la fiesta en la *yalı* concluyó en el acto.

Ese verano, el Bósforo olió a animal muerto durante días. Algunos de aquellos extraordinarios animales fueron arrastrados por las fuertes corrientes del Bósforo hacia el interior del mar de Mármara.

Pero la gente, al igual que con todos los desastres vividos, pronto olvidó este suceso y regresó a los placeres imprescindibles del Bósforo: paseos en barco, las fiestas en las mansiones, restaurantes de pescado y celebraciones de fuegos artificiales que se prolongaban hasta la madrugada, tiñendo el cielo de rojo y ensordeciendo los oídos de todos.

A pesar del ruido, el ambiente encantador del Bósforo embriagaba a Necla y a Ömer, y, entregados al amor, creían que el disfrute de la gente no podía dañarlos. Además, el arquitecto estadounidense había protegido la casa con carpintería robusta y triple acristalamiento, de manera que, cuando estaba cerrada, ningún sonido podía penetrar. No había motivo para preocuparse.

Los dos vigilantes nocturnos se alojaban en la parte trasera del jardín, junto al muro, en las dependencias que en otro tiempo pertenecieron a la señora Leyla. Ellos también disfrutaban de las noches de verano, colocando una silla frente a la casita, bebiendo el té que preparaban entre los embriagadores aromas del jazmín, y conversando tranquilamente. Los gritos que provenían de la *yalı* no llegaban hasta ellos, pero podían escuchar el caos y la algarabía de las fiestas en el Bósforo; a veces levantaban la vista al cielo para contemplar asombrados los fuegos artificiales con los que los ricos derrochaban fortunas sobre sus cabezas.

Luego, uno de ellos se acostaba en la cama de la Señora y el otro en el sofá burdeos, y ambos disfrutaban de un sueño reparador. La pequeña casa ya no estaba tan cuidada ni limpia como antes. Sus enseres también habían disminuido, pues «la gente del campo» había entrado allí también y se había llevado los cojines, los cuadros de las paredes y las colchas de la Señora. Si ella hubiera estado presente jamás lo habría permitido, pero de todos modos esos

objetos ya no servían. Era mejor que se usaran en su propia casa antes que quedar a merced de otros.

La pequeña casa ahora recibía más luz solar que antes, porque Necla, que quería ampliarla y ensancharla, había talado el enorme magnolio que crecía justo al lado, cuyas ramas superaban la altura de la casa. Todos los que presenciaron cómo cortaban aquel magnolio, plantado por el abuelo de la señora Leyla en honor a su nacimiento y de una belleza sin igual, sintieron un gran dolor. Nunca antes habían visto un árbol tan sano, vigoroso, verde y lleno de vida. Cuando el enorme árbol cayó al suelo como si fuera una persona muerta, el olor a savia fresca que brotaba de su tronco cortado inundó el ambiente. El tocón, cortado, todavía parecía vivo.

11

La oscuridad había caído sobre Cihangir. En el apartamento del quinto piso, la luz débil de las lámparas no bastaba para iluminar la estancia, y a la señora Leyla aquello le recordaba a la iluminación de un extraño lugar religioso. En aquella casa singular, las dos lámparas que había sobre la mesa estaban cubiertas con telas, para amortiguar aún más su luz. En cambio, sobre una vieja estantería de madera, con el barniz gastado y el enchapado levantado, ardían tres velas.

Mientras observaba a los jóvenes, la señora Leyla pensaba en el insólito destino del barrio de Cihangir y en el desdichado príncipe jorobado, enfermo y temeroso que le había dado nombre: el hijo menor de Hürrem,[15] su ojito derecho, aquel por el que había hecho todo lo posible para verlo convertido en sultán. Sin embargo, todos los esfuerzos para que aquel pobre príncipe ascendiera al trono se habían vuelto en su contra, y el intento acabó en una gran tragedia. Así era la vida: no avanzaba siguiendo los planes trazados. Si lo hiciera, los planes de alguien tan inteligente y ambiciosa como Hürrem habrían tenido éxito.

La maniobra de Hürrem para que el sultán Solimán, el Legislador, ciegamente enamorado de ella, mandara ejecutar a su primogénito Mustafá había marcado un punto de inflexión tanto en sus vidas como en la del propio imperio. Era una tragedia que la señora Leyla había leído muchas veces y que siempre la impresionaba profundamente. Mustafá fue estrangulado por siete hombres mudos dentro de una tienda insonorizada con siete capas de cuero. Gritó «¡Padre, socorro!», pero Solimán, acurrucado en un rincón contemplando el asesinato, no movió un solo músculo. Todo aquello se había hecho para que Cihangir fuera sultán. Sin embargo, aquel muchacho hipocondriaco, abrumado por la terrible suerte de su

hermanastro al que tanto quería, cayó enfermo y, poco después, murió presa de sus miedos. ¡Qué dolor debía de ser criar a un hijo para la gloria y perderlo justo en el momento de alcanzar la meta!

Los jóvenes que intentaban hacer música en el apartamento de Cihangir ignoraban por completo todo aquello. Leyla dudaba incluso de que supieran qué significaba el nombre del barrio. Los observaba sin que se notara demasiado. No miraba directamente, pero no perdía de vista ninguno de sus movimientos. Conocer a esos tres muchachos, después de RukiyeRoxy, había sido para ella una aventura en sí misma. En su larga vida jamás había visto a personas así. Aunque no hubiera tratado a demasiada gente, desde niña había visto pasar por la *yali* a visitantes de todo tipo: el profesor de piano alemán, los jardineros, «la gente del campo» y sus hijos, inmigrantes de Rumelia y de Anatolia; la familia del comerciante, Salih Bey, que compró la casa después, sus hijos, sus nietos, y cientos de personas de orígenes muy distintos y muy diferentes entre sí. Pero aquellos jóvenes eran otra cosa.

En sus gestos había una dejadez, una indiferencia que no sabía describir. Leyla, en su mente, lo llamaba «desidia». Actuaban como si nada de lo que ocurría alrededor les importara, como si no se entristecieran ni alegraran por nada, parecían incapaces de sostener una conversación mínimamente coherente, y se comunicaban con frases cortas, palabras lanzadas al azar o incluso sonidos. Leyla no los había escuchado nunca mantener una conversación que siguiera un hilo coherente.

Le llamaba la atención que no dejaran de llamarse entre sí «tío». Al principio pensó que era una grosera broma dirigida a ella, pero pronto comprendió que aquella palabra era simplemente una forma de tratarse entre ellos, tan habitual como inevitable.

–¿Qué pasa, tío?

–Bien, tío.

–Pásame la púa, tío.

Y también «primo» y «hermano».

Todos, incluida Rukiye-Roxy, se llamaban entre sí o bien «tío», o «primo», o «hermano».

A veces incluso a Roxy la llamaban «tío».

Con frecuencia recurrían a palabras en alemán, por ejemplo: «Stop, coño, stop», y pronunciaban la «s» de *stop* como una «sh».

La señora Leyla observaba todo aquello con una sensación extraña, y experimentaba el amargo placer de descubrir una faceta de la vida que jamás había conocido. En los últimos días le habían pasado cosas que no le ocurren ni al más desgraciado, pero ella no era una mujer que se dejara vencer por la tristeza. No había sido criada así. En el transcurso de su larga vida había afrontado muchas tormentas.

Cuando los jóvenes entraron en la casa y vieron a la anciana sentada en el diván, se sorprendieron, pero tras unos cuchicheos en la cocina, dejaron de prestarle atención. Incluso cuando cogieron un plato cada uno y lo devoraron hasta dejarlo limpio, no le dirigieron la mirada ni le hicieron una sola pregunta. La Señora podía sentir que aquello entristecía, incluso avergonzaba profundamente a Yusuf. El chico intentaba unir mundos muy distintos y, por más que se esforzaba, no lo conseguía.

La indumentaria de los jóvenes también era rara. Los tres llevaban un gorrito en la cabeza, pantalones que parecían rotos adrede a la altura de las rodillas y, como Rukiye, de todos ellos colgaban cosas por todas partes. Bajo la gorra, el pelo revuelto les caía hasta los hombros.

A Leyla la pronunciación del turco también le resultaba muy rara. No sabían colocar bien los acentos y lo hablaban como si fuera otro idioma distinto. A veces incluso le costaba entender lo que decían.

Uno empezó a mover las manos sobre el pequeño teclado del rincón, y Leyla, con las primeras notas, decidió que aquel chico no era un buen pianista: no tenía *toucher*. Para colmo, incluso los acordes más simples los tocaba mal. Estaba claro que no había recibido una buena formación. Se estremeció sólo con recordar a *Fräulein* Anneliese, quien la había torturado días y noches enteros con sus dedos huesudos durante las miles de horas de estudio sobre las teclas y posiciones correctas.

Fräulein, que jamás iba por ahí sin recogerse el cabello en un moño tan tirante que no se le escapaba ni un pelo, no sólo era un ejemplo en lo artístico, sino también en la vida: parecía haber sido creada para dar ejemplo a todos. La señora Leyla estaba convencida de que ninguna persona podría llevar una prenda como *Fräulein* llevaba sus camisas blancas, y que en nadie un cuello almidonado quedaría tan impecable. Incluso después de horas de clases de piano y al final del día, el peinado de *Fräulein* seguía tan intacto como si acabara de salir de la peluquería, y su ropa, perfectamente planchada, parecía recién puesta. Sus hombros rectos y su piel casi traslúcida contribuían a dar esa impresión.

–*Ach, ich glaube, du bist müde heute, mein Fräulein Leyla!* –decía–. Estás tocando sin energía. Estás agotada.

En cuanto oía aquel tono de reproche, los dedos de Leyla sobre las teclas se volvían pesados y la pieza de Schumann que estaba tocando se transformaba de pronto en una marcha fúnebre.

En el apartamento de Cihangir, con los dedos agarrotados, la señora Leyla se sentía fuera de lugar, presa de una profunda vergüenza contra la que intentaba luchar. Pero llegó un momento en que abandonó toda resistencia. El cansancio cayó sobre ella de golpe. La cabeza se le venció hacia adelante como si la hubieran golpeado y todos en la sala se quedaron mirándola de repente. Yusuf, que después de tantos días de preocupación comprendió que la anciana había llegado al límite, corrió hacia ella, la tomó de la mano y, casi llevándola en brazos, la condujo a su habitación y la acostó.

La señora Leyla parecía casi inconsciente. Al tenderla, Yusuf notó que estaba ardiendo de fiebre. Su voluntad ya no lograba imponerse a su cuerpo envejecido.

La anciana se sumió en un sueño febril, entre ensoñaciones y pesadillas. Creía que estaba en su cama de la *yalı*, sin entender por qué la manta que la cubría era tan pesada y áspera, y le parecía que las tenues notas de música que llegaban del interior venían en realidad de un barco que pasaba cerca. La melodía le recordaba a la

de «Üsküdar», tocada desde las embarcaciones de las fuerzas de ocupación británicas ancladas en el mar de Mármara.

La última imagen que vio antes de rodar hacia las tinieblas del sueño fue la de un teniente inglés muy alto, en la cubierta de un buque de ocupación, bailando al compás de aquella música con una mujer turca de ojos negros.

12

Si bien uno de los edificios más hermosos de la ribera de Anatolia era el Liceo Militar de Kuleli, el otro sin duda era el Cuartel de Selimiye. Y, de no haber sido por las ratas que huyeron de uno de los barcos egipcios anclados frente a aquel imponente cuartel, la historia de la familia del Bajá Abdullah Avni, el Bosnio, habría tomado un rumbo muy distinto.

Corrían los años del armisticio. Cuando los estambulíes despertaron una mañana de noviembre, gris y lluviosa, se encontraron con buques de guerra ingleses y franceses. La ciudad estaba siendo ocupada. No era la primera vez que llegaban los ingleses: ya lo habían hecho durante la guerra de Crimea, entonces como aliados, y se habían quedado mucho tiempo en Estambul. Incluso se decía que el juego del bridge había sido inventado allí mismo por oficiales británicos, aburridos durante aquella larga estancia, y que el nombre procedía del puente de Gálata. Más tarde, otros aseguraron que el juego había nacido en barcos finlandeses, pero todos sabían que, una vez escuchada, una buena historia nunca se olvida.

Los navíos que traían grano desde Alejandría para combatir el hambre y la escasez en la capital otomana transportaban también algunos pasajeros indeseados. Ratas escondidas en las bodegas descendieron a tierra desde los barcos fondeados frente a Gálata y Selimiye, esparciendo allí donde pasaban el germen de la peste, la muerte negra. Durante mucho tiempo no se entendió cuál era el origen del brote, hasta que finalmente alguien reparó en los botes que enlazaban los barcos con la costa. Para entonces, hasta el horno de pan cercano al cuartel de Selimiye había sido contaminado. Fue un médico militar turco quien sospechó que las ratas eran las portadoras del mal y, para comprobarlo, emprendió una rigurosa

inspección en el vasto edificio. Registró cada rincón del cuartel buscando una prueba que confirmara sus temores: cadáveres de ratas. Aquel oficial sanitario se llamaba Hüseyin Ferit. Era hijo del Bajá Ali Rıza, hermano del Bajá Abdullah Avni. Como muchos hombres de la familia, Ali Rıza había pasado la vida en las inacabables guerras del imperio y, siguiendo la tradición familiar, había hallado la muerte en la guerra de los Balcanes.

Hüseyin Ferit no tardó en dar con lo que buscaba: en los sótanos del cuartel encontró ratas muertas, que envió en sacos al laboratorio. Estaba tan convencido de su hallazgo que, sin esperar los resultados, ordenó de inmediato operaciones de limpieza para expulsar la peste de Estambul. Mandó llenar grandes bidones con una mezcla de petróleo y jabón árabe, y dispuso que hasta los rincones más recónditos del cuartel fueran lavados con ella. Pero pronto se topó con un grave obstáculo: esa misma tarde se interrumpieron las labores. Como tantos otros lugares de la ciudad, Selimiye estaba bajo la autoridad de un oficial inglés. El capitán Throllope prohibió el procedimiento, que consideraba una medida absurda y carente de base científica.

Hüseyin Ferit, convencido de que hacía lo correcto y decidido a contener la epidemia antes de que se agravara, no se rindió. Acudió entonces a su tío, el Bajá Avni, y le expuso la situación, implorando su ayuda.

El abuelo de la señora Leyla, el Bajá Abdullah Avni, tenía incontables razones para intervenir en aquel asunto. La primera, el amor entrañable que sentía por su hermano menor, Ali Rıza, cuya muerte todavía le desgarraba el corazón cada vez que la evocaba. Por ello no podía rechazar la petición de ayuda de su sobrino. La segunda, su profundo patriotismo: no estaba dispuesto a tolerar que se desatendiera una medida capaz de librar al pueblo de Estambul de la plaga devastadora de la peste. Y la tercera, y quizá la más poderosa, era la indignación que le causaban aquellos arrogantes oficiales ingleses que, venidos de lejos para ocupar su delicada y orgullosa ciudad, miraban a los turcos con el desprecio del forastero que se adueña de lo ajeno, como en el dicho popular: «El que baja del monte expulsa al que labra la viña».

Tanto los odiaba que ya casi no salía de casa. Había dejado de acudir incluso al Cercle d'Orient, donde solía jugar al bridge con sus amigos, para no exponerse al trato humillante de los ocupantes. Pero esta vez, movido por la gravedad del asunto que le había transmitido su sobrino, se puso su uniforme bordado de Bajá, subió a su carruaje y se encaminó al Ministerio de Guerra. Aun así, lo hacía con el corazón herido, pues pertenecía a aquella generación que había perdido un imperio y que sentía vergüenza hasta de poner un pie en aquellas oficinas. El dolor, hondo e incurable, se había instalado en su mirada avellana como una sombra perpetua. Si de él hubiera dependido, jamás habría ido más allá de los límites de su jardín, pero aquel día no tenía elección.

El ministro lo recibió con respeto, y el Bajá Abdullah Avni le expuso la situación. Como si no bastaran ya tantas desgracias, ahora unas ratas traídas por los barcos desde Alejandría estaban sembrando la peste en Estambul. Rogó que se prestara ayuda a su sobrino. El ministro se removió incómodo en su asiento: bien sabía lo difícil que era tratar de imponer algo a las fuerzas de ocupación, y lo último que quería era involucrarse. Pero también estaba frente a un ilustre veterano de las guerras balcánicas, cuya palabra merecía consideración. Y además, él mismo temía la peste. Finalmente, prometió hacer cuanto pudiera y se despidió del Bajá.

Al día siguiente, hacia el mediodía, un bote de las fuerzas de ocupación atracó en el embarcadero de la mansión, donde las conchas de mejillón se adherían a las piedras. De un salto enérgico, un teniente inglés brincó a tierra firme: Robert Whitaker. Acompañado de un intérprete, traía órdenes de sus superiores de investigar el brote, en atención a la solicitud del Ministerio de Guerra.

El Bajá había hecho llamar también a su sobrino Hüseyin Ferit para que relatase lo ocurrido. Whitaker fue recibido en el salón de recepción de la mansión. Tras el obligado café, se entró en materia, y Hüseyin Ferit comenzó a exponer su tesis con ardor: la peste provenía de las ratas infectadas llegadas desde Alejandría.

Fue entonces cuando algo extraño llamó su atención. El intérprete, al traducir sus palabras, lo hacía con tono burlón, casi

con sorna, e incluso se permitía reír abiertamente. Irritado, Hüseyin Ferit interrumpió de golpe su relato y le preguntó con severidad quién era, de dónde venía, qué hacía en Estambul. El hombre se presentó: era Boris Palenko, hijo de una familia búlgara afincada en la ciudad.

Al oírlo, el Bajá Abdullah Avni montó en cólera. Demasiados años había pasado combatiendo a los *komitaci*[16] búlgaros para tolerar la presencia de uno en su propia casa. Declaró que no pensaba permitir que aquel sujeto permaneciera un minuto más bajo su techo y, si no lo sacaban de inmediato, él mismo se encargaría de expulsar a aquel traidor.

Hüseyin Ferit gritaba que aquel hombre no estaba traduciendo correctamente sus palabras y, mientras el búlgaro se reía con aquella sorna insolente, quién sabía cuántos estambulíes estaban quedando expuestos al germen de la peste.

Tras la disputa, el teniente Robert Whitaker no tuvo más remedio que expulsar al intérprete de la casa. Intentaba disculparse con los anfitriones, pero, como no sabía una sola palabra de turco, lo único que podía repetir, torpemente, eran aquellas sílabas francesas que había oído usar también en esta tierra: *«Merci, merci!»*.

Era un teniente de rostro limpio, ojos claros y mirada soñadora.

Ante la impotencia de no poder entenderse, el Bajá, resignado, dio orden de llamar a su hija Handan. Educada por institutrices extranjeras, dominaba el inglés, el francés y el alemán como si fueran lenguas propias, y su traducción fiel era la única en la que podían confiar.

Al poco, Handan apareció. Llevaba sobre la cabeza un pañuelo de seda apenas prendido, que no alcanzaba a cubrirle el cabello del todo. En cuanto la vio entrar, el teniente se levantó de inmediato y, al encontrarse con aquellos ojos grandes que parecían abiertos de asombro, la saludó con una cortés reverencia.

Handan, con su inglés fluido, traducía con gran fuerza persuasiva las palabras de su primo Hüseyin Ferit. Cuando hablaba, miraba

directamente a los ojos del oficial, sin apartar jamás la vista. Tanto que el teniente, frente a la firmeza de aquella mirada, se sintió turbado, como ebrio. Era una embriaguez extraña, nacida de la imagen, siempre fantasmagórica en su mente, de la «mujer oriental», ahora revelada de cerca y devolviéndole la mirada sin temblor alguno. En esa embriaguez se mezclaban la belleza enigmática del Bósforo, los aromas de laurel, jazmín y tilo que llegaban del jardín, el sabor del café preparado en el braserillo y, sobre todo, aquella atracción ondulante que emanaba de la joven.

Aquel día, el teniente se marchó de la mansión embriagado. Cuando saltó a la lancha que lo aguardaba en el embarcadero ya no era el mismo hombre resuelto y enérgico que había llegado. Iba ensimismado, abstraído. Sentado de espaldas, miraba hacia la casa que se iba alejando y, al ver brillar los ventanales bajo el fulgor del agua, deseó contemplar de nuevo la silueta de la joven que lo había deslumbrado. No lo consiguió: Handan, al mismo tiempo, lo observaba en secreto escondida tras una vaporosa cortina blanca, fijando en él la misma atención que él le había prestado a ella.

Cuando Whitaker regresó al cuartel, presentó su informe. Declaró que las palabras del oficial turco eran de una lógica irrebatible y que era necesario autorizarlo a aplicar las medidas contra la peste. Él mismo se ocuparía de seguir el asunto de cerca y de inspeccionar los progresos con frecuencia.

En el fondo, deseaba visitar a Hüseyin Ferit a diario, pero comprendía que no sería apropiado. Así que resolvió ir un día sí y otro no, ya fuera al cuartel de Selimiye, ya fuera a la *yalı*. En ambos lugares lo esperaba la voz clara y el fiel ingenio de la señorita Handan, su inesperada intérprete.

Tras obtener los permisos necesarios, el corazón del teniente Whitaker apenas cabía en sí de impaciencia. Si de él hubiera dependido, aquella misma tarde, cuando las aguas del Bósforo se tornaban violetas al caer el crepúsculo, habría corrido a embarcarse rumbo a la *yalı*. Pero se contuvo, pospuso la visita para el día siguiente y se limitó a anotar en su cuaderno de tapas de cuero,

donde volcaba sus impresiones cada jornada, la buena nueva de la autorización concedida.

En los primeros días, Robert no alcanzaba a comprender cómo había sido arrastrado hasta aquella ciudad oriental y de ensueño. Él, que soñaba con recorrer el mundo como marino, se encontró súbitamente, tras el estallido de la guerra y la entrada de Inglaterra junto a Francia en el conflicto, convertido en soldado y destinado a ese confín del mundo. Era cierto que su espíritu aventurero no desentonaba con semejante azar, pero si en sus años de estudiante una pitonisa le hubiera anunciado semejante destino, jamás lo habría creído.

El paisaje de aquellas tierras era radicalmente distinto a las colinas verdes y los prados húmedos de su infancia en Winchester, en el condado de Hampshire. Más allá de las colinas de South Downs se abría el canal que separaba la isla británica del continente europeo.

Su familia, dedicada desde generaciones a la navegación, gozaba de la holgura suficiente como para costearle los caros estudios en la preparatoria High Field. No sólo era célebre por su imponente edificio, sino también por sus equipos de rugby, hockey y críquet.

La primera semana, Robert recorrió con aprensión los pasillos de los dormitorios (ocho en total, bautizados según los puntos cardinales) donde desfilaban, en severos trajes negros y amplios sombreros de ala ancha, los profesores. Ninguno le infundió tanto temor como miss Hodgstone. Era ella quien, tras la cena, tomaba el mando de los alumnos con la ayuda de dos asistentes, y quien, antes del desayuno, los hacía formar fila para revisarles nariz y oídos. Durante años, aquella mujer fue para Robert la encarnación de una pesadilla.

De sus cinco años en High Field, lo que más le quedó grabado fue el frío. Porque, de acuerdo con la tradición británica, una escuela debía ser dura, severa y gélida. Más de una noche Robert se acostó sin desvestirse para resistir el clima inclemente; aunque debía recordar, antes de que miss Hodgstone iniciara su inspección del dormitorio, quitarse las prendas, bajo pena de ser descubierto en plena batalla de almohadas.

Tras graduarse con notas altas en historia y geografía, fue enviado a Southampton, aquel puerto colmado de navíos que surcaban los cinco continentes. Allí determinó hacerse marino, decidido a conocer todos los mares y ciudades del mundo. Pero los vientos de guerra desviaron su rumbo y lo transformaron en soldado en Estambul.

Y ahora, en esta ciudad, sentía que su destino había dado un vuelco. Una joven de mirada profunda, llamada Handan, había estremecido sus cimientos. No sólo jamás habría imaginado pisar estas tierras, sino mucho menos enamorarse de una muchacha musulmana, hija de un bajá. Pero la vida no seguía las directrices de ningún plan.

Aquel mismo mes, Robert vio a Handan en dos ocasiones más. La atracción entre ambos se había vuelto tan intensa que apenas podían mirarse a los ojos sin delatar con sus mejillas encendidas que pertenecían a un mundo distinto del de los demás. Un día, incluso llevó consigo a su amigo más cercano, el capitán Bennett, para que conociera a la joven, y terminaron retratándose en el jardín, bajo un magnolio, junto a la familia del Bajá. Para entonces ya había comenzado entre ambos un juego de discretos mensajes. Primero, versos de Wordsworth y de Nigâr Hatun. Después, citas secretas con día y hora señalados.

Una noche, Robert cometió la clase de locura que sólo un enamorado puede atreverse a realizar: trepó en secreto el muro que separaba el camino de la *yalı* del Bajá y, desafiando todo peligro, se internó en el jardín hasta llegar al pabellón del fondo, donde lo esperaba Handan. Aquella cita había sido posible gracias al último de los encuentros oficiales, cuando Robert logró deslizar en la mano de la joven un papelito que decía: «Mañana, a medianoche, al pie del muro del jardín». Pero, como si el destino quisiera ponerlos a prueba, justo esa noche Estambul fue azotada por una de sus célebres lluvias. A veces, el aguacero caía sobre el Bósforo con tal furia que cielo y tierra se desdibujaban en un mismo velo gris. Robert, empapado hasta los huesos, lo consideraba, sin embargo, una bendición: bajo aquellas cortinas de agua nadie podía distinguir a nadie, las calles se vaciaban y las sombras pasaban inadvertidas.

No sabía si Handan acudiría, si respondería a su osado mensaje, pero entre ellos había nacido ya un lazo invisible que los atraía con una fuerza de la que no podían desprenderse. Robert estaba seguro de que Handan también lo sentía. Lo delataban su voz agitada, el rubor ardiente de su rostro, el temblor de sus manos cada vez que lo miraba.

Que aquella muchacha se arriesgara era, sin embargo, impensable. Porque en Estambul jamás se había visto a un oficial de las fuerzas de ocupación irrumpir en el jardín de un bajá para reunirse en secreto con su hija. El peligro era mortal, pero el ardor de su sangre pesó más que el miedo: Robert, desafiando a la misma muerte, penetró en el jardín.

Antes de verla, ya la sintió. De pronto, las manos de Handan lo tomaron y lo condujeron hasta el pequeño pabellón. No hicieron falta palabras. Se besaron sin hablar, escuchando apenas el jadeo de su respiración. En cuestión de minutos, Robert se encontró derritiéndose en el calor del cuerpo de su amada, perdido en su perfume, en el ardor de su piel, ascendiendo hasta las cimas del éxtasis. Handan temblaba entre leves gemidos, y él era incapaz de pensar en nada. Sólo los cuerpos, arrebatados por un deseo que rebasaba la razón, marcaban el ritmo de la noche. El goce se prolongó hasta las primeras luces del alba. Hicieron el amor tres veces más, y cuando no lo hacían, permanecían abrazados, desnudos, en un silencio denso y palpitante. Cuando la claridad del amanecer se filtró por las ventanas y cayó sobre sus cuerpos, comprendieron, desgarrados, que había llegado la hora de separarse: era como si la muerte los hubiera tocado con su hielo.

En los días siguientes, el ansia los consumía a todas horas. Sus almas y sus cuerpos ardían en la misma hoguera de deseo, incapaces de saciar la sed del otro. Handan comenzó a vagar por la casa como si el *lodos*[17] la hubiera golpeado y dejado ausente, extraviada. Su madre llegó a encontrarla dos veces sollozando en su habitación pero, por más que la acorralara a preguntas, la muchacha no reveló nada. Apenas oía lo que le decían, y dirigía la vista a las paredes con la mirada perdida.

Todavía lograron encontrarse dos veces más, y casi de milagro, evitaron ser descubiertos, antes de que los indicios del embarazo salieran a la luz. Empezaban a creer que una divinidad velaba por ellos, protectora de su amor. Pero el destino no tardó en volverse implacable. Una mañana, al ver cómo el rostro de Handan se tornaba pálido y su cuerpo sucumbía a las náuseas, la señora Üftade comprendió lo que había querido negar: el vergonzoso secreto ya no podía ocultarse.

Durante semanas había sospechado, había notado en su hija un aire extraño, y aunque luchaba por apartar los malos pensamientos, aquel día la verdad se abrió paso. A fuerza de insistir, le arrancó una confesión. Handan, rota por la presión, reveló entre lágrimas quién era el padre de su hijo. Y su madre, a su vez, terminó cediendo a los interrogatorios de İzzet Kemal, el hermano mayor.

Para İzzet Kemal, miembro de la Organización para la Defensa Nacional, ya no había otra meta: vengar el honor de la familia asesinando al oficial extranjero que había deshonrado a su hermana. No bastaba con que hubieran mancillado su ciudad sagrada, sino que también habían ultrajado a su propia familia.

İzzet Kemal dio instrucciones a sus compañeros del comité de Sarıyer para que vigilaran al teniente Robert Whitaker. No dio detalles, pues no eran necesarios. Tras unos días de seguimiento, descubrieron que el teniente se encontraba a diario con su amigo más cercano, el célebre capitán Bennett. Eran inseparables. Bennett, un oficial de inteligencia capaz de poner en jaque a los resistentes, se alojaba en el hotel Novotni de Pera y utilizaba el sótano como centro de interrogatorio para quienes osaban oponerse. Quien entraba allí no salía sin días de castigo.

Decidieron eliminar a ambos oficiales de una vez. Tras días de vigilancia, descubrieron que el lugar que más frecuentaban era el casino Pandeli, en Büyükdere, muy popular entre los no musulmanes de Estambul, famoso por su música, sus exquisitos pescados del Bósforo y su rakı helado. Además acudía allí la armenia madam Elmasyan, delatora de nacionalistas y colaboradora de las fuerzas de ocupación. Ella también figuraba en la lista de personas a eliminar,

pero esa decisión se ejecutaría mucho tiempo después del incidente de los dos oficiales, y madam Elmasyan sería hallada una noche ahogada en su ostentosa mansión de Büyükdere.

Aquella noche, İzzet Kemal y sus hombres de mayor confianza talaron un árbol en la solitaria y boscosa carretera de Maslak, lo ataron con gruesas cuerdas y lo arrastraron al borde del camino. Guardaron silencio hasta pasada la medianoche, cuando un motor comenzó a acercarse y los faros indicaron que era el vehículo esperado.

Bennett y Whitaker avanzaban por la oscura carretera hacia Pera, adormecidos por los efectos del rakı. Un soldado conducía, con un guardia en el asiento delantero. Robert había hablado durante toda la noche de su amor imposible y del hijo que nacería, y Bennett le había advertido que aquello era la más estúpida de las decisiones, con un final mortal y un conflicto irreversible entre naciones. No pudo evitar bromear: «Si aceptas ser musulmán para casarte con esta chica, ¡a tu edad todavía tendrás que circuncidarte!». Robert había fruncido el ceño, pero Bennett insistió: «Quizá valga la pena pagar un pequeño precio por un gran placer. Por una cosita tan insignificante. Nada sale gratis en esta vida». Robert le advirtió: «No hables más, estás borracho».

Cuando el coche estaba a punto de pasarlos, uno de los hombres de la resistencia tiró de la cuerda y el árbol cayó, cerrando el paso. Al frenar en seco, los hombres fueron sorprendidos por un fuego cruzado desde ambos lados del camino. No tuvieron tiempo siquiera de alzar la mano hacia sus armas. Recibieron múltiples heridas. İzzet Kemal se acercó al vehículo y disparó con furia sobre Robert. Cuando los atacantes huyeron sólo quedaba vivo el capitán Bennett, desangrándose, hasta que otro vehículo llegó y lo trasladó al hospital La Paix, donde tras largas curas logró recuperarse.

El teniente Robert Whitaker había expirado su último aliento dentro del automóvil. Cuando lo encontraron, sostenía contra su pecho un pequeño bolso con fuerza, dentro del cual había un cuaderno de tapas de cuero. En ese cuaderno, donde había

plasmado recuerdos de su infancia y juventud, había vertido también los sentimientos que lo embargaban en aquellos días.

Aquel cuaderno fue enviado a la familia del teniente en Inglaterra, tan lejos que Leyla no podría jamás llegar a leerlo.

Pasaron los años, y un atardecer, tras la muerte de su abuela, Leyla se encontraba sola en el jardín de la *yali*. Entonces apareció un extranjero que decía venir de la familia Whitaker, que su nombre era Geoffrey y que era sobrino de Robert. Traía consigo el cuaderno y se lo entregó: «Si no se lo doy ahora, jamás podrá leer los recuerdos de su padre. Contiene también una carta escrita para usted».

Leyla, al ver a aquel refinado inglés, sintió una extraña familiaridad: había en él un aire, una semejanza en los ojos y la estatura, que le hizo reconocerlo de inmediato.

Cuando la penumbra de la tarde cubría el jardín, Geoffrey y Leyla se sentaron frente a frente en sillas de mimbre y hablaron durante horas. A Leyla le resultaba extraño pensar que aquel hombre, a quien veía por primera vez, fuera realmente pariente suyo.

Geoffrey habló sobre Robert:

–Según se cuenta en la familia, era un joven bien formado, lleno de grandes esperanzas. Pero aquel desenlace inesperado sumió a la familia en una tristeza tan profunda que nunca han logrado recuperarse del todo.

–¿Culparon a los turcos? –preguntó Leyla.

–No demasiado. Al fin y al cabo, éramos nosotros los invasores en la ciudad de los turcos. Pero encontraron profundamente trágico que un amor por una joven lo llevara hasta la muerte. Sobre todo al pensar que fue el hermano de la chica quien, movido por la venganza, terminó con su vida...

–¿Se hablaba de esto a menudo en su familia?

–No. Es el gran secreto familiar. Nadie pronunciaba una palabra; los jóvenes sólo podíamos intuir la existencia de tal persona a partir de fragmentos de conversaciones, cartas o notas en el árbol genealógico. Y cuando indagábamos, los mayores lo negaban y el tema se cerraba de inmediato.

–¿Acaso no sabían que tenía una hija en Estambul?

–Algunos lo sabían, pero en general se pensaba que no era más que un rumor, una historia inventada por una familia musulmana para hacerse con parte de la herencia de Whitaker. Disculpe, no quisiera incomodarla. Tal vez no he elegido bien mis palabras.

El hombre explicaba que el teniente Robert Whitaker era, para su familia, a la vez motivo de orgullo y de vergüenza. Los mayores habían rechazado cualquier relación con la joven musulmana, pues la consideraban una cazafortunas, y habían llegado incluso a enterrar la existencia de la hija de Robert entre los secretos del pasado. Más tarde, el joven que vendría desde Inglaterra a ver a Leyla, deseoso de conocer toda la historia, presionó a los mayores hasta que descubrió toda la verdad. Y contaría después que, al entrar en el jardín de la *yalı* y ver a Leyla, sintió que estaba a punto de desmayarse. Porque frente a él estaba la versión femenina de su tío Robert, tal como lo recordaban las fotografías.

Leyla quedó tan atónita ante aquel encuentro que durante mucho tiempo no pudo abrir el cuaderno de cuero que guardaba en el viejo bolso. Creía que el teniente Robert Whitaker, a quien nunca había visto, era responsable de la muerte de su madre y de las desgracias de su familia, y no sentía hacia él ningún afecto.

Sólo al leer el cuaderno comprendería los verdaderos sentimientos del joven teniente y sentiría un leve rubor de vergüenza por los prejuicios del pasado. Esa figura abstracta, plasmada en palabras en el cuaderno, se transformaba poco a poco en un ser humano que había sufrido de verdad.

Tras la muerte de su abuela, Leyla se sentaba sola bajo los viejos árboles del jardín de la *yalı* y pasaba el día sumida en recuerdos.

La *Yalı* de los Bosnios, con tantas muertes en su historia, se había convertido en un cementerio.

De su familia desaparecida sólo había conocido a su abuelo y a su abuela. A su tío İzzet Kemal, que según se decía había sido asesinado por las fuerzas de ocupación poco después del ataque, sólo lo reconocía en las fotos descoloridas de los álbumes. Era un joven de rostro fino, mandíbula alargada, pantalones con tirantes, cabello despeinado y gafas redondas. El día en que recibió la noticia

de su muerte, su abuelo se desplomó y nunca volvió a hablar a causa del derrame cerebral que le sobrevino ese día.

En cuanto a la hermosa y enigmática joven de las fotos, nunca logró imaginarla como su madre. Su cabello ondulado brillaba incluso en las viejas imágenes en blanco y negro, y sus ojos eran extraordinariamente bellos. Leyla sabía que aquella joven había muerto después de darla a luz. Su abuela no había podido ocultarle esa verdad, porque cada niño tiene derecho a conocer a su madre y a su padre. Era necesario dar alguna explicación de por qué Leyla se encontraba sola con su abuela en aquella enorme mansión.

La familia había llegado al final de su ostentosa existencia, desmoronándose por dentro. Los ingresos de las tierras y propiedades perdidas en Bosnia se habían cortado, y aquí tampoco se había logrado reemplazarlos. En los últimos tiempos, incluso el Estado otomano, incapaz de pagar los sueldos de sus funcionarios, había colapsado, y la República se había fundado sobre grandes penurias. El Bajá casi no tenía ingresos.

Por eso, las visitas secretas al Gran Bazar y las joyas familiares vendidas a Mihran Usta se agotaron, y comenzaron los préstamos. La familia del Bajá, desesperada, recurría a prestamistas a intereses elevados. Tras la muerte de su abuelo, su abuela continuó vendiendo alhajas un tiempo, pero finalmente no tuvo más opción que ceder la *yalı* a cambio de saldar las deudas. Los prestamistas vendieron la mansión a Salih Bey, un comerciante turco que, junto con la República, empezaba a prosperar.

La abuela, afligida, pasaba el día lamentándose por el destino de su familia. Y mientras derramaba lágrimas amargas, hacía todo lo que estaba en su mano para educar bien a su única nieta, su último tesoro.

Leyla, tras años de reflexionar sobre las palabras de su abuela y de otras mujeres del vecindario, y de ensamblar los retazos de información, había llegado a una conclusión inevitable: su madre, Handan, había decidido morir después de darla a luz. Traer un hijo al mundo y luego morir era un deseo inusual, pero Handan no tenía otra salida ni camino posible. Por causa de un amor, el padre de su

hijo había sido asesinado por su propio hermano. Después, el hermano fue a su vez ejecutado, y su padre, incapaz de soportar semejantes golpes, sufrió el derrame cerebral. Casi todo Estambul hablaba del asunto. Para el Bajá era imposible soportar aquello. ¿Llorar por la pérdida de un hijo o por la mancha que se extendía sobre el honor de tantas generaciones familiares?

Handan había vivido cada minuto de su embarazo en la pequeña casa del jardín con un dolor inmenso. Cuando miraba por la ventana sus ojos se posaban en su padre inmóvil en el sillón, incapaz de hablar, y se le rompía el corazón. Preferiría soportar la muerte más dolorosa del mundo a hacer sufrir a aquel hombre, pero ya le había infligido un daño que nadie podría reparar. Nunca más se verían cara a cara ni podrían hablar. Ya no podía vivir; ningún ser humano estaba hecho para soportar tanto sufrimiento. Ni siquiera sabía cómo llorar la pérdida de cada parte de su vida. Dar a luz a aquel bebé sería su última misión en la vida.

Pensó en ello hasta convencerse, y después de traer al mundo al bebé con un parto relativamente tranquilo, se tumbó entre sábanas blancas a esperar la muerte. Sólo había visto a su hija una vez, la había tomado en brazos y había dicho: «Llámala Leyla, como mi abuela». Luego cortó toda relación con el mundo. Tal vez al ponerle ese nombre había un pequeño intento de complacer a su padre, aunque eso nunca se sabría. No comía, no bebía. Con todas sus fuerzas trataba de detener el latido de su corazón herido. No necesitó hacer un gran esfuerzo: su corazón, incapaz de soportar más dolor, se detuvo una mañana, y Handan apareció sobre la cama como un ángel pálido envuelto en sábanas blancas.

La enterraron en el cementerio familiar, junto a su hermano İzzet Kemal. Tras el funeral, la abuela tomó a Leyla en brazos y, mientras la acariciaba, murmuraba: «¡Mi Leyla sin destino, mi pobre niña!». Parecía un cadáver viviente. El rostro inmóvil del abuelo estaba surcado por el llanto. No hablaba con su hija, pero sus lágrimas no cesaron en días. Aquella cara inexpresiva, sin movimiento, con lágrimas fluyendo constantemente, conmovía a cualquiera que lo viera.

Durante años, la abuela tuvo un único propósito: criar a Leyla. Tras su muerte, la joven quedaría completamente sola en el mundo, y por eso debía recibir una buena educación y ser lo suficientemente fuerte para protegerse. Se esforzó incansablemente. De la *yalı* no había heredado nada, pues con su venta sólo se habían saldado las deudas. Por eso, vendió a Mihran Usta una a una las joyas que su suegro, su suegra y su marido habían acumulado, así como las medallas que el Bajá había recibido del sultán, y con esa vida austera no necesitó depender de nadie. Nunca más contraería deudas.

En aquella vida humilde, y refugiados en el anexo de la antigua y ostentosa *yalı*, la abuela se preocupó sobre todo por la educación de la niña. Por eso buscó a los maestros que habían formado a Handan, hizo acuerdos privados con ellos y consiguió que impartieran clases a bajo coste, y en ocasiones incluso gratis. Después de todo, estaba en juego el honor de la familia.

Leyla no podía asistir a la escuela. La aventura de Handan y Robert había corrido de boca en boca hasta crecer desmesuradamente, y, por la costumbre de atribuir a los inocentes los errores del pasado, Leyla resultó ser la culpable. Era una niña desafortunada. Al nacer había destruido a toda la familia del Bajá. Y, además, era hija de un oficial inglés. En la recién nacida República, que celebraba su independencia tras la guerra, una persona así no podía ser aceptada en la sociedad. La gente detestaba tanto a los dignatarios otomanos como a los invasores, y Leyla era el fruto de ambos.

La nueva República había trasladado la capital a Ankara, dejando Estambul a merced de sus propios pecados, sus colaboradores, los enriquecidos por la guerra y los traidores al servicio de las fuerzas de ocupación. La generación nueva estudiaba en escuelas con el alfabeto latino y aprendía cada día cuán traicioneros habían sido los otomanos. Así, todos eran enemigos del imperio y de los invasores. En ese ambiente, Leyla no podía ni ir a la escuela ni integrarse en la sociedad, incluso era muy probable que jamás pudiera casarse.

Conociendo esta atmósfera, la abuela, enterrando su dolor en su corazón, protegió a su nieta bajo sus alas, criándola con mil cuidados en aquella casa blanca, apartada de las miradas. En los raros momentos en que salían de la casa tomadas de la mano, iban ya sea al oscuro cementerio, lleno de cipreses donde descansaban el Bajá, Handan y İzzet Kemal, o a casa de Mihran Usta.

Así, Leyla creció sola y oculta de los ojos del mundo. Aprendió cada piedra, cada flor, cada insecto del jardín, y memorizó cuándo florecía cada árbol y cómo olía cada planta. Por las noches escuchaba el rugido de los pesados anclajes de los grandes barcos frente a su casa, y veía en aquellas aguas a Hera persiguiéndola, mientras su imaginación la transportaba a aventuras inconcebibles. Imaginaba que un día un joven descendería de esos barcos, vendría a tomarla de la mano y le diría: «No lo sabes, pero yo soy tu padre. Tuve que partir hacia mares lejanos. He dado la vuelta al mundo dos veces, pero al final he regresado a ti».

Conocía casi uno por uno los pájaros que se posaban en el muelle y el jardín de la *yalı*. Las gaviotas que rozaban las azules aguas del Bósforo la transportaban cada día a la otra orilla y luego la devolvían.

Mientras la vida transcurría así, la abuela le fue contando poco a poco toda la verdad, permitiéndole asimilarla a su propio ritmo. Cuando Leyla llegó a los catorce años, conocía la historia de su familia y, gracias a su carácter frío y fuerte, la aceptaba con madurez. Las paredes de la pequeña casa estaban adornadas con los retratos de los miembros de la familia separados por disputas de esta vida: el Bajá Abdullah Avni, Handan, İzzet Kemal, su abuela y ella misma, todos pintados al óleo. También colgaban imágenes de la familia reunida en días felices. Sin embargo, faltaba una persona: el teniente Robert. La señora Üftade, la abuela, no soportaba ver a ese hombre.

Un día, aquel retrato apareció entre las páginas del diario de memorias que había traído Geoffrey y, como la abuela había fallecido, encontró su lugar dentro de la colección familiar en la pared. La foto había sido tomada en un espléndido día de verano en

el jardín de la *yali*. La familia estaba completa, con dos oficiales ingleses. Leyla reconoció que se parecía notablemente a uno de ellos. El otro debía ser el capitán Bennett.

Nunca antes había visto esa imagen y supo que se la habían ocultado.

El pilar de la educación de Leyla fue *Fräulein* Anneliese, la institutriz y profesora de piano que también había formado a su madre. Para las clases de inglés venía miss Crane, encargada de su formación en cultura general y literatura.

Cuando Leyla se convirtió en una joven, sabía ya demasiado como para mezclarse con los demás. No sólo el pasado de su familia, también su nivel de educación la separaban inevitablemente de los niños normales. Su saber y su cultura, como siempre ha ocurrido en tales casos, la empujarían a una soledad que duraría toda la vida.

Su abuela solía sentarse en el sillón del que su difunto esposo jamás se había levantado y hablaba largo y tendido. No ocultaba la inquietud que le inspiraba el futuro de su nieta, y procuraba prepararla para una vida en la que estaría por completo sola.

Salih Bey, que había comprado la mansión, vivía tranquilamente allí con su esposa y sus tres hijos. Trataba con gran respeto a la señora Üftade, que se había mudado con su nieta a la casita de servicio del jardín.

Cuando Leyla tenía diecinueve años percibió que su abuela deseaba morir. Igual que su hija Handan, sentía que ya no podía soportar por más tiempo el peso de este mundo. Había cumplido con sus deberes, y ahora quería reunirse con sus seres queridos. Sus piernas, gastadas por la humedad del Bósforo, le dolían constantemente. Sus rodillas, hinchadas como tambores, apenas le permitían caminar. Con frecuencia le faltaba el aliento y pasaba las noches entre quejidos.

Un día, mientras recogía las sábanas blancas tendidas en el jardín, se abrazó a ellas, recitó la profesión de fe y se desplomó. Al oír el ruido, Leyla corrió hacia ella y encontró en su rostro una paz infinita. Como su hija Handan, abandonaba este mundo con plena conciencia

y voluntad, y se entregaba a la muerte deteniendo su propio corazón.

Tras el funeral, Leyla fue al jardín de la *yalı*, al pie del magnolio bajo el cual solían sentarse primero su abuelo y luego su abuela. Allí, de pronto, rompió a llorar con tal violencia que parecía que ya nunca le quedarían lágrimas ni fuerzas para volver a hacerlo. Lloró todo lo que tenía que llorar. Con un desgarro de locura que valía por un duelo eterno, gritaba como si le descuajaran el alma, arrancando las ramas bajas del magnolio, destruyendo los parterres, destrozando los jazmines y dando patadas a los gatos que se cruzaban en su camino.

Se había quedado completamente sola. Aquella crisis fue la primera y la última. Conocida desde niña por su sangre fría, Leyla no volvería a llorar jamás. El duelo por su familia perdida, por el Abuelo Bajá, por su abuela y por su madre, lo expresó una sola vez, y con eso cumplió para toda la vida.

El teniente inglés Robert Whitaker, en cambio, ni siquiera se le venía a la mente. Su curiosidad por él comenzó años después, cuando decidió leer el cuaderno que Geoffrey había traído dentro del bolso manchado de sangre seca. Pensaba que ya nada podría conmoverla. Pero al leerlo tuvo la sensación de estar siguiendo la vida de un extraño. Aquel hombre le era ajeno. No lo conocía ni sabía nada de su persona. En la familia del Bajá era un tema tabú, nunca se hablaba de él. Todas las familias tienen secretos, pero las vidas de la gente de las *yalıs* parecían aún más misteriosas, más herméticas, del tipo de vidas que pierden la existencia pero no sus secretos.

Según el diario, el joven inglés se había enamorado perdidamente de su madre, y la pasión feroz que se reflejaba en sus páginas lo había llevado a la locura. Una noche lluviosa se había colado en secreto en el jardín de la *yalı* para hacer el amor desenfrenadamente con Handan. Cuando Leyla lo leyó no podía dar crédito. ¿Cómo un teniente de las fuerzas de ocupación se había atrevido a entrar en el jardín de un Bajá otomano? ¿Y su madre? ¿Cómo había corrido semejante peligro?

Era evidente que se trataba de un amor de una magnitud que ella nunca sería capaz de sentir. Un amor tan grande que se arriesgaba no sólo a la muerte, sino, aún peor, a la humillación.

Cuando se descubrió que Handan estaba embarazada del teniente la casa se sumió en el caos. Su tío, İzzet Kemal, que ya odiaba a todo inglés con el que se cruzara en su exaltación patriótica, recorría la casa jurando que mataría a ese enemigo del honor en cuanto lo viera. El Abuelo Bajá se enfureció como nunca. ¡Qué escándalo era aquel!

Las fuerzas de ocupación humillaban a los turcos en cada oportunidad, incluso obligaban a los barcos de vapor que cruzaban el Bósforo a saludar a los buques ingleses, y expulsaban a los nobles turcos que intentaban entrar al exclusivo club de Estambul, el Cercle d'Orient. Nadie había olvidado cómo, aquel 16 de marzo, los ingleses habían abierto fuego contra una comisaría, matando a los soldados turcos, y cómo habían asaltado el Parlamento, arrestando a los diputados. El Bajá, como todos los demás, miraba resignado el cartel con la caligrafía en estilo *talik* que decía «¡Esto también pasará, *ya hu*!», y aguardaba con paciencia el día en que se librarían de semejante ignominia. ¿Cómo, entonces, podía su hija Handan traer al mundo al hijo de un oficial inglés? No podía concebirlo.

Tras el escándalo, Handan se había encerrado en la casita anexa, y sobre aquella casa de duelo cayó un silencio de muerte. Ella vivía como una apestada. Nadie le dirigía la palabra, ni siquiera las criadas querían mirarla, y se referían a ella entre susurros como «esa deshonrada». El Bajá, fuera de sí, murmuraba sin cesar: «¡No lo creo, mujer, no puedo creerlo! ¡Soy incapaz de entenderlo!», y pasaba los días recorriendo el salón de un extremo a otro.

Por esos mismos días, el teniente escribía en su cuaderno: «He arriesgado incluso la vida. Porque sin ella no puedo vivir, ni siquiera respirar. Me quedan sólo dos caminos: o poner fin a mi vida para librarme de este tormento, o aceptar toda humillación con tal de reunirme con Handan. Elijo el segundo».

Leyla no lograba comprender semejante amor, pero en secreto sentía lástima por aquel joven llamado Robert. En su cuaderno

relataba también las presiones de las fuerzas inglesas en la ciudad, y en particular de su mejor amigo, el capitán de inteligencia Bennett, que trataba de disuadirlo de aquella locura. No le había resultado fácil resistirse.

Gracias a ese diario, Leyla intentaba descubrir quién había sido su madre, aunque no conseguía imaginar a la mujer delicada y hermosa que aparecía en las líneas escritas por un hombre tan enamorado.

El Bajá, incapaz de tolerar que, aun siendo su hija, hubiera concebido un hijo de un inglés, le prohibió permanecer en la casa principal y dispuso que se instalara en la casita del fondo del jardín. Era una vivienda amplia, luminosa, de una sola planta, con las paredes pintadas de blanco. Allí fue donde nació Leyla.

Pero en el diario el nacimiento no tenía lugar. Robert había sido asesinado antes, y no llegó a presenciar, ni a plasmar en las páginas de su cuaderno, que la mujer a la que tanto había amado diera la vida al traer al mundo a su hija.

Cuando Leyla leyó el diario comprendió qué gran fuente de vergüenza había sido su nacimiento para la familia. La familia del Bajá debió de pasar largo tiempo sin poder mirar a nadie a la cara, ahogados entre los rumores que recorrían Estambul. Su tío İzzet Kemal, después de matar a Robert, cayó en una emboscada tendida por las fuerzas de ocupación y también fue asesinado.

A raíz de aquellas desgracias y muertes, comenzaron a circular rumores de que, como casi todos los palacetes del Bósforo, también la *Yalı* de los Bosnios estaba maldita. Las mansiones no traían felicidad a sus moradores: unos perdían su fortuna, otros se suicidaban, y alguno, como aquel hombre que cuando murió su joven hija cubrió cada rincón de la casa con satén negro, se enterraba vivo en su propia desdicha.

Quizá este tipo de relatos servían de consuelo a quienes, deslumbrados por la insensata belleza de las *yalıs*, ni siquiera podían permitirse soñar con poseer una; así encontraban un bálsamo para sus corazones desgarrados entre la envidia y el anhelo. Al fin y al

cabo, ellos no podían habitar esas mansiones, pero al menos tampoco sufrían semejantes tragedias.

Lo extraño era que los propios moradores de las *yalıs* no se cansaran de repetir estas historias lúgubres, de contárselas unos a otros una y otra vez. Así, por ejemplo, la leyenda de la *yalı* negra circuló durante años, narrada en las largas y somnolientas tardes en que las mujeres, mientras hacían punto de cruz, dejaban humedecer sus ojos siempre preparados para el llanto. Se contaba que el dueño, incapaz de soportar la muerte de su hija, había hecho pintar de negro toda la mansión. Quienes pasaban en los transbordadores o en barcas por las azules aguas del Bósforo, en lugar de contemplar aquella hermosa *yalı* de ladrillos rojos, se encontraban ahora con un edificio de madera ennegrecido: chimeneas, tejas, marcos de ventanas... cada rincón estaba de luto. Dentro tampoco quedaba un punto que no hubiera sido recubierto con satén negro. El hombre había mandado talar los magnolios del jardín, arrancar jazmines, laureles, alelíes, todo cuanto encontró. Y vestido siempre de luto, transcurrió el resto de su vida sin salir jamás de la *yalı* negra.

En la *Yalı* de los Bosnios, tras tanto poder, esplendor y riqueza, las desgracias encadenadas no podían ser sino el signo de una maldición.

¿Cómo explicar si no que, al fin y al cabo, en aquella vasta mansión quedaran tan sólo una abuela y una nieta ilegítima, y que, poco después, la pobreza las obligara a perder también la mansión?

En la última página del diario, Leyla halló una carta interrumpida, aquella de la que le había hablado Geoffrey, dirigida a ella misma. Comenzaba con las palabras: «Querido hijo mío». No había escrito «querida hija», pues el teniente inglés Robert Whitaker ignoraba si el ser que iba a nacer sería niño o niña. Y nunca llegaría a saberlo.

Querido hijo mío:

Mientras contemplo, al atardecer, las aguas del Bósforo que tú honrarás con tu presencia dentro de unos seis meses, ha nacido en mí el deseo de escribirte esta carta. Estoy en el Pandeli, un café de Therapia, el antiguo barrio griego en la parte del estrecho cercana al mar Negro. Miro ahora las aguas que el sol poniente tiñe de rojo. En las mesas se sientan turcos, griegos, armenios,

ingleses, franceses y judíos. Se oyen muchas lenguas distintas. Dentro de poco llegará mi amigo, el capitán Bennett, y hablaremos de tu madre, viviendo así otra de esas veladas singulares de este país singular.

Ni siquiera sé si serás niña o niño, y lo más probable es que jamás pueda darte mi apellido, Whitaker. Pero aun así debes saber que ya te amo con toda el alma y que ansío ver tu rostro.

Pero no sólo tu rostro, sino incluso el de tu madre, que quizá nunca más llegue a ver. Porque entre Handan, a quien amo con locura y por quien estaría dispuesto a sacrificarlo todo, y yo, se alzan religiones distintas, patrias enfrentadas y una guerra. Nada de ello ha podido impedir que nos amáramos, pero sí ha hecho imposible que podamos estar juntos.

Quizá por eso nunca lleguen a hablarte de mí. Tal vez oculten que soy tu padre, para librarte del estigma de ser descendiente ilegítimo de un oficial invasor cristiano. Pero yo sé que algún día esta carta llegará a tus manos, y sé también que me perdonarás. Porque, aunque no soy viejo, he vivido bastante como para conocer el corazón humano.

Si resultas ser una niña y te pareces a tu madre, la mujer más hermosa del mundo, quisiera llamarte Io. Ahora, mientras contemplo las aguas del Bósforo, pienso en la diosa Io, cuyo nombre dio origen a este estrecho. En la escuela donde estudié, en Southampton, tuve que hacer un trabajo sobre mitología griega y, sin imaginar que algún día vería estas orillas, escribí la historia de Io, la amante de Zeus a la que la celosa Hera transformó en vaca. Fue ella quien, huyendo, llegó nadando desde Jonia hasta aquí, dando nombre al Bósforo. ¿Sabes por qué quisiera darte este nombre?...

La carta se interrumpía allí. Quizá en ese momento había llegado su amigo, el capitán Bennett. En aquella página del cuaderno estaba anotada la fecha: 24 de septiembre de 1922. Leyla recordó que aquel mismo día su padre había sido asesinado por su propio tío. Así pues, había escrito esa carta sólo unas horas antes de morir.

Seguramente aquel joven nunca pensó, al venir hasta estas tierras, que regresaría a Inglaterra dentro de un ataúd. ¿Había llegado a amar este país? En su cuaderno Leyla no encontraba una respuesta clara.

En un pasaje, sin embargo, había dejado estas impresiones:

Sus gentes no han pasado por una disciplina rigurosa que desarrolle sus capacidades físicas e intelectuales, ni han aprendido a dominar sus emociones. Y aun así, sin saber bien cómo decirlo, este lugar tiene un raro encanto. El Bósforo, más allá de ser el rincón más hermoso del mundo, me parece ya, quizá

por influencia de Handan, un sitio del que nunca podría apartarme. También Bennett lo ama. ¿Son primitivos? Quizá un poco. Pero en cambio muestran una curiosa fidelidad a su patria y un muy desarrollado sentido moral. Los lazos familiares alcanzan aquí una fuerza increíble. Son gentes calladas, dóciles, introvertidas. En cuanto al sultán... es como un cuervo en manos de los embajadores extranjeros, un simple juguete en la palma de sus manos.

Leyla, conforme avanzaba en la lectura del cuaderno, sentía que la curiosidad por aquel joven teniente no paraba de crecer: cómo era, cómo hablaba, cómo caminaba, cómo reía... En un momento dado, su deseo de saber se volvió tan intenso que se atrevió a escribir una carta a Bennett, el antiguo capitán de inteligencia británico al que su padre mencionaba en sus memorias y que, según había sabido, aún vivía en Inglaterra. Geoffrey le había confirmado que seguía con vida y, más aún, le había traído como obsequio un libro escrito por él.

El capitán Bennett se había convertido en un filósofo de gran renombre en Inglaterra. En su carta, Leyla le preguntaba por los últimos días de su padre, por el atentado en el coche, por sus últimos instantes, incluso si había alcanzado a pronunciar alguna palabra antes de morir. Pero nunca obtuvo respuesta. Quizá la carta no llegó a destino, o quizá Bennett no quiso remover aquellas dolorosas memorias.

Según el cuaderno, Bennett hablaba un turco impecable. El ejército británico lo había formado en lengua e inteligencia. Gracias a él, su amigo el teniente Robert pudo acceder a los altos círculos turcos, donde le aguardaba el encuentro fugaz pero decisivo que marcaría el rumbo de su vida. Tras la Gran Guerra y la Revolución rusa, Estambul, bajo la ocupación, era uno de los puntos más sensibles del mundo, con miles y miles de personas pasando por la ciudad. Fue en la casa del príncipe Sabahattin, pensador liberal de la familia imperial otomana, donde conocieron a dos figuras de gran influencia: el místico Gurdjieff y su compañero Ouspensky. Su padre narraba aquella noche con enorme entusiasmo. Si no lo hubieran asesinado, tal vez habría orientado su existencia según las enseñanzas de aquel gran maestro, convirtiéndose en su discípulo.

El propio capitán Bennett, años después, recordaría aquel encuentro en su libro:

> Son muy pocos los lugares donde Oriente y Occidente se funden tan profundamente, hasta el punto de que uno no sabe si lo que percibe pertenece a Asia o a Europa. Nunca he visto esta confluencia manifestarse con tanta fuerza como en la casa de Kuruçeşme, propiedad del príncipe Sabahattin, sobrino del último sultán otomano y a la vez profundo estudioso tanto de la tradición islámica como de la cristiana.
>
> Conocí a Gurdjieff allí, por primera vez, en el otoño de 1920. Y ningún escenario podría haber sido más propicio. En Gurdjieff no se unen sólo Oriente y Occidente, sino que también se diluyen sus diferencias, absueltas desde una mirada global que no reconoce distinciones de razas ni de dogmas. Esta fue mi primera y más poderosa impresión.

Leyla esperaba encontrar en ese libro alguna mención a su padre. Pero no la había. Lo que sí descubrió, a través de la biografía incluida, fue que Bennett, de regreso en Inglaterra, trabajó como intérprete en la Conferencia de Londres de 1924, que estableció las relaciones entre Occidente y la joven República de Turquía. Más tarde abandonó esa carrera y se dedicó por entero al mundo espiritual. La razón era clara: tras el atentado que sufriera en la carretera de Maslak, mientras era operado de la cabeza en el Hospital Francés y se debatía inconsciente entre la vida y la muerte, había comprendido que el cuerpo y el alma pueden existir en dos planos distintos. Esa experiencia transformó su vida. Ahora era considerado uno de los más célebres místicos del mundo y había publicado infinidad de libros.

«Entonces –pensó Leyla–, quien provocó aquel giro en su destino fue la bala de mi tío İzzet Kemal. Qué extraña es la vida.»

13

Entre aquellos edificios que parecían amontonados unos sobre otros, la señora Leyla sentía asfixia. Por un lado, se debatía en la desdicha y la impotencia. Por otro, intentaba comprender a esos jóvenes extraños que, en esa etapa tardía de la vida, el destino había puesto en su camino.

Le resultaba difícil aplicar en aquella casa los principios inquebrantables que habían regido su existencia en soledad. Ahora estaba rodeada de personas que no conocía.

La primera semana transcurrió en ese ambiente tenso, entre las discusiones de los jóvenes. En realidad, los músicos apenas prestaban atención a la situación, ya que ni siquiera vivían allí y se limitaban a acudir al anochecer para ensayar y cenar. Pero Roxy era, sin duda, un verdadero tormento. Aunque no se mostraba tan áspera como el día en que se conocieron, se comportaba como si la Señora fuese el emblema de todas las desgracias y de todas las injusticias sufridas en su vida, y le lanzaba ataques constantes, insinuando con cada gesto que debía marcharse, abandonar la casa.

La Señora había tenido mucha paciencia, pero poseía la obstinación legendaria de su familia, de esas que quemarían una manta al ver una pulga, además de un orgullo recio, imposible de doblegar. Ya no podía soportar más aquella situación.

Entretanto, salió a la luz la penuria en la que se debatían los jóvenes. La vieja nevera estaba vacía. A veces no contenía más que media cebolla, un poco de queso blanco seco y un pimiento arrugado. Casi todas las noches hervían un poco de pasta y con eso se alimentaban, malnutriéndose sin remedio. De sus conversaciones, que alcanzaban de soslayo los oídos de la Señora, entendía que la falta de dinero les agobiaba cada día un poco más.

También había oído que Yusuf recibía apenas un sueldo miserable en el periódico, y que la banda no encontraba trabajos. Sus ropas estaban desgastadas hasta el desgarro y la suciedad se adueñaba de la casa. La tapa del inodoro se había roto; las tuberías manchaban la piedra de marrón; los grifos, cuando se abrían, silbaban como una flauta de una sola nota, y durante la noche, algún conducto defectuoso gemía sin descanso.

En suma, la Señora estaba rodeada de pobreza, mugre y hostilidad. Veía cómo todo aquello entristecía profundamente a Yusuf, y por eso quería marcharse cuanto antes, también para librarlo a él de semejante peso.

A todas esas adversidades se añadía la ausencia de lo que había sido uno de los elementos esenciales de su vida. En casi ochenta años era la primera vez que no vivía junto al mar. Estaba acostumbrada a todas sus formas, que eran parte natural de su existencia. El agua no se limitaba a las corrientes del Bósforo que cambiaban de color a cada instante. Eran también las interminables lluvias nocturnas, las gotas acumuladas en las hojas de magnolia, el rocío del amanecer, la niebla que transformaba los buques en espectros gigantes, una nube plateada, la escarcha blanca, el vapor, la nieve. Y, a veces, eran también las lágrimas, tantas lágrimas vertidas en aquella vieja *yalı*.

Cuando nevaba, a Leyla le encantaba contemplar las corrientes del Bósforo que se tornaban de un azul turquesa. Durante horas apartaba con la mano el vaho de los cristales para quedarse embelesada mirando hacia fuera. Ver cómo la nieve se acumulaba sobre las barcas de los pescadores amarradas a la orilla le provocaba, a veces, una extraña inquietud nacida del exceso de belleza. Aquellos días invernales, iluminados por una claridad insólita, la conmovían hasta la exaltación: el mar turquesa, un montículo de nieve sobre el lomo de un bote rojo desvaído, los pinos vestidos de blanco como novias engalanadas, las finas columnas de humo negro elevándose desde las chimeneas... todo le hacía sentir como si hubiera entrado en el lienzo de un paisaje extraordinario.

A veces bajaba al jardín, se hundía en la nieve hasta los tobillos, abría la boca y sentía en la lengua el frescor de los copos que flotaban en el aire. Entonces una alegría inmensa brotaba de su corazón. En días así, el jardín se transformaba en una ciudad de cuento dentro de una bola de cristal, de esas que al darles la vuelta sueltan copos blancos en un torbellino. Ahora todo aquello había desaparecido de su vida. Se sentía atrapada, como si la hubieran encerrado entre los edificios de hormigón del centro de la ciudad.

Una tarde, mientras estaba en su habitación buscando una salida a aquella situación, oyó que en el salón estallaba una disputa por dinero. Por lo que alcanzaba a comprender, llevaban meses sin pagar el alquiler y el dueño de la casa los presionaba para que se marcharan. No tenían escapatoria. El grupo Roxy and Other Animals había tocado en dos festivales y en algunos clubes nocturnos clandestinos, pero ahora no encontraban trabajo ni conseguían ingresos. Roxy, exasperada, reprochaba que bastante tenían ya con sobrevivir ellos mismos como para cargar además con una anciana.

La Señora, que escuchaba aquellas voces desde su cuarto, se sumió en una reflexión profunda.

En la cajita de joyas que había traído consigo, antaño repleta, sólo quedaban dos piezas: un broche y un anillo heredado de su abuela, ambos engastados en diamantes. Si perdía también eso no le quedaría absolutamente ninguna seguridad, ni siquiera, como suele decirse, dinero para su entierro. ¿Sería correcto entregar una de esas dos joyas a los muchachos? La razón le decía que no debía hacerlo, pero le dolía ver a Yusuf frente a Roxy reducido al papel de hombre incapaz de sostener su propia casa. Al final, decidió jugárselo todo. Tomó el anillo y fue al salón, como si no hubiera oído nada de la discusión.

–Yusuf –dijo–, tengo un favor que pedirte. ¿Podrías ir mañana por la mañana al Gran Bazar?

Yusuf la miró sorprendido, pero respondió que sí, que podía hacerlo. Todos enmudecieron y la observaron.

–Bien –prosiguió la Señora–, allí está Varuján, el hijo de Mihran Usta. Por favor, entrégale esto. Él te dará lo que valga.

Dejó algo sobre la mesa y volvió a su cuarto. Cuando los jóvenes, atónitos, se acercaron a mirar, descubrieron un magnífico anillo de diamantes. Aunque no tenían la menor idea sobre joyas podían presentir que aquella pieza era antigua y de enorme valor.

Había sido Mihran Usta quien, durante años, había comprado las joyas de familia, pero había muerto. Aun así, la señora Leyla estaba convencida de que la tradición continuaría y que ahora su hijo Varuján acudiría en su ayuda. Al salir de la casa había guardado en la maleta la pequeña caja de madera labrada donde escondía las últimas piezas que le quedaban. Si vendía aquel anillo podría pagar las deudas de Yusuf y, al mismo tiempo, instalarse en un hotel para tratar de hallar un poco de sosiego. Sabía bien que incluso el hotel más incómodo del mundo sería mil veces más confortable que aquella casa.

El modo en que la Señora había depositado el anillo sobre la mesa y la ligereza con que habló de él como si no tuviera importancia alguna devolvieron a Yusuf los recuerdos de otros tiempos. Igual que cuando ella le regalaba un jazmín, le ofrecía fruta o le daba dinero en los días festivos, también esta vez había actuado con una delicadeza exquisita, cuidando de no herir la dignidad del muchacho. Como si, al pasar, hubiera dejado caer un pañuelo sobre la mesa. Roxy contemplaba todo aquello con asombro.

Al día siguiente, Yusuf fue al Gran Bazar, al taller de Varuján Usta. Llevó los saludos de la Señora y regresó a casa con un fajo de billetes. Jamás en su vida había visto tanto dinero junto ni mucho menos lo había sostenido en sus manos. Aquella mujer era un milagro.

Y el efecto del milagro se hizo sentir también en la casa aquella misma noche. Cuando Yusuf entregó más de veinte mil millones de liras,[18] la Señora le dio las gracias y le pidió que apartara la mitad. Yusuf separó diez mil millones, y ella, con la misma elegancia de siempre, se los devolvió como si se tratara de un gesto trivial, como quien acerca un plato lleno de cerezas.

–Con esto cubriréis vuestras necesidades –dijo simplemente.

–Pero... –intentó objetar Yusuf, aunque sin verdadera convicción.

Necesitaban ese dinero con urgencia. De lo contrario los echarían de casa. Leyla lo silenció con un gesto.

La más sorprendida con todo aquello fue Roxy. Que la anciana a la que Yusuf había llevado se convirtiera de pronto en su salvadora la dejó desconcertada. Ella, que ya no esperaba bondad alguna ni de la vida ni de las personas, se descubrió no sólo asombrada, sino también un poco avergonzada.

Estaba tan contenta con aquellos diez mil millones que quiso ir a la habitación de la Señora a darle las gracias. Sin embargo, aunque se obligó a intentarlo, no pudo hacerlo. Le habría parecido un gesto interesado, hipócrita. Pasó la noche entera pensando en aquella mujer. No se parecía en nada a los ancianos de su propia familia. Su manera de comportarse, su porte erguido, su voz y, sobre todo, aquella mirada penetrante que atravesaba a cualquiera, la habían impresionado profundamente. Llegó a la conclusión de que aquella mujer no se parecía a ninguna otra persona que hubiera conocido antes. Había en ella algo de alemán. Si caminara por las calles de Duisburgo nadie creería que era turca, erguida como los alemanes, sin arrugar jamás la ropa que llevaba puesta.

Al día siguiente también ocurrió algo muy sorprendente. Estaban reunidos en el salón. Con el dinero que habían recibido, habían preparado una pequeña cena de celebración. En un momento dado, la conversación derivó hacia la música. Roxy estaba trabajando en una nueva canción y estaba convencida de que sería un éxito. Tarareó la melodía: sobre una sencilla repetición melódica iba a cantar la letra que acababa de escribir. Su amigo intentaba acompañarla con el teclado, buscándole los acordes, probando una y otra vez. Se atascó en un pasaje y, tras varios intentos, preguntó a sus compañeros:

–¿Qué metemos aquí, tío?

No conseguía dar con el acorde adecuado. Entonces, desde el interior, se oyó una voz:

–Mi menor. Y luego, la mayor.

Se quedaron de piedra. La voz venía del cuarto de la anciana. Cuando el músico tocó primero un mi menor y luego un la mayor, todos comprobaron que lo que decía Leyla era cierto.

Un silencio denso se extendió por la sala. Al cabo de un rato, Roxy continuó con la melodía. El chico del teclado parecía haber optado esta vez por callar y esperar. No hacía nada. Roxy repitió una vez más, y otra más. Era como si todos juntos estuvieran llamando a la Señora de la habitación, pidiéndole que lo hiciera otra vez.

De pronto, volvió a alzarse una voz desde dentro:

–Una séptima disminuida.

Se miraron unos a otros. No conocían ese acorde.

Una vez más, la voz desde la habitación:

–*Diminish*.

–¡Ese acorde no lo sé! –protestó el muchacho del teclado.

Entonces, bajo la mirada atónita de todos, la anciana salió erguida de su cuarto se acercó al instrumento y se sentó en el taburete que el chico le había ofrecido. Con firmeza posó sus dedos sobre el teclado y tocó el acorde de séptima disminuida. Luego, reproduciendo la melodía que Roxy acababa de cantar, fue encadenando acordes uno tras otro. Sus dedos se movían por las teclas con mucha seguridad, creando a la vez una musicalidad poderosa y aterciopelada.

Alcanzar esa musicalidad no le había resultado nada fácil a Leyla. Aún resonaban en sus oídos las advertencias de *Fräulein* Anneliese: «*Toucher, mein junges Fräulein*. ¿Entiendes? En el piano, el *toucher* lo es todo».

Los jóvenes músicos estaban al borde del éxtasis. Jamás habían presenciado algo así.

Yusuf, en su fuero interno, se regocijaba, como si se dijera a sí mismo: «¿Veis? ¿No os lo había dicho? La Señora lo sabe todo».

Roxy se levantó, se acercó al teclado y murmuró con un hilo de voz apenas audible:

–¡Gracias! ¡Toca usted el piano de maravilla!

Aquella noche, cuando Leyla se retiró a su habitación, pensó satisfecha que todos habían empezado a mostrarle un respeto profundo. Se había producido un cambio visible: los jóvenes estaban a punto de inclinarse ante ella. En su opinión, el dinero había jugado

un papel menor en aquella influencia. El verdadero respeto se lo había otorgado la formación musical.

Veía claramente que aquellos chicos casi no habían recibido educación alguna. Ni conocimiento, ni cultura, ni normas de comportamiento social. Habían crecido así, sin más. Y aquello la asombraba.

Recordó entonces a los maestros que habían acudido para instruirla. Estudios de piano, conjugaciones de verbos franceses, los poemas de Shelley, Blake, Wordsworth, Tennyson, además de Goethe y la vida de Wilhelm Meister, piezas imprescindibles de su formación alemana.

Si hubiera crecido junto a su padre, con toda probabilidad su lengua materna habría sido el inglés, pero ahora pensaba en alemán y a veces soñaba en francés. La lengua de su padre venía después de todas aquellas.

14

Una tarde, Roxy estaba sola en el salón mirando la televisión. En el canal National Geographic daban un documental sobre la vida sexual de los animales. La señora Leyla estaba en su habitación. Roxy, en realidad, no solía ver ese tipo de canales. Ya estaba cansada de mirar interminables escenas sangrientas en las que a cada león que salía de caza en África le seguían dos cámaras y a cada gacela despedazada le dedicaban una película entera. Pero aquel documental no trataba de matar, sino de crear vida, del apareamiento.

Primero enseñaban durante largo rato el apareamiento de las serpientes. Para el macho, acercarse a la hembra no era nada fácil porque, si ella no quería copular, se convertía en un ser letal. Incluso cuando aceptaba al macho y se unía a él, la situación seguía siendo peligrosa. Después del acto el macho huía con rapidez, temeroso de ser devorado. Tras diez minutos de visionado del documental, Roxy comprendió que, para las serpientes, la muerte y el sexo eran como hermanos. Aproximarse a las hembras resultaba arriesgado.

Luego pasaron a la vida sexual de los leones. Entre ellos, el mayor problema era también convencer a la hembra. Si no le gustaba el macho lo despachaba, como mínimo, a empujones. Y había quienes recurrían a métodos de rechazo aún más peligrosos.

A medida que el documental avanzaba, Roxy llegó a la conclusión de que, en realidad, la más fácil de conquistar era la hembra humana. Para los hombres no existía el riesgo de terminar mordidos, arañados o despedazados, ni había problemas con las épocas de apareamiento.

Las hembras animales sólo entraban en celo una vez al año, algunas incluso cada dos, y con mil dificultades aceptaban al macho elegido, tras lo cual no dejaban que ningún otro se acercara. El

documental mostraba incluso cómo el león mataba a las crías de la leona para obligarla a copular de nuevo.

Pero la situación en los humanos era muy distinta. En el sexo, la finalidad de tener hijos, de reproducirse, casi había desaparecido. Por eso la mujer humana había llegado a acostarse con cualquier hombre que se le cruzara. Según Roxy, la especie humana, también en el ámbito de la sexualidad, se había alienado de la naturaleza y perdido sus instintos.

Después de todo, ¿qué animal pagaría por contemplar cómo se apareaba otra pareja o por mirar el cuerpo desnudo de la hembra? Pero una vez que en el sexo se infiltró la codicia del dinero, todo se expuso a plena luz, sin dejar ya lugar a la imaginación. Las películas pornográficas habían convertido el cuerpo de la mujer en un mapa anatómico al que no le quedaba rincón sin explorar, como si fueran lecciones de anatomía en una facultad.

Comparado con todo esto, la respuesta que dio Âşık Veysel a la pregunta «¿Qué es el amor?»: «Amar y no alcanzar a quien se ama, eso es el amor» resultaba casi absurda.

Si el joven Werther de la novela de Goethe hubiera vivido en nuestra época, ni siquiera se le habría pasado por la cabeza la idea del suicidio. Habría preferido poner en práctica, en el primer club de alterne que encontrara, las enseñanzas adquiridas en las películas pornográficas. Para los hombres todo era así de simple, pues la naturaleza los había programado como criaturas destinadas a fecundar a cuantas más hembras mejor. La tarea de la mujer, en cambio, consistía en limitar ese impulso y, tras obtener la semilla más sana posible, dar a luz a su hijo.

Visto de este modo, los hombres de nuestra era se comportaban, en parte, conforme a su naturaleza. El problema estaba en aquellas mujeres que, al entender la libertad como una manera de volverse hombres, despreciaban la feminidad e intentaban modificar su propia naturaleza.

Si estuviera pensando esto no como mujer, sino como hombre, se imaginó la paliza que le darían las feministas. Sonrió.

Pero ese razonamiento añadió nuevas preocupaciones al ya a menudo atribulado corazón de Roxy. Pensó en Mauritz y en los chicos con los que se había acostado, y en la absurda rutina de todo aquello. Se sentía usada, desgastada.

Se lamentaba por no haber podido vivir según sus instintos, por no haber podido adaptarse a la naturaleza. Y lo peor era que en todos esos años en los que no había conocido el amor había llevado una existencia seca y estéril. Mientras los periódicos, la televisión y los libros de novela o poesía no hacían más que repetir la palabra «amor», mientras se vendían libros con el amor en el título, mientras todos se sentaban y se levantaban con amor, ella ni siquiera había podido acercarse a ese sentimiento.

En realidad, consideraba a Yusuf el mejor, el más limpio y más honorable de los hombres con los que había compartido la cama hasta entonces. En cierto modo, también le tenía cariño. La pureza y la buena intención con que veía el mundo le resultaban atractivas. Pero ¿era amor lo que sentía?

Probablemente en su generación todos eran así. La desnudez, el sexo libre y la desaparición de la intimidad habían acabado también con el amor. Tal vez el concepto de familia, que ella nunca había experimentado, era el ungüento mágico que reemplazaba todo eso, quién sabe.

Entonces su pensamiento se posó en Leyla, que dormía en su habitación. Según lo que había contado Yusuf, la mujer ni se había casado ni había amado. ¿Era posible una vida en completa soledad?

Qué mujer tan extraña. A pesar de su edad, insistía en que la llamaran Leyla, no «señora Leyla». En su entorno, a las mujeres mayores siempre se las llamaba «señora» y se les besaban las manos, pero ella no quería nada de eso, incluso trataba a los niños como si fueran sus coetáneos. Los demás se ajustaban a su deseo y la llamaban Leyla, aunque decían: «Leyla, ¿nos puede mostrar cómo tocar este acorde?», «Leyla, ¿sabe usted hacer calabacín gratinado?». Leyla por aquí, Leyla por allá... y a los jóvenes les encantaba.

Parece que no había nada que Leyla no supiera. Tras su maestría al piano, Roxy descubrió otro aspecto de la mujer, algo que la hizo

sentir muy pequeña.

Porque en los primeros días después de su llegada, hablaban en alemán entre ellos sobre aquella «vieja bruja», hasta que un día se dieron cuenta de que la señora Leyla dominaba el alemán a la perfección.

¿Quién hubiera imaginado que una mujer mayor pudiera hablar alemán tan perfectamente? Eso significaba que había escuchado con paciencia todas sus burlas y palabras despectivas sin mostrar reacción. Tras este descubrimiento, Roxy empezó a respetarla y a mirarla con más cuidado.

Con una persona que sabía tanto, no podía competir. Ni siquiera sus profesores en Alemania habían estado a la altura de esta mujer turca.

Que pensara tanto en ella era raro, ciertamente. ¿Le daba lástima? ¿Empezaba a quererla? ¿La respetaba? Luego se dijo a sí mismo: «Bah, ¿qué me importa a mí esta mujer?».

Pero no podía sacarse a Leyla de la cabeza. Incluso los otros chicos sentían un extraño respeto hacia ella: cuando entraba en el salón se removían en sus asientos, haciendo movimientos torpes como si quisieran levantarse y saludarla.

Yusuf, por supuesto, sentía una profunda satisfacción ante todo esto.

El agujero que se abrió en el muro de odio de Roxy hacia su familia y hacia los demás, y el modo en que se vinculó casi con pasión a Leyla, comenzó dos semanas después de que la mujer llegara a la casa, cuando Roxy leyó en secreto sus memorias. La anciana se había pasado todo el día escribiendo en un cuaderno sentada al escritorio del salón y, de repente, vencida por el sueño se retiró a su habitación. Roxy se dio cuenta un rato después de que su respiración regular indicaba que había caído en un sueño profundo. Se acercó a la mesa y echó un vistazo al cuaderno. Se encontró con líneas escritas en un prodigioso alemán. Usaba el idioma de forma tan impecable que Roxy, nacida y criada en Alemania, desconocía incluso el significado de algunas palabras y tenía dificultad para comprender ciertas construcciones de las frases.

Algo estaba claro: la anciana sufría enormemente. No había en esas notas gesto de autocompasión. Tampoco utilizaba palabras sentimentales. Sin embargo, era evidente la desesperación de una mujer que temía perder, además de su hogar, sus recuerdos. Había líneas dirigidas a su abuelo, a su abuela y a su madre. Se culpaba a sí misma por no haber podido proteger la casa y decía: «¡Perdonadme!».

Al leer aquello Roxy sintió, tal vez por primera vez en su vida, una mezcla de profunda vergüenza, cariño y admiración hacia la anciana.

Se asomó cuidadosamente por la puerta de la habitación y contempló un momento el dormir de la anciana. El sueño había derribado todos los muros defensivos de Leyla, transformándola en una mujer vulnerable y sufriente, entregada a fuerzas naturales demasiado grandes para ella. Roxy se dio cuenta, con sorpresa, de que aquella escena le conmovía hasta el corazón y casi deseó acercarse a abrazar los débiles hombros de la mujer. No lo hizo, pero se acercó y volvió a cubrirla con una manta.

Al mismo tiempo, se asombraba de los sentimientos «blandos» que experimentaba por primera vez en su vida. Había crecido en un mundo duro y siempre había visto esas manifestaciones de ternura como una debilidad. La lección que le habían enseñado las relaciones duras dentro de su familia era que el mundo se asemejaba a un campo de batalla. Sin embargo, por alguna razón, desde hacía un tiempo sentía que brotaban sentimientos positivos hacia la anciana. Sus gestos se suavizaban y su corazón se henchía de compasión. ¿Era suficiente la sola presencia de la anciana para provocar tal cambio? ¿Qué le estaba pasando?

Decidió que hablaría con Yusuf y le diría que quería ayudar a la anciana a recuperar la casa. Tenía muchos amigos en Cihangir, de periodistas a abogados o profesores universitarios. Lo primero que harían sería localizar al médico que había elaborado ese informe falso y hablar con él. Buscar justicia en Alemania era un acto sagrado. ¿Por qué no podría serlo aquí también?

Yusuf se quedó asombrado del gran cambio que percibía en Roxy. ¿De dónde procedía aquel interés? ¿Se debía a que la mujer les

había ayudado económicamente y había puesto orden en sus vidas, o era que de verdad le había inspirado compasión?

Como resultado de aquellas conversaciones y decisiones, dos días después fueron a ver al médico que había expedido el informe de demencia de la anciana. El hombre era profesor universitario, una figura conocida. De vez en cuando también escribía artículos con un marcado tinte nacionalista para los periódicos.

Se abrieron paso entre la cansada y exhausta multitud de pacientes del hospital universitario y, tras recorrer los pasillos, dieron finalmente con la consulta del «Profesor».

Después de esperar un rato frente a la puerta, se les hizo pasar. El médico, de cejas pobladas y con gafas, al que reconocían de los programas de debate televisivos, los recibió, les pidió que se sentaran y preguntó con cortesía qué necesitaban.

Le contaron que Leyla había sido expulsada de su casa basándose en su informe, y preguntaron cómo podía haberlo emitido sin haber visto jamás a la anciana. El hombre se mostró primero un tanto desconcertado, pero luego dijo:

–¿Sois familiares de la señora?

Yusuf iba a responder «¡No!» cuando oyó a Roxy precipitarse con un «Sí» lleno de nerviosismo:

–Es mi tía.

–¡Vaya, vaya! –exclamó el profesor–. Me habían dicho que la mujer estaba sola.

Pero enseguida se recompuso:

–La pobre mujer no está en su sano juicio.

–¿Cómo puede decir eso sin haberla examinado?

–La vi, hija mía, la vi. ¿Cómo iba a hacer un informe sin haberla visto?

–Primero, no soy su hija. Segundo, mi tía dice que usted nunca la vio ni la examinó.

El profesor se quedó un momento mirando distraído la pared de enfrente.

–¡Demencia! –murmuró para sí mismo–. ¡Demencia! Qué cosa tan poderosa... ¡La implacable pérdida de la memoria! Dios no se lo conceda ni a mi peor enemigo.

Luego, recobrando la compostura, miró con un gesto altivo a los jóvenes:

–Ah, pobre mujer, mirad, ¡ni esto lo recuerda! –dijo con una mezcla de condescendencia y soberbia, como si pensara que su poder sobre estos asuntos era insuperable y que mejor no se entrometieran demasiado.

Cuando estaban a punto de salir, Roxy dijo:

–En realidad, el motivo de nuestra visita es otro.

–Somos periodistas. Mi colega está preparando un reportaje sobre esto.

Al escuchar eso, el rostro del profesor se descompuso por completo. No quería que su nombre se viera implicado en más noticias sobre «usurpación de propiedades», pues ya tenía mala fama en ese terreno. Como todos aquellos que pertenecen a los círculos de poder turcos, creía firmemente que nadie podía hacerle daño, pero, por si acaso, quiso jugar su última carta frente a estos jóvenes periodistas inexpertos. Detuvo a los chicos a la salida y, bajando la voz, preguntó:

–Chicos... lo sabéis, ¿verdad?

Miraron con curiosidad.

–Esta mujer –dijo–, tiene un linaje espurio.

Roxy no entendió nada de aquella palabra arcaica.

El profesor continuó:

–Es hija ilegítima de un oficial británico de la ocupación. Por eso ya estaba excluida de la sociedad turca. Y ahora, además, esa pobre mujer está senil.

Esas últimas palabras enfurecieron muchísimo a Roxy. Durante todo el camino de regreso no paró de maldecir. Aquella era la actitud que más odiaba: arrogancia, condescendencia, desprecio hacia los demás. La autoridad. Cuando ese hombre la llamó «hija», había sentido alivio al poder interrumpirlo para decirle: «No soy su hija». Esa gente sólo entendía ese idioma.

Por mucho que se esforzara, la humillación y las actitudes de menosprecio volvían a aparecer ante ella. En Alemania era exactamente igual. En la calle se topaba con miradas que buscaban ignorarla. En especial las mujeres alemanas bien vestidas, de

mediana edad, ricas y altas, habían desarrollado esa mirada que pretende que no ve a extranjeros como ella. Era como si sus ojos pasaran por tu persona sin rozarte, sin detenerse. Quizá el único lugar que la libraba de ese estado era el salón donde se exhibía, donde los ojos de los hombres alemanes permanecían fijos sobre su cuerpo.

Había venido a escapar de las miradas de desprecio y desdén que recibía en Alemania, pero aquí se encontraba con un trato casi peor. Unos la despreciaban por turca-alemana, otros se quedaban mirando su pelo teñido, otros torcían el gesto al escuchar su música. Y es que allí no entendían sus canciones. Lo único que comprendían eran los espectáculos explícitos de cantantes tan retocadas que parecían perros de exhibición. A veces reflexionaba sobre todo esto y se compadecía de sí misma, consciente de que nunca recibiría el respeto que deseaba. Se preguntaba dónde había errado. Sólo quería respeto, nada más.

Ese doctor falso también era un producto del mundo de logros que ella detestaba. Seguro de sí mismo, arrogante. Pero capaz de desestabilizar la tranquilidad de cualquiera con unas pocas palabras como las que había dicho en aquel último momento. Ahora tocaba encontrar un abogado, conseguir que examinaran a Leyla y abrir un juicio para recuperar su casa.

Yusuf observaba con satisfacción cómo Roxy se estaba dejando atrapar por ese papel de salvadora. Abrió la puerta del hospital para que ella pasara primero.

Roxy pensaba, mientras avanzaba, que todos le negaban respeto, salvo Yusuf, que la mimaba en exceso. Hasta su música le apasionaba. Cedía a todos sus caprichos y hacía lo posible por calmarla. Era, por así decirlo, raro. Un hombre turco tan tranquilo, pacífico y maduro. No encajaba con ningún patrón conocido para ella. Los chicos alemanes eran aburridos y egoístas, y los turcos, maleducados y salvajes. La mayor parte de las chicas de su entorno habían sido golpeadas alguna vez por sus novios.

Roxy quería entender mejor la personalidad de Yusuf y le hacía preguntas:

–¿Tú te peleas alguna vez? –le preguntaba.

–¿Con quién?

–No sé, con aquellos que te tocan las narices.

–A veces.

–¿Y has llegado a las manos? ¿Le has dado un puñetazo a alguien en la cara?

–¡No!

–¿Por qué?

–¿Para qué? ¿Qué necesidad hay de golpear a alguien en la cara?

–No sé, todos lo hacen. Peleas de juventud.

–Yo nunca lo he hecho.

–¿Y te has enamorado?

–...

–Vamos, di, no tienes escapatoria. ¿Alguna vez te has enamorado?

–Sí.

–¿De quién?

–¡No es asunto tuyo!

–¿Cómo que no es asunto mío? Dime, ¿alguna vez te has enamorado de alguna chica?

–¡Sí, ya te lo he dicho!

–¿De quién?

–Tú lo sabes.

–No, no me refiero a nosotros. Antes de mí.

–No.

–¡Mientes! ¡Eres un mentiroso!

–Entonces... digamos que quizá.

–Lo sabía. ¿De quién?

–No quiero contarlo.

–Sí, vas a contarlo.

–Era alguien elegante e interesante.

–¿Más elegante que yo?

–Sí.

–Vaya... ¿la quisiste más que a mí?

–¡No!

–¿Cómo puedo saberlo?

–Roxy, deja ya esas preguntas. Quiero dormir. No queda mucho para que se haga de día.

–Vale. Entonces dime el nombre de la chica y lo dejo. O no te dejo dormir.

–Vamos, por favor, Roxy.

–Dime, sólo su nombre.

–Está bien, lo digo. Leyla.

–¿Qué? ¿Qué Leyla?

–La mujer que duerme en la habitación de al lado.

–Qué malo eres. Estás mintiendo.

–Te juro que no miento. Cuando era niño, estaba enamorado de esa mujer. Todos lo estábamos.

–No me refería a ese tipo de amor.

–Pero eso es lo único que pasó. Y tú, cuéntame: ¿alguna vez te has enamorado?

Y así había llegado la inevitable conclusión de susurros nocturnos, como dos cómplices en pecado compartiendo secretos en la cama. Cada noche era lo mismo, y Yusuf no podía permanecer en silencio sin mencionar a sus antiguas parejas ni las experiencias sexuales que había vivido. Roxy sentía cómo la inocente bondad de este buen chico era corroída por una envidia feroz, y pensaba: «¡Mira, por muy distinto que sea, al final, la esencia del hombre turco prevalece!».

Cuando él le preguntaba si había estado enamorada, ella respondía que no, deseando terminar la conversación, pero sabía muy bien que no terminaría, que seguiría hasta el final.

–¡No!

–Lo dices con tanta determinación que cualquiera creería que es verdad. ¿Nunca tuviste novio en Alemania?

–¡Sí!

–Vale, pero...

–Me preguntas que si me he enamorado, y te digo que no. Pero novio es otra cosa.

–¿Entonces te acostaste con ellos sin estar enamorada?

–Sí.

–¿Por qué?

–No sé, es lo que se tenía que hacer. Todo el mundo a mi alrededor hacía lo mismo.

–¿Con cuántos estuviste?

–Cariño mío, deja ya de preguntar.

–¿Con cuántos hombres? Venga di, quiero saberlo todo sobre ti.

–Bueno, tres. ¿Contento?

–¿Por qué iba a estar contento? ¿Es que acaso soy yo un pervertido?

–Entonces, ¿por qué insistes en preguntar? Ya pasó. Ni siquiera lo recuerdo.

–¿Les hiciste a ellos lo que me hiciste a mí?

–Yusuf, no quiero hablar de esto. Que te calles de una vez.

–Shhh, no levantes la voz, pero cuéntamelo. ¿Te satisfacían?

En ese punto, Roxy rompió en un llanto rebelde, diciendo todo lo que le venía a la boca.

–¡Te he dicho que te calles! No me obligues a hablar del tema. No quiero hablar de esto.

–Está bien, lo admito, he sido un estúpido otra vez, pero deja de llorar. No volveré a preguntar.

Estas crisis terminaban siempre con abrazos y con palabras que venían a decir: «Olvida el pasado, estamos juntos ahora, ¿qué es más importante que esto?».

Entonces Roxy cesaba en su llanto.

La noche más difícil para aquella chica que había pasado su vida recibiendo insultos la vivió en la primera semana tras su llegada a Estambul. Se alojaba con los miembros del grupo en un hotel pésimo en Sirkeci mientras buscaban trabajo. Justo cuando el dinero estaba a punto de acabarse, consiguieron un bolo en un local de música en Pera, pasada la medianoche. Pero la noche fue un completo desastre. En un club al que solían ir los aficionados al hard rock que esperaban escuchar a sus bandas habituales, la audiencia excitada abucheó a Roxy and the Other Animals, y el dueño los echó a la calle.

Roxy estaba tan destrozada que pensó que no necesitaba a nadie para maldecir su propio destino: envió a sus amigos de vuelta al hotel y se lanzó sola a las infamias de la noche de Pera. Bebió las bebidas más fuertes que encontró en los bares que se cruzaban a su paso y se emborrachó rápidamente, lanzando improperios a cualquier hombre que se atreviera a dirigirle la palabra.

Al amanecer se encontró a sí misma sentada en una acera de la plaza Taksim, sin recordar cómo había llegado allí. Debía de haber perdido el conocimiento.

Al girar la cabeza, vio un poco más adelante a una niña sentada. Encogida por el frío de la noche, parecía triste. La comparó con su propia infancia y se sentó a su lado para intentar hablarle. La niña la observaba con mirada temerosa, sin responder. Roxy le cogió la barbilla y le levantó la cabeza, mirándola a los ojos a la luz de un farol. No había expresión alguna en la mirada de la niña, parecía muerta por dentro. Roxy volvió a su sitio.

En ese instante, un coche se detuvo frente a ellos y de él bajaron dos hombres. Uno llevaba un abrigo largo. Pusieron de pie a la niña, le levantaron la falda, le toquetearon todo el cuerpo, hasta los pechos. Uno de los hombres la elogiaba mientras intentaba venderla al cliente. Luego la subieron al coche.

Roxy se levantó de un salto y trató de impedirlo, gritando: «¡Policía! ¡Socorro, están secuestrando a una niña!». Sintió cómo la sangre le subía a la cabeza, y su visión empezó a nublarse.

El hombre con el abrigo largo le golpeó en la cara, y cuando cayó al suelo le dio una fuerte patada en el estómago. Mientras el coche se alejaba, Roxy sintió que el dolor se apoderaba de su cuerpo.

Poco después, vinieron otros niños y la ayudaron a levantarse. Uno dijo: «Así es esto, hermana. No te metas, que luego pasa lo peor».

Roxy se incorporó; se apoyaba en las paredes mientras caminaba. La cabeza le daba vueltas. Sólo pensaba en escapar cuanto antes de aquella ciudad repugnante. Era incluso peor que Alemania. Pero si volvía, tendría que vivir con su padre. En esa horrible ciudad no quedaba nadie. ¿Adónde iría? ¿Dónde podría vivir? No tenía dinero para empezar una nueva vida.

Pensó en suicidarse. Después de todo, ¿no se suicidaban muchas chicas allí? Su muerte pasaría desapercibida.

Con esos pensamientos, caminó hasta el hotel y se lanzó a la cama, cayendo en un sueño profundo.

Al día siguiente, en un club, se topó con Yusuf, un periodista que quería hacerle una entrevista. Admiraba su música, era educado y

de buen corazón.

Roxy pensó primero que aquello era imposible, que había algo raro que tarde o temprano saldría a la luz. Aquel hombre no podía ser tan perfecto.

Pero era perfecto, y de una manera que nadie más podría serlo. Compasivo, honesto y respetuoso.

Roxy empezó a pensar que estaba ante un auténtico milagro.

15

En aquel curioso apartamento de Cihangir, la señora Leyla conoció a personas bien diferentes de las que había visto en toda su vida. De cada una de ellas comenzó a aprender otra faceta de Turquía, y al final llegó a un punto en que su retiro en la casa con jardín junto al mar, donde había vivido sumida en su propia existencia y enterrada en sus recuerdos con cierto placer, le empezó a parecer que no era para tanto. ¿Acaso alguien que se aproxima a los ochenta años no es capaz de aprender cosas nuevas? Si esa persona posee, como la señora Leyla, un apetito insaciable por aprender, podría lograrlo todo.

Observar ese nuevo mundo en el que se había adentrado se convirtió en el único consuelo de la señora Leyla en aquellos días difíciles. Tras tantos años de retiro, de soledad, de jornadas enteras en medio de magnolias y jazmines en completa soledad, de repente comenzaba a percibir la energía frenética de la nueva Turquía, con su estilo caótico y descuidado, pero fascinante.

La señora Leyla tenía una idea a la que había ido dando vueltas en los últimos años. Las personas envejecen y eso no tiene privilegio alguno, pero algunos envejecen con madurez y otros sin ella. La clave estaba en pasar de la etapa de preguntarse «¿Cómo me ven los demás?» a la de «¿Cómo me veo yo?».

Podía observar a los jóvenes a su alrededor, que, con razón, se esforzaban hasta el extremo por afirmarse a sí mismos ante su entorno. Era un esfuerzo necesario. Porque aquellas cualidades que distinguían a un joven y lo hacían especial sólo podían desarrollarse a través de ese esfuerzo de demostración. Naturalmente, durante esa etapa, la pregunta más importante del ser humano era «¿Cómo me perciben? ¿Les gusto? ¿Me valoran? ¿Cómo me ven los demás?».

Pero llegado cierto punto, uno debía abandonar esa lucha y dejar atrás esas preguntas. Para liberarse y alcanzar la madurez, la persona debía dejar de ser actor en la competición y convertirse en jurado. Debía asumir la identidad del orfebre, no del oro, y pasar de ser evaluado a ser quien evalúa. Eso era la madurez. La señora Leyla, en el apartamento de Cihangir, al ver a los jóvenes ir y venir, esforzarse y luchar por gustar, sentía hacia ellos una compasión enorme y deseaba compartir con aquellos muchachos todo lo que sabía. Había dejado de ser un actor en esta vida.

Entre los amigos que iban y venían a la casa de los «muchachos» había personas muy interesantes. Entre ellos, un director de teatro de cabello castaño y bigote fino, que recordaba a Friedrich Nietzsche, estaba explicando un proyecto muy atractivo y, en sus propias palabras, quería aprovecharse de la experiencia de aquella anciana dama otomano-republicana como «asesora». Necesitaba a alguien que conociera bien aquellos tiempos, la transición del Imperio a la República. En el pequeño teatro de Beyoğlu estaban montando la obra *Loco* de Refik Halit. La señora Leyla no conocía la obra, pero al preguntar por qué, con tantos escritores nuevos y talentosos, habían escogido a un autor tan antiguo, el joven director le contó algo realmente interesante.

En la obra *Loco* se contaba la historia de un hombre que había caído en coma en los últimos días del Imperio otomano y que, varios años después, durante la República, recobraba la conciencia. El pobre hombre, al despertar, tenía dificultades para comprender el gran cambio que había ocurrido. La sociedad en la que había vivido había desaparecido y había sido reemplazada por otra completamente distinta. Ya no había sultán, la tiranía había sido abolida, y la gente se vestía al estilo occidental. Se tocaban con sombreros como los infieles; las chicas habían abandonado las vestimentas largas y negras y se paseaban con el cuello y los brazos al descubierto. El pobre hombre no podía creerlo y, probablemente, pensaba que estaba loco.

Para intentar entender lo que había sucedido, pidió el periódico *El Heraldo de las Ideas* que solía leer, y cuando la gente le decía: «No

hay *Heraldo*, ahora compramos el periódico *La República*», casi pierde la razón del miedo, y exclamó: «¡Ni se les ocurra pronunciar esa palabra! ¿Qué es eso de República? Si los espías del sultán lo escuchan acabarán con nosotros».

Con un esfuerzo desesperado, intentaban explicarle al anciano que ahora vivían bajo la administración republicana, e incluso le traían el periódico *La República* como prueba, pero otra sorpresa le esperaba. Porque el diario estaba impreso con letras latinas, y el pobre hombre no podía leerlo. De pronto, se había transformado en un analfabeto incapaz de leer o escribir.

La señora Leyla escuchaba todo esto entre risas, admirando la obra y la idea de montarla en escena. Como querían su ayuda con el tema, haría todo lo posible y se esforzaría en relatar las convulsiones y transformaciones de aquel país, que tantas veces cambiaba de piel. En aquella época aún era una niña, pero conocía lo que había ocurrido durante las reformas de la República y el paso al nuevo régimen. Había escuchado muchas historias de la gente a su alrededor.

–¿Cómo podría contaros aquellos días? –dijo a los jóvenes–. Desde el momento en que Atatürk mostró un sombrero y dijo: «Caballeros, esto se llama sombrero», millones de hombres se vieron obligados a abandonar los feces de color cereza podrida y los turbantes de sus cabezas, y todos se apresuraron a conseguir uno de esos inventos occidentales para calzárselo en la cabeza. Porque no llevar sombrero significaba hostilidad al nuevo régimen y a la revolución, y un regreso a la ignorancia, Dios nos libre, lo que podía acarrear consecuencias terribles. Como ocurría en toda Anatolia, también en Estambul se desató una locura por los sombreros.

»Los notables de la sociedad reunían a los hombres y les decían: "¡Hijos míos, de ahora en adelante dejaréis atrás el fez y el turbante, y llevaréis sombrero! Esto es una orden, y viene de lo más alto. Si queréis que vuestras cabezas permanezcan sobre vuestros hombros, llevaréis un sombrero, sin importar que sea una invención extranjera".

»"Vale, aceptamos esto de los infieles, pero ¿dónde encontramos esa cosa llamada sombrero?", preguntaban, sin que nadie pudiera dar respuesta. Cada cual tendría que apañárselas como pudiera. Los jardineros, criados y vigilantes de la *yalı* se devanaban los sesos buscando algún sombrero, y al final no encontraron otro remedio que colocarse sobre la cabeza jirones de tela cosidos a medias. Al vigilante albanés, que se resistía a quitarse el fez, le decían: "¡Que te van a cortar la cabeza! Nosotros no nos metemos". Porque desobedecer era infringir las leyes de la revolución. El obstinado vigilante replicaba: "¡Yo sólo conozco esto y esto llevo!", y se mantenía firme en su terquedad.

La señora Leyla vio que el joven director de teatro, de bigote cobrizo, la escuchaba con suma atención y no dejaba de tomar notas, y entonces comenzó a sentirse realmente como una asesora teatral, disfrutando de esa sensación.

–Si yo estuviera en vuestro lugar –dijo–, colocaría en un rincón del escenario un taller que fabricara sombreros o una fábrica simbólica. Y encima escribiría «Borsalino». Porque en aquellos días, los grandes comerciantes de Estambul habían hecho pedidos de miles de sombreros borsalino a Italia. Los periódicos decían que las fábricas europeas trabajaban en tres turnos para poder enviar los sombreros a Turquía, pero aun así no daban abasto. Era imposible encontrar un sombrero para millones de personas de repente.

Leyla a veces se preguntaba si algo así sería posible en Europa. ¿Podría Francia, por ejemplo, ser obligada en un año a llevar turbante, adoptar el alfabeto árabe, la música oriental y las costumbres otomanas? Era imposible pensarlo. Pero en Turquía, sin embargo, había sucedido.

Todo esto hizo que la señora Leyla recordara un dicho sobre la caída de los imperios. No podía precisar dónde lo había oído o leído. Hay tres tipos de descomposición imperial: la primera, como la del Imperio romano, es desaparecer lentamente con el tiempo. La segunda, como la del Imperio británico, implica una liquidación planificada, mediante la que se decide qué estatus tendrá cada territorio y cuándo. La tercera, la del Imperio otomano: te acuestas

una noche en el Imperio, y a la mañana siguiente despiertas en la República.

Se lo contó también al director de teatro y, al ver que todos lo apreciaban, se sintió en el fondo apenada por los años que había pasado sin compañía humana. Aquella noche, al acostarse y recordar lo hablado por la tarde, la invadió un leve sentimiento de arrepentimiento. Se había dejado arrastrar por la alegría y el aire de los jóvenes y, quizá intentando agradarles, había dicho cosas acordes con su mentalidad.

La gente del teatro, al parecer, no simpatizaban con Atatürk. Pronunciaban la palabra «kemalista» con cierto tono de burla y se mofaban de las reformas. En su juventud, pensar siquiera en algo así habría sido imposible. Porque entonces, el nombre de Kemal era símbolo de una lucha a muerte por la supervivencia. Todos los pueblos que componían el imperio se habían rebelado uno a uno y conseguido su libertad; Estambul y Anatolia estaban ocupadas. Incluso el primer ministro británico hablaba de «expulsar a los turcos hacia Asia Central».

En tal situación, la guerra de liberación de los turcos musulmanes era inevitable, y el nombre de Mustafá Kemal, como comandante en jefe de aquel movimiento, siempre se mencionaba con gran respeto en su familia.

Que el Bajá Kemal hubiera elegido la civilización occidental tras contraponer Oriente y Occidente no tenía nada de extraño. Nacido y criado en Salónica, el general había estudiado y comparado las regiones europeas del imperio con las asiáticas, las del norte de África y Oriente Medio, sacando sus propias conclusiones. Para él, Oriente estaba podrido, acabado. El progreso estaba en Occidente. Y como muchos de sus contemporáneos, el general era hijo de la Gran Revolución, es decir, de la Revolución francesa.

Cabe añadir que, en el Imperio otomano (como en la familia de Leyla), la mente, el corazón, la civilización y el personal capacitado residían en Europa, en los Balcanes.

Leyla se entristeció al pensar que no había advertido a los jóvenes como debía. Haberse unido a las bromas había sido un error. A partir de entonces debía explicarles bien cómo eran las cosas. Sí, durante

las reformas habían tenido lugar situaciones tragicómicas, pero todo ello servía para liberar al país del fanatismo religioso y el reaccionarismo.

Al día siguiente les contaría que los turcos, a lo largo de su historia, ya habían cambiado de cultura y civilización, y que las reformas de Atatürk no eran las primeras. Aquellos pueblos vecinos de China, que habían adoptado aquella civilización, al migrar hacia Anatolia se habían islamizado y habían quedado bajo la influencia de lo árabe y lo persa. Durante los últimos doscientos cincuenta años habían intentado occidentalizarse. Su cultura contenía elementos de China y los Balcanes, Oriente Medio y el Cáucaso, el norte de África y tradiciones griegas, armenias y kurdas. Leyla no creía que existiera otro ejemplo semejante en el mundo.

La noche siguiente compartiría esta idea con los jóvenes: un viaje desde China hasta Europa, resultado de la cultura nómada.

Leyla recordó a la anciana niñera de la *yalı* de al lado. Cuando la conoció, la mujer era ya una anciana; caminaba y arrastraba las pantuflas murmurando: «¡Por Dios que lo hizo, lo juro por Dios que lo hizo!». Cuando Leyla preguntó qué significaba aquello, las personas de la edad de la niñera le explicaron. En tiempos en que Mustafá Kemal se formaba en la academia militar, solía acudir a aquella *yalı* para estudiar con un amigo. Aquellos dos estudiantes de la academia militar trabajaban en el jardín de la *yalı*, y la niñera les traía café de vez en cuando. Dicen que Mustafá Kemal le señaló a la niñera el palacio del sultán al otro lado del Bósforo y dijo: «Mira, niñera, algún día convertiré aquello en un museo». La mujer respondió: «¡Anda ya, muchacho!», y se rio de aquel joven rubio que osaba hablar del palacio del sultán. Ese fue el secreto de la mujer y la razón por la que pasó sus últimos días murmurando de un lado para otro: «¡Por Dios que lo hizo, lo juro por Dios que lo hizo!».

En cuanto escuchó aquella historia, la señora Leyla se volvió a quedar maravillada ante la magnitud inconcebible de lo sucedido. Eso también se lo contaría a los jóvenes. Además, les diría que la Guerra de Liberación Turca había sido en defensa legítima y que

Anatolia, para los musulmanes que huían de tres continentes buscando salvar la vida, significaba un refugio sagrado.

Aquella noche sintió la necesidad de releer las líneas escritas en el cuaderno de cuero del teniente Robert Whitaker.

Su padre había escrito lo siguiente:

> En cuanto pasé de la escuela a la vida real, me encontré en medio de un mar de sangre, de gritos, de matanzas recíprocas, de epidemias, de niños huérfanos. Para los habitantes de un país como Inglaterra, separado del resto del mundo por el mar, resulta difícil comprender la confusión de razas, culturas, lenguas, religiones y la violencia que dominan en estas regiones. Pero Bennett dice que hay que ver todo esto como una lucha por la propiedad y el reparto. Y tiene razón.
>
> El Estado otomano, situado en los caminos de paso del mundo, poseía tierras que muchos codiciaban. Por eso, primero expulsaron a los turcos de los Balcanes y de Oriente Medio mediante horrendas matanzas. Luego, los turcos, aterrados por la posibilidad de perder su país, hicieron lo mismo en Anatolia. El resultado fue que millones de personas perdieron sus hogares y a esas casas llegaron siempre otros a ocuparlas. Ahora también nosotros, los europeos, hemos ocupado Estambul y Anatolia. Todas las desgracias que hemos sufrido, los millones de muertos, el hambre y la miseria, hay que entenderlos como una lucha por las posesiones.

Leyla, en este pasaje, se encontraba a sí misma y quería traducir estas líneas para los chicos. A primera vista parecía un comentario muy simple, pero cuanto más lo pensaba, más comprendía que su padre tenía razón. Propiedad pequeña, riña pequeña; propiedad grande, riña grande. Su padre no había visto la caída del Estado otomano ni el intercambio de poblaciones entre griegos y turcos, pero lo había presentido. Al final, lo que ocurrió fue que gentes que durante siglos habían habitado el mismo lugar fueron arrancadas de sus tierras y de sus casas. Serbios, búlgaros, montenegrinos, griegos y árabes habían expulsado a los turcos, que siglos antes habían ocupado sus países, y estos, en la angustia de salvar la vida, organizándose en secreto, aplastaron a los no musulmanes en el último trozo de patria que les quedaba, Anatolia. Más tarde, la nueva República acabó por expulsar a un millón de rumíes. Cada persona vivía en casa ajena, millones de propiedades estaban bajo

ocupación. Y lo que sucedía, le sucedía siempre a la gente sencilla. Lo que le había ocurrido a ella era el destino inmutable de estas tierras.

Leyla, a lo largo de su larga vida, había escuchado las historias de quienes vivieron con el dolor de perder su casa, su tierra, su patria, su lengua materna. Eran relatos que helaban la sangre como el del primo del tío de su madre, que mamaba de un pecho desnudo, ensangrentado, de la madre asesinada en Nevrokop. También se le había aparecido en sueños durante años el drama del violinista armenio que contaba Memo el Kurdo, el leñador.

Los civiles armenios, desplazados a las afueras de Harput para ser trasladados a Siria, fueron atacados por bandas kurdas cuando apenas se habían alejado una hora de la ciudad. Los bandidos condujeron la caravana al arroyo que después se llamaría Kanlıdere, el Arroyo Sangriento, y allí comenzaron a matar a los armenios a quienes ya les habían quitado sus joyas y riquezas. Al poco tiempo, el arroyo se tiñó de rojo intenso. Entonces ocurrió algo extraño: comenzó a resonar en el silencio el sonido de un violín. Un anciano armenio había sacado su instrumento y tocaba una melodía doliente. El cabecilla de la banda, enfurecido, se acercó al viejo y le ordenó que pusiera fin a su música. El anciano, mirándole directamente a los ojos, siguió tocando. Todos se habían detenido para contemplar la escena. El violín no dejó de sonar hasta que el cabecilla clavó su cuchillo en el anciano. Los dedos del hombre resbalaron sobre las cuerdas y nadie supo discernir si aquello era un grito que salía del hombre o el último lamento del violín.

A saber quiénes habitarían hoy en las casas de aquellos armenios, quién cultiva sus campos, quién comercia en sus tiendas.

Toda esa sangre derramada siempre por culpa de los bienes y las posesiones. Y además, el asunto no conocía ni de turcos, ni de búlgaros, ni de serbios, ni de griegos, ni de armenios, ni de kurdos, ni de judíos, ni de circasianos, ni de lazes. A unos los habían expulsado de su casa, otros se habían instalado en casas ajenas. Era el drama de millones de familias.

Una historia que Geoffrey le contó a Leyla también le había encogido el corazón. Era la historia del profesor Adamyan, de origen

armenio, que impartía clases en una universidad en Estados Unidos. El profesor, tras sufrir un derrame cerebral y recobrar el sentido, se encontró en el hospital rodeado de su esposa norteamericana, Mary, y con su hijo John y su hija Eileen. Mary le tomó la mano y le preguntó cómo se sentía. Pero él no podía entenderla, y hablaba en una lengua extraña que ellos jamás habían escuchado. La mujer y los hijos se miraron asombrados, sin poder comprender sus palabras, pues aquella lengua no era inglés. Su hija, presa del pánico, exclamó:

–Papá... papá, di algo.

–¿Qué dices, hija? –respondió él–. No te entiendo.

Estas palabras las había pronunciado en armenio. La semana siguiente, el médico les explicó lo que ocurría. El profesor Adamyan, que en su juventud había emigrado desde Anatolia a Estados Unidos, había perdido la facultad de hablar en inglés a causa del derrame cerebral. Sólo podía expresarse en la lengua con la que hablaba con sus padres, asesinados por bandidos durante la deportación: el armenio. Y como su esposa y sus hijos norteamericanos no conocían ese idioma, hasta su muerte el profesor ya nunca pudo volver a comunicarse directamente con ellos.

Leyla había sentido a lo largo de toda su vida el dolor de millones de personas que habían perdido su casa, su tierra y su hogar. Y eso sin saber que un día compartiría ese mismo destino.

Un día de invierno leía en su casa los diarios de Dostoyevski. Se detuvo en sus frases sobre Estambul. «De modo que hasta los más grandes escritores pueden ver las cosas de esta manera», pensó. Y en aquellas frases Dostoyevski escribía:

> El Cuerno de Oro y Estambul serán nuestros... Es absolutamente imposible aceptar que Estambul sea la herencia de los griegos. Estambul, el lugar más importante del mundo, no puede dejarse únicamente en manos de los griegos, pues les viene grande. La razón de que Estambul deba ser nuestro no está en que posea un puerto y un golfo célebres, ni en que sea el «centro del mundo», ni en que sea necesario para un gigante como Rusia, que encerrado en su propia casa, donde ya toca con su cabeza el techo, ansía salir a los espacios abiertos para respirar el aire libre de los mares y los océanos.

A continuación, el gran escritor de San Petersburgo enumeraba las razones para conquistar Estambul, exhortando a liberar la ciudad del yugo turco. Pero el resto ya no interesó demasiado a Leyla. En cierto modo, las palabras de Dostoyevski habían tocado su orgullo. Porque, tal como él decía, Rusia sólo podía acceder a los mares cálidos pasando frente a la puerta de su casa. Como si fueran a arrastrarse hasta su muelle privado, aquel desde donde contemplaba las aguas de color zafiro. Aunque junto a esa satisfacción, no pudo evitar sentir una punzada de tristeza. Porque si incluso un escritor como Dostoyevski, representante de la conciencia humana, codiciaba la propiedad ajena, ¿cómo podían censurarse entonces los actos de los simples mortales? Quizá quería insinuar también que los turcos tampoco eran de allí, que habían venido desde Asia Central y habían tomado Estambul. Pero si en la historia nos empeñáramos en devolver a cada cual a su lugar de origen, habría que entregar la isla de Manhattan a los indios y unos cuantos países europeos a los etruscos. Un callejón sin salida.

Entre quienes codiciaban el Bósforo no estaba sólo Dostoyevski. Siempre que hojeaba libros extranjeros le saltaban a la vista deseos de apoderarse de Estambul y del Bósforo. ¡Qué empeño tan interesante! Y al mismo tiempo tan extraño para ella. Porque el mundo entero se disputaba aquel lugar especial donde había pasado su infancia, donde había pescado, donde se había detenido a contemplar los barcos que pasaban frente a la orilla de su casa.

Antes de quedarse dormida pensó: «El problema del refugio. Maldito problema del refugio. Es la causa de todas las desgracias que nos han sobrevenido».

16

Una tarde, cuando los jóvenes llegaron a casa, se encontraron a la señora Leyla en medio de una importante tarea. Estaba sentada a la mesa cubierta por un mantel color burdeos, y frente a ella había una montaña de papeles. Escribía.

Cuando le preguntaron qué estaba escribiendo, ella respondió que estaba contando por carta su situación a todos. La situación a la que se refería estaba clara.

–¿Y a quién van dirigidas estas cartas? –preguntaron.

La señora Leyla fue levantando uno a uno los sobres y se los enseñó:

–Este a la Presidencia del Gobierno, este al primer ministro, este al Ministerio de Justicia. Estos de aquí a los directores de los periódicos.

La señora Leyla, que desde hacía días había estado sumida en una tristeza pálida, parecía estar viviendo una explosión de energía. Con gran esfuerzo iba escribiendo las cartas e introduciéndolas en los sobres.

–Que todos sepan de la injusticia que ha sido cometida –decía–. La gente que me ha robado la casa puede ser poderosa, pero esta nación es incluso más poderosa que ellos, y estoy segura de que también hay gente buena y compasiva.

Tras oír estas palabras Yusuf tragó saliva, pero no dijo nada. Porque sabía que aquellas cartas no llegarían a las manos de nadie y se perderían en los niveles más bajos de la burocracia. ¿Quién iba a prestar oídos a esta anciana? Sabía lo que aparecería en los periódicos como si pudiera verlo en ese momento. Quién sabía cuántas cartas tiraban a la basura los secretarios de los jefes. Desde quienes solicitaban ayudas para educar a sus hijos hasta quienes se quejaban de no poder pagar una operación, cada día llegaban

cientos de cartas a las mismas personas. Ninguna de ellas se leía. Pero, de todas formas, no quería arruinarle la fiesta a Leyla, pues era mejor verla emocionada.

–Mañana por la mañana lo primero, echa estas cartas al correo, Yusuf –dijo la señora Leyla.

La Señora era del tipo de personas que no pueden admitir la derrota, ni aceptarla. En el momento que sintiera que había sido derrotada, caería enferma. Por eso, los esfuerzos que estaba haciendo quizá no podrían salvar la casa, pero al menos podrían ayudar a proteger su salud.

Además de las cartas, Leyla haría algo más. Iría a las grandes mezquitas de Estambul, así como a iglesias católicas, ortodoxas y protestantes, y a sinagogas, y allí rezaría y encendería velas. Como muchos de los antiguos estambulíes, ella sabía que en cada casa se puede rezar a Dios, y que una cosa no quita la otra. Los estambulíes, desde hacía siglos, se encomendaban a los santos de los demás.

Al día siguiente, Leyla, en el taxi que tomó desde la misma parada, recorrió la Mezquita de Süleymaniye, la Sinagoga de Neve Shalom y la Iglesia de San Antonio, rezando en todas ellas.

Por la tarde, también fue a los lugares sagrados que, se creía, protegían Estambul con los talismanes que atesoraban. En el fondo, confiaba más en los amuletos que en los templos. Esos talismanes eran tan poderosos que algunos protegían la ciudad de las devastaciones de los terremotos, y otros, de las invasiones de serpientes y escorpiones. Por ejemplo, el talismán Milyobar en el hipódromo estaba hecho de trescientas mil piedras, y en su cima se había colocado un imán muy poderoso. Se creía que esta piedra impedía que se produjeran terremotos en la ciudad. El hecho de que se hubieran visto muchos terremotos desde entonces se interpretaba como que el talismán se había estropeado.

Lo mismo ocurría con las tres cabezas de dragón colocadas sobre la columna en espiral en Sultanahmet. Por desgracia, después de que un jenízaro cortara dos de estas tres cabezas de dragón, la ciudad fue invadida por escorpiones.

Incluso había un emblema protector con la forma de gallo. Un talismán que, para la señora Leyla, era el más magnífico de todos. Cuando había escasez en Estambul, este gallo cantaba y llamaba a todos los pájaros del mundo para que vinieran a Estambul. Los pájaros que llegaban respondiendo al llamado del talismán del gallo caían al suelo inertes. Y los estambulíes recogían estos pájaros del suelo y se los comían con gusto. Desde otro punto de vista, la historia podría considerarse como la de un gallo traidor, pero el gallo cantaba con el sagrado propósito de salvar a Estambul.

En lo tocante al sustento, la salud, la suerte, la enfermedad o la muerte, entre los estambulíes no había distinción de religión, pues todos se acogían a las costumbres sagradas de los demás. La señora Leyla había visto infinidad de veces que no sólo los cristianos, sino también los musulmanes, tenían gran curiosidad por los manantiales sagrados. Y es que Estambul era un paraíso de aguas santas, que brotaban de todas partes. Los musulmanes iban, llenaban cántaros en aquellas fuentes ortodoxas y las utilizaban contra todo mal.

En uno de los estanques donde manaban esas aguas nadaban unos peces sagrados: de un lado amarillos, del otro marrones. Los musulmanes que recogían agua conocían la historia de esos peces, aunque fingían ignorarla. Y la verdad era que cuando el sultán Mehmed, tras arrastrar sus naves por los troncos engrasados, entró en el Cuerno de Oro, un monje bizantino se encontraba friendo pescado. Los peces, al oír que la ciudad había caído en manos de los turcos, saltaron de golpe de la sartén de nuevo al agua. Por eso tenían un costado frito y el otro crudo. Si Estambul volvía a ser de los bizantinos, entonces ambos lados se volverían del mismo color.

La señora Leyla no buscó aquellos peces, pero oró en la mayoría de los talismanes bizantinos que pudo encontrar y encendió velas en las iglesias. Decían que, para que las oraciones fueran escuchadas, había que acudir a los templos cristianos siete martes seguidos, pero la señora Leyla ignoraba hasta qué punto era cierto y pensaba que quizá esa creencia provenía del hecho de que Estambul fue conquistada un martes.

Si la señora Leyla lograba recuperar su casa, haría pequeñas ofrendas a todas las instituciones religiosas y a todos los talismanes

de Estambul.

17

Ali Yekta Bey provenía de una familia que mantenía vivas las tradiciones y costumbres de la vida social, e incluso desempeñaba un papel de primer orden en su aplicación. Siempre había sentido esa responsabilidad, y a lo largo de toda su vida había huido, como el que huye de la peste, de cometer cualquier acto impropio o contrario a las normas del decoro.

Por aquellos días, la gran preocupación que le oprimía el corazón nacía precisamente de esta cuestión de decencia. Puesto que las obras de renovación en la mansión que su hijo había comprado avanzaban con rapidez y estaban a punto de concluir, tendría que abandonar la Mansión Kadızade, donde había nacido, crecido y servido durante tantos años, y mudarse a la otra orilla, a la *yalı*. Pero ¿cómo explicar aquella situación a su benefactor, Rıza Bey? Sentía en lo más hondo de sus huesos la vergüenza de dejar a la gente en la estacada, y deseaba, sin más demora, dar la noticia para que pudieran tomar medidas y buscar a otra persona en su lugar. Sin embargo, no lograba reunir el valor para decirle a Rıza Bey que, después de tantos años, se marcharía a su propio hogar y se jubilaría.

No era nada fácil, después de una vida entera consagrada a servir, primero al padre del señor y luego al propio señor, dar aquel paso. Noche tras noche pensaba en cómo resolverlo. Cada noche decidía hablar con el señor al día siguiente, pero entre las tareas cotidianas nunca encontraba el coraje suficiente para revelar la situación.

Por otra parte, presentía que en la nueva casa a la que se trasladaría no sería tan feliz como allí. Era imposible hallar tranquilidad viviendo bajo el mismo techo que aquella mujer sin modales llamada Necla. Quién sabe cuántas disputas, cuántas tensiones, cuántos ataques de nervios le aguardaban. Pero también

confiaba en que, gracias al profundo respeto y devoción que su hijo sentía por él, lograría superar todo aquello. Necla, al fin y al cabo, era una forastera, y el día en que comprendiera que no podía interponerse entre padre e hijo, arriaría las velas y entendería quién era el verdadero dueño de la casa.

El problema era la falta de educación de esa muchacha.

Ali Yekta Bey, aunque había sido criado según las tradiciones otomanas y educado en esa línea por su padre, supo adaptarse a la nueva cultura social que, con la llegada de la República, experimentó cambios súbitos, y siempre se enorgulleció de ello. Sin embargo, también había visto cómo, mientras las reformas caían sobre la sociedad como un aguacero, la gente común se quedaba perpleja, sin saber qué hacer en aquella gran carrera por cambiar de cultura. Las órdenes llegaban desde lo alto, desde Ankara, y desobedecerlas era impensable, pero en un país islámico donde los hombres podían casarse con cuatro mujeres, y encima tener concubinas, donde la mujer era mantenida tras la celosía y bajo el velo, pasar de pronto a una sociedad moderna europea resultaba doloroso.

Para enseñar a la gente qué debía hacer, cómo debía vivir, se publicaron infinidad de libros sobre el «decoro social».

Quienes habían aprendido el alfabeto latino leían esos libros e intentaban aprender las nuevas normas. Como las letras árabes habían sido prohibidas y se había adoptado el alfabeto latino, apenas quedaba gente que supiera leer y escribir. Se había proclamado una enorme campaña para aprender el alfabeto latino en todo el país y se habían abierto cursos por doquier. Hombres y mujeres de todas las edades acudían a ellos y aprendían aquellas letras latinas que les resultaban tan extrañas.

Ali Yekta Bey había sido de las primeras personas en aprender el alfabeto latino gracias a la familia Kadızade, y pudo leer cualquier libro sobre el decoro social que cayera en sus manos, tomando notas y compartiendo sus nuevos conocimientos con los demás.

Porque, sin estos libros, era imposible que la gente supiera qué hacer. El pueblo había empezado a aprender a vivir de nuevo a partir de los libros.

Por ejemplo, de un librito delgado e ilustrado publicado en aquellos años, había memorizado las siguientes reglas:

> En el transbordador, en el tren, en el tranvía, en el túnel, en resumen, en todos los medios de transporte, no devore con la mirada a la señora que se sienta a su lado como si fuera el almuerzo. Ella no es una modelo de moda para que usted contemple su atuendo.
>
> Tampoco es correcto, según las reglas del decoro social, pasearse por las calles de la ciudad con la cabeza descubierta de manera descuidada. Aunque su atuendo sea elegante y refinado y su rostro muy hermoso, si no lleva sombrero, habrá muchas miradas que sin duda lo desaprobarán.

Otra regla decía así:

> En especial durante el calor del verano, después de haber paseado, al sentarse en el tren o en el vapor, ¿se quita discretamente el zapato que le aprieta el pie o que le hace doler el callo, para airearlo? Prefiera soportar el dolor antes que cometer ese gesto vulgar.

En aquellos libros también había diversos consejos para las mujeres que, al pasar del velo a la ropa moderna, sentían como si salieran desnudas cada vez que pisaban la calle:

Por ejemplo: «En los medios de transporte, no se sienten con las medias enrolladas como rosquillas bajo las rodillas, alegando que le aprietan. Eso es tan ridículo como vulgar. Si no tiene ligas, afloje la goma del bajo. La descortesía no puede llegar a tales extremos».

O esta otra regla: «No se detenga frente a los escaparates con cualquier pretexto para, por miedo a que se le caiga el corsé o la liga, estirarlos a un lado y otro por encima del vestido. Tendrá demasiados espectadores y esa imprudencia le arruinará el paseo».

Estas normas, que Ali Yekta Bey memorizó para ya nunca olvidarlas, estaban además ilustradas con dibujos a carboncillo. En las imágenes, damas elegantes con sombreros y distinguidos caballeros paseaban con gran delicadeza frente a los escaparates, y los hombres lucían con orgullo los sombreros de fieltro que llevaban sobre la cabeza o sostenían en la mano.

También para el teléfono, que empezaba a extenderse en los hogares, existían diversas reglas: «Que en las conversaciones telefónicas debía hablarse siempre de manera breve y concisa, que resultaba descortés preguntar largamente por la salud y el bienestar o hablar en voz alta, que salvo el teléfono particular no era apropiado llamar a los lugares de trabajo únicamente para preguntar por el estado de alguien».

Ali Yekta Bey, que había leído estas normas en libros publicados a comienzos de 1930, las defendía hoy con gran entusiasmo y creía que, especialmente ahora que los teléfonos móviles se pegaban a la cara de todos como una tercera oreja, era necesario volver a publicar aquellos libros.

El cambio había dado lugar a acontecimientos difíciles de creer. Por ejemplo, que en 1924 asumiera funciones la primera jurista había incrementado el vértigo de una sociedad que pensaba estar soñando. A esto le seguiría en 1930 el reconocimiento a las mujeres del derecho a elegir y ser elegidas en las elecciones locales, y el pueblo tendría que acostumbrarse primero a ver alcaldesas y, en los años posteriores, también diputadas.

La Mansión Kadızade, donde se había formado Ali Yekta Bey, adoptó con el corazón a Atatürk y las reformas, por lo que era natural que tanto su padre como él aceptaran el cambio con gran entusiasmo. Ali Yekta Bey no albergó nunca la menor duda al respecto y permaneció siempre fiel al «Gran Hombre», que también había honrado con su presencia la Mansión Kadızade.

Sin embargo, abandonar la mansión donde había trabajado durante años y de la cual formaba parte requería no quebrantar normas de cortesía aún más antiguas, aquellas que pertenecían a las complejas relaciones humanas propias de Oriente y a la educación forjada durante siglos.

Ali Yekta Bey reflexionó, lo meditó bien, y decidió primero comunicar la situación al señor con una carta y, después, hablar en persona.

Una tarde, sobre la mesa de su habitación, comenzó a escribir una carta escrita con las elegantes letras aprendidas en las escuelas de la República.

Había considerado adecuado comenzar con el encabezamiento «Muy estimado Rıza Bey». Pero, a pesar de que el sudor le corría en gruesas gotas, no lograba continuar la carta ni encontraba cómo expresar su deseo de marcharse.

Porque, aunque por un lado quería irse, por otro lado también sentía que pertenecía a aquella *yalı*. Sus pies conocían los crujientes peldaños de la escalera; sus manos, las tallas de nogal en las barandas y los pomos de porcelana de las puertas. Ni siquiera necesitaba sus ojos para encender la luz.

Tras hacer y deshacer varios borradores comprendió que no podría resolver aquello con un medio tan frío como una carta.

Fuera como fuese, al día siguiente se armaría de valor, subiría al despacho de Rıza Bey y le expondría la situación. Le diría que desde que su padre empezó a trabajar con el muy respetado padre de Rıza Bey, nunca habían visto ni el más mínimo mal en aquella casa, que jamás se les había mirado con recelo, que durante años habían considerado aquella sagrada mansión como su propio hogar y que no tenían la más mínima queja de sus benefactores.

Pero también albergaba la esperanza de que el señor entendiera su deseo de pasar los últimos años de su vida en casa de su hijo, disfrutando de sus nietos. Además, ya había llegado a una edad avanzada y se daba cuenta de que, al subir y bajar las escaleras de la mansión, no encontraba la fuerza de antes y que no podía serle tan útil a su señor como solía.

Teniendo en cuenta todo aquello, presentaría al elevado entendimiento del señor la petición de poner fin a su vida laboral en aquella casa y rogaría por su consentimiento.

Tras tomar esta decisión, Ali Yekta Bey sintió que por fin podría dormir tranquilo. La parte de la inquietud que le atenazaba el corazón desde hacía días y que tenía que ver con la mansión comenzaba a disiparse, aunque otra preocupación, que lo consumía en silencio, seguía latente: la posibilidad de una disputa con Necla.

En realidad, no creía que su hijo permitiera algo semejante, pero aun así, después de hablar al día siguiente con el señor, sería mejor ir a la mansión y poner fin de una vez a ese asunto.

¿Quién sabe? Tal vez él fuera a visitarlo y, con sus propios ojos, viera la nueva vida en la mansión, más hermosa y suntuosa que la de la Mansión Kadızade. Ali Yekta Bey sabía que, incluso después de haber alcanzado el mismo nivel que su señor, nunca le faltaría al respeto, que seguiría considerándolo su benefactor y que lo amaría. Porque, al fin y al cabo, él provenía de una familia arraigada que conocía bien las reglas del decoro.

18

Desde la habitación contigua llegaban los gemidos de Roxy y Yusuf. Incluso desde allí, la señora Leyla podía percibir la fuerza de sus jadeos, que parecían no caber en sus bocas. En su vida, siempre solitaria, su cuerpo jamás había sentido la caricia de una mano masculina. En su juventud, había pasado noches tensas, muy tensas, pero ahora ya las había olvidado.

Ahora, en sus oídos sólo resonaba el sonido del piano que venía de la *yalı* de al lado. Y eso, de cuando en cuando. Como si todo aquello lo hubiera vivido otra persona, tan lejano le parecía ya.

Recordaba los días en que se había enamorado de las melodías que, por las tardes, llegaban a sus oídos, ejecutadas por el pianista desconocido: un hombre enfermo, melancólico, que nunca salía, del que no sabía más que su nombre, Nejat, y cuyo aspecto jamás había visto, ni su estatura, ni sus cejas, ni sus ojos.

Tras escucharlo un rato, ella también se sentaba al piano, y sabía que cuando sus manos comenzaban a deslizarse sobre el teclado, el sonido del piano de la *yalı* vecina se detenía: Nejat Bey la estaba escuchando. Él tocaba *alla turca*, Leyla *alla franca*. Él respondía con notas de *ferahfeza*, *mahur*, *hüzzam*;[19] ella, con Chopin y Brahms. Como si ambos reflejaran, a través de la música, la doble identidad que creaba el hecho de que las *yalıs* del Bósforo fueran a la vez turcas y europeas. Así vivieron una época que bien podía considerarse un cortejo a través del piano.

En las noches de verano, el cuerpo de Leyla ardía como el fuego, como si estuviese en llamas. Pero durante las tardes, bajo la luz cegadora que lo inundaba todo, una extraña melancolía se apoderaba de ella. Incluso cuando no había motivo alguno para estar triste, la invadía un gran pesar. Eran momentos en los que sentía que perdía el deseo de vivir.

El mundo, bajo la intensa luz del sol veraniego, aparecía con una crudeza cortante, con una certeza que no dejaba lugar a sueños, a emociones ni a cuentos. Esa desnudez, que apenas podía explicarse a sí misma, era lo que la entristecía, lo que la alejaba de la vida. No le gustaba aquella claridad, aquella nitidez. En cambio, le agradaban más las nieblas del invierno sobre el Bósforo, espesas y empujadas por el viento con su blanco lechoso; la nieve que caía sobre las aguas que se tornaban verdosas, el ir y venir incesante de las barcas cubiertas de nieve, los graznidos de las gaviotas. En esos momentos, el Bósforo adquiría una dimensión trepidante. Como si las aguas corrieran más rápidas. Los vientos, más ásperos: el *karayel*, el *poyraz*, seguidos, de manera inevitable, por el *lodos*.

Pero a medida que la edad avanzaba y los tormentos que le causaba su cuerpo disminuían, también se había liberado de la depresión que le traía la luz intensa. Ahora había aprendido a disfrutar cada hora del día. En las jornadas estivales, se recostaba en la hamaca a leer, algo que había hecho desde su infancia, y contemplaba las magnolias sobre su cabeza, las aves surcando el cielo y las nubes enrojeciéndose al atardecer.

Mientras evocaba esos instantes de felicidad, sentía con mayor hondura la pérdida de su casa, y comprendía que el dolor de su impotencia crecía. En los primeros días, había sepultado su pena en lo más hondo, como el calor de una herida de bala, y había procurado mantenerse erguida todo lo posible, refugiándose en la inclinación a no mostrar sus emociones.

Pero tenía la lucidez suficiente para advertir que aquella actitud se desmoronaba poco a poco, y que en su lugar se instalaban la tristeza y melancolía. Su corazón añoraba su casa y su orilla. Quería estar en aquella ribera donde, durante la infancia, fabricaba barquitos de papel para echarlos al agua, donde pescaba pequeños pececillos que se agolpaban al anzuelo, donde contemplaba, soñadora, los grandes navíos que se dirigían quién sabe a qué puertos del mundo. En esa estación, el aire se impregnaba del aroma de las violetas silvestres, y por las noches el perfume del jazmín se adhería al cuerpo como una segunda piel.

Cansada del insoportable agobio de los edificios de hormigón amontonados en Cihangir durante el verano, la señora Leyla se sentía sofocada. Su cuerpo, acostumbrado a vivir junto al mar, pedía agua y echaba de menos la humedad, el rocío, las nubes y la niebla.

Pero lo que más hería su corazón no era esa añoranza, sino la sensación de derrota e impotencia. Tenía que someterse a la abierta injusticia cometida contra ella y su familia. Así la habían arrancado de sus recuerdos y la habían colocado en la posición de traicionar a los suyos.

Se fue encerrando poco a poco; salía de su habitación muy rara vez. Pasaba horas escribiendo en su diario, mientras Yusuf y Roxy notaban cómo día a día se debilitaba y se hundía. Ya era evidente que había alcanzado el límite de sus fuerzas.

Leyla se sorprendía al darse cuenta, a su edad, de lo importante que era para una persona tener una casa. Sólo al perder algo uno comprende su verdadero valor. Una noche le dijo a Yusuf: «Mañana iré a ver la casa. ¡Llámame a un taxi!».

Lo dijo con tal autoridad y determinación que Yusuf no encontró más remedio que responder: «Está bien».

A la mañana siguiente se la encontró vestida con su traje de Señora, con el sombrero colocado sobre la cabeza y los guantes beis puestos, lista para partir.

Insistió mucho en acompañarla, pero Leyla se mantuvo firme. Iba a ir sola a ver con sus propios ojos lo que habían hecho con su hogar.

Y así fue. El taxista la llevó, a su petición, al muelle de Eminönü. Leyla subió a uno de los barcos que cruzan el Bósforo, se sentó por costumbre en el salón trasero de primera clase, pidió un té al camarero y comenzó a contemplar el entorno mientras el barco avanzaba lentamente hacia el Bósforo.

La densidad del tráfico marítimo en la entrada del estrecho volvió a sorprenderla. Cuando era niña, muy pocos barcos pasaban por allí. Ahora, según había leído en algún lugar, cincuenta mil barcos cruzaban al año.

Cuando el vapor se acercaba a Vaniköy, su emoción creció y su corazón comenzó a latir con fuerza. El barco blanco, que iba de

muelle en muelle a ambos lados del Bósforo, pasaba rozando las *yalıs*, llenando su corazón de recuerdos antiguos.

Respiró hondo los frescos vientos del Bósforo, se sumergió en las espumas blancas que dejaba la estela del barco y no podía apartar la vista de las gaviotas que volaban rozando el agua. Contempló castillos, fortalezas, palacios, iglesias y mezquitas. La espléndida vista de los parques del Bósforo era reconfortante. Se sentía como una niña, emocionada; el corazón no le cabía en el pecho.

Se dio cuenta de cuánto había echado de menos las aguas brillantes del Bósforo y las aves que cruzaban de un extremo a otro como relámpagos. Su abuela le había contado en la infancia que esas aves eran las almas de quienes habían vivido y muerto allí. Como no querían alejarse del Bósforo, seguían volando. Leyla las había observado toda su vida, imaginando que cada una representaba a un miembro fallecido de su familia: entre los pequeños grupos que volaban juntos estaban su abuelo, su abuela, su madre y su tío. Las aves solitarias le recordaban al desgraciado veinteañero inglés. Las aves, con una energía inagotable, intentaban regresar a sus hogares, recorriendo el Bósforo a toda velocidad desde el mar Negro hasta el mar de Mármara.

Cuando el transbordador pasó frente a la *yalı* del Bajá Abdullah Avni, el Bosnio, Leyla no pudo contener las lágrimas. La casa de su abuelo se alzaba ante ella, reflejándose blanca en las aguas azules, como una novia orgullosa. Las olas que los barcos provocaban rompían contra su muelle formando espuma, y una gaviota se zambullía justo frente a la casa. Parecía que la casa no había cambiado mucho. Si se esforzara un poco, hasta podría ver la sombra del Abuelo Bajá reflejada en la ventana y a su abuela tomando té en el muelle.

Leyla bajó del barco en el muelle y, sin siquiera esperar a que el cabo quedara perfectamente amarrado, saltó a la orilla pese a no tener la agilidad de antes y comenzó a caminar hacia la *yalı* desde la plaza empedrada, refugiándose bajo la sombra de los antiguos plátanos. Los que estaban sentados a las mesas de la plaza tomando café, los comerciantes y los camareros del restaurante de pescado

que preparaban las mesas para el almuerzo la observaron con curiosidad. Muchos de ellos reconocían a aquella señora mayor.

Mientras caminaba hacia su casa, Leyla ni siquiera sabía por qué había venido. ¿Podría entrar? ¿Lograría hablar con los nuevos dueños de la casa? Probablemente no, pero aun así, sintiendo que no podría vivir sin ir allí, llegó hasta la casa. Se detuvo frente a la puerta del jardín, bajo la sombra de un plátano. Nadie se acercó. Quizá aún no se habían dado cuenta, o quizá querían ignorarla.

Después de observar la casa un momento, vio a un elegante hombre mayor que bajaba de un autobús municipal y se acercaba a ella. Vestía un traje beis y una corbata estampada: era un señor de su época. Al llegar junto a ella, la miró con curiosidad y le preguntó cortésmente:

–¿A quién busca, señora?

Su voz era profunda, grave, vibrante.

–Estoy mirando –respondió la señora mayor–, mirando la *yalı*.

–Lo entiendo –dijo el hombre–. ¿No es hermosa? Soy el padre del dueño. No hemos tenido el honor de conocernos. ¿Es usted del barrio?

Leyla pensó que estaba teniendo un día de suerte. Sus instintos la habían llevado hasta allí sólo para preparar este encuentro.

–Señor mío –dijo–, a usted lo envía Dios. Y yo, desde hace un momento, estaba pensando qué hacer.

–Si puedo ayudar en algo...

–Sí, puede –respondió la señora Leyla–. ¿Cómo no? A usted lo envía Dios.

Ali Yekta Bey se sintió profundamente impresionado por aquella mujer tan elegante y bien vestida, por su tono de voz y por su pronunciación, que le recordaba a los viejos tiempos. Estaba claro que no era una persona normal.

–Adelante, señora –dijo–, a su servicio.

–Muchas gracias –respondió la señora Leyla–. Luego añadió–: Soy Leyla Bosnalı. Soy la nieta del Bajá Abdullah Avni, el Bosnio, quien mandó construir esta *yalı*.

–Ahora lo entiendo –pensó Ali Yekta Bey.

Sabía leer bien a las personas, era capaz de discernir la nobleza de un vistazo. Había oído algo sobre esta mujer. Al parecer, solía sentarse en el jardín de la *yalı* y había vendido la propiedad. Señalando la puerta, dijo:

–Adelante, señora. Aunque la *yalı* haya cambiado de dueño, para usted sigue siendo como suya. Pase, por favor.

La señora Leyla vaciló:

–No sé...

Ali Yekta Bey insistió:

–Aunque los trabajos continúen, seguro que encontramos un lugar en el jardín donde podamos sentarnos. Pase, señora mía.

Así, aproximadamente dos meses después de haber sido expulsada de su casa, Leyla volvió a entrar en su jardín. Miró a su alrededor con curiosidad. Como estaba prohibido alterar la apariencia exterior de los bienes históricos, todo parecía igual que antes. Sólo que la *yalı* estaba más cuidada, la madera blanca pintada y reluciente. Desde el interior llegaban sonidos de martillo y taladro.

Aun así, notaba un gran cambio, un vacío difícil de definir.

Cuando los sirvientes vieron que la señora Leyla entraba con Ali Yekta Bey por la puerta del jardín se quedaron tan sorprendidos que parecían haber enmudecido. La anciana, a quien habían tenido que sacar a empujones del jardín, ahora llegaba como invitada. Por fortuna, ni Ömer Bey ni la señora Necla estaban en la obra, aunque podían avisar por teléfono. Y eso hicieron.

Mientras tanto, Ali Yekta Bey invitó a la señora Leyla a sentarse en los sillones de mimbre del jardín y se colocó frente a ella. Mandó a los sirvientes a que trajeran té.

Ali Yekta Bey estaba fascinado por la actitud «palaciega» de la señora Leyla. Se emocionaba y se sentía como si hubiera regresado a los viejos tiempos. Al fin y al cabo, ya no se veían personas así. Pensó para sus adentros que desde que millones de pueblerinos de Anatolia habían invadido Estambul, las familias de Rumelia se habían convertido en una reliquia del pasado.

Y era una de aquellas reliquias la que en ese momento se sentaba frente a él. Con una cortesía extrema, preguntó:

–Perdone que le pregunte por el motivo de su visita...

La señora Leyla respondió con igual delicadeza:

–¡Qué va, ningún problema!

Tenía dudas sobre cuánto debía revelar. ¿Cuánto sabía aquel hombre? Nunca lo había visto antes. ¿Acaso ignoraba la injusticia que se había cometido contra ella?

Con ojos desesperados miró al jardín, a su pequeña casa blanca junto al muro, y un escalofrío la sacudió. Un pequeño grito escapó de sus labios, que cubrió con su mano enguantada.

–¿Qué ocurre, señora?

–¡El árbol, el magnolio!

–¿Perdón?

–Nada, nada, no pasa nada...

Desde el momento en que se dio cuenta de que habían cortado el magnolio sintió el fuerte impulso de llorar. Pero se contuvo y decidió contarle todo al hombre que tenía enfrente.

–Para ser sincera, señor, ni siquiera sé por qué he venido aquí –dijo–. Pero necesito ver mi casa. Estoy desesperada.

Luego relató cómo le habían quitado la casa. Cómo, a pesar de que tenía un título de propiedad independiente, nadie le hizo caso, cómo un día la echaron precipitadamente, y cómo, tras esperar dos días frente a la puerta, se vio obligada a refugiarse en el apartamento de Cihangir del nieto del jardinero, Yusuf. Incluso contó que, sin haber sido jamás examinada por un especialista, se había presentado un informe médico sobre ella.

Mientras hablaba, los ojos de Ali Yekta Bey estaban abiertos con asombro y su rostro se iba enrojeciendo intensamente.

Cuando la señora Leyla terminó de hablar, preguntó:

–¿Todo esto lo hizo mi hijo? ¿No será un error? ¿Acaso fue Ömer Cevheroğlu quien la echó de su casa?

–¡Lamentablemente sí! –respondió la señora Leyla–. A pesar de que resulte doloroso tengo que decir la verdad: quien me expulsó de la casa familiar fueron su hijo y su nuera.

–¡Mi nuera! –susurró el hombre con rabia–. Estoy seguro de que todo esto se le ha ocurrido a ella. Mi hijo no sería capaz de tanta

desfachatez.

Luego, Ali Yekta Bey expresó a la señora Leyla su sincero pesar por la situación y le aseguró que haría todo lo posible por corregirla, que hablaría de inmediato con su hijo sobre este asunto.

Tras tomar el número de teléfono de su casa en Cihangir, despidió con respeto a la anciana hasta la puerta de la *yalı*.

Cuando la señora Leyla se dirigía nuevamente al muelle de los transbordadores vio a Yusuf frente a ella y, con un aire de severidad fingida, le preguntó qué hacía allí a esa hora. La conversación con Ali Yekta Bey había abierto una puerta de esperanza, y, a pesar del magnolio, parecía que su ánimo se había recompuesto.

Yusuf también se contagió de ese espíritu y, tomando en broma la familiaridad que le daba haber vivido un tiempo en la misma casa, dijo:

–No puedo vivir sin usted. ¡Sabe que donde esté usted, allí estoy yo!

Leyla se rio y levantó un dedo acusador.

–¡No me confundas con Roxy, Yusuf!

De regreso, le contó a Yusuf sobre su encuentro con Ali Yekta Bey y la conversación esperanzadora, y él respondió:

–Vamos a esperar a ver qué ocurre.

19

Su benefactor, Rıza Bey, lo había tranquilizado enormemente y lo había librado del tormento de conciencia que llevaba días padeciendo. Cuando, tras tantas vueltas y desvelos, Ali Yekta Bey por fin se presentó ante su benefactor, Rıza Bey no lo dejó hablar demasiado; tras sus primeras palabras lo interrumpió diciendo:

–¡Lo sé, Ali Yekta Bey! –Y lo hizo callar–. No te preocupes, soy consciente de todo. Sé que las reformas en la *yalı* están a punto de terminar y que quieres mudarte allí.

Luego añadió:

–Te doy la razón. Tu trabajo para nuestra familia ha sido tan grande que...

Ante esas palabras, Ali Yekta Bey sintió que se le humedecían los ojos.

Una pregunta que se había hecho una y otra vez volvió a cruzar por su mente: ¿sería tan querido en la nueva casa como aquí? Apenas lo pensó, se estremeció; aunque le avergonzaba albergar una duda semejante respecto a la casa de su hijo, no conseguía librarse de ella. «¿En la nueva casa me querrán y respetarán tanto como aquí?».

Sin embargo, aquí había sido un criado, y allá sería un señor. Pero aun así, no lograba desprenderse de esa pregunta venenosa.

Se dio cuenta de que hacía tiempo que no veía a su nuera, Necla. Cada vez que iba a la *yalı*, la mujer encontraba alguna excusa para alejarse.

Por fin decidió zanjar el asunto de raíz y llevar a la mansión un par de objetos personales para dejarlos en la habitación principal. La mañana en que fue a cumplir esa decisión se topó, de manera inesperada, con la señora Leyla. Lo que ella le contó le resultó estremecedor.

Ömer no podía haber tratado con tanta crueldad a una anciana; aquello sólo podía haberlo hecho Necla, y además sin que su hijo lo supiera. Sí, sí, sin saberlo. De eso estaba seguro: su hijo no podía tener nada que ver con aquello. ¿Valía la pena echar a una anciana de su hogar y cargar con la terrible culpa de haberla hecho sufrir sólo por una reforma en el jardín?

Sumido en esos pensamientos, Ali Yekta Bey entró en la *yalı*, subió al piso superior y se dirigió al gran dormitorio. Las obras en aquella habitación parecían casi terminadas. Las paredes habían sido pintadas de un color lila claro, habían renovado los adornos del techo y las molduras ahora relucían con pintura blanca. Desde allí, daba la sensación de que los enormes barcos del Bósforo pasaban por el interior de la estancia misma. Justo en ese momento frente a sus ojos pasó un barco de color rojo intenso. Qué emocionante. Se podía ver incluso mientras estaba tumbado en la cama.

Colgó el rosario de ámbar que había traído de casa en la manilla de la ventana y dejó un Corán dentro de su funda sobre el ancho alféizar interior. Ahora la habitación era un poco más suya.

Estaba bajando las escaleras, satisfecho consigo mismo, cuando vio que llegaba su hijo. Sin duda los guardias le habían avisado.

Ömer dijo:

–Papá, o sea que estabas aquí.

–¡Sí, Ömer! –respondió Ali Yekta Bey–. He dejado en mi cuarto el viejo Corán de tu abuelo. Al fin y al cabo, ya nos estamos mudando. Manda que saquen la cama de ahí. Voy a traer mi propia cama.

Estas palabras hicieron que el repentino silencio de su hijo le llamara la atención. Luego, Ömer le propuso que almorzaran juntos y se dirigieron al restaurante de pescado en la plaza del embarcadero. Se sentaron a una mesa bajo los plátanos centenarios, testigos inmutables de la época otomana. Ali Yekta Bey pensó que nada en este mundo podía ofrecer una frescura tan grata como la sombra de los plátanos en el calor del verano. Era como si la paz de los siglos se hubiera impregnado en esas sombras.

Durante la comida, tanto el padre como el hijo se sintieron extraños. Era como si hubiera más cosas que no podían decir de las

que lograban expresar, y eso había tendido entre ellos un velo invisible. Por ejemplo, no eran capaces de hablar del asunto de la habitación. Cada vez que Ali Yekta Bey intentaba sacar el tema, Ömer desviaba la conversación hacia otra cosa. Esto profundizaba las sospechas del padre y traía a su mente posibilidades en las que no quería creer. ¿Acaso aquella mujer llamada Necla ejercía sobre su hijo una influencia mayor de la que había imaginado? ¿Se le había escapado el hijo de las manos? Cada vez que estas preguntas venenosas le asaltaban, pensaba para sí: «¡No puede ser!», y trataba de apartarlas de su mente.

Finalmente llevó la conversación hacia la señora Leyla. Se dio cuenta de que Ömer también estaba inquieto respecto a este tema. Respondía como si fuera culpable. No les había parecido correcto que la mujer viviera con ellos en el jardín. Además, tampoco estaba del todo en su sano juicio.

Ali Yekta Bey, en cambio, dijo que había conversado largamente con la señora Leyla y que le había dado la impresión de ser una dama muy sensata.

¿No era acaso una crueldad echar de su casa, a esa edad, a una mujer anciana y tan noble? Además, cosas así traen mala suerte y no le dan paz a nadie. ¿No se decía que no hay que arrancar el suspiro del oprimido, porque regresa poco a poco? ¿Para qué les servía esa pequeña casa al pie del muro del jardín? Aquella inmensa mansión bastaba para todos; bien podrían haber dejado que la pobre mujer se quedara en su casita.

Como Ömer veía que no había escapatoria, para quitarse un poco la culpa de encima, soltó:

–¡Necla! –dijo al fin–. Ella decidió convertir la casita en una casa de invitados.

En cuanto dijo esto, vio en el rostro de su padre una súbita explosión de ira y se arrepintió, pero ya era tarde, la flecha había salido disparada del arco.

Vio que Ali Yekta Bey se había puesto de un rojo incandescente. Hasta parecía que se le habían erizado los bigotes.

–¡Necla, Necla, Necla! –gritó. La gente de las otras mesas se giraron a mirar–. Está Necla hasta en la sopa. ¿Desde cuándo ha

empezado a decidir sobre nuestras vidas? ¿Quién es esta mujer, quién es? ¿Qué es? Hay que tener un mínimo de decoro. ¿Hace esto una nuera? En lugar de mostrar respeto a los mayores de la casa y obedecer sus decisiones, ¿qué rebeldía es esta? Estoy harto ya de escuchar el nombre de Necla.

Toda la rabia que llevaba dentro salió con aquel grito, pero acto seguido Ali Yekta Bey enmudeció. ¿Habría ido demasiado lejos?

Ömer no mostraba expresión alguna, no decía nada. Durante un rato, en silencio, se dedicaron a quitar las espinas a los salmonetes que tenían frente a ellos. Se oían los graznidos de las gaviotas. Poco después, Ali Yekta Bey le dijo a su hijo en voz baja:

–¿Tú crees que hay alguna solución para esto?

Clavó sus ojos en los ojos color avellana de su hijo y lo miró, casi suplicante. Ambos sabían perfectamente de qué hablaban, pero Ömer hizo como que no entendía.

–¿Qué solución, padre? –preguntó.

Ali Yekta Bey siguió mirándolo un rato más, apesadumbrado, y luego, temeroso de la respuesta que iba a recibir, cambió de tema suavemente:

–¡La de devolver la casa a la anciana! –dijo.

–Padre –respondió Ömer–, esto ya es un hecho consumado. La anciana ha perdido su casa.

–Pero hijo, es una injusticia... En nuestra religión causar el dolor a una persona que sufre está severamente castigado. Cuando te ganas la maldición de un inocente, ese asunto no termina bien. Créeme, de ahí saldrá algo malo. Inevitablemente saldrá.

–Padre –dijo Ömer–, no hay manera de hacer que Necla acepte una solución así. Va a convertir ese lugar en una casa de invitados. Necla está completamente decidida.

Entonces, algo se rompió dentro de Ali Yekta Bey. Por primera vez se dio cuenta del poder que aquella mujer llamada Necla ejercía sobre su hijo y quedó horrorizado. Eso se mezclaba también con un poco de miedo.

Padre e hijo terminaron la comida en silencio como dos desconocidos, sin mirarse el uno al otro.

Aquella tarde, Ali Yekta Bey regresó destrozado al cuarto de la Mansión Kadızade y allí enfermó con fiebre. Durante dos días vomitó todo lo que comió y no pudo levantarse de la cama.

20

Como el barrio de Cihangir está asentado sobre una colina que desciende hacia el mar, tiene algunas calles en forma de escalera. Los conductores que no están familiarizados con el lugar y no conocen bien las calles de pronto se encuentran al borde de una callejuela que baja o sube en escalones, y viven en sus carnes la angustia de no saber cómo retroceder por esos estrechos callejones.

El edificio donde estaba el piso que había alquilado Yusuf se encontraba en una calle relativamente llana, de modo que la señora Leyla podía tomar un taxi justo frente a la puerta. Menos mal, porque de lo contrario la pobre mujer, con su corazón herido, habría tenido que trepar también aquellas escaleras de las calles. Con las del propio edificio ya tenía suficiente, además, cuando subía, tenía que tomarse un descanso en cada rellano.

En una ocasión, mientras recuperaba la respiración en el descansillo de la tercera planta, vio que se abría la puerta del piso y aparecía un hombre mayor, con el pelo y la barba revueltos y la camisa desabrochada. Estaba despidiéndose de un muchacho que llevaba un estuche de guitarra en la mano. El hombre se dirigió a ella:

–Usted debe de ser la famosa dama otomana. Todo el barrio habla de usted.

Luego se fijó en el rostro desencajado y el aliento exhausto de la mujer.

–¡Dios mío! ¿Se encuentra bien? ¿No le pasa nada? Será mejor que le traiga un vaso de agua.

Corrió adentro y regresó con un vaso en la mano. Después miró a la señora Leyla, que permanecía recostada contra la pared, y volvió a salir corriendo otra vez para traerle una silla donde sentarse. Luego añadió:

–¡Qué despistado soy! Por favor, pase a la casa. Descanse un poco y después continúe.

La señora Leyla se hizo de rogar, diciendo «¡No quiero molestar!», pero al final acabó por entrar.

El lugar parecía una casa antigua donde una familia de linaje había vivido durante largo tiempo; todo en ella hablaba de historia: los muebles, los cuadros en las paredes, el piano, los instrumentos musicales...

El hombre se presentó, y cuando dijo que su nombre era Konstantin Paleólogo, a la señora Leyla le dio un ataque de risa. Lo miró con recelo, pensando si no habría caído en el piso de un loco. ¿Será que este hombre pretende ser emperador bizantino?

El hombre, como adivinando sus pensamientos, dijo:

–Comprendo su sorpresa, señora, y le doy la razón. Pero créalo o no, este es mi verdadero nombre. No estoy loco, si quiere le muestro mi documento de identidad.

Luego añadió:

–Y aún le diré algo más asombroso: yo soy realmente descendiente de la dinastía Paleólogo. Es decir, los emperadores de esta ciudad eran mis antepasados.

A lo que Leyla le respondió que podía ser, aunque su actitud dejaba claro que no lo creía.

Konstantin Paleólogo concluyó:

–Así como ustedes tienen familias que descienden de los otomanos, también nosotros tenemos ancestros.

Llegó un momento en que la señora Leyla sintió que debía creer al hombre, porque hablaba con mucha seriedad y coherencia.

–Este edificio era nuestro –dijo el hombre–. Lo mandó construir mi abuelo, pero, por desgracia, se nos fue escapando de las manos, piso a piso. Le prepararé una limonada.

–No, no –dijo la señora Leyla–. No se moleste. ¿Es usted músico?

–Sí, soy profesor de música, doy clases de guitarra clásica.

Todo aquello le resultaba muy interesante a la señora Leyla. Con la alegría de haber encontrado por fin a alguien con quien poder conversar, comenzó a hacerle preguntas.

–¿Qué método enseña? ¿Qué les hace tocar?

–El método Carcassi. Y en cuanto a lo que tocamos... los estudios de Tárrega. Cuando los alumnos progresan, VillaLobos, Barrios. El niño que vio salir hace un momento estaba trabajando la Chacona de Bach, aunque es un niño de etnia romaní, pobre en extremo. Pero es increíblemente talentoso. En el futuro oirá mucho su nombre.

–Muy interesante. ¿Dónde ha estudiado usted?

–A mí también me formó un maestro. Había un famoso profesor armenio de guitarra, quizá haya oído su nombre: Raffi Kaplanyan. Yo fui su discípulo.

–No lo conocía –dijo la señora Leyla–, pero qué cosa tan curiosa: un Paleólogo discípulo de un profesor armenio, y su alumno, a su vez, un romaní.

–Pues, señora, ¡esa es la magia de esta ciudad! –dijo Konstantin–. En siglos pasados, era la única ciudad verdaderamente cosmopolita del mundo. Era mucho más colorida que el Nueva York, el París o el Londres de hoy, pero, por desgracia, todo eso ya se ha perdido.

–¿Por qué?

–Siendo usted nieta de un bajá lo sabrá mejor que yo, señora.

–No entiendo, dígamelo, por favor.

El hombre, un poco cohibido y bajando la voz, dijo:

–El nacionalismo. La turquificación, la expulsión de los no musulmanes. ¿No ve Pera? Apenas quedamos unos pocos como nosotros. Y, sin embargo, todos estos edificios los construimos nosotros.

La señora Leyla no supo qué responder ante aquella acusación. Tan sólo atinó a decir:

–Está exagerando. No es para tanto. ¿Acaso ahora en Pera sólo viven turcos?

–Tiene razón –dijo el hombre–. No sólo viven turcos. Después de expulsar a los no musulmanes y querer turquificar la ciudad, llegaron los kurdos. Pera comenzó a kurdificarse. Es decir, la administración republicana sustituyó Bizancio con Mesopotamia.

La señora Leyla se asombró de lo que el hombre había dicho. Hablaba con calma, no perdía la compostura, pero bajo sus palabras había un profundo rencor.

–¿Por qué habla de esa forma tan dura? –preguntó–. Cada pueblo tiene derecho a protegerse. Durante la ocupación los rumíes colaboraron con los enemigos. ¿No es eso traicionar a la patria?

–¿Qué patria, señora? Tierras ocupadas. ¿Es que esto no era Bizancio? ¿Quién traicionó a quién?

La señora Leyla, ante esta respuesta, volvió a pensar que el hombre estaba trastornado. Después de quinientos años, todavía reflexionaba y reaccionaba ante la conquista de Estambul; para ella, a lo sumo, era un loco.

–Caballero –dijo–, me enseñaron a no intentar comprender la historia con la mentalidad de hoy. Entre los que lucharon contra los turcos en las murallas bizantinas estaba también el príncipe Orhan, pariente de Mehmet el Conquistador. ¿Puede concebir algo así ahora? Además, a los soldados turcos que se habían cristianizado se les llamaba *Turkopuli*. ¿Lo había oído?

–Eso no significa nada –respondió Paleólogo–. Si vamos a eso, también había soldados griegos en el ejército turco que atacó Bizancio.

–¡Precisamente! Está diciendo lo mismo que yo: con nuestras mentalidades nacionalistas, formadas en el siglo xix, no podemos resolver esto.

–Lo que dice es cierto. Pero aun así, esto no me impide sentir tristeza por la caída de Bizancio ni guardar luto por un emperador identificado por sus botas rojas.[20] Además, ¿por qué defiende administraciones de las que no es responsable? Usted es una otomana. Sabe lo que dice Ernest Renan: una nación sólo puede construirse falseando el pasado. Y la República hizo exactamente eso.

Ante aquellas últimas palabras, Leyla decidió que lo mejor era callar y no responder al hombre. Porque, de seguir ese camino, la discusión se enredaría aún más. Ya se había repuesto un poco, había recobrado el ánimo. Pidió permiso al hombre con cortesía y se levantó. Su corazón ya no palpitaba en su pecho como un pájaro atrapado.

Una vez en la puerta, Konstantin se disculpó:

–Señora mía, si le he faltado al respeto, discúlpeme. En realidad, yo no soy así, pero últimamente tengo los nervios destrozados.

La señora Leyla le preguntó qué le ocurría. ¿Estaba enfermo acaso?

–No –dijo el hombre–. Tengo que desalojar este piso antes de fin de mes. Me están echando del edificio que construyó mi propio abuelo.

La noticia la dejó aturdida. No podía creer en semejante coincidencia.

–¿Quién le echa? –preguntó–. ¿Por qué? ¿Con qué derecho?

–Embargaron la casa con un montón de papeles fraudulentos por mis deudas. Luego, con una subasta amañada, pasó a manos de la mafia inmobiliaria.

–¿Y no reclamó sus derechos?

–Lo intenté, pero me llamo Konstantin Paleólogo, ¿cómo podría salir bien parado con este nombre?

Leyla respondió:

–Yo me llamo Leyla Bosnalı, y ni siquiera este nombre me bastó para proteger mi propiedad legal. También perdí mi casa. Por eso estoy aquí.

–No me sorprende nada, señora mía –dijo Konstantin–. Este es el destino de esta ciudad. El recién llegado pasa por encima del que ya estaba aquí, aplastándolo y arrebatándole todo lo que tiene.

Cuando Leyla se dirigía hacia las escaleras, vio dos lágrimas en los ojos del hombre.

De pronto recordó unas palabras que había leído en las memorias del banquero Zarifi:

«En ninguna parte del mundo las fortunas cambian de manos tan rápido como en Estambul –escribía el banquero que prestaba dinero al sultán–. Una hermosa casa en manos de una familia, al año siguiente, de pronto, se la han quitado.»

Y, en efecto, las *yalıs* del Bósforo jamás permanecían en manos de sus primeros dueños. Con cada cambio de poder, con cada nueva

época, cambiaban de propietario.

«Así que no estoy sola en mis desgracias –pensó Leyla–. Es la costumbre de este país. Pero, a pesar de todo, no tiene sentido remontar el asunto cinco siglos atrás. Alargarlo hasta la conquista de Estambul no tiene sentido.»

21

En los barrios de Estambul nada se mantiene en secreto, hasta una mosca que vuela es advertida y se convierte en motivo de cotilleo, aunque algunos de estos cotilleos se ignoran.

La visita de la señora Leyla a la mansión entró en la categoría de estos últimos.

Por supuesto que los del campo la vieron desde lejos, y también observaron su encuentro con Ali Yekta Bey y cómo se sentaban en el jardín de la mansión, pero fingieron no haberse dado cuenta.

Los del campo, que se regían por el principio de adaptarse a cada nueva situación y no mojarse hasta que las cosas estuvieran claras, prefirieron ignorar lo sucedido. Cemile, que se había llevado la mejor parte de las pertenencias de la Señora, adoptó la misma actitud y fingió no haber visto a la infiel hija del oficial inglés.

De todos modos, el jeque de Beykoz daba ejemplos de la opresión que los infieles ejercían sobre los fieles del islam haciendo llorar a todo aquel que lo escuchara.

Cemile ahora iba a ver al jeque tres veces por semana con sus amigas. Siguiendo su consejo, había cambiado el viejo pañuelo que se ataba por debajo de la barbilla, transformándolo en un llamativo turbante hecho con dos pañuelos diferentes. Primero se ataba un pañuelo negro, y lo cubría con una elegante bufanda de colores que le envolvía los hombros.

Estaba encantada con su nueva imagen, ya que le daba un toque de moda y un aspecto muy distinto a los pañuelos de tonos marrones que se ataban las señoras del barrio. Con su nueva apariencia y su curiosidad por los asuntos religiosos, Cemile se daba aires de magnificencia por el barrio.

La vida que había llevado antes de ir a ver al jeque era vacía y sin sentido. Antes era una mujer sencilla, pero ahora, ¡cuántas cosas

estaba aprendiendo! Después de convertirse en una mujer que conocía su religión, había empezado a ir de puerta en puerta recogiendo donaciones para la tercera mezquita que se construiría en su barrio. Cada semana entregaba al jeque el dinero que iba recolectando.

El jeque les enseñaba todos los aspectos de la vida; les aconsejaba cómo comportarse de acuerdo con las reglas del islam incluso en los asuntos más íntimos. Por ejemplo, Cemile había aprendido que estaba permitido que los cónyuges se miraran los órganos sexuales durante las relaciones. Antes, ella pensaba que era algo prohibido. Pero ahora, ella podía mirar el órgano de Hasán y Hasán podía mirar el de ella. El gran erudito lo decía. Pero él también añadía, sin falta:

–Mirar fijamente el órgano sexual de la mujer durante mucho tiempo causa olvido. Así está escrito en los libros. El hombre que lo hace empieza a olvidarlo todo. Si lo mira mucho, incluso olvida su propio nombre. ¡No ha de hacerse de ninguna manera!

Además, el jeque les recordaba esta otra regla:

–Si la mujer quiere aprender una cuestión religiosa de su marido, pero este no la sabe, es lícito que ella acuda a un erudito del islam, se lo pregunte y lo aprenda.

De este modo, el ánimo de Cemile se tranquilizaba, y el hecho de ir tres días a la semana a ver al jeque y tratar allí asuntos íntimos con un hombre se convertía en un comportamiento conforme a la religión.

Por ejemplo, decían los libros: «Si una mujer cortara completamente con sus manos el órgano sexual y la pudorosa intimidad de su esposo, se requeriría para cada uno una compensación completa».

Entonces una mujer preguntaba:

–¿Qué es una compensación completa, *hoca*?

–La compensación completa de un hombre libre equivale a cien camellos o la suma equivalente en dinero.

Aunque las mujeres no comprendieran del todo el significado de hombre libre, compensación completa o suma equivalente, cada

semana memorizaban las reglas y las repetían en su siguiente visita.

«Si el esposo cortara la nariz y las orejas de su mujer desde la raíz, se requeriría una compensación completa por la nariz y media por la oreja.»

«Si el hombre golpeara a la mujer con un pie y ella cayera por las escaleras y muriera por el impacto, el esposo debería dar compensación.»

«Si un varón mantuviera relaciones con una niña que no tuviera capacidad sexual y, al penetrarla, se desgarrara la unión entre su órgano sexual y su vagina, y la niña no pudiera controlar la micción...»

En ese punto, Cemile pensaba «a este hombre lo van a meter en la cárcel», pero el *hoca* decía:

–El hombre debe dar compensación a la mujer. –Y añadía–: Si entre el hombre y la niña hay una relación conyugal, no es necesario.

Las mujeres consideraban innecesarias algunas de estas reglas. Después de todo, eran normas de la Arabia de la época del Profeta; incluso las sumas de dinero eran distintas. Sin embargo, algunas reglas afectaban directamente sus propias vidas. El Profeta dijo: «Si encuentro a alguien que cuide el órgano entre sus mandíbulas y el órgano entre sus piernas, lo llevaré al paraíso».

El jeque continuaba:

–Si una mujer embarazada toma medicamentos para abortar sin el permiso de su esposo y provoca la muerte de un feto con órganos definidos, se le debe una *gurre* a la mujer.

Las mujeres volvían a preguntar:

–¿Qué es la *gurre*, maestro?

Ante esto, el maestro desplegaba su profundo conocimiento y respondía:

–La *gurre* equivale a quinientos dírhams de plata o a su valor correspondiente.

Un día, Cemile reunió todo su valor y le hizo una pregunta al jeque:

–Maestro, ¿es pecado usar la propiedad de un infiel?

El jeque reflexionó un momento y dijo:

–No, hija mía. Fíjate, ¿acaso la ciudad de Estambul no fue en su tiempo propiedad del infiel bizantino? El sultán Mehmet el Conquistador llegó y tomó la propiedad del infiel, y la utilizó correctamente.

Esta respuesta quedó profundamente grabada en el corazón de Cemile. Ya no sentía el remordimiento y la culpa que despertaba en ella el hecho de haber entrado en la casa de la Señora y haber tomado sus pertenencias. Si la propiedad del infiel estaba permitida para un musulmán, entonces al tomar en secreto los objetos valiosos de la casa de la Señora estaba realizando un acto aceptable. Las gentes del campo habían ido llevándose con orgullo los muebles que los nuevos propietarios habían amontonado en el jardín de la *yalı*, pero, a pesar de ocultárselo entre ellos, todos habían entrado en la casa de la Señora a escondidas para saquearla. Era un secreto común que todos conocían, pero al que nadie se enfrentaba.

–¡Oh, Dios mío! –dijo para sus adentros–, no nos separes de nuestra religión y nuestra fe.

El maestro no se limitaba a enseñarles las reglas religiosas a las mujeres, sino que también les abría los ojos.

Setenta y cinco años atrás, un demonio había llegado a tierras otomanas, donde la comunidad del islam había vivido desde siempre, y, tras echar al califa, había instaurado la irreligión en el país. Desde aquel día, los fieles del islam sufrían la opresión. Las mezquitas fueron cerradas, los musulmanes que practicaban su fe fueron encarcelados, y, en lugar del turbante y el fez, se les obligó a llevar el sombrero de los infieles, cosa que obligó a su vez a que hombres y mujeres se mezclaran de forma inmoral y se abrazaran para bailar los bailes de los infieles. Quienes no acataban estas órdenes eran ejecutados por decisión de los tribunales que llamaban Tribunales de la Independencia. Mientras el maestro decía esto, se emocionaba hasta el punto de que no podía contener las lágrimas, que emanaban de los ojos negros de aquel hombre divino, cayendo como si fueran perlas, resbalándole por las mejillas y mojándole la barba. Al ver esto, las mujeres también se echaban a llorar. Con el

permiso del Altísimo, había llegado el momento de vengarse de aquel régimen demoniaco y de izar la bandera del islam. Los días de felicidad en que los musulmanes vivirían según la ley islámica estaban cerca, pues la comunidad del islam estaba despertando y librándose de la infidelidad del kemalismo que les había sido impuesta por la fuerza.

Mientras escuchaba estas palabras, a Cemile le venía una y otra vez la imagen de la Señora y se preguntaba cómo era posible que no hubiera notado su infidelidad durante tantos años. Así que eso era lo que el erudito quería decir cuando afirmaba: «Si no están en guardia, el diablo los pervertirá».

Esa semana, una de las tareas importantes que Cemile se propuso hacer antes de mirar el órgano sexual de su marido fue bajar la bandera turca y el retrato de ese demonio rubio, que el ayuntamiento había distribuido por el Día de la República y que ella había colocado sobre el aparador, y romperlo para tirarlo a la basura.

Tal vez ese demonio estaba ahuyentando la buena fortuna y la abundancia de la casa.

Lo que más la entristecía era que sus hijos fuesen envenenados a diario con las palabras República y Atatürk en la escuela, pero, como madre musulmana, su deber era iluminar a sus hijos y evitar que siguieran el camino del demonio.

22

Aquella tarde, algo tan increíble le sucedió a la señora Leyla que toda su vida pareció ponerse patas arriba. Si alguien le hubiera dicho antes que se iba a encontrar en una situación así, lo habría tomado por loco. Al final de la noche, cuando se metió en la cama, el extravagante suceso que la llevó a pensar en la rima de un cuento que le había contado su abuela: «Me volví un pollito, me volví una avispa. / Mírame, hijo mío, soy una ilusionista», se desarrolló de la siguiente manera:

Cuando regresó a su casa en Cihangir tras aquel día agotador que la había dejado demolida emocional y físicamente, se encontró con otra Roxy. La muchacha, que no cabía en sí de gozo, no paraba de saltar, y parecía que no caminaba sino que bailaba. Su alegría se había contagiado a sus amigos, que estaban exultantes. Era como si de repente se hubieran liberado de su estado aletargado y, a cámara lenta, se hubieran revitalizado y hasta su piel tuviera un aspecto radiante.

Roxy le preguntó a la señora Leyla, que acababa de entrar en casa:

–¿Sabe qué ha pasado? –Mientras lo hacía, saltaba sin parar alrededor de ella.

La anciana, que se había pasado todo el día fuera y estaba agotada, y que no pensaba en nada más que en dejarse caer sobre un sofá, preguntó:

–¿Qué ha pasado? Ojalá sea bueno.

La muchacha empezó a contarlo entre jadeos. Leyla pensó que, cuando se entusiasmaba y se dejaba llevar, Roxy se volvía más guapa. En esos momentos, en su rostro se dibujaba una expresión infantil y sus mejillas se enrojecían. Era uno de los escasos instantes

en los que el veneno que llevaba dentro no se le reflejaba en el rostro.

Los habían llamado de uno de los famosos clubes *underground* de Beyoğlu. El grupo que tenía que tocar esa noche no podía ir al concierto porque el solista había tenido un accidente de coche. Les resultaba difícil encontrar un sustituto de última hora. Se preguntaban si a ellos les gustaría subir al escenario.

Roxy se había quedado tan sorprendida y tan contenta con la noticia que, sin preguntar siquiera cuánto les pagarían, se había apresurado a decir que sí.

–Sí, sí, nos encantaría. ¿A qué hora vamos? ¿Cuánto tiempo estaremos en el escenario?

Ahora, en casa, había revuelto el armario y se devanaba los sesos pensando en qué ponerse para subir al escenario mientras hablaba con los muchachos sobre el repertorio.

Después de que la señora Leyla los felicitara y les dijera que se alegraba de verdad, se fue a su habitación y se tumbó en la cama. Pero no había forma de dormir. Los jóvenes cantaban a gritos y tocaban algo en el piano. Sin embargo, al cabo de un rato, se acostumbró a los sonidos que llegaban de la sala y se quedó dormida.

No sabía cuánto tiempo había dormido. Cuando abrió los ojos, vio a Roxy y a Yusuf de pie junto a su cama, mirándola. Se apresuró a incorporarse.

–Esperamos no haberla despertado. Tenemos un favor que pedirle –dijo Yusuf–, y esperamos que no nos lo niegue.

–Si es algo que está en mi mano... –murmuró la señora Leyla.

–Queremos que venga al club esta noche a vernos en el escenario –dijo Roxy. Y luego añadió–: ¡Por favor!

Para la señora Leyla, aquello era algo muy extraño. No podía imaginarse cómo iba a poner un pie en un club así ni qué haría allí. O, mejor dicho, no tenía ni idea de cómo era «un club así». Pero los muchachos insistieron tanto, y se lo pidieron con tanto ahínco, que, al poco, se dio cuenta de que le era imposible negarse.

Más tarde, cuando fue al club a medianoche, se dio cuenta y se sintió aliviada de que su edad no importaba. El club estaba tan oscuro que nadie veía a nadie. En una gran sala parecida a un hangar, se distinguían sombras, y del escenario salía un sonido de batería tan ensordecedor que casi le reventaba los oídos. Se sintió turbada, se le enredaron los pies, el corazón le empezó a latir con fuerza. Se puso a pensar qué placer podía dar a las personas ir a un lugar semejante y por qué los jóvenes se reunían en sitios como ese. La alta frecuencia de la batería le golpeaba el cerebro y le hacía vibrar todo el cuerpo.

Al poco, desde el escenario, se anunció al grupo Roxy and Other Animals, y Roxy y sus amigos, emocionados, saltaron al escenario.

De nuevo, con el mismo sonido de batería y de teclado, y un bajo eléctrico que hacía vibrar el local, Roxy empezó a decir algo, como si fuera una rima o un trabalenguas. Aunque la señora Leyla no podía ver a Yusuf, que estaba a su lado, podía sentir su entusiasmo.

Cuando la primera canción terminó, Roxy dijo:

–Ahora llamo al escenario a la miembro más joven de nuestro grupo.

Y así fue como se reveló la verdadera intención que habían tenido al traer a la señora Leyla al club.

–Una gran pianista. ¡Leyla Bosnalı!

Los jóvenes aplaudían y gritaban. La señora Leyla sintió que la invadía un calor fuerte; no supo qué hacer, pero se dio cuenta de que alguien la arrastraba casi a la fuerza por pasillos oscuros y que, cogiéndola por ambos brazos, la subían por unas escaleras. Un foco que le apuntaba directamente a los ojos la cegaba y le impedía ver nada. Le llegaron ruidos de aplausos y gritos. Alguien la sentó frente al teclado. Se sentía mareada, con náuseas. Le parecía que se iba a desplomar allí mismo. Estaba muy enfadada con Roxy y no comprendía cómo la había metido en esa situación. Los aplausos y los vítores se tornaban cada vez más fuertes. Seguramente ver a una anciana de esa edad en el escenario había entusiasmado de esa manera al público.

La señora Leyla, conteniendo las náuseas, pasó con delicadeza los dedos por las teclas del piano. Se asustó aún más al oír que el más

mínimo de sus toques se magnificaba de forma tremenda, llenaba la sala y resonaba en todo el salón. La anciana se preguntaba si era ella quien provocaba tanto estruendo.

Poco a poco, el ruido del público se apagó y un silencio se apoderó del lugar. La señora Leyla estaba inmersa en una sensación extraña. No podía creer que, rodeada de tanta gente y en un sitio ruidoso al que no estaba acostumbrada, se encontrara con los focos apuntándola, y en su fuero interno estaba enfadada con quienes le habían hecho eso. Pero ahora estaba indefensa. No sabía qué hacer. Si intentaba levantarse para irse, no podría hacerlo sola, ni siquiera podría distinguir las escaleras.

Era como si el Abuelo Bajá, su abuela y sus otros parientes se hubieran reunido allí y, con la mirada fija en ella, le dijeran: «¡Pero qué haces ahí! ¿Es digno de tu edad y del honor de nuestra familia? Encima han anunciado nuestro apellido sin una pizca de vergüenza».

Empezó a sentir el latido de la yugular en el cuello y la invadió una sensación de calor. Como siempre, se agitaba en su interior la defensa de «¡No tengo la culpa! Habéis visto cómo me han traído. ¿Es que acaso quería yo venir aquí? ¿Acaso quise que me echaran de casa o acabar en Cihangir? A cualquiera puede pasarle lo inesperado».

–Está bien, pero tienes que calcular adónde te llevará el primer paso que des y actuar en consecuencia. ¿No te lo enseñaron así? Cada tragedia en este mundo empieza con un pequeño e inocente paso.

–Entonces me bajaré –murmuró–. Entonces me bajaré de aquí y me iré. ¡De todos modos, qué hago yo aquí! –Dos lágrimas se le escaparon de los ojos.

Justo cuando estaba a punto de levantarse, la señora Leyla sintió dos manos que la sujetaban por los hombros. Roxy le susurraba al oído:

–Por favor, toque algo. Le ruego que toque las teclas. Como lo hacía en casa. No tiene nada de malo. La música es música en todas partes, ¿no es así? Por favor, no me lo niegue.

Con esas palabras, la señora Leyla se recompuso, respiró hondo y empezó a tocar la sonata «Claro de luna» de Beethoven. ¡Qué fuerte

sonaba el teclado! Era como si llenara el mundo entero. Sus dedos, con la maestría y la comodidad de los años, tocaban suavemente las teclas y el sonido se propagaba casi por el universo entero. *Fräulein* Anneliese estaba de pie junto a ella, revisando sus manos. A la profesora nunca le gustaba lo que tocaba, nunca se la había visto satisfecha o decir «¡Bravo!». Cuando la pieza terminó, primero se hizo el silencio. La señora Leyla permaneció sentada sin levantar la cabeza, sin mirar a ninguna parte. Luego, un aplauso ensordecedor estalló. El público, fuera de sí, gritaba «¡Bravo, bravo!». Sorprendida, contenta, emocionada, estuvo a punto de caerse del taburete donde estaba sentada. Como un conejo alumbrado por los faros de un coche, se dio cuenta de que se había quedado atrapada por aquella luz cegadora. Pero finalmente se recompuso y logró hacer una ligera reverencia y hasta sonreír. Estaba sudando. Pensaba que se iba a morir, pero nunca se le había pasado por la cabeza que, después de una vida de soledad, se encontraría en una situación parecida. Ahora el público aplaudía y gritaba «¡Otra, otra!». Desesperada, miró a su alrededor para intentar ver a Roxy, pero no pudo. Había un olor agrio en el ambiente. De repente, oyó que la batería y el bajo eléctrico empezaban a sonar como un trueno. Tocaban la canción de la que le habían preguntado los acordes en casa. «¡Este ruido es demasiado para mis oídos!», pensó para sus adentros. Acto seguido, sintió un aliento cálido en su oreja. Giró la cabeza, vio a Roxy; la muchacha le decía algo, pero por mucho que gritara, a la señora Leyla le era imposible entender lo que decía. Entonces Roxy, con las manos, empezó a hacerle señas para que tocara el piano. ¡Quería que también tocara en aquella pieza ruidosa! La señora Leyla la miró con ojos desesperados. El corazón le latía con fuerza, intentando recordar los acordes que les había enseñado a los muchachos. Luego, empezó a tocar de forma completamente improvisada, siguiendo el bajo. El público estaba casi enloquecido y aplaudía hasta que las palmas de sus manos les dolían. Quizá, por primera y última vez en el mundo, una anciana de pelo blanco acompañaba una pieza de hiphop. De veras que aquella actuación merecía ser recordada durante años.

Roxy, que se había alejado de Leyla, empezó a cantar su canción. Con voz dura, gritaba cosas, enlazando las palabras una tras otra. Leyla se dio cuenta de que, a medida que tocaba, su sensación de extrañeza desaparecía e incluso, curiosamente, empezaba a disfrutar. Ella también se había dejado llevar por el ritmo, y sus dedos casi volaban sobre las teclas. Aunque ella misma no sabía muy bien qué estaba tocando, sus dedos lo sabían y, con el sentido del ritmo y la armonía que se había grabado en su interior, producía sonidos que enloquecían a la audiencia. Por eso, cuando la pieza terminó y todos se pusieron de pie y empezaron a aplaudir, aunque estaba empapada en sudor, consiguió sonreír. Cuando Roxy se acercó a ella, la tomó de la mano y la levantó, las sombras se movían frente a sus ojos. Los jóvenes, con aplausos, silbidos y gritos, hacían temblar el cielo y la tierra. La señora Leyla no olvidaría esa noche por el resto de su vida.

De nuevo, bajó las escaleras en brazos de los muchachos, y la arrastraron casi a la fuerza hacia el exterior. Se sentía extremadamente agotada. Si la dejaban, se desplomaría allí mismo. No tenía otro deseo que volver a casa.

Su estado también asustó a los jóvenes. La sentaron en una zona tranquila del pasillo de la entrada del club. Parecía que le faltaba el aire. Sacó una pastilla sublingual de su bolso y la tomó. Cerró los ojos y se quedó sentada un rato, con el rostro pálido. Los muchachos, y sobre todo Yusuf, esperaban en silencio con una enorme sensación de culpabilidad. Yusuf no entendía cómo había podido cometer la locura de arrastrar a la anciana a una aventura así. Quizá, como en todo, se había dejado llevar demasiado por el entusiasmo de Roxy. Aquella acción, empujada por el entusiasmo de la juventud, podría haberle costado la vida a la pobre mujer.

Al final de la noche, cuando Leyla por fin se tumbó en la cama, lo que sintió antes de quedarse dormida fue una sensación de vergüenza y de haber cometido un error.

Al día siguiente, Roxy recibió una oferta del dueño del club para tocar allí de forma permanente. Pero tenían una única condición: la anciana también subiría al escenario con ellos. El dueño del club

pensaba que aquello sería una actuación de talla mundial y que, juntos, pasarían a la historia del hiphop.

Pero, por supuesto, aquel proyecto nunca se materializó, y la señora Leyla no se quitó de encima durante mucho tiempo el cansancio y la vergüenza de haber hecho algo tan extraordinario frente a tanta gente.

La rima de un antiguo cuento de Rumelia que le había contado su abuela no dejó de resonar en su cabeza hasta la mañana siguiente. En el cuento, una madre afligida, a la que la malvada nuera había encerrado en el gallinero, llamaba a su hijo: «Me volví un pollito, me volví una avispa. / Mírame, hijo mío, soy una ilusionista».

«De modo que –pensaba la señora Leyla–, creo que he acabado exactamente en esta situación. A mi edad, me he convertido en una ilusionista. La única diferencia entre la mujer del cuento y yo es que yo no tengo un hijo.»

Otra cosa interesante de la que se dio cuenta esa noche fue de la edad de las pérdidas de su familia. Ya era bastante extraño que viera a todos sus muertos en el escenario. Su abuelo, su abuela, su tío, su madre, su padre inglés, todos habían subido con ella al escenario y habían fijado en ella sus miradas acusadoras. Sus rostros se veían completamente blancos. Pero lo más raro era que la Señora había notado sus edades. Ahora todos eran más jóvenes que ella. La edad de su abuelo y su abuela se acercaba a la suya, pero su padre, su madre y su tío parecían de la misma edad que Roxy y sus amigos. Comparados con ella, eran muertos tan jóvenes que se podían considerar adolescentes.

23

Hüseyin levantó el vaso de rakı, blanqueado por el hielo y el agua, y brindó con el de Yusuf.

–Bienvenido –dijo–. Qué grata sorpresa. Me he alegrado mucho. Me cuentan que eres periodista. ¿Has venido por eso? ¿Vas a hacer un reportaje o algo?

–Por ahora no, primo –dijo Yusuf–. Si Dios quiere, mi primer reportaje será contigo en el futuro.

Luego, contó un chiste de un libro que había leído en el autobús:

–Hablando de periodistas, se me vino a la mente –dijo–. ¿Sabes lo que dijo un escritor extranjero? Que los científicos no hagan experimentos con cobayas, que es una pena. Que los hagan con políticos y periodistas.

El chiste no obtuvo la respuesta esperada de su primo, lo que lo decepcionó un poco. Se rio para sí mismo y se calló. Hüseyin era ahora uno de esos políticos serios, de los que no se reían a la ligera, con un semblante adusto y que encogía los hombros al caminar. No entendía de bromas.

Yusuf no conocía mucho Ankara y, como la mayoría de los estambulíes, no quería ir a esa ciudad. Pero esta vez era un viaje obligado. Por consideración a la señora Leyla, necesitaba ver a su primo Hüseyin y pedirle ayuda.

Por eso, aquella noche se sintió tranquilo mientras se sentaba a la mesa frente a Hüseyin en un famoso restaurante de kebabs de Ankara. Además, quería de verdad a Hüseyin y echaba de menos a su astuto primo de vez en cuando.

A medida que los platos llegaban y se iban, entendía por qué su primo había engordado tanto. Todo estaba delicioso. Panes de pita calientes, queso *tulum*, una gran variedad de entremeses de Anatolia y, después, kebab de Adana con grasa de cola de cordero.

Como si todo esto no fuera suficiente, Hüseyin también había insistido en que comieran *künefe* al final de la cena. Ante la insistencia, Yusuf comió tanto que se sintió tan saciado que hasta pensó que nunca más en su vida volvería a comer.

En la mayoría de las mesas se veían hombres con trajes oscuros y corbatas. Ankara era una ciudad de hombres. Aquí, a diferencia de Estambul, era poco común que hombres y mujeres salieran a cenar juntos; lo habitual era que lo hicieran sólo hombres. Sobre todo políticos como su primo, que se reunían cada noche para hablar de política durante horas, ya fuera porque sus familias vivían en otras provincias o porque querían encajar en el ambiente.

A Yusuf siempre le sorprendió lo diferentes que eran esas dos ciudades del mismo país. La capital, sumergida en la política, no tenía nada que ver con Estambul.

Ankara siempre se quejaba de la prensa de Estambul, y la prensa de Estambul siempre se quejaba de los políticos de Ankara. Pero, aunque escasa, la experiencia de Yusuf le había demostrado que ambos sectores se parecían mucho. Su regla principal era vivir el momento y mantenerse a flote. Los titulares eran tan importantes para los políticos que los leerían al día siguiente como para los periodistas que preparaban el periódico.

Se dio cuenta de que los kilos y la barriga que había ganado Hüseyin hacían que su baja estatura pareciera aún menor. Las mangas de su camisa de cuello blanco le quedaban largas y sobresalían de las de su chaqueta, cubriendo la mitad de sus pequeñas manos. Lo que más le gustaba a Yusuf de ese hombre menudo era su lealtad y su amistad en los momentos difíciles. Tras convertirse en un «hombre importante» en Ankara, no había dejado de lado a su mujer, a sus amigos ni a sus familiares.

También le había enviado sin falta los préstamos que Yusuf le había pedido. Por la tarde, había insistido en recoger a su primo, que lo había llamado por teléfono al llegar a Ankara, y se lo había llevado directamente al restaurante de kebabs más famoso. Tenía un coche oficial con matrícula roja y un chófer. Insistió en que Yusuf fuera al día siguiente al Parlamento, a su despacho. Se había convertido en

el presidente de la Comisión de Planificación y Presupuestos, una posición de un peso considerable. Quería que su pariente, que sólo lo visitaba una vez cada cuarenta años, viera todo esto.

Yusuf había empezado a revolverse con una gran sensación de impotencia en el momento en que se dio cuenta de que las vías para reclamar los derechos de Leyla se cerraban una a una y comprendió la dificultad de luchar contra el ejército de abogados de Ömer Cevheroğlu. Este era el tema principal de sus conversaciones nocturnas con Roxy. No sabían qué hacer ni adónde acudir, y les costaba reprimir el sentimiento de rebeldía que nacía en su interior.

Una noche, Roxy le había preguntado:

–¿Tu primo no es diputado del partido gobernante? Quizá él pueda hacer algo.

En ese momento, Yusuf se sorprendió de no haberlo pensado antes. Es verdad, tal vez Hüseyin podría ayudar a Leyla. Dos días después, pidió permiso en el periódico, se subió a un autobús y se fue a Ankara.

Ahora, le estaba contando a Hüseyin lo que le había pasado a Leyla. Al igual que todos, Hüseyin también quería mucho a la Señora. No podía creer que la pobre mujer hubiera sido desahuciada de su casa a esa edad. Porque Leyla era una parte inamovible del barrio y de la casa.

–¡Qué tiempos nos han tocado vivir! –dijo–. Ven mañana al Parlamento y veremos qué podemos hacer.

Después de la cena lo llevó a su casa. En uno de los nuevos edificios de varios pisos de Ankara, su esposa Gülsen los recibió con una sonrisa en un apartamento amueblado con ostentación.

Por la noche, desde el apartamento, se veía toda la ciudad. Como se dice, tenía «Ankara a sus pies». Y se podría decir que esta ciudad esteparia se veía hermosa con las luces de la noche. Sin embargo, Yusuf, como todos los estambulíes, se sintió invadido por una extraña arrogancia ante Ankara y pensó: «Yo no podría vivir aquí».

Ellos mismos también tenían orígenes rurales, pero Ankara parecía ser la primera parada en el camino del pueblo a la ciudad. En la infancia de Yusuf, su abuelo tenía la costumbre de ir al pueblo en

verano. A pesar de vivir en el Bósforo, echaba de menos ese pueblo de Anatolia, con sus casas de adobe y en ruinas, y se llevaba a Yusuf con él.

En realidad, aquellos también eran días divertidos para Yusuf. Le gustaba el pueblo, seguía a los rebaños de ovejas con los pastores, pescaba en el arroyo y, a pesar de andar con picazón toda la noche, araba la tierra. Tras la muerte de su abuelo se abandonó la costumbre de ir al pueblo. Yusuf a veces recordaba el pueblo de su infancia y sentía que lo echaba de menos. Pero el ruralismo de la ciudad no era tan hermoso como el del pueblo.

Cuando Hüseyin se quitó los zapatos en la puerta del apartamento, a Yusuf no le quedó más remedio que hacer lo mismo. Zapatos de mujer, de hombre y de niño estaban alineados en la puerta. Cuando entraron, la esposa de Hüseyin, tan pronto como dijo: «¡Bienvenidos!», les ofreció unas zapatillas. La familia de Yusuf, como la de toda la gente del campo, también lo hacía así. En Cihangir, en su círculo, probablemente no había ni una sola casa que hiciera esto. Yusuf pensó que había una gran diferencia entre quitarse los zapatos en la puerta o no hacerlo.

En Ankara, vería ejemplos de cómo la gente de los pueblos se mudaba a las ciudades no sólo en esa casa, sino también en el Parlamento, al que fue al día siguiente. Hüseyin le había mandado a buscar con su coche oficial, un Renault negro con matrícula roja, por lo que los policías del jardín del Parlamento no lo detuvieron al entrar. Yusuf podía adivinar que, si no hubiera tenido tal oportunidad, entrar habría sido bastante complicado. A pesar de todas estas dificultades, el jardín del Parlamento siempre estaba lleno de votantes y visitantes. Aceptaban esperar durante horas en las puertas y pasar por los controles policiales para poder contarles sus problemas a los diputados de su región. La mayoría eran del pueblo y, para ellos, el concepto de perder el tiempo no existía. Las mujeres llevaban la cabeza cubierta y los hombres portaban su ropa de una manera especial, propia del campo, discernibles en la distancia por su forma de caminar. En algún lugar, Yusuf había leído que el único día de visita que el Parlamento reservaba cada semana recibían a dieciocho mil visitantes. Por eso el lugar estaba atestado

de gente y los pasillos tenues donde estaban los despachos de los diputados también estaban a reventar.

«¡Pobre gente!», pensó. Eran las personas pobres y apesadumbradas a las que la Turquía moderna, la prensa y la televisión intentaban ocultar y hacer como si no existieran. Sólo se los podía ver en lugares donde se buscaba una solución, o esperando, agotados y desesperados, en los pasillos, o en los hospitales, donde se acurrucaban los niños con discapacidad.

Cuando Yusuf llegó, Hüseyin no estaba en su despacho. Llegó media hora después de que le avisaran de su llegada. Parecía nervioso. Aquel día la oposición había convocado una reunión extraordinaria.

Mientras tomaban un café, Hüseyin dijo a Yusuf:

–Acabo de hablar con el ministro del Interior. Va a investigar el caso y me avisará.

Yusuf, al observar el tono autoritario de Hüseyin y el respeto que la gente a su alrededor le mostraba, pensó en cómo la clase política se había separado de ellos. Así que pasar de ser parte del pueblo a ser un hombre de Estado podía cambiarlo todo de repente. ¿Cómo era posible que él hubiera alcanzado ese poder, que hablara con el ministro del Interior? Él entraba cada día al gran edificio de cristal del periódico como un intruso y, como simple reportero, no recibía respeto de nadie. Así que, sin duda, Hüseyin había tomado el camino correcto en la vida. Era respetado y vivía bien con el sueldo que ganaba. El coche oficial, el chófer, la secretaria y el asesor a su disposición eran un extra.

Sin embargo, Hüseyin no se había esforzado más que él para tener éxito en la vida. Simplemente había elegido el camino correcto. Sentir qué partido iba a triunfar, afiliarse, darse a conocer un poco y presentarse a las elecciones era suficiente para subirse a uno de esos ascensores. Yusuf pensó que Hüseyin podría incluso convertirse en ministro pronto. Pero, a pesar de todo, era un buen chico. Era muy humilde con su primo y no mostraba ni la más mínima arrogancia.

A la hora de comer, pasaron de nuevo por los pasillos abarrotados y se dirigieron al restaurante del edificio principal. Entraron en un

enorme salón donde se sentaban cientos de personas. Una multitud de hombres con trajes azul marino y negros, corbatas y la mayoría con bigote, estaba comiendo. Yusuf pensó que el ruralismo también predominaba allí, ya que una de las señales más importantes de su origen se revelaba al comer. La forma en que sostenían el plato lejos de sí en lugar de acercarlo, la manera en que agarraban el tenedor y la cuchara, cómo se inclinaban sobre el plato para comer en lugar de llevarse el bocado a la boca y cómo hablaban con la boca llena eran gestos que había visto en su propio padre y que no le gustaban en absoluto.

En el momento en que vio que un diputado se quitaba la insignia de la solapa y usaba la aguja para escarbarse los dientes, Yusuf dejó de comer. Y empezó a reflexionar. Sí, aquel era el Parlamento del pueblo. La nación elegía a sus representantes y enviaba allí a las personas que más se le parecían. Era democrático, sí, pero ¿era el método correcto? ¿De qué otra manera se podía representar a un pueblo que había permanecido en la oscuridad durante siglos, sin educación y con la cabeza llena de supersticiones? El triste rostro del Bajá Mustafá Kemal, que miraba desde el gran cuadro colgado en la pared, había seguido el camino opuesto y había elegido el de «educar al pueblo». Pero esa visión últimamente había sido tratada de jacobina, vilipendiada.

¿Cuál de estos caminos era el correcto? ¿El halago al pueblo, el estimular sus sentimientos religiosos y nacionalistas para ganar su voto o el educarlos? Yusuf no podía responder a esta pregunta y su mente se confundía cuando llegaba a este punto.

Al salir del restaurante, se encontraron con el ministro del Interior. El hombre, de bigote negro, llegaba para comer con algunos de sus votantes y diputados de su región. El ministro besó a Hüseyin, que estaba frente a él en posición de reverencia, en ambas mejillas y, con un acento de Anatolia, le dijo:

–Hüseyin, muchacho, he preguntado por tu caso. Pero los nuevos dueños de la casa tienen un informe sólido de un comité. La pobre mujer se ha vuelto senil y ha perdido sus facultades mentales. El tribunal también ha designado un tutor. O sea, todo es legal, no hay ninguna irregularidad. Lo siento.

Al oír estas palabras, algo se encogió dentro de Yusuf. «Parece que la Señora no volverá a ver su casa», pensó. Si hasta el ministro del Interior decía eso, significaba que todas las esperanzas se habían agotado.

En el autobús de regreso a Estambul no dejaba de mirar por la ventana y pensaba en lo que pasaría a partir de ese momento. ¿Dónde viviría la Señora? ¿Cómo lo haría?

Pensaba y pensaba, pero no encontraba otra solución que la de que la Señora se quedara a vivir con ellos. Pero Roxy se opondría. No sabía cómo convencerla.

De repente, todos estos pensamientos se desvanecieron de la mente de Yusuf. Mientras el autobús pasaba por la orilla del lago Sapanca, sus ojos se detuvieron en las aguas, que reflejaban el resplandor rojizo del sol de la tarde. Se dejó llevar por las intensas emociones que lo habían invadido en casa de Hüseyin la noche anterior. Tal vez por primera vez, comprendió con tanta profundidad lo que Roxy significaba para él.

Esa fue la razón por la que, cuando despertó de madrugada en esa cama extraña, murmuró entre sueños: «Roxy». No había podido orientarse en la oscuridad y, al no encontrar a Roxy a su lado en esa cama desconocida, se había asustado muchísimo. Tal vez se había despertado tras soñar con Roxy, pero no podía recordarlo. Lo único que sabía era que la echaba de menos con una intensidad desbordante. Había entrado en pánico al no encontrarla a su lado. Era algo muy raro. Roxy no era la chica que más le gustaba. En el periódico había muchas chicas jóvenes más guapas, encantadoras y agradables que ella. Eran chicas cuyas sonrisas transmitían pureza y buena fe. Si la comparaba con ellas, Roxy le podía parecer obstinada, dura y peleona. Era imposible encontrar paz con ella. Siempre tenías que estar alerta, porque un pequeño detalle que no percibieras podía provocarle un ataque de ira.

Y aun siendo todo esto cierto, Yusuf veía a Roxy como un ser que completaba su propia identidad y su cuerpo. No podía compararla con nadie. ¿Era más guapa, más fea o tenía más mal genio? Ninguna de estas preguntas tenía sentido. Era como compararse a uno mismo con otra persona. Hagas lo que hagas, eres tú y vives en

tu propia piel. Eso no se puede discutir. Roxy era Yusuf, y Yusuf era Roxy.

Regresó de aquel viaje a Ankara con las manos vacías, pero con la certeza de que Roxy era toda su vida y de que ya no podría existir sin su piel, su olor y su voz.

24

Hacia el mediodía, el viento de *lodos* empezó a soplar. Ese cálido viento del sur, al que los griegos llamaban *notos*, comenzó una vez más a ejercer su irresistible efecto, atontando como siempre a la gente de Estambul y provocándoles dolores de cabeza.

Al principio, Roxy atribuyó la pálida y melancólica expresión que apareció en el rostro de la señora Leyla al efecto del *lodos*. Sin embargo, había sido una llamada de Ali Yekta Bey la que se había llevado todas sus ilusiones y esperanzas de volver a su casa, dejando a la mujer desesperada.

Ali Yekta Bey le había dicho con voz ronca y enferma: «No puedo hacer nada, señora. Créame que si pudiera, lo haría. Que Dios nos ayude».

La señora Leyla le agradeció su interés, pero luego se retiró a su habitación y pensó durante un buen rato. Hasta ese día, se había entretenido con ilusiones y no había perdido la esperanza de que se encontraría una solución, pero ahora se daba cuenta de que no había salida. Era imposible que derrotara a una familia tan caprichosa, rica y poderosa.

Yusuf y Roxy también habían regresado de la reunión con el doctor con las manos vacías, y para colmo, se habían enterado de que el informe sobre la anciana era un informe de un comité. La máquina estaba tan bien montada que las personas mayores de las antiguas familias de Estambul estaban perdiendo sus propiedades una por una.

Leyla le dio vueltas todo el día, sumida en la desesperación de enfrentarse a un poder que no podía vencer. ¿Qué haría? Como no podía volver a su casa, ¿dónde viviría? ¿Adónde se mudaría?

En un momento, se recostó sobre la manta y se quedó dormida.

Aquella breve siesta vespertina le trajo a Leyla un sueño terrible. Se veía como una niña pequeña, de pie en el muelle de la *yalı*, contemplando horrorizada cómo las dos orillas del Bósforo comenzaban a acercarse entre sí. El muelle en el que se encontraba se movía y se iba tragando el mar mientras avanzaba hacia la otra ribera. Del mismo modo, la costa europea se precipitaba velozmente hacia ella. Leyla quiso gritar y avisar a su abuela, pero el miedo le había quitado la voz. El acercamiento entre ambas orillas ocurrió tan rápido que, apenas pasados unos minutos, el muelle donde estaba Leyla se unió con la ribera opuesta. Asia se había pegado a Europa. Ya no había mar frente a ella, sino una carretera. Las casas de la otra orilla estaban justo delante de su nariz. El hormigón se había tragado el mar y los continentes se habían unido.

Incluso después de despertar, no logró librarse del impacto de aquel espantoso sueño. Le dolía la cabeza, sentía un sabor amargo en la boca, pues había experimentado el sueño vivamente, como si hubiese sido real.

Un día en el que el Bósforo se había cubierto de una niebla tan espesa que no se veía a un palmo, se había detenido en ese mismo muelle y contempló cómo los enormes barcos se deslizaban en medio de aquella blancura absoluta. Parecían flotar en el aire, mientras las sirenas en la niebla sonaban con lamentos dolorosos. Entre la blancura, un puñado de barcas de pescadores daba la sensación de estar suspendido en el aire, luchando por regresar a la costa. En aquel momento, la orilla opuesta también había desaparecido, como si ambas riberas se hubiesen fundido. Se escuchaban los graznidos de las gaviotas. Leyla, de pronto, fue presa del pánico y echó a correr hacia su abuela. La encontró en el jardín trasero, envuelta en la niebla. Parecía cubierta por una nube. Recordaba cómo se aferraba a sus piernas, llorando. Su abuela le acariciaba la cabeza: «No temas mi niña, preciosa mía, mi amor».

Leyla recordaba que ese día, por primera vez, había pensado en la muerte de las personas. La gran cantidad de muertes en su familia la había acostumbrado a este concepto, haciendo que la muerte fuera algo natural. Por eso, pensaba en la muerte no desde su

propia perspectiva, sino desde la de las personas que había perdido. Pero ese día, cuando sintió que se perdía en la niebla del muelle, una profunda soledad y un miedo a la muerte se apoderaron de ella. Fue el momento en que se dio cuenta por primera vez de la fugacidad del ser humano en la Tierra. Algo en lo que pensaría a menudo en los años venideros. Si morir un poco antes o un poco después no tenía sentido, ¿cuál era el propósito de vivir? ¿De qué servía construir castillos de arena que de todos modos desaparecerían? La gente que se comprometía con grandes luchas no pensaba en estas cosas, más bien se dedicaba a triunfar en la vida. Pero este era el sentimiento fundamental del ser humano. El miedo a la existencia, la timidez de la vida, el desgarro del corazón provocado por lo transitorio. Es decir, un vacío, un gran vacío.

Por aquel entonces, la pena de que sólo se hubieran quedado dos personas en la gran mansión se apoderaba de ellas. No había nadie. Las habitaciones y los salones estaban vacíos. Los mayordomos, las sirvientas, los jardineros se habían ido uno por uno. Sólo la fiel jefa del servicio y la hija que trajo de su aldea se quedaron en la planta baja. Además, *Fräulein* Anneliese, que le había dado clases de piano y alemán a la madre de Leyla, daba una gran muestra de lealtad al venir a dar clases a la pequeña sin recibir dinero. Leyla tenía una pensión de jubilación que le quedaba de su abuelo, es decir, de su padre legal. Ese dinero se le pagaba a la abuela, pero era una cantidad limitada. Al final, las joyas que se vendieron tampoco fueron suficientes para cubrir los gastos de la gran casa y tuvieron que venderla.

Nuevas personas llegaron a la mansión. Y la abuela y la nieta se refugiaron en la pequeña casa blanca.

Al atardecer, bebía el té que le preparaba su abuela frente a la casita mientras contemplaba el magnolio. La anciana le enseñaba a coser y bordar, demostrando mil habilidades con la aguja. Mientras tanto, lloraba por el destino de su familia. Todavía guardaba luto por su marido, su hijo y su hija. A veces decía: «¡Ah! Todo fue por culpa de ese hereje inglés de ojos azules. El día que pisó nuestra casa, las desgracias empezaron. Al final, nos hemos quedado solas las dos».

Leyla estaba empapada en sudor. En ese momento, Roxy se acercó a la puerta de la habitación. La miraba de una manera extraña. Leyla se preguntó qué querría la chica. Dado que la situación era desesperada, probablemente le pediría que se fuera. Y tenía razón. Debía encontrar una solución a este asunto lo antes posible.

–La he oído gritar en sueños –dijo Roxy–. ¿Está bien? No le pasa nada, ¿verdad?

–No –dijo la señora Leyla–. Me he quedado un poco dormida. Creo que he tenido un sueño.

–Ha tenido que ser un sueño bastante aterrador. Su cara está tan pálida como la cal.

La señora Leyla no tenía la costumbre de contar sus sueños ni de compartir sus problemas, pero por alguna razón, la cercanía que sentía por esa chica últimamente superaba todos los obstáculos, la convertía en otra persona.

Le contó su pesadilla, describiendo la unión de las dos orillas del Bósforo y la desaparición del mar de forma tan vívida como si hubiera ocurrido de verdad.

A Roxy no le pareció tan aterradora la pesadilla, pero podía notar que Leyla seguía muy afectada y todavía bajo su influencia. Le trajo una taza de té y se sentó a su lado.

–¿Significa este sueño que ya no le quedan esperanzas de recuperar la casa? –le preguntó–. ¿Por eso le ha afectado tan profundamente?

–No lo sé –dijo la señora Leyla–. Pero creo que todas las esperanzas se han agotado. No hay nada que pueda hacer. Quizá no vuelva a ver esa casa nunca más. El otro día, cuando fui al jardín, podría haber entrado en mi casa, podría haber visto su estado, pero no quise, o más bien, me asustó lo que podría ver.

Se quedaron en silencio un momento. La señora Leyla bebió su té y Roxy se miró las uñas. No quedaba nada más que decir.

Leyla pensó una vez más lo mismo: «Por cómo ha entrado en la habitación, Roxy probablemente querrá que encontremos una solución a esta situación. La chica tiene razón, no puedo quedarme

más tiempo en esta casa. Soy una carga para todos. Si tuviera un lugar adónde ir, me iría hoy mismo, pero ¿adónde iré? ¿Qué haré?».

En ese momento, Roxy dijo:

–En realidad, yo también quería hablarle de algo.

Ahí estaba. Se estaba tocando el tema. Tal vez debería decirle a la chica que se iría en uno o dos días y que mientras tanto buscaría un apartamento de alquiler. ¿Podría encontrar una casita en su antiguo barrio? ¿La ayudaría la gente del campo? Es verdad que no se habían dejado ver la última vez que fue, pero al fin y al cabo, eran viejos conocidos.

–Quiero compartir un secreto con usted –dijo Roxy.

–¿Qué tipo de secreto?

–Pronto todo el mundo se enterará, pero quiero compartirlo con usted primero.

La señora Leyla miró a la chica con curiosidad.

–Voy a tener un bebé –susurró. Estaba sonriendo.

–¿Qué? –gritó Leyla. Como no esperaba algo así, la tomó por sorpresa.

–¡Estoy embarazada! ¿No es increíble? Yo... Roxy... embarazada... mamá. Me cuesta creerlo.

En ese momento, la señora Leyla se levantó y la abrazó.

–Felicidades, felicidades.

Como Roxy siempre había tenido el periodo irregular, al principio no le había dado mucha importancia al retraso, pero luego, cuando se le sumaron las náuseas, decidió hacerse una prueba en una farmacia. Nadie lo sabía todavía, ni siquiera Yusuf. Ahora sólo Leyla lo sabía.

Roxy comprendió de dónde venía esa suavidad y ese cariño que sentía en su interior desde hacía un tiempo. Debía ser que las hormonas estaban poniendo todo en orden. A pesar de las náuseas, estaba muy contenta con su embarazo. Sólo le parecía raro su antojo por las *bratwurst* alemanas con mostaza. Pero sinceramente, no le daba demasiadas vueltas. También compartió eso con Leyla. Una salchicha era una salchicha en cualquier lugar, al fin y al cabo. Y

en los quioscos de Taksim había muchas. Después de la broma de Roxy, a Leyla se le ocurrió algo interesante.

La marcha de Yusuf a Ankara había dejado a Leyla y a Roxy solas en la casa, y aquella convivencia había generado entre ellas una calidez propia de quienes comparten las necesidades más básicas de la vida. Refugio, alimento y el instinto de perpetuar la especie son experiencias comunes que hermanan a los seres humanos. El hecho de satisfacer juntas las dos primeras acercaba a Leyla y a Roxy a una intimidad semejante a la de lazos de sangre.

Emocionada por la noticia del bebé, Leyla se ofreció a cocinar. Ese día ella se encargaría de la comida; no quería que Roxy se entrometiera. Prepararía una mesa perfecta y ofrecería una magnífica muestra de la cultura culinaria de Rumelia, que era la tradición de su familia. Al fin y al cabo, venía un bebé y era imprescindible que tanto la madre como el bebé se alimentaran bien.

Lejos de oponerse, Roxy no ocultó su gran satisfacción, porque no era buena cocinando ni los platos más sencillos, algo que le molestaba. Por eso, todos los días hervía pasta, hacía unos huevos revueltos o unas salchichas.

Cuando Roxy fue a comprar y le trajo los ingredientes que precisaba, Leyla entró en la cocina. Para su primer plato, el *elbasan tava*, que provenía de la cultura del Danubio, cortó una pierna de cordero. Después de hervir la carne, vertió sobre ella la salsa que había preparado batiendo un huevo con yogur y la puso en el horno. Luego, batió un huevo con azúcar, añadió leche a la mezcla y la metió en el horno para preparar un postre similar a la *crème brûlée* que la gente de Rumelia llamaba *kaymaçina*. Sus manos ancianas trabajaban con gran destreza y velocidad ante la mirada asombrada de Roxy.

Para su familia bosnia, este conocimiento culinario y los platos elaborados con habilidad manual significaban mucho más que simplemente llenar el estómago; se percibían como un patrimonio espiritual de esas hermosas tierras perdidas en los Balcanes y de las orillas del Danubio. Los hojaldres rellenos de espinacas, los pimientos con requesón... A través de estos platos y sabores

familiares, la familia parecía conectar con su pasado. Por eso, el conocimiento era una herencia sagrada que se transmitía de generación en generación.

Un aroma a comida caliente y apetitosa se extendió por el apartamento, convirtiéndolo de inmediato en un hogar, en un refugio. Esa noche, mientras Leyla, Roxy, Yusuf y los tres chicos músicos disfrutaban de esas comidas extraordinarias, le dieron las gracias a Leyla una y otra vez. La carne del *elbasan tava* se deshacía en la boca. La *kaymaçina* era otra maravilla. Los chicos, que tenían origen anatolio, nunca habían oído hablar de estos platos. Sólo Yusuf recordaba haber probado estos manjares varias veces en la casa de Leyla.

Después de la cena, los chicos lavaron los platos en la cocina y los demás se sentaron en el salón a tomar café. Por primera vez, se vieron a sí mismos como una familia.

25

Yusuf, apenas hubo puesto un pie en la casa, se sorprendió al notar en el rostro de Roxy una expresión cariñosa, feliz y tranquila, y aquella sorpresa lo acompañó toda la noche. Durante el banquete, al que se entregaron con gusto gracias a la sorpresa de Leyla, Yusuf hablaba de Ankara, del Parlamento, de los políticos, de las parrilladas de kebab donde sólo comían hombres, de los diputados amantes del rakı, del ministro, y de vez en cuando lanzaba una mirada furtiva a Roxy y no lograba entender aquella expresión apacible que por primera vez veía en su rostro, ni la calidez que mostraba hacia Leyla.

Era algo realmente hermoso. Parecía que un halo de luz iluminaba el rostro de Roxy, como si brillara desde dentro.

Esa noche, aparte de las frases de elogio que prodigó a Leyla, Roxy no habló mucho, se mantuvo en silencio. Cuando, después de la cena, Leyla se incorporó, fue ella quien dijo:

–¡No! Usted no se mueva, después de una comida tan deliciosa, recoger la mesa y lavar los platos nos corresponde a nosotros.

Y también fue ella quien insistió:

–Voy a prepararle un café.

Yusuf no podía creer lo que veía. Aquella noche estaba descubriendo a una nueva Roxy. Dentro de él se iba afirmando la certeza de que la chica a la que amaba apasionadamente no perturbaría la comodidad de su vida. Qué cosa tan extraordinaria era aquello.

Durante la cena no se habló de qué respuesta había recibido Yusuf de Hüseyin. Esto también demostraba que todos eran conscientes de la situación. La señora Leyla tampoco preguntó, pues era evidente que, si hubiera habido una buena noticia, Yusuf habría sido el

primero en anunciarla. El hecho de que diera rodeos indicaba claramente que no había ocurrido.

Aquella noche, en la cama, Yusuf le dijo a Roxy:

–¡Hay algo distinto en ti esta noche!

Roxy, con destreza, desvió el rumbo de la conversación:

–Parece que no congeniaste mucho con Hüseyin.

–En realidad me recibió muy bien. Me recogió de la estación de autobuses con su coche oficial y me llevó a restaurantes a comer, pero yo no estuve muy cómodo.

–¿Por qué?

–No lo sé, es parte de mi familia, pero aun así me parece que ahora pertenece a otro mundo. No logro entender si esos políticos esperan de ti un respeto especial, o si, como se comportan de esa forma entre ellos, sólo nos lo parece a nosotros.

–Pero ya no tenéis la misma relación de antes.

–Es verdad, no es lo mismo. En nuestra relación hay algo artificial, algo que no se dice, algo que falta. Y luego, el ministro del Interior...

–¿Qué pasa? ¿Te trató mal?

–No, al contrario. Hüseyin me presentó como su pariente periodista, recién llegado de Estambul, con un futuro brillante. El hombre mostró mucho interés.

–¿Y entonces?

–Pero aun así hubo algo en la actitud de Hüseyin que me incomodó muchísimo. Como si le avergonzara ocupar un lugar en este mundo, como si quisiera desaparecer, reducirse a nada, se encorvaba ante aquel hombre. Nunca lo había visto así.

–Para mí, no hay nada sorprendente. La política es igual que la vida. Te doblegas ante quien es más fuerte que tú, y aplastas a quien es más débil. No te preocupes, Hüseyin no te lo habrá hecho notar, pero seguro que él también está aplastando a muchos ahora mismo.

–Quizá –dijo Yusuf–. Pero basta ya con estas conversaciones. Estoy harto de Ankara. Cuéntame qué ha cambiado. ¿Por qué estás tan feliz? ¿Es porque me fui a Ankara?

Roxy soltó una risita traviesa. Luego se incorporó en la cama, obligando también a Yusuf a enderezarse.

El muchacho estaba desconcertado.

–¡Levántate! –dijo ella.

–¿Qué pasa?

–Vamos, levántate. Tengo una propuesta para ti.

Yusuf se levantó pensando en qué consistiría aquella propuesta, y se colocó donde Roxy le indicó. Después, la vio arrodillarse en el suelo frente a él. Aunque estaba acostumbrado a sus rarezas y locuras, esta vez se quedó totalmente perplejo. Roxy, con un gesto juguetón en el rostro, frente a un incómodo Yusuf, volvió a decir:

–Tengo una propuesta para ti.

–Déjate de bromas.

–No, hablo en serio, te estoy haciendo una propuesta muy seria.

–¿Y qué propuesta es esa? –preguntó Yusuf.

Roxy tomó la mano derecha de Yusuf, la sostuvo con aire ceremonial, lo miró a los ojos y dijo:

–¿Quieres casarte conmigo?

Yusuf se quedó atónito, sin saber qué decir. No sabía si la chica estaba bromeando o hablando en serio. Sin darle importancia a su desconcierto, Roxy añadió:

–¿Por qué siempre tienen que ser los hombres quienes pidan matrimonio? Es una regla absurda. Te lo estoy preguntando muy en serio. Yusuf Yılmaz: ¿quieres casarte conmigo?

–¡Por supuesto! –dijo Yusuf–. ¡Por supuesto que me casaré contigo! Pero ¿de dónde ha salido esto de repente?

–De tus travesuras –dijo Roxy riendo.

–¿Cómo que mis travesuras? ¿Qué travesuras?

–Como las que haces en la cama por las noches, por ejemplo.

Con un movimiento repentino, le acarició el vientre, haciendo que el muchacho se encogiera riendo a carcajadas por las cosquillas.

–De verdad que no entiendo nada, Roxy –dijo.

Entonces, ella volvió a tomar su mano derecha y la llevó sobre su vientre. Con un gesto sereno y misterioso, preguntó:

–¿Ahora lo entiendes?

Yusuf sintió por un instante que el corazón se le detenía, y se fundieron en un abrazo. Besó su vientre. En su interior aplaudió la audacia de Roxy al hacerle aquella propuesta de matrimonio. Pensó

en cuánto adoraba cada rincón oculto de esa mujer, su calidez, su vientre liso que crecería en unos meses, su olor y el sabor de su boca, su feminidad.

Ya no le importaban los antiguos amantes de Roxy, los hombres que habían conocido su cuerpo antes que él, que le habían dado placer. Porque ninguno había logrado acercarse a ella tanto como él, que sería su esposo y el padre de su hijo.

Aquella noche hicieron el amor de una forma más tierna, más intensa, que cualquier otra noche anterior.

26

Los días siguientes avanzaron poco a poco hacia un clima de tranquilidad, hasta que un desagradable suceso estropeó la paz.

En una de esas extrañas tardes en las que Leyla estaba sentada sola en casa aburriéndose, tratando de matar el tiempo entre cuatro paredes, oyó que llamaban a la puerta. Al abrirla, vio gente a la que no conocía de nada.

Delante, un hombre rechoncho con un bigote negro. A su lado, una mujer de aspecto evidentemente extranjero y dos niños.

–Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarles? –dijo la Señora.

–¿Es esta la casa de Rukiye? –preguntó el hombre con un fuerte acento de Anatolia.

–Sí –dijo Leyla–, pero ella no está en casa en este momento.

–No importa –respondió el hombre y, en un alemán entrecortado, le dijo a la mujer que tenía al lado–: Por fin la encontramos.

Leyla vio que la familia traía maletas y que querían meterlas dentro de la casa.

–Disculpe, señor –dijo–, le acabo de decir que Rukiye no está en casa. Si viniera esta noche...

–¿Cómo que esta noche? –dijo el hombre–. Soy su padre. Esta también es mi casa. ¿Quién es usted?

Entonces Leyla tuvo que hacerse a un lado. Farfulló algo como: «Yo soy una invitada aquí».

En cuanto la familia entró en la casa, los niños empezaron a desordenar y a tironear de esto y de aquello. El padre de Rukiye entraba y salía de las habitaciones, inspeccionaba la vivienda y, evidentemente, trataba de decidir dónde y en qué habitación se quedarían.

Al poco tiempo le mostró la habitación de Leyla a su mujer y le dijo en alemán: «Esta parece la más adecuada. ¡Ven, pon las

maletas aquí!».

Leyla estaba en una situación de lo más incómoda. Los recién llegados se habían adueñado de la casa y ella se había quedado parada en medio, aturdida y sin saber qué hacer. Sabía que Rukiye no tenía buena relación con su padre, pero ahora esa información no le servía de nada. En aquella casa no era nadie. No podía decirles a los recién llegados: «¡No entren!». Como no podía evitarlo, tenía que esperar a que Rukiye y Yusuf volvieran, y luego tomaría una decisión sobre lo que fuera a pasar con ella. Por eso no protestó cuando se instalaron en su habitación temporal. Incluso les preparó un té para el cansancio y se puso a esperar con impaciencia a que llegara la noche.

Al anochecer, el primero en llegar a casa fue Yusuf, y tan pronto como vio a los de dentro se quedó de piedra. Su sorpresa se convirtió en terror cuando se enteró de que los recién llegados eran la familia de Roxy. Él sabía cuánto odiaba Roxy a ese hombre, de modo que, cuando ella llegara a casa, se desataría una gran catástrofe.

Mientras tanto, los niños jugaban con el teclado, golpeando las teclas una y otra vez, ahogando la casa en un ruido extraño. La mujer de mediana edad, corpulenta y de pelo rubio pálido, que Yusuf dedujo que era Ute por lo que le había contado Roxy, miraba con desprecio los trastos que los rodeaban y no hablaba mucho.

Después de que la señora Leyla le contara en un susurro quiénes eran los recién llegados, Yusuf les dijo: «Adelante. Rukiye todavía no ha llegado».

–¿Y tú quién eres? –preguntó el hombre.

–Soy un amigo de Rukiye –dijo Yusuf.

–¿Y tú también vives en esta casa?

–Sí, en realidad...

–Ni realidad ni nada, ¿o es que estáis casados?

Yusuf no supo qué responder a esta pregunta, se dio la vuelta y se fue a su habitación. Las cosas ya se habían complicado mucho.

Pero lo que había pasado hasta ese momento no era nada comparado con lo que pasaría cuando llegara Rukiye.

Y en efecto, la chica, que era propensa a reaccionar de forma muy repentina e impulsiva, tras superar la sorpresa inicial tan pronto como cruzó la puerta y vio a los inesperados invitados, preguntó: «¿Qué se os ha perdido aquí?».

Pero a Leyla no se le escapó que su rostro se había quedado pálido y que sus labios temblaban. Debía de estar profundamente conmocionada.

El padre dijo que se habían puesto en camino en coche para ir a su ciudad natal, pero que estaban muy cansados y querían hacer una parada en Estambul para verla. Era maleducado y parecía que el mundo no le importaba, pero daba la impresión de que le tenía un poco de miedo a Rukiye.

Habían conseguido la dirección de su amiga Naciye en Duisburgo. De toda esta conversación, se entendió que la familia se quedaría sólo una noche, y pareció surgir un acuerdo tácito para que todos se toleraran hasta el día siguiente sin volver a tocar el tema. Rukiye bajó un poco la guardia, incluso mostró interés por sus hermanos. Yusuf le susurró a la Señora que la disculpara, que se las arreglarían de alguna manera esa noche.

Leyla ya se había preparado para dormir en ese viejo sofá de terciopelo del salón.

Yusuf salió y desapareció durante media hora y, para cuando regresaba con unas cajas de pizza, los niños pequeños se peleaban y discutían en alemán entre ellos. La casa estaba sumida en el caos.

A pesar del acuerdo tácito, se sentaron a la mesa en un ambiente tenso. Roxy respiraba rápidamente, evidencia de la presión bajo la que se encontraba, y en el aire se percibía el tictac de una bomba que estaba a punto de explotar. Yusuf intentaba suavizar la atmósfera sacando temas al azar, y la señora Leyla se daba cuenta una vez más de la bondad de ese muchacho. Al muchacho le gustaba la armonía. En un país lleno de conflictos, anhelaba la armonía. Soñaba con un mundo en el que la gente se tratara bien.

La cena parecía que iba a terminar así, pero la mandíbula del padre no se detuvo y volvió a hacer la pregunta.

–¿Estáis casados?

Yusuf intentó murmurar algo, pero Roxy golpeó el tenedor que tenía en la mano contra la mesa y, mirando directamente a los ojos de su padre, le dijo: «¡No, padre! No estamos casados».

–¿Entonces cómo es que vivís juntos en esta casa? –preguntó el padre. Parecía que buscaba problemas.

–Acabo de ver una habitación. ¿Es ese tu dormitorio?

–¡Y a ti qué te importa! –dijo Roxy.

–¡Cómo que qué me importa! Soy tu padre. ¿Es que vas de fresca por la vida? ¿Es esta mujer la madre del muchacho? ¿Ella también hace la vista gorda ante esta indecencia?

Roxy gimió como si sufriera. «¡Padre, cállate! ¡Cállate de una vez!».

Leyla, tal vez con la intención de evitar la tensión entre esos miembros de la familia que le eran ajenos, dijo:

–Señor, cálmese un poco...

Pero el hombre había empezado a gritar a todo pulmón. Parecía que se estaba embriagando con su propia voz.

–¡Por qué me voy a callar! –gritaba–. Nosotros también tenemos nuestro honor familiar, nuestra gente. ¿Qué le vamos a decir a todo el mundo? ¿Vamos a decir que Rukiye es la querida de alguien? ¿Vamos a decir que te has convertido en una mujerzuela?

Leyla vio que de los ojos de Roxy brotaban lágrimas de rabia. «¡Dios mío, que este hombre se calle!», rogó en su interior.

Pero el hombre, que se había dejado llevar por completo, no tenía intención de callarse. Disfrutaba de haber pillado a la rebelde de su hija, que lo había abandonado, en una situación difícil, y la insultaba, y luego, como si hablara consigo mismo, murmuraba entre dientes: «Puta. La culpa es mía, no le rompí los huesos cuando era pequeña, y ahora se ha hecho una puta».

–¡Sí, me convertí en puta! –gritó, y se levantó de repente, se acercó a su padre y lo miró directamente a los ojos–. ¡Sí, me convertí en puta! Tu hija es una puta, ¿tienes algo que decir, eh, tienes algo que decir? ¡Me acuesto con cualquiera que se me cruza por delante! ¡Hasta en la calle! ¡Tienes algo que decir! Sal ahí fuera y grita: «Mi hija se ha hecho puta, ¿hay alguien que quiera acostarse

con ella?». Estoy segura de que muchos de tus amigos harán fila. ¡Quizá hasta tus hermanos!

La furia de Roxy sorprendió e intimidó incluso a su padre. Ahora permanecía callado, mirando a su alrededor con malicia, pero Roxy parecía haberse vuelto loca. Corrió al balcón llorando a todo pulmón y abrió la puerta. Cuando estaba a punto de saltar, Yusuf llegó en el último momento y la agarró por la cintura. Realmente estaba intentando tirarse por el balcón. Yusuf tuvo que sujetarla con fuerza durante un rato. Su cuerpo débil temblaba incontrolablemente entre sus brazos, el sudor le brotaba de las sienes y su corazón latía como si se le fuera a salir del pecho. Yusuf le susurraba al oído con la voz más dulce y tranquilizadora: «¡Cálmate! Mi amor, shhhhh, cálmate, cariño».

Después de un rato, la chica se soltó como un bebé sin vida, y él la llevó a la habitación, pasándola por el salón. Cuando la acostó en la cama y la tapó, a la chica le dio otro ataque de llanto violento. Lloraba y el cuerpo le temblaba como si tuviera espasmos, y durante todo ese tiempo, Yusuf le acarició el pelo, la abrazó y trató de calmarla.

Había pasado mucho tiempo y la señora Leyla estaba sentada incómodamente en el sofá del salón, tratando de no mirar a nadie a los ojos, como si se avergonzara incluso del espacio que ocupaba en este mundo.

De repente, Yusuf entró furioso en la habitación y le empezó a gritar al padre de Roxy.

–¡Lárgate de mi casa o te mato!

El hombre murmuró algo como: «La casa de mi hija...». Yusuf dijo: «No. No es la casa de tu hija, es mi casa. Y te digo que recojas tus cosas inmediatamente y te largues. ¡Lárgate de mi casa! O llamaré a la policía».

Mientras tanto, la mujer alemana se acercó a su marido y le dijo algo como *Polizei*. Los niños estaban callados, observando la escena. Yusuf fue a la habitación de la señora Leyla y regresó con las maletas que había cogido de allí y los objetos que habían sacado. Abrió la puerta del apartamento y tiró todo fuera, por las escaleras.

–¡Si no te largas ahora mismo te mato, hijo de puta! –dijo, señalando las escaleras con el dedo.

Y Leyla presenció cómo la determinación de Yusuf, a quien veía en esa situación por primera vez y de quien oía tales palabras, asustaba horriblemente al padre de Roxy.

El hombre pareció entender que Yusuf no estaba bromeando y se lo tomó en serio. Se levantó, agarró a sus hijos y salió; la mujer los seguía de cerca.

Leyla y Yusuf oían el ruido de los pasos bajando a toda prisa por las escaleras, así como la voz del hombre que insultaba a Yusuf y a Rukiye y amenazaba con que les daría una buena lección.

Cuando todo terminó, el silencio se apoderó del apartamento. Yusuf, ya calmado, se disculpó con la señora Leyla con una sonrisa avergonzada en el rostro. Era la primera vez que insultaba a alguien delante de ella. Leyla le acarició la mejilla y fue a la habitación a ver a Roxy.

La chica se había acurrucado; dormía en posición fetal, pero gemía profundamente y aún se estremecía con sollozos de vez en cuando.

Leyla la tapó. Era la primera vez que sentía una compasión tan profunda por una persona.

Luego, durante toda la noche, pensó en Yusuf. Se dio cuenta una vez más de lo difícil que era conocer a la gente.

El muchacho tranquilo y educado se había ido, y en su lugar había venido un hombre que defendía a su mujer y su casa.

Recordó una historia del profeta Salomón que le había contado su abuela cuando era niña. Un día, unos pájaros fueron al profeta Salomón, que conocía el lenguaje de las aves, y le dijeron: «¡Un gorrión ha hablado mal de ti! ¡Te ha llamado de todo!».

El profeta Salomón preguntó: «¿Estaba su mujer con él cuando dijo estas palabras?».

–¡Sí, lo estaba! –respondieron.

Entonces él les dijo: «Dejadlo, entonces, no le prestéis atención. No es para tanto...».

27

Aquel día, a los estambulíes les dolía la cabeza.

El mar estaba agitado, los viajes en ferri habían sido cancelados por el *lodos*, el viento del sur revolvía el mar y dejaba a los peces desorientados, y, cuando soplaba hacia la tierra, dejaba a los doce millones de habitantes indefensos. Los que caminaban por las calles, los que estaban sentados en los restaurantes y los que tenían clase en las escuelas se quejaban de mareos y de un extraño dolor de cabeza.

Los únicos que se beneficiaban del viento del sur eran los «pescadores del *lodos*». Llevaban puestas botas de goma hasta las caderas y se dedicaban a buscar los tesoros que el mar arrojaba a la orilla y se henchían de alegría con los objetos de valor que encontraban entre tanta chatarra. Una vez, uno de estos «pescadores» encontró el diamante más grande del mundo, y ahora todos tenían la misma esperanza. No les importaba el mareo, buscaban otra forma de embriaguez.

En el piso de abajo de la gran Mansión Kadızade en el lado europeo, Ali Yekta Bey ardía en fiebres, en un estado de semiinconsciencia y visiones agravado por el viento del *lodos*. Su hijo Ömer siempre era el protagonista de estas visiones. Cuando la puerta se abría y los sirvientes entraban para cambiar el paño con vinagre que le ponían en la cabeza para bajarle la fiebre, musitaba: «¿Eres tú, Ömer?». Incluso confundió a Rıza Bey, que había venido de visita esa mañana, con Ömer, pero al instante se dio cuenta de su error y trató de levantarse de la cama. Sin embargo, se calmó cuando Rıza Bey lo obligó a acostarse de nuevo. Después, los sirvientes se aseguraron

de que tomara todas y cada una de las medicinas que el médico le había recetado.

Ali Yekta Bey sentía su cabeza como una áspera esponja. A menudo se perdía, le costaba recordar dónde estaba. Luego volvía en sí, se preguntaba cómo había llegado a esa situación y se autocompadecía. Hasta ese día, a pesar de lo que pensaba Necla, no había dudado en mudarse a la mansión, incluso había hablado con Rıza Bey y le había dicho que se marcharía. Pero el cariz de la última conversación con Ömer le había demostrado que las cosas no eran como él pensaba. En esa situación, ¿qué haría? ¿Dónde se quedaría? ¿Volvería con Rıza Bey y le diría que su hijo y su nuera no lo querían en la *yali*? Moriría antes de decirle eso. A veces superaba este pesimismo y se repetía a sí mismo que Ömer, su único hijo, no podía hacerle algo así. Después de todo, Ömer era él, era parte de su ser, la única persona por la que sacrificaría su vida.

Cuando su esposa lo había abandonado, ¿no habían influido en ello la obsesión que tenía por Ömer, su ambición de criarlo y el hecho de que sus ojos no veían a nadie más que a él? Un día, cuando Ömer tenía diez años, la mujer se fue con sus parientes a Alemania. Aproximadamente un mes después, le comunicó que no regresaría, que se quedaría allí para construir una nueva vida, y que quería llevarse a sus hijos. En su carta, había incluso intentado tentarlo al decir: «Aquí tendrán una mejor educación, al menos se criarán en Europa». Ali Yekta Bey envió a sus dos hijas con la conciencia tranquila, pero no entregó a Ömer. A pesar de que habían pasado tantos años, el matrimonio no volvió a verse. Él sabía que a veces se veían con Ömer cuando este iba a Alemania por viajes de negocios, y no le importaba. Porque no podía haber una persona más importante en la vida de Ömer que su padre; ninguna mujer, ni siquiera su madre, podría acercarse a Ömer más que su padre.

En esta parte de sus pensamientos, era como si una navaja afilada le apuñalara el corazón, y Necla le venía a la mente. Parecía que había sucedido lo increíble y que esta chica seca y estirada, esta chica fea, deforme, y pobre pero ambiciosa, había logrado atraer a su hijo bajo su influencia.

Ali Yekta Bey seguía sin creérselo del todo, se decía que debía haber un error, pero una parte de él le aseguraba que aquello era verdad. Los sirvientes le cambiaban las sábanas empapadas de sudor todos los días. Estaba bien cuidado, pero su corazón estaba herido.

Debido a su costumbre de llevar una vida llena de responsabilidades, incluso en esos momentos de profunda angustia, no olvidaba la promesa que le había hecho a la anciana. Marcó el número que la mujer le había dado, desde el teléfono que estaba junto a su cama, y con una voz ronca le dijo que no podría ayudarla, que no tuviera esperanzas. Aunque sabía que esta noticia destrozaría a la anciana, sentía que tenía que decirle la verdad e impedir que la pobre se hiciera ilusiones en vano. Porque en los ojos de la mujer había podido distinguir una gran desesperanza, pero también un halo de esperanza que pendía de él. Cuando se fijó en las miradas furtivas de la mujer a la pequeña casa, había comprendido la profundidad de la herida que había en su interior. No podía permitir que esa esperanza continuara. Habría querido decirle: «Mi hijo y mi nuera se han convertido en monstruos, ¡no esperes humanidad alguna de ellos!», pero, por supuesto, no dijo nada semejante.

El sirviente llegó para cambiar la funda de su almohada, empapada de sudor, y le puso una toalla seca en la espalda. Luego, le dejó un paquete envuelto en papel de embalaje amarillo sobre la cama y dijo: «Esto es para usted». Ali Yekta Bey abrió el paquete con sus dedos débiles y vio el Corán y el rosario de ámbar que había dejado en la *yalı*.

Yusuf estaba sentado en la redacción del periódico, con las manos en la cabeza, pensando. Desde su infancia, el viento del *lodos* le causaba zumbidos en los oídos además de mareos. Y ahora se sentía igual. Como si estuviera sumergido a gran profundidad bajo el agua. Al mismo tiempo, la desesperación lo tenía atado de pies y manos.

Sentía la opresión de no haber podido hacer nada por la señora Leyla.

Ömer Bey era tan poderoso que no permitía que escribieran nada sobre él en el periódico, y de todas formas no le pagaban mucho dinero. No lo consideraban un hombre. Ahora se casaría, tendría un hijo, pero ¿cómo los mantendría con tan poco dinero? ¿Cómo criaría a su hijo? ¿Debería irse? Sí, pero ¿adónde? ¿Quién le daría trabajo en un país asolado por el desempleo? Aquí, al menos, existía la posibilidad de que su salario aumentara después de un tiempo. Pero ¿qué sería de Leyla? Mientras tanto, la mujer se estaba consumiendo de tristeza ante sus ojos, marchitándose día a día como una flor sin agua. Aunque Roxy últimamente había sido más atenta con ella que antes e incluso se podría decir que era más cariñosa, ¿adónde iría a parar todo esto?

Necla estaba acostada en la gran habitación de su nueva casa con un fuerte dolor de cabeza. Cuando entró a la habitación, se quedó atónita con lo que vio: un Corán dentro de una funda y un rosario de ámbar. Era otro plan de ese anciano nefasto. Si no hubiera sido el Corán, lo habría tirado todo al mar, pero no tenía intención de pecar por culpa de ese sirviente. Entregó ambos al mayordomo y le ordenó que se los enviara de vuelta a Ali Yekta Bey, diciendo que se le había olvidado, y que se los devolvieran inmediatamente, ¡¡inmediatamente! Cuando el hombre los recibiera, se daría cuenta de que se había hecho ilusiones en vano y, si tenía cerebro, no se atrevería a acercarse a ellos de nuevo.

Necla pensaba que su visita del día anterior también había contribuido a su fuerte dolor de cabeza. Aquella visita le había provocado la migraña. Le había dado por levantarse e ir a la casa de sus padres, después de tanto tiempo, y llevarles algún regalo.

Luego, como no pudo resistirse a las insistencias de su madre, se quedó también a cenar con ellos. Si Ömer no hubiera tenido aquella noche una cena de negocios, algo así no habría sido posible, pero al final, le gustó aquella coincidencia. Porque, aunque la casa donde

había pasado su infancia y juventud le provocaba cierta ansiedad, también despertaba sus antiguos recuerdos y le permitía saborear aún más el inmenso salto que había dado en la vida.

Aun así, por mucho que lo intentara, con su forma de vestir, su comportamiento, el chófer esperándola en la puerta con el BMW o que fuera la superestrella del barrio, sentía que sus padres no le daban demasiada importancia a todo eso. Como si siguiera siendo la hija de la casa, no la «señora Necla». Le resultaba irritante que, de tanto en tanto, le preguntaran si estaba cómoda, si su marido la trataba bien. Incluso, después de la cena, cuando su madre fue a la cocina, su padre le preguntó si necesitaba algo. Para que no se sintiera dependiente del dinero de su marido, si algún día se veía en apuros, podía usar el dinero que su padre había ahorrado. Al fin y al cabo su familia la apoyaba.

Necla, al oír aquello, primero se sobresaltó, y luego una sensación de compasión se apoderó de ella.

–¿Cuánto has ahorrado, papá? –preguntó.

El hombre, con orgullo, dijo que tenía en el banco «exactamente dos mil quinientos millones de liras».

Necla pensó: «¿Acaso mi padre sabe que eso equivale al precio de una cena en un buen restaurante de Estambul?». Primero se estremeció ante semejante abismo, pero después, de pronto, sintió la necesidad de abrazar aquellos hombros enclenques de su padre y se echó a llorar:

–¡Gracias, papá, gracias, muchas gracias!

Cuando la madre regresó de la cocina y vio a padre e hija abrazados, no pudo entenderlo. Lo atribuyó a que Necla echaba de menos su casa.

En el camino de regreso, Necla pensó: «¡Pobres criaturas de buen corazón!». Tenían el corazón limpio, pero eran unos fracasados. Tal vez por eso nunca habían logrado prosperar. «Nada de debilidad –se dijo a sí misma–. Si te descuidas, acabarás sintiendo lástima hasta por Ali Yekta Bey. Incluso por esa vieja mujer. ¡Hay que ser dura, nada de debilidad!».

Es cierto que había algo conmovedor en el hecho de que un hombre que no había conseguido abrirse camino en la vida, que

había pasado toda su existencia con ingresos escasos, quisiera entregarle a su hija el único dinero que poseía. Pero eso era todo.

Necla no tenía la menor intención de volver a aquella vida pobre de la que Ömer la había rescatado. En esta vida había dos tipos de personas: los que oprimen y los oprimidos. ¡Y ella no volvería jamás a ser una pobrecita! Había esperado horas enteras el autobús, bajo las lluvias grises y sucias de Estambul, cuando iba a la escuela, y había observado con envidia la felicidad de las personas en los coches que pasaban salpicando barro. Todo se conseguía con dinero, y Ömer la adoraba. Su marido, Ömer, era todo para ella. Y no iba a dejar que ese sirviente se lo arrebatara. Al día siguiente mandaría trasladar los muebles de esa habitación y la volvería a amueblar completamente. Pondría llave en la puerta de aquel «cuarto del pecado» donde haría el amor con su marido día y noche. De hecho, las obras de renovación estaban prácticamente terminadas.

La señora Leyla, en la penumbra de su habitación, yacía tapada hasta la barbilla con la manta, a pesar del calor. La oscuridad del cuarto acentuaba aún más sus sombríos pensamientos. Del exterior llegaban los incesantes ruidos de Cihangir: zumbidos, músicas, pitadas, gritos de hombres y mujeres. Zumbaban las cañerías, se azotaban las puertas. Aquel no era un lugar al que ella perteneciera. Aunque viviera allí años enteros no lograría acostumbrarse. Y, en realidad, tampoco tenía por qué hacerlo. Pero ¿qué debía hacer? ¿Acabar en la calle? ¿Solicitar ayuda en el asilo? ¿Acaso no tenía ningún peso en este Estado su abuelo, veterano de los Balcanes? ¿Es que ya nadie recuerda a su tío mártir? Se contenía con dificultad para no llorar. Con el corazón airado por el viento del *lodos*, se sentía más frágil y triste que nunca. Sólo cuando Roxy compartió con ella la noticia de que tendría un bebé se había alegrado. Se había alegrado de verdad, y aquel abrazo que le dio a Roxy no fue un gesto fingido, sino, al contrario, un sentimiento que le brotó del alma. En realidad, había vivido siempre evitando ese tipo de demostraciones, pero la muchacha la miraba de un modo tan extraño, y ella se sentía tan

cercana a ella, que, sin poder evitarlo, la abrazó con ternura con sus frágiles hombros.

Pero, por otro lado, sabía que la noticia del bebé acortaría aún más su estancia en la casa. Ya no había lugar para ella allí. Mientras pensaba en esto, le venía a la mente Yusuf. Todavía no sabía nada del bebé, ignoraba que iba a ser padre. Pero si ni siquiera Yusuf y Roxy estaban casados, ¡por Dios! ¿Qué iba a pasar ahora? ¿Cómo iban a inscribir al bebé en el registro civil?

Leyla pensó en su propio registro, tan inusual. Allí figuraba como hija de su abuelo, porque el padre no aparecía por ninguna parte. Y no podía dejar de pensar en la tortura que aquella ausencia le había causado durante toda su vida. Recordaba los muros que se habían alzado a su alrededor, que la habían mantenido apartada de la sociedad, que le habían impedido formar una familia como los demás y que la habían condenado a la soledad, en la casita del jardín de la *yali*, para siempre. La bastarda de un oficial inglés de ocupación; ¿quién querría acercarse a una muchacha así? ¿Qué familia vendría a pedir la mano de esta chica para su hijo? Desde luego, nadie. Si ella hubiera tenido un padre normal, quizá también habría podido dar a luz un hijo en su momento, como Roxy.

Haría todo lo posible para que ese niño no sufriera el mismo tormento que ella, y le diría a Yusuf que se casara con Roxy de inmediato. No había otra salida. Que lo hicieran por el bebé.

Ömer cruzaba el puente del Bósforo en su automóvil. Había quedado en encontrarse con Necla aquella noche en la *yali*. Caía la oscuridad. Debido al *lodos*, los ferris no funcionaban. El tráfico era insoportable. Aunque el chófer, con gran destreza, intentaba cambiar de carril y encontrar un hueco libre, avanzar era imposible.

Mientras se frotaba la frente, pensaba: «Ay, papá... Ay, papá, ¿por qué haces esto? ¿Por qué intentas arruinarme la vida? Es como si quisieras destruir a la persona que has creado y arrebatarle todo lo que le has dado». Pensaba que su padre no había querido nunca a Necla desde el principio. ¿O acaso tenía razón Necla? ¿Es que su

padre no quería compartirlo con nadie? ¿Se comportaría igual, fuera quien fuera la mujer que ocupara el lugar de Necla?

«Ay, papá –pensaba–, ¿por qué insistes en vivir con nosotros? ¿Acaso no sabes que ya no vivimos como en tu época, que ahora todo el mundo vive separado, como marido, mujer e hijos? Tenemos intereses distintos, gustos distintos, mundos distintos; ¿por qué me pones en esta situación tan difícil?»

En los últimos días no había llamado a su padre ni para preguntar cómo estaba. Él tampoco lo llamaba. Padre e hijo, tal vez por primera vez en sus vidas, habían llegado a un punto muerto en su obstinación. ¿Quién haría la primera llamada?

Aunque consideraba que su padre no tenía razón, a Ömer se le partía el alma. No quería faltarle al respeto. Lo amaba con devoción, quería obedecerle siempre, no contradecirlo jamás y procurarle comodidad en su vejez, pero esta vez Necla tenía razón. Nadie vivía ya con sus padres. Quizá pudiera hablar con Necla y ablandarla un poco. Tal vez no le dieran la gran habitación al anciano, sino otra de la *yalı*.

Incluso –pensó entusiasmándose con la idea que le vino de repente– podrían darle a su padre la casita del jardín, donde vivía la anciana. ¿Era una idea tan extraña? ¿Por qué no? Su padre viviría allí como lo había hecho aquella mujer. Estaría a la vez dentro y fuera de la casa... Se aferró con todas sus fuerzas a esa brillante idea. Si lograba convencer a Necla, podría amueblar aquella casita al gusto de su padre. Le complacería en todo lo que deseara. Ojalá pudiera lograrlo.

Roxy estaba tumbada sobre la cama en su habitación soñando despierta. No sentía mucho el efecto del *lodos*, porque ya tenía el estómago revuelto de antes. Siempre había odiado el concepto de familia, por eso nunca se había imaginado a sí misma como madre, pero ahora se llevaba la mano al vientre e intentaba sentir la vida que había allí dentro. Como tierra donde ha caído la semilla, se hincharía, fermentaría, nutriría con sus savias la simiente, la haría

crecer y, al final, se abriría para dejar que el tallo brotara. Así concebía su embarazo: como un acontecimiento natural emocionante. Quizá por primera vez en su vida se sentía plena de felicidad y paz.

Recordaba cómo Yusuf se había sorprendido al oír la noticia y su propuesta de matrimonio. Ya de por sí, ese chico siempre tenía en el rostro una expresión de asombro. A primera vista, uno se daba cuenta de que era ingenuo. Aun así, Roxy lo quería más que a cualquier otra persona que hubiera conocido.

Aquel hombre que, cuando fue al club, le dijo que quería entrevistarla, llenándola de ilusión. Porque antes nadie le había propuesto algo así, nadie la había considerado una artista. Cuando tocaban aquí y allá, apenas había quien los escuchara. No lograron hacerse un nombre en los bares de Estambul, a los que habían llegado con grandes sueños. Nadie había oído hablar del grupo Roxy and Other Animals. Por eso, claro está, se habían quedado sin un céntimo.

Ahora mismo apenas tenían dinero; vivían con lo que les había dado la señora Leyla, pero pronto Yusuf obtendría plaza fija, se convertiría en un periodista de verdad.

Roxy nunca le mostraría el bebé a su padre en Alemania ni a Ute, la gallina desplumada. Ni siquiera les avisaría. Tampoco a los demás parientes. Quizá la señora Leyla diera clases a su hijo, le enseñara los idiomas que sabe, a tocar el piano, la ayudara a criar un niño culto. Aquella mujer era un océano. Acto seguido, Roxy se reía de esa idea. ¿Quién sabe qué sería de la señora Leyla en esos años?

Después, recordaba lo que le había dicho: no era posible que vivieran juntas durante años, y menos después del bebé. Y tenía razón.

Roxy se dejaba llevar ahora por la cálida felicidad de amar a algunas personas. Amaba a la señora Leyla, amaba a Yusuf y, sobre todo, amaba a su bebé. ¿Sería niña o niño? En unos meses lo sabría.

Y así, comenzó a pensar en bonitos nombres para niña y niño.

28

Aquella noche, Ali Yekta Bey estaba tan débil y agotado que no podía ni subir a un autobús. Pasar los dos últimos días con fiebre y vomitando sin cesar lo había dejado sin fuerzas. Por eso, rompiendo con sus principios, tomó un taxi que había mandado llamar a través de la sirvienta, delante del portón de la Mansión. En casa se oponían a que saliera en ese estado, pero él no escuchó a nadie. Salió de la casa respirando con dificultad, una presión en el pecho y tambaleándose de un lado a otro, cosa que dejó a todos angustiados.

Mientras cruzaba el puente del Bósforo camino de la otra orilla, miraba las mansiones costeras iluminadas. Pensaba en la vida de las familias que habitaban esas casas magníficas. Con la frente apoyada en el cristal, los ojos inyectados en sangre, el semblante pálido, despeinado y con la ropa arrugada. Ya no quedaba rastro del antiguo Ali Yekta Bey, bien vestido y seguro de sí mismo. Ese hombre se había ido, y en su lugar había llegado un anciano enfermo.

Ayer había recibido el Corán y el rosario que le devolvieron, y desde entonces estaba fuera de sí. Ese Corán manuscrito que había pasado de su abuelo a su padre, de su padre a él y que de él debía pasar después a su hijo. Pero ahora su hijo se lo devolvía, y todo por una habitación.

Había pasado la noche entre delirios pensando en Ömer. En uno de los momentos en que la fiebre lo dejaba sin sentido, soñó que Ömer le besaba las manos y le pedía perdón llorando. Pero, hacia la madrugada, lo despertó sobresaltado otro sueño, en el que Ömer le daba una bofetada. A él, a su padre.

Cuando despertó por la mañana, se encontró a sí mismo llorando. Era una sensación extraña. Nunca antes en su vida se había

despertado llorando. Justo antes de abrir los ojos, le había parecido que su esposa entraba en la habitación. Con los primeros rayos del día, filtrándose entre las persianas, la mujer le había dicho:

–Mira, ¿ves lo que has hecho? ¿Ha valido la pena todo esto, Ali Yekta Bey?

Cuando despertó, no había nadie. Otra cosa extraña era que no podía apartar de su mente a la señora Leyla. La mirada asustada que había lanzado hacia la casita del jardín al salir no se borraba de sus ojos. El daño que le habían causado le oprimía el corazón, y que además lo hubiera hecho su hijo lo llevaba al límite de su razón. Era como si la señora Leyla se hubiera convertido en la llave que abría la puerta de una habitación llena de secretos, y que una vez abierta había cambiado radicalmente su relación con su hijo. No podía creerlo. Ese hijo suyo educado, cortés, tan bien formado. Aquel niño hermoso del que había sido padre y madre, al que había considerado como una extensión de su propio cuerpo.

Pensó en las noches en vela que pasó cuidándolo y rezando junto a su cama cuando estaba enfermo. En las plegarias y oraciones recitadas antes de cada examen, y sus ansiosas esperas a la puerta del colegio. ¿No era el mismo niño? ¿No era la misma persona? Cuando en medio de la fiebre llegaba a este callejón sin salida en sus pensamientos, lanzaba un suspiro tan hondo que la sirvienta, creyendo que se le salían los pulmones, corría al cuarto alarmada. El segundo día le pusieron ventosas en la espalda, le untaron tintura de yodo, pero tampoco sirvió de nada. Seguía ardiendo.

Ali Yekta Bey no sabía nada de la vida laboral de su hijo. Sólo lo conocía como un hombre de negocios bien educado, inteligente, refinado y exitoso, y se sentía orgulloso de él. No tenía ni idea de que, nada más volver de América, había estafado a la primera empresa en la que entró, ni de que iba de un banco a otro ni de los fraudes cometidos en las sociedades de inversión. Tampoco es que hubiera entendido nada de esos asuntos.

Cuando el taxi lo dejó ante la puerta de la *yali*, la oscuridad de la noche había invadido cada rincón. No había un alma. Los guardias lo recibieron con el respeto de siempre, pero al mismo tiempo lo

observaban con asombro: ese hombre estaba destrozado, y su mirada parecía no verlos.

Ali Yekta Bey, al entrar en la mansión, oyó voces que venían del piso superior. Eran las voces de su hijo y de su nuera. Hablaban en voz alta, debían de estar discutiendo por algo. Ali Yekta Bey se dirigió en silencio hacia la escalera, subió al piso de arriba y se detuvo ante la puerta de la gran sala, sin entrar. Porque escuchaba que hablaban de él. Oyó que Necla se refería a él como «el sirviente». Decía que la gente no debería conocer a Ömer «el hijo del sirviente», que había que hacer que su pasado se olvidara. Que mudarse a la *yalı* era una oportunidad para cortar todo vínculo con aquel pasado maldito. Además, allí darían muchas recepciones, vendría todo Estambul. ¿Y ese hombre iba a seguir a su lado, recordándole siempre quién era?

Mientras la voz de Necla sonaba exaltada, escuchó que su hijo le respondía con un tono suave, persuasivo.

Decía que la comprendía. Que tenía razón, que la entendía, pero que aquello no podía resolverse de golpe.

–Está bien –dijo Ömer–. Tienes razón. No llevemos a mi padre a la casa, no le demos esta habitación, pero al menos dejémosle la casita del jardín. Que viva allí. Así estará separado de nosotros y no se sentirá herido.

–¡Qué más da que viva allí o aquí! –respondió Necla–. ¿Qué diferencia hay? La cuestión es que rompas toda relación con él. Ve a verlo a escondidas si quieres, pero no lo muestres en público. No proclames a todo Estambul que eres hijo de una familia de criados. Tú te has creado a ti mismo, has cambiado el destino de tu linaje, no le debes nada.

Al oír esto, una calma inmensa descendió sobre Ali Yekta Bey. «Familia de criados», pensó. Le vinieron a la memoria su abuelo y su padre. Recordó al Agá Cevher, el Alepino. Las palpitaciones se le aplacaron, el fuego de su mente se extinguió. Se sintió con la fuerza de quienes han tomado una decisión. Sabiendo muy bien lo que hacía, sacó con calma del bolsillo su viejo revólver y entró en la sala.

Su hijo y su nuera estaban junto a la ventana, conversando. Cuando lo vieron, su hijo gritó:

–¡Papá!

Ali Yekta Bey apuntó el viejo revólver que le había regalado su padre y disparó a Necla en la cabeza. Necla cayó al suelo con el lado derecho de la frente destrozado. La sangre salpicó el rostro de Ömer, que estaba muy cerca de su esposa. Sus ojos, enloquecidos, quedaron manchados de rojo. La sangre también manchó la pared recién pintada. Los guardias corrieron hacia la sala al oír el disparo.

Ali Yekta Bey se sentó tranquilamente en la cama. Ni siquiera oyó los gritos de su hijo. Aún sostenía la pistola en la mano. Los que llegaron vieron que no tenía fuerzas, que ni siquiera podía mover el brazo. Permaneció allí, sentado, con la mirada fija en el suelo hasta que llegaron los policías. No escuchó los gritos de su hijo, ni las voces de los guardias de la mansión, ni las preguntas de los agentes. Estaba como si le hubieran arrancado el alma. Uno de los policías pensó: «Parece que en esta habitación hay dos muertos, no uno».

El asesinato de la *Yalı* de los Bosnios fue comentado durante años por los vecinos del Bósforo. Se inventaron toda clase de rumores, y se convirtió en el tema invariable entre la gente del campo. Como Ali Yekta Bey no se pronunció jamás durante el proceso judicial, no declaró, no contrató abogado y se negó a hablar incluso con el letrado designado por el colegio, los rumores se propagaron sin freno.

Los más atractivos y creativos eran las variantes sobre la maldición de la *Yalı* de los Bosnios. La mansión tampoco trajo fortuna a sus nuevos dueños. Las mujeres movían la cabeza y decían:

–¿De qué sirvió tanta riqueza, tanta pomposidad?

Y repetían el refrán:

–¡Quien poco tiene poco teme! –dando gracias por su suerte.

Decían que el día en que aquel oficial inglés deshonró a una muchacha musulmana en el jardín de la *yalı*, la mansión había quedado maldita, había caído bajo la ira de Dios. Como si no hubiera bastado con que aquel suceso acabara con la familia del Bajá Abdullah Avni, el Bosnio, también Salih Bey, el comerciante que compró la casa, murió joven, y su familia tuvo que venderla. Y sobre los nuevos dueños, la familia Cevheroğlu, había caído la mayor de las desgracias.

Algunos afirmaban que Ali Yekta Bey había perdido la razón y cometido un asesinato sin motivo. Otros, apoyando la tesis del abogado asignado, aseguraban que el arma se disparó mientras la limpiaba y que Necla había muerto por accidente. Había quienes creían en esta versión, y quienes sostenían que Ali Yekta Bey llevaba tiempo planeando el asesinato y que había matado deliberadamente a su nuera.

Como Ali Yekta Bey no abría la boca para defenderse, el valor de los testigos era grande. Y entre esos testigos estaban, por supuesto, los vigilantes. El vigilante Mehmet contaba que, cuando Ali Yekta Bey regresó a casa aquella noche, se comportaba de un modo muy extraño. Incluso, después de que el hombre entrara, lo había comentado con un amigo y habían discutido si no estaría enfermo. Pero, por supuesto, no se les ocurrió detenerlo. Al fin y al cabo, era el padre de Ömer Bey.

Más tarde, cuando oyeron el disparo, corrieron hacia el interior y la escena que encontraron en el gran dormitorio fue esta: la señora Necla yacía en el suelo, ensangrentada, mientras Ali Yekta Bey permanecía en silencio, sentado sobre la cama. O no había notado su entrada o no le había importado. Ni siquiera los miró cuando le quitaron el arma de las manos.

Ömer Bey, fuera de sí, gritaba:

–¡Una ambulancia, se lo ruego, consigan una ambulancia!

Por eso el vigilante se apresuró a llamar por teléfono. Mientras tanto, los vecinos se habían reunido ante la puerta, tratando de averiguar qué había ocurrido. Media hora después llegó la ambulancia y se llevaron a la señora Necla, pero ya hacía tiempo

que había muerto. Ömer Bey, medio muerto él mismo, subió a la ambulancia y se fue con ella.

Un año después

La bebé Leyla se despertó esa mañana con una gran sonrisa que pronunciaba aún más sus hoyuelos. A Rukiye le fascinaba que la niña se despertara sonriendo cada mañana. De por sí ya era una bebé de buen carácter, tranquila, que no lloraba mucho por las noches. Rukiye no podía entender cómo una criatura tan serena había nacido de una rebelde como ella. Debía parecerse a su padre, al bueno y dulce Yusuf. El día que la niña nació, Roxy le puso el nombre de Leyla y también volvió a cambiar su propio nombre a Rukiye. Creía que este nombre le sentaba mejor a una madre. Roxy era el nombre de sus días de rebeldía.

A Rukiye, Leyla le parecía el bebé más hermoso del mundo. Le encantaba acariciar sus hoyuelos. La sonrisa de la niña, que sentía los dedos de su madre en la cara, era indescriptiblemente hermosa. Cada vez que veía esa sonrisa, el corazón de Rukiye se henchía de felicidad hasta sentir una inexplicable necesidad de llorar.

No creía en la buena suerte, pero a juzgar por el modo en que esa niña lo había cambiado todo, parecía que tales cosas sí existían en la vida. Nada más quedar embarazada, todo había cambiado, y todas las cosas negativas en sus vidas habían empezado a desaparecer una por una.

¿No era acaso un pequeño milagro que el problema insoluble de la *yalı*, gangrenado hasta la raíz, se resolviera de un modo que nadie había previsto? Incluso la señora Leyla, atónita por el repentino milagro, había llegado a creer que las promesas que había hecho a los talismanes y templos de Estambul habían surtido efecto. Pero también se había entristecido mucho por el daño que Ali Yekta Bey había sufrido para que se produjera esta solución. Al fin y al cabo, ¿quién habría pensado que el hombre mataría a su nuera y acabaría en prisión, que Ömer Bey, tras haberse vuelto medio loco, diría:

«¡Que mis ojos no vuelvan a ver este lugar!», y que por un milagro daría una orden: «¡Devuélvanle esta casa a la anciana!».

¿O es que acaso él también había llegado a creer en la mala suerte de la mansión, como todos? También podría estar pensando que haber echado a la anciana de su casa había sido la causa de semejante catástrofe.

Porque el dicho en boca de todos en ese momento era: «No causes dolor a una persona que sufre, pues el castigo de Dios tarda pero llega».

Hasta las gentes del campo repetían el refrán. Después del asesinato, se habían vuelto completamente en contra de los Ömer y habían apoyado a la señora Leyla.

«La señora Leyla es una noble, una persona de alta cuna –decían–. No es uno de esos nuevos ricos, como Ömer Bey. Al fin y al cabo, ¡la nobleza es la nobleza!»

La gente del barrio convirtió el regreso de la Señora en una fiesta. No se sabe cómo se habían enterado, pero hombres y mujeres, grandes y pequeños, se habían agolpado a la puerta de la mansión, convirtiendo el lugar en un festival. Cuando el taxi que traía a la señora Leyla se detuvo, le abrieron la puerta y la hicieron pasar al jardín, besándole la mano uno por uno. Algunos de ellos incluso lloraban.

Leyla les dio las gracias y luego se detuvo en la puerta de su casa un par de minutos. Se podría decir que incluso tenía miedo de entrar.

Vieron que su rostro se había puesto pálido, que sus manos temblaban al intentar abrir la puerta y que le faltaba el aliento.

Más tarde, cuando le contara este momento a Rukiye, le diría: «Créeme, me costó más entrar en la casa que irme».

No se sabe si tenía miedo de lo que vería en esa casa, si le aterrorizaba ser testigo de que su propia intimidad, que había conservado durante más de medio siglo, había sido brutalmente maltratada, o si sentía que entraba en la casa como una extraña.

Lo primero que notó en la casita fue que el olor había cambiado. Ya no tenía los aromas familiares que le pertenecían, sino que emitía un perfume diferente, más agrio. Aparte de eso, no se había hecho

ningún otro cambio. Tal vez todavía no le había llegado el turno. Sabía que los guardias se habían quedado en la casa durante toda la obra. «Pobres hombres –pensó–, tampoco es culpa suya».

Cuando abrió los cajones de la mesita de noche se llevó una gran decepción. Todos sus recuerdos se habían ido. No quedaba ni la cubierta de seda de la Hiyaz con las oraciones bordadas, ni el sombrero de su madre, ni las partituras, ni los manteles con encaje, ni los edictos del sultán, ni las caligrafías, ni las fotografías. En ese momento, Leyla se sintió completamente ajena a esa casa. Incluso los cuadros al óleo de las paredes habían sido retirados. Por eso, ya no parecía una casa que le perteneciera. O, más bien, ella no podía sentirlo así. Cansada y con un gran peso en el corazón, salió.

Al entrar y al salir, no pudo mirar el magnolio talado. No podía soportarlo. Y menos aún creía que tendría el valor de hacerlo delante de todo el mundo.

La multitud esperaba en silencio. Cuando le dijo a Yusuf, que la miraba con una expresión interrogante: «Vamos a casa, Yusuf», ella misma se sorprendió. Porque ya no pensaba en la mansión como su hogar, sino en Cihangir.

La gente del barrio observó en silencio cómo Yusuf y la Señora se subían al taxi y se alejaban. Luego, con una actitud tímida, entraron por la puerta de la casita. Tenían curiosidad por saber qué había visto la Señora allí. Vieron las sábanas sucias de las camas, las tazas de té sin lavar que habían quedado en la mesa, los platillos de té de plata llenos de colillas, las manchas marrones en el baño y se dieron cuenta de la suciedad pegajosa en los picaportes de las puertas y ventanas. Y, por supuesto, también notaron el vacío, la falta. No había nada de lo que hacía a la Señora ser la Señora. En ese estado, la casa parecía un bufón desnudo que había traicionado su pasado.

Esa noche, la gente del barrio se embarcó en una importante empresa. Primero, las mujeres entraron y limpiaron la casa frotando cada rincón. Limpiaron las tablas del suelo con jabón árabe, pulieron las ventanas, echaron salfumán en los baños y lavaron los platos hasta sacarles brillo. Antes de la medianoche, la casa estaba reluciente y olía a jabón. Después de que las mujeres llenaran los

jarrones con flores del jardín, el olor agrio de la casa se convirtió en un embriagador aroma a lilas. Luego, todos se retiraron a sus casas.

Nadie había decidido hacer algo así. Todo ocurrió de forma espontánea.

Al amanecer, se vieron algunas sombras frente a la casa. Algunas personas entraban y salían en silencio, pero nadie se veía entre sí, o más bien, fingían no verse y esperaban a que el otro saliera para poder entrar. La mayoría de los que hacían esto eran mujeres.

La Señora recuperaría sus fuerzas y volvería.

Mientras tanto, uno de los mayores cambios en Cihangir fue que Yusuf obtuvo un puesto fijo en el periódico y un salario mucho mejor que el anterior. Esto había sucedido justo después de que Ali Yekta Bey le disparara a su nuera. El director de la redacción había llamado a Yusuf para que se encargara de la noticia. Todo Estambul había quedado impactado por ese asesinato. La catástrofe que le había sucedido a la familia Cevheroğlu había puesto a la prensa en su contra, y los titulares se habían dedicado a los detalles del asesinato durante días. El director de la redacción también quería que Yusuf hiciera una serie de artículos sobre la historia de la señora Leyla y su familia antes de que otros periódicos se dieran cuenta. Al día siguiente, la foto de la señora Leyla se publicaría a doble página, y se contaría con todo lujo de detalles la gran crueldad con la que la familia Cevheroğlu había echado a esa pobre mujer de la casa familiar causándole tanto sufrimiento. Habían echado a la calle a la nieta de un gran bajá otomano, pero el destino los había castigado. La gente disfrutaría leyendo esa historia. Como Yusuf era quien mejor conocía el asunto, el periódico había tenido una suerte increíble. El director de la redacción le decía: «Vamos, por favor, Yusuf, haz un buen trabajo. Cuenta bien la historia de la mujer, la de su abuelo el Bajá, cómo la echaron de la casa, cómo cayó en ese estado tan lamentable. Trae todas las fotos antiguas que encuentres. Vamos a remover bien todo esto durante los próximos tres o cuatro días».

Este incidente le enseñó a Yusuf que el periodismo era una profesión demasiado dura para abordarla con sentimientos. Igual

que los médicos. Los médicos que tratan con la muerte todos los días, que cortan y diseccionan órganos internos durante las operaciones, no pueden sobrevivir si son sentimentales. Deben mantener una distancia entre su trabajo profesional y sus emociones. De lo contrario, ningún ser humano podría soportar tanta muerte y dolor.

Yusuf, que entendió que los periodistas, al igual que los médicos, debían vivir en un ambiente duro y sumamente profesional, comenzó a cuestionarse por primera vez si la profesión de periodista era adecuada para él. Los reporteros permanecían frente a la casa de Cihangir, hasta dormían frente a la puerta, esforzándose por obtener una foto y un comentario de la señora Leyla sobre el incidente, pero ella no se reunía con nadie.

Mientras tanto, Ali Yekta Bey, cuya foto se había publicado en la portada de todos los periódicos, mantenía la mirada fija, sin pestañear siquiera, en la tabla de madera de la litera de arriba.

No se sabe si fue el destino o una coincidencia, pero era una situación interesante que hubieran puesto a Ali Yekta Bey en la prisión de Toptaşı.

Porque esa histórica prisión estaba justo al lado de la mansión donde su bisabuelo, el Agá Cevher, el Alepino, había trabajado como mayordomo durante toda su vida. De hecho, el edificio del juzgado de hoy se había construido en una parte de la mansión.

Ali Yekta Bey yacía en un edificio de piedra que había sido mandado construir por Mimar Sinan en el siglo xvi. Sabía que antes que él, famosos escritores y poetas habían sido encarcelados allí, e incluso de vez en cuando se encontraba con algunos de sus escritos en las paredes.

Toda su relación con la prisión se limitaba a eso. No hablaba con los reclusos, no respondía a ninguna pregunta, y yacía en su litera con los ojos cerrados desde la mañana hasta la noche.

Los reclusos, que al principio se interesaban por este hombre de alta alcurnia y querían conocer la historia de cómo había matado a su nuera, ahora se habían desanimado por su terquedad y lo habían dejado en paz. Todos sabían lo que había pasado, ya que los

periódicos habían estado hablando del asesinato durante días. Además, la noticia de que era el padre del dueño de un famoso banco había llegado a la prisión incluso antes que él. Por eso, unos pocos reclusos que querían sacarle dinero se habían esforzado sin descanso por adularlo y ofrecerle algunos servicios, trayéndole té a menudo, pero no obtenían ninguna reacción de su parte.

El hombre no aceptaba las visitas de su hijo.

En los días de visita, los reclusos veían a Ömer Bey llegar entre guardaespaldas que bajaban del Mercedes negro y esperarlo con la cabeza gacha, pero el anciano se negaba a salir, no abandonaba su pabellón y permanecía tumbado en su litera con los ojos cerrados.

Ante tanta obstinación, todos lo fueron abandonando poco a poco, permitiendo que se retirara a la soledad que deseaba.

Nadie lo molestaba ya.

Ali Yekta Bey también había puesto barreras en su mente. A lo largo del día, entre los pensamientos que revoloteaban en su cabeza, Ömer no estaba, no podía entrar. Era como si sus recuerdos se hubieran borrado. El anciano, que había cortado la relación con el mundo exterior y se había encerrado en su cabeza, no pensó en Ömer ni una sola vez. Ya ni lo recordaba.

En su lugar, Ece y Melike le venían a la mente con frecuencia. ¿Qué estarían haciendo? ¿En qué clase de personas se habrían convertido? En su corazón había surgido una calidez hacia sus dos hijas que nunca antes había sentido. Mientras pensaba, llegaba a la extraña conclusión de que las había olvidado. Durante años no había pensado en ellas.

Luego su mente se detuvo en su esposa. Los primeros años de su matrimonio y el nacimiento de sus hijos acudieron a la mente. Pero el nacimiento de Ömer no estaba entre ellos, sólo los nacimientos de Ece y Melike.

Un día, el director de la prisión mandó llamar a Ali Yekta Bey a su despacho. No ir no era una opción. Dos guardias lo condujeron por los pasillos estrechos y las secciones abovedadas hasta el despacho del director. Este sentó a Ali Yekta Bey frente a él, le pidió un café sin preguntarle y le ofreció un cigarrillo mientras abría su petaca metálica. Quiso saber cómo estaba.

Ali Yekta Bey respondió a esas preguntas con algunos sonidos y gestos. Se escuchó un breve «Gracias, estoy bien, señor director» de su boca. Le trajeron su café y comenzó a beber. El director le hacía algunas preguntas, quería entablar una conversación, pero Ali Yekta Bey no le hacía caso y miraba los jardines y las flores por la ventana. En un momento, sus ojos se posaron en una mosca que jugaba en el cristal.

El director, al darse cuenta de que el hombre no lo escuchaba, dijo: «¡Pero esto es una vergüenza, Ali Yekta Bey! Lo he invitado aquí por respeto a su edad y veo que ni siquiera se digna responderme».

Ali Yekta Bey dijo: «Por favor».

El director de la prisión era la máxima autoridad en ese edificio, pero sentía que no podía dominar al pobre recluso que tenía delante, y eso lo enfurecía. Después de todo, el hombre era un sirviente, pero la magnificencia con la que se erguía ante él le hacía pensar en que no se trataba de un recluso, sino de un ministro de Justicia que había venido a inspeccionar la prisión.

A su vez, Ali Yekta Bey, que se había inclinado ante la autoridad durante toda su vida, sentía por primera vez que era libre, que vivía sin un señor por encima de él.

El pabellón de la prisión le había traído la libertad. Como ya no tenía ninguna exigencia en la vida, no tenía que pedir nada a nadie. Por eso era libre y tenía la cabeza alta. No había sido la mansión, sino la prisión la que lo había salvado del destino de ser un siervo.

Ali Yekta Bey había comprendido que las ambiciones del ser humano son una esclavitud más terrible que una celda de prisión.

El director, que estaba cada vez más enfadado, se esforzó por controlarse y le dijo: «Tienes una visita detrás de esa puerta, Ali Yekta Bey. Lo haré entrar y me iré. Hablad un rato, padre e hijo, y desahogaos».

Ali Yekta Bey se estremeció, bajó la cabeza y fijó la vista en el borde de la mesita.

Escuchó el chirrido de una puerta y pasos, y luego la voz de Ömer llegó a sus oídos.

–¡Papá! –decía la voz–. ¡Papá!

Sin mirarlo a la cara, se levantó y se dirigió a la puerta. Ömer se acercó y lo agarró, queriendo abrazarlo.

Mientras tanto, le decía llorando: «Papá, ¿por qué hiciste esta locura? ¿Sabes cómo has arruinado mi vida? El hijo que criaste y por el que te esforzaste ahora es un muerto viviente, papá. Me has quitado todo, has destruido mi razón de vivir. ¿Cómo has podido cometer semejante monstruosidad?».

Luego, volvió a llorar en voz alta: «A pesar de todo, eres mi padre, pero me mataste, que lo sepas. Mataste a tu propio hijo junto con Necla».

Ali Yekta Bey no le miró a la cara ni le respondió. Tan pronto como los brazos de su hijo, que lo había abrazado por la espalda, se aflojaron, salió por la puerta y se dirigió hacia los guardias. Desde dentro se oían los sollozos de Ömer.

Ese día, cuando regresó a su pabellón y se acostó en la cama, borró ese incidente de la memoria. Trató de traer a Ece y Melike a su mente. Quién sabe cómo habrían crecido, cómo se habrían convertido en mujeres hermosas.

Durante su sueño intranquilo de esa noche, Ali Yekta Bey no vio a sus hijas. En su lugar, tuvo otro sueño que lo dejó sin aliento, cubierto de sudor, y abrió los ojos aterrorizado.

Estaba de nuevo en la antigua mansión. Su bisabuelo el Agá Cevher, el Alepino, su padre y él mismo estaban de pie, esperando, sirviendo al señor que estaba sentado a la mesa. El Agá Cevher llenaba el vaso del señor con la jarra de cristal, su padre le servía la comida y él esperaba su turno con una copa de coñac y un puro en la mano. El rostro del señor no se veía. El silencio se había apoderado del ambiente. Después de que su padre le sirviera la comida se acercó a la mesa, le ofreció respetuosamente la copa de coñac y el puro que tenía en la mano, y en ese momento vio el rostro del señor. Era un niño de diez años el que estaba sentado allí. Un niño con un traje, corbata y el pelo engominado, que lo miraba con ojos traicioneros. El niño comenzó a beber el coñac y a fumar el puro. Ali Yekta Bey le dio una bofetada. El niño, con una sonrisa artera en su rostro, se levantó y se abalanzó sobre él. Ali Yekta quiso retroceder, pero el niño de repente se lanzó contra su pecho, lo

derribó al suelo y luego sacó un cuchillo del bolsillo y comenzó a apuñalarlo. Mientras tanto, él trataba de esquivar las puñaladas y suplicaba a su padre y a su bisabuelo que huyeran.

–¡Huyan! –les decía–. Este no es quien ustedes creen. ¡Nos va a matar a todos!

Pero, por desgracia, su padre y su bisabuelo, que estaban de espaldas, no lo oían. A pesar de gritar con todas sus fuerzas, no lograba advertirlos. Con un movimiento, se liberó de la mano del niño y comenzó a correr hacia las escaleras. Era extraño que no sintiera ningún dolor a pesar de que sus heridas sangraban. Después, Ali Yekta Bey vio que el niño se dirigía hacia su padre y su bisabuelo, y también los apuñalaba con el cuchillo.

Comenzó a gritar con todas sus fuerzas y, con esos gritos, se despertó.

Los reclusos se habían reunido a su alrededor; lo miraban con ojos compasivos. Uno de ellos le trajo agua y, sosteniéndole la cabeza, se la dio a beber a sorbos como a un bebé.

Después de esa noche, la relación entre Ali Yekta Bey y los otros reclusos se suavizó. Los miraba con ojos amables, aceptaba el té que le traían con un leve asentimiento de cabeza, pero aun así no abría la boca para decir una sola palabra. Los reclusos, por su parte, ya habían entendido que lo mejor era dejarlo en paz.

Ali Yekta Bey mantuvo la misma actitud durante los juicios. No habló con nadie ni respondió a ninguna pregunta. El abogado que le había asignado el colegio de abogados lo visitó varias veces. Quería saber si había algún factor que pudiera considerarse una provocación grave para reducir su condena. Pero las piedras tenían más voz que Ali Yekta Bey en esos momentos.

Se quedaría en la prisión hasta que muriera de enfisema y no respondería ni a los médicos en la enfermería que le preguntaban qué le pasaba.

Así fue como el gran Ali Yekta Bey se fue de este mundo.

La señora Leyla ya no podía quedarse en la casa de Cihangir. Aunque le resultara difícil y le causara un poco de miedo, aunque le pareciera extraña, tenía que volver a la *yalı*. Dos días después, hizo su equipaje, se despidió de Rukiye, cuya barriga de embarazada empezaba a notarse, y, tomando la pesada maleta marrón que Yusuf cargaba, se fue a la mansión.

Los bosques del Bósforo empezaban a teñirse de los colores rojizos y pardos del otoño. Durante el camino, la señora Leyla observó esos bosques y las corrientes familiares del Bósforo. No habló en absoluto.

Esta vez entró en la casa con Yusuf. En el momento en que la Señora dio un paso dentro de la casa, sintió una calidez que le subió a la cabeza, sintió que se iba a desmayar y se tambaleó, agarrándose al marco de la puerta. La casa estaba casi más hermosa que antes, olía de maravilla, estaba reluciente. Pero no era eso lo que emocionaba a la señora Leyla. Su familia había regresado. Su abuelo el Bajá la miraba desde su antiguo lugar en la pared, junto con su abuela y su tío. Incluso el letrero que solía estar en la mansión y que decía «¡Esto también pasará, *ya hu*!» había llegado a esta casa y había sido colgado en la pared.

Las viejas sábanas de los cajones de las mesitas de noche habían sido puestas una a una en su lugar. La señora Leyla pensó que esto era otro milagro. Los talismanes y santuarios de Estambul tenían que ser muy poderosos.

Mientras tanto, los vecinos observaban la escena con una atención silenciosa, sin acercarse demasiado. Durante la noche, las mujeres habían traído en secreto todo lo que habían tomado de la casa de la Señora y lo habían puesto en su lugar. Hasta Cemile lo había hecho, porque había empezado a dudar de que la Señora fuera realmente una infiel y tampoco estaba tan segura de que fuera correcto tomar bienes de un infiel. Después de todo, era la Señora de toda la vida, la nieta de un gran bajá. Seguramente ese rumor del oficial inglés lo habían inventado los que la envidiaban para manchar su reputación. Además, ¿no se llamaba Leyla? ¿No era Leyla un nombre musulmán? «Ay, mi pueblo –pensó–, ¡ay, mi pueblo hipócrita!». Alguien

seguramente los había engañado. Quizá la familia Cevheroğlu, esos ricachones de pacotilla, esos nuevos ricos, lo había hecho.

Los días siguientes de la Señora parecían ser como los de antes. Se sentaba de la misma manera en el jardín, hacía sus bordados, leía los periódicos y veía la televisión, y daba jazmines, higos y granadas a los niños del vecindario. Pero en lo más profundo sentía que nada volvería a ser como antes. Aunque la casa era la misma, ella había cambiado. El rocío de la mañana que se acumulaba en las hojas de los árboles, los graznidos de las gaviotas, el lento zumbido de los grandes barcos que estaba acostumbrada a oír por las noches, el canto de los jilgueros y los ruiseñores, el ruido de los pies de los albatros que caminaban por el tejado durante las noches, que sonaban como los de una persona corpulenta, eran iguales y no lo eran. Se dio cuenta de que se aburría estando sola en casa y eso fue un descubrimiento muy extraño para ella.

La armadura de soledad que había construido a su alrededor se había roto, y algo se había filtrado. No sabía exactamente qué era ese «algo», pero era consciente de que ya no podía valerse por sí misma. Había un mundo fuera de ella y Leyla ya conocía ese mundo. No podía ser como en los tiempos en que no lo conocía.

La segunda noche después de mudarse a la casa se atrevió por primera vez a mirar el tronco cortado del magnolio, y luego se sentó a su lado. El grueso y robusto tronco había sido cortado desde la base. Incluso la zona del corte ya había empezado a cubrirse de musgo. Yacía allí como un muerto. Quién sabe hasta dónde llegaban sus raíces bajo tierra, pero encima de la tierra, el corto tronco cortado era como un lamento. Pasó la mano por la superficie. «Aunque la mayor parte de ti esté bajo tierra, sé que me escuchas –dijo–. Igual que mi familia. Tu muerte es mi muerte. Significa que también ha llegado mi hora de irme de este mundo».

Ese día, la bebé vendría a su casa por primera vez. Por eso se levantó muy temprano por la mañana, decoró la casa con flores, preparó un lugar en el diván para acostarla, aunque luego pensó

que quizá dormiría en su cochecito. Si hacía calor, incluso podría mecerla en la hamaca del jardín. No quería, por supuesto, que la bebé, el ser que más amaba en este mundo, se enfermara. Cuando los visitaba de vez en cuando, era como si viviera a través de Rukiye todo lo que ella no había podido vivir, y saboreaba la felicidad de criar a un niño, de respirar el olor a leche que de ella emanaba. Durante horas miraba con admiración su rostro y se convencía de que era su propia nieta. Después de muchos años de soledad, por primera vez sentía la calidez de un pariente. Yusuf y Rukiye se habían convertido en sus propios hijos. En ese caso, la bebé, que llevaba su nombre, también era su nieta.

La serie de artículos de Yusuf había causado una gran conmoción, se había convertido en un evento del que toda Turquía hablaba y que, por supuesto, fue olvidado un par de semanas después. Pero la señora Leyla estaba muy contenta de que esa serie le hubiera proporcionado a Yusuf un trabajo y unos ingresos estables. Al menos, ella también le había hecho un favor a ese muchacho leal.

Uno de los días más divertidos fue la ceremonia de boda de Yusuf y Rukiye en el Registro Civil de Beyoğlu, cuya noche culminó con una fiesta en uno de los restaurantes del distrito. Rukiye, que no tenía traje de novia, se había puesto un sencillo vestido blanco, y con su cabello, que había vuelto a ser negro, se veía sencilla pero muy hermosa. Aunque la familia de Yusuf no veía con buenos ojos a la novia que había llegado de forma inesperada, también asistió a la ceremonia. Cemile le puso un brazalete a la novia.

La señora Leyla fue una de los testigos. El otro testigo fue el joven actor de teatro con bigote a lo Nietzsche. Ese día, antes de salir de casa, cuando la señora Leyla le puso a Rukiye en el pecho el broche, la última pieza de las joyas de la familia que le quedaba, los ojos de la chica se hincharon de tanto llorar y tuvieron que pedirle que se calmara para no arruinar la ceremonia.

Cuando el oficial del registro le preguntó su nombre, orgullosamente dijo Rukiye y le echó una mirada a la Señora. Era

como si quisiera decir: he hecho las paces con mi nombre. Ahora voy a ser madre, no estoy loca, he hecho las paces con mi nombre. La Señora asintió con la cabeza con afecto.

Rukiye pensaba que tanta felicidad era demasiada, no podía creer lo que le estaba pasando, y se preguntaba qué había hecho para merecerlo. La creencia que había arraigado en su interior desde la infancia de que «¡la gente es mala!» había comenzado a cambiar. Seguía pensando que el mundo era un lugar malo y cruel, pero quizá también se podía encontrar a algunas personas buenas.

La señora Leyla se había preparado para vivir el primer día en que la pequeña Leyla honraría con su presencia la casa y su jardín como si fuera una fiesta, pero no fue así. Acostó a la bebé en la hamaca de su infancia entre dos árboles del jardín y contempló su rostro durante largo tiempo.

Una sorpresa mezclada con alegría se había apoderado de los jóvenes. Después de tanta angustia, tristeza y miedo a quedarse sin hogar, ahora estaban todos en el jardín de la mansión. Rukiye, sentada en aquel jardín tranquilo y silencioso, mientras sentía la intensidad del afecto de la señora Leyla por la pequeña Leyla, pensaba en cómo aquella casa había cambiado tan radicalmente sus vidas.

No había conocido en absoluto al desgraciado Ali Yekta Bey. Le daba pena el triste destino del pobre hombre, pero la verdad es que con lo que había hecho los había salvado a todos de un solo golpe. A pesar de que se trataba de un asesinato, por alguna razón era incapaz de apenarse lo suficiente y, aunque se sentía un poco culpable por aprobar un crimen que la beneficiaba, trataba de tranquilizarse escuchando rumores y concluyendo que Necla se lo tenía merecido. En cualquier caso, ese era el método de muchas personas para quedarse tranquilas.

Le preguntó a Leyla:

–¿Han hecho muchos cambios en la *yali*?

Leyla, sin apartar los ojos de la bebé, dijo:

–No lo sé, no he entrado dentro.

–¿No ha sentido ni una pizca de curiosidad?

–No, ¿qué iba a ganar con mirar? De todos modos, no es mi casa. Ese viejo mundo desapareció, se acabó, se consumió. Es mejor que la casa se quede tal como la imagino.

Yusuf dijo:

–Yo la he visto. No está mal, no han hecho muchos cambios.

–No importa –dijo Leyla–. De todos modos, no es nuestra casa. Además, la propiedad tampoco es nuestra. Tarde o temprano, un nuevo rico aparecerá y se quedará con ella. ¿Qué más da si la veo o no?

Yusuf pensó para sí: «Tiene razón». Ya no quedaba ni una sola mansión que fuera propiedad de sus antiguos dueños. Todas habían cambiado de manos.

Últimamente, la señora Leyla siempre parecía triste. Mientras todos esperaban que celebrara la alegría de haber recuperado su casa, se había ido encerrando cada vez más en sí misma y actuaba como si no estuviera contenta en absoluto con la situación. ¿Cuál sería la razón?

¿Podría ser que la anciana, tan herida por lo que le habían hecho, no pudiera olvidar el pasado? ¿O se resentía por el hecho de que se hubiera cometido un asesinato en esa casa?

Ese día, Yusuf se armó de valor y le preguntó amablemente sobre estos temas a Leyla. Quería entender por qué estaba triste. La Señora señaló a un árbol y dijo:

–Mira, Yusuf, qué grande se ha hecho el ciruelo. Tú recordarás el día en que lo plantaron aquí. ¡Era un arbolito tan endeble! Y ahora, mira hasta dónde ha llegado.

Ante esa respuesta, Yusuf se calló y no volvió a tocar el tema.

Las puertas y las persianas de la mansión estaban cerradas. El tejado había sido reparado, la madera renovada, las ventanas cambiadas, pero aun así, emanaba de allí una soledad indescriptible, como si nadie hubiera entrado en ella durante años.

La cena para celebrar la llegada de la pequeña Leyla a la casa se había convertido en un completo fracaso. Y eso que todas las condiciones eran perfectas para una buena celebración: un sol de

finales de verano cálido y brillante, un aire embriagador con el perfume a geranios, laurel y jazmín, el zumbido de las abejas y las mariposas que completaban la decoración, y una bebé que dormía profundamente en la hamaca, arrullada por el aire libre.

Pero por alguna razón, el estado melancólico de Leyla había convertido esa comida que debía ser una celebración en un ambiente de luto.

Yusuf y Rukiye no entendían la situación, por lo que permanecían en un respetuoso silencio. Además, era como si se hubiera creado una distancia entre ellos después de que la señora Leyla se mudara a su casa. La atmósfera de intimidad y la cercanía informal que habían surgido de las circunstancias extraordinarias en Cihangir ya no existían. Rukiye ya no la podía llamar Leyla como antes y, a pesar de su insistencia, siempre se refería a ella como la señora Leyla. A veces recordaba las insolencias que le había dicho a la mujer los primeros días de conocerla, y le daba mucha vergüenza. La señora Leyla no había hecho nada para causar ese efecto en ellos, pero aun así su presencia y personalidad habían cambiado a Rukiye, convirtiéndola en una persona completamente diferente. Rukiye sentía que había caído en el campo de atracción de la señora Leyla y, sin darse cuenta, imitaba sus acciones y palabras.

La Señora, por su parte, vivía una de esas implacables angustias internas que a veces la asaltaban a la luz del día.

Ni siquiera podía sentir la alegría de haber regresado a su querida casa que tanto había anhelado. Era como si la hubieran llenado de paja por dentro.

¿Qué era eso?

¿Sería el sentimiento de vacío que experimenta una persona cuando un objetivo importante se cumple? ¿Un pesimismo propio de la vejez?

Quizá la causa no era ninguna de esas cosas.

La señora Leyla, al igual que en su juventud, sentía una inquietud que se originaba en la belleza excesiva. El color azul del Bósforo que relucía bajo el brillante sol de septiembre, el canto de los pájaros, los árboles y la bebé durmiendo en la hamaca eran tan hermosos que todo ello acentuaba el contraste más agudo entre la vida y la

muerte, y como siempre, le provocaba una sensación de vacío y tristeza.

El sinsentido de la vida, la fugacidad de la existencia, el sentimiento de pavor en presencia de una belleza excesiva.

Debido a esos pensamientos, a pesar de los esfuerzos de los jóvenes por celebrar y alegrar el ambiente, la comida resultó muy insípida, y se volvió aún más aburrida con los largos silencios de aquellas personas que no encontraban nada de qué hablar.

Después de que la pareja y la bebé se fueran, Leyla se hundió de nuevo en su soledad. Empezó a pensar de nuevo en su abuelo y en su abuela; y en su padre, su madre y su tío, a quienes no había conocido.

Sentía que cada momento que pasaba sin pensar en ellos se asemejaba a una traición a su pasado, pero lo más importante era que sumergirse en el pasado funcionaba como un bálsamo que la salvaba de las preocupaciones del presente. Sin embargo, eso ya no era suficiente por sí solo. El equilibrio de su vida se había roto. O más bien, no sabía exactamente qué le estaba pasando.

Al día siguiente, los vecinos vieron que la señora Leyla llamaba a un taxi al mediodía y salía de casa. Su actividad de los últimos días sorprendió a todos. La mujer actuaba como si tuviera asuntos urgentes que resolver.

No se la vio en todo el día. Cuando regresó al anochecer, estaba agotada y deshecha, jadeando. Al verla bajar del taxi con dificultad, agarrándose el pecho y apoyándose en la puerta del jardín, los vecinos corrieron a ayudarla, pero ella no quiso la ayuda de nadie. «Sólo necesito un poco de aire. Ya se me pasa», les sonrió.

Los hombres, preocupados, enviaron a sus esposas para que la asistieran por la noche. Las mujeres llevaban entre sus manos un plato de comida. Les dio las gracias y dijo que se acostaría enseguida. Estaba muy cansada y no quería comer. Las mujeres quisieron recoger las sábanas blancas que estaban tendidas en el tendedero del jardín. No las dejó, dijo que las quitaría ella misma al día siguiente. No había problema en que se quedaran allí una noche más. Las mujeres, que sabían que no se podía discutir con la señora Leyla, se dieron la vuelta y se fueron a sus casas.

Pero la rareza del asunto de las sábanas tampoco pasó desapercibida. Esas sábanas habían estado colgadas allí casi una semana. La señora Leyla no las quitaba a propósito. ¿Por qué haría algo así?

Esa noche, una de las densas nieblas del Bósforo, que no dejaban ver nada, descendió sobre el lugar, y todo se volvió de un blanco lechoso. Los barcos hicieron sonar sus sirenas de advertencia durante toda la noche, que zumbaban como los gritos de un animal herido en la cima de una montaña y que hacían estremecer el corazón. Los pilares que sostenían el puente colgante parecían guillotinas gigantes que se elevaban hacia el cielo.

La niebla no se disipó a la mañana siguiente, y de hecho se hizo aún más densa. Los árboles del jardín parecían fantasmas. La niebla era tan espesa que era como si las nubes del cielo hubieran descendido al jardín. La señora Leyla tuvo la sensación de que caminaba sobre esas nubes y no sobre la tierra.

Caminó hacia las sábanas blancas que colgaban del tendedero. Como era de esperar, todavía estaban húmedas. Si se habían secado el día anterior, habían absorbido la humedad de la noche. Se secaban todos los días y se humedecían de nuevo todas las noches. Pero ella no esperaba que estuvieran secas de todos modos; quería envolverse en las sábanas como su abuela y su madre, y desaparecer en esa blancura.

Recordó la visita que había hecho a la prisión el día anterior. El pobre Ali Yekta Bey parecía tan consumido. En la penumbra de la zona de visitas de la prisión estaba sentado con los ojos hundidos, tímido y enfermo, y al principio no quiso hablar con ella. No era de extrañar, ya que no había dado su testimonio en los juicios, no había abierto la boca y se había negado incluso a reunirse con el abogado que le había asignado el tribunal. Pero ante las insistentes preguntas de la señora Leyla, sólo una vez había abierto la boca, y a la pregunta de «¿Por qué, Ali Yekta Bey?», se había limitado a decir con una voz áspera: «¡Es un asunto de familia!». La señora Leyla había entendido que esa respuesta era una advertencia que significaba: «¡No me preguntes más sobre este tema!».

Para no entristecer más a ese hombre digno, dejó al guardia los regalos que le había llevado y se marchó tras decir: «¡Que Dios lo proteja, Ali Yekta Bey!».

Esa visita le recordó una vez más el amargo destino del príncipe Cihangir. El destino del hijo al que tanto se habían esforzado en preparar para el trono, el niño favorito de Solimán el Magnífico.

En los periódicos se decía que Ali Yekta Bey se había negado a ver a su hijo Ömer, que lo había visitado, y que en los juicios tampoco lo había mirado a la cara.

La Señora se tambaleó por un fuerte dolor que le subió del pecho al brazo izquierdo y se agarró a las sábanas. Era un dolor más intenso comparado con los que la habían visitado de vez en cuando y que le venían cada vez con mayor frecuencia en los últimos meses, y que también le habían golpeado con fuerza en el brazo y la mandíbula durante las visitas del día anterior.

Trató de llenar sus pulmones de aire. Por un momento, se tambaleó, y luego se desplomó en el suelo, envuelta en las sábanas, exactamente como lo había hecho su abuela. Sus manos se deslizaron en la frescura de las sábanas. La niebla la cubrió por completo en una nube. Sentía la humedad de la tierra del jardín y las hojas de otoño en su rostro.

Con un último esfuerzo, se levantó, se arrastró hasta la hamaca agarrándose del borde y se acostó en ella. Una de sus manos no soltó la sábana húmeda, que se echó sobre sí. Ahora la muerte podía venir y tomarla en la hamaca de su infancia. Acostarse en la hamaca donde había soñado, leído libros, dormido en las tardes de verano, observado las hojas de los árboles y las nubes blancas, le dio una paz infinita y borró así cualquier rastro de miedo.

Cerró los ojos, y el último sonido que escuchó fue el salvaje graznido de una gaviota que se abalanzaba desde el tejado hacia el jardín.

El cuerpo sin vida de la señora Leyla, envuelto en las sábanas, yació en esa hamaca todo el día y toda la noche. Esto se debió a que los vecinos pensaron que la Señora, que se había sumido en uno de sus largos periodos de soledad, no quería salir y la dejaron sola para no molestarla.

Al día siguiente, el técnico que vino a leer el contador de electricidad miró por la puerta de hierro del jardín y, al sospechar del estado de la señora Leyla, tendida inmóvil en la hamaca y sin responder a ninguna de sus llamadas, informó a los vecinos de la situación.

El funeral de la Señora se llevó a cabo un día después en la mezquita del barrio y la enterraron en el cementerio familiar, junto a su abuelo, su abuela, su tío y su desafortunada madre. A la pregunta del imán: «Una mujer devota. ¿Cómo la conocían?», respondieron de todo corazón: «¡La conocíamos por ser una buena persona!». Levantaron las manos y rezaron el Fatiha. En el funeral, las mujeres del barrio se deshacían en lágrimas recordando las bondades de la señora Leyla y se repetían unas a otras que no había nadie como la nieta del Bajá. La que más lloró fue Cemile; lloró a lágrima viva hasta el anochecer.

El acontecimiento más sorprendente de ese difícil y doloroso día para Yusuf fue que, después de la ceremonia del funeral, cuando fue a la casa de la señora Leyla, encontró sobre la mesa un sobre a nombre de su hija.

Yusuf se sintió extraño cuando leyó el nombre de Leyla Yılmaz en él. Era la primera vez que veía el nombre de su hija escrito en una carta. Entendió que la Señora le había dejado una carta a su hija antes de morir. Al principio, dudó si abrir o no la misiva, ¿sería lo correcto? ¿Debería guardar la carta y dársela a su hija cuando creciera? Pero la Señora no había dejado una nota al respecto, y no había forma de que pudiera esperar tanto tiempo. Con las manos temblorosas, abrió el sobre.

La carta comenzaba: «Mi querida niña, Leyla». Estaba escrita con la cuidada caligrafía de la Señora. Yusuf leyó la carta de principio a fin con lágrimas en los ojos, que incluso cayeron sobre la carta...

Mi querida niña, Leyla:

Esta carta la abrirán primero tu madre y tu padre, y cuando crezcas, te la leerán.

Como te resultará difícil recrear en tu mente los sucesos del pasado, quizá no logres comprender del todo lo que quiero decirte. Porque si este país no hubiera

sufrido una convulsión tan grande, si sus cimientos no se hubieran derrumbado, tal vez mi familia y yo no hubiéramos vivido una tragedia de esta magnitud.

Eran personas de buena voluntad que vivían en este jardín, en esta *yalı*, en esta casita. Todos se amaban mucho, pero el amor irresistible de mi madre y mi padre hizo que los acontecimientos se salieran de control y fue el comienzo de las desgracias que le sucedieron a la familia. Sin embargo, no me es posible culpar a esa joven y a ese joven oficial. Hay algo conmovedor en el hecho de que se amaran hasta el punto de enfrentarse a la muerte. No sé si la palabra amor conservará el mismo significado cuando llegue a tu tiempo, pero creo que es necesario respetar cómo se sentían.

Mi niña querida, te amo con todo mi corazón. Cuando te tuve en mis brazos, cuando respiré el olor de tu piel, sentí que las personas que una vez vivieron en esta mansión continuarían en ti. Tengo la esperanza de que la familia Bosnalı no desaparecerá con mi muerte.

Por esta razón, te he dejado esta casita en un testamento que he preparado ante notario. Quiero que vivas aquí, que seas feliz y que nos recuerdes.

Mi último deseo: la casa de Leyla, para Leyla.

Tu abuela Leyla Bosnalı

Agradecimientos

Debo un profundo agradecimiento a muchos autores de gran prestigio que con los detalles que ofrecieron en los libros de memorias e historia que publicaron, enriquecieron mi subconsciente y, por ende, también esta obra.

Entre estos autores y sus obras se encuentran *La vida en el viejo Estambul* de Müsahipzade Celal, *Recuerdos de la Yalı Kocataş* de Yusuf Mardin, *Mi madre Melek y yo*, preparada por Emine Çaykara a partir de las memorias de Mehmed Abud, *El Bósforo durante la Lucha Nacional* de İbrahim Balâ, y *Yalıs y gentes en el Bósforo* de Murat Belge.

Quiero mencionar también las valiosas contribuciones de mis amigos Jonathan Beard y Osman Okkan.

En la preparación editorial de esta novela conté con el gran apoyo de mi editora Neclâ Feroğlu, a quien le expreso mi agradecimiento.

Asimismo, agradezco al hotel Lara Concorde de Antalya y a su personal por la hospitalidad brindada durante la escritura de una parte de esta novela.

1 Una *yalı* es una casa señorial de época otomana, construida a orillas del Bósforo y tradicionalmente usada como residencia de verano. *(N. del T.)*

2. En Turquía, es una tradición mostrar respeto hacia los mayores durante celebraciones como las fiestas religiosas besándoles la mano y llevándosela a la frente. *(N. del T.)*

3 *Selamlık,* la parte de una casa otomana (especialmente de un palacio u hogar señorial) reservada para los hombres y para recibir visitas, separada del *haremlik*, el harén, que era el espacio privado y femenino. *(N. del T.)*

4 *Bey* es un título de respeto en turco masculino, similar a «señor» o «don», que se coloca después del nombre. *(N. del T.)*

5 En el idioma turco, el apellido *Bosnalı* significa «proveniente de Bosnia». *(N. del T.)*

6 Música tradicional y popular turca. En bares de *türkü* se escucha esta música en directo mientras se bebe rakı, bebida alcohólica hecha a base de uvas y anís. *(N. del T.)*

7 *Rumelia* (literalmente «la tierra de los romanos») era el nombre que el Imperio otomano daba a sus territorios europeos, es decir, a las tierras conquistadas en los Balcanes desde el siglo xiv. Incluía principalmente Tracia oriental (actual Turquía europea), el norte de Grecia, Bulgaria, Macedonia del Norte, Albania, Kosovo, Bosnia y Herzegovina, y el sur de Serbia. *(N. del T.)*

8 *Beylerbeyi*, «señor de señores», uno de los cargos más altos del Imperio otomano. *(N. del T.)*

9 Pronúnciese la «c» como la jota en la palabra inglesa «jazz». *(N. del T.)*

10 Natural de Alepo. *(N. del T.)*

11 La palabra sorbete proviene del turco *şerbet*, y este, a su vez, del árabe *sharba* (شربة), que significa «bebida». En el mundo otomano, el *şerbet* era una bebida muy común, elaborada con flores, frutas, especias y azúcar, servida fría, a menudo durante ocasiones especiales, rituales religiosos o como refresco de cortesía. *(N. del T.)*

12 Atatürk, fundador de la República de Turquía. *(N. del T.)*

13 La Plegaria de la Hormiga es una tradición muy arraigada en la cultura turca. Aunque no pertenece al Corán, se le atribuye la función de atraer la abundancia y la prosperidad, y por eso es común verla colgada en las puertas de las casas y en los negocios. *(N. del T.)*

14 La orden Naqshbandi es una escuela mística (sufí) del islam. *(N. del T.)*

15 Haseki Hürrem Sultan (1506-1558) fue la esposa favorita y más influyente del sultán otomano Solimán el Magnífico, también conocido como Solimán el Legislador. *(N. del T.)*

16 Los *komitacı* fueron grupos rebeldes nacionalistas en los Balcanes, miembros de comités revolucionarios que practicaban la lucha armada contra el poder

otomano. *(N. del T.)*

17 El *lodos* es un fuerte viento proveniente del mar Egeo y del mar de Mármara que a menudo trae consigo lluvia y tormentas. *(N. del T.)*

18. La lira turca (TL) es la moneda en Turquía. En 2005 se eliminaron seis ceros de la moneda para facilitar las transacciones, pasando de 1.000.000 de liras antiguas a 1 nueva lira turca (TRY). Esta cantidad equivaldría, aproximadamente, a unos 9.000 € de la época. *(N. del T.)*

19 *Ferahfeza*, *Mahur* y *Hüzzam* son modos o escalas musicales de la música clásica turca que transmiten distintos estados de ánimo: *Ferahfeza* sugiere frescura y ligereza; *Mahur,* alegría y luminosidad, y *Hüzzam,* melancolía o nostalgia profunda. *(N. del T.)*

20 La frase hace referencia a la leyenda de Constantino XI Paleólogo, último emperador bizantino, que se creía murió en la defensa de Constantinopla en 1453. Su cuerpo, nunca hallado, sólo podría haberse identificado por las botas rojas, calzado exclusivo de la realeza. *(N. del T.)*